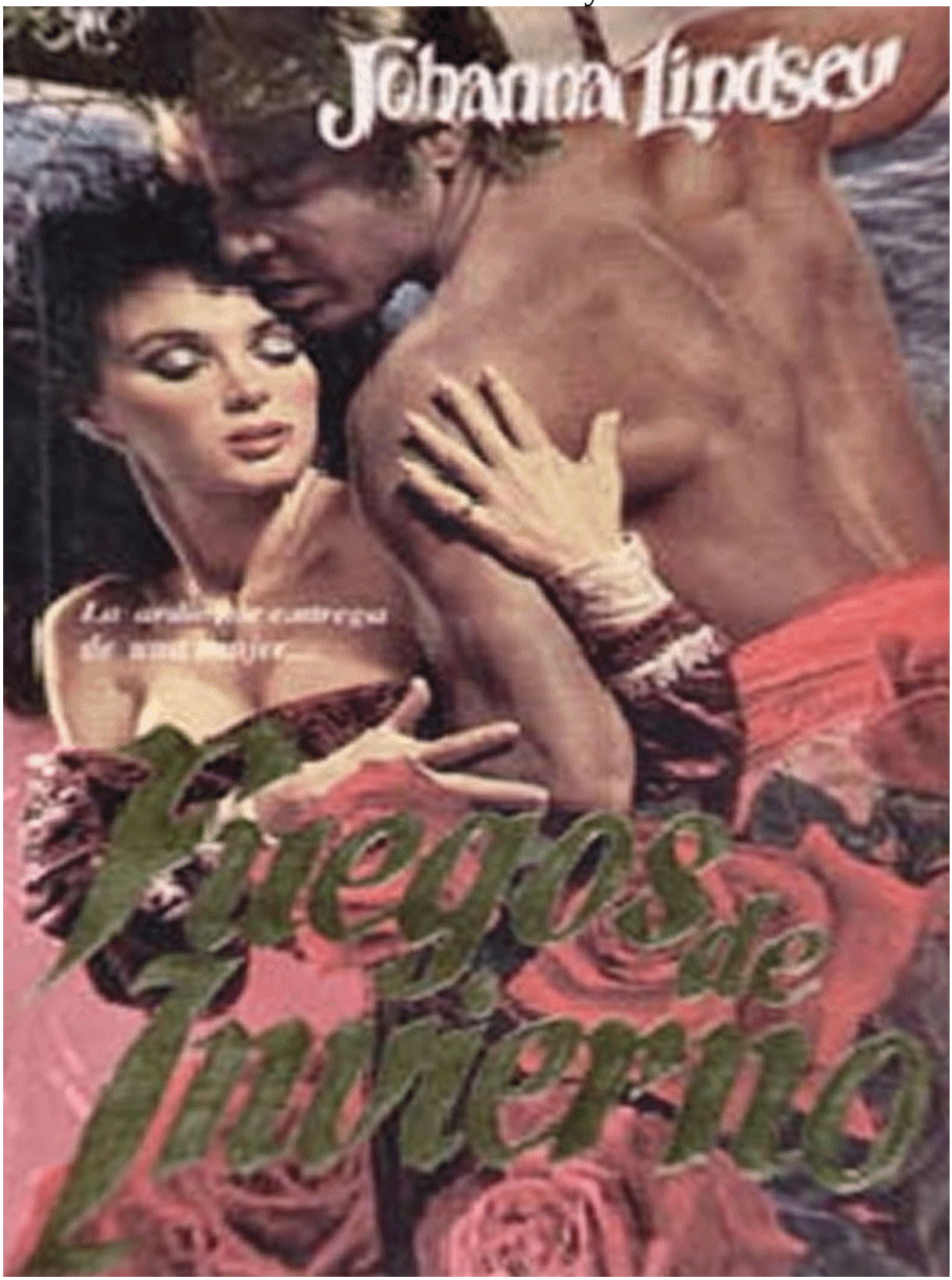
Fuegos de Invierno
Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La ardiente entrega de una mujer...

1

Unas pocas millas tierra adentro de la costa oeste de Gales, y a la izquierda de la isla de Anglesey, había una aldea en medio de un pequeño claro. Sobre una escarpada colina que dominaba a la aldea se erguía una imponente mansión señorial. El edificio de piedra gris miraba a la aldea desde arriba, casi como una madre que vigila a sus hijos con ojos alertas.

La aldea se calentaba bajo el sol lujurioso del verano. No así la mansión de la colina, que permanecía fría y altanera pese a que el sol acariciaba sus muros grises. Los viajeros que cruzaban la campiña tenían a menudo la misma impresión de frialdad. Hoy no era diferente.

Un desconocido se encaminaba hacia el centro de la aldea, sin apartar la vista de la mansión. Pero pronto la actividad alrededor del forastero desvió su atención de la madre protectora de la colina. Gradualmente, su inquietud desapareció para ser reemplazada por la sensación de que pronto sería favorecido con algo que hacia tiempo le faltaba. Más de una vez se volvió en círculo para que sus ojos endurecidos se regalaran con la pacífica tranquilidad, la docena o más de cabañas muy cerca unas de otras, los niños que corrían aquí y allá en sus juegos inocentes, y las mujeres ¡ah, las mujeres!

Enseguida divisó cinco o seis que eran de su agrado. Ellas ni siquiera lo miraron, ocupadas en sus tareas cotidianas. El desconocido, con los pantalones ceñidos por correas, pero en un estado deplorable, con una sucia piel de lobo que le servía de capa, apenas podía creer lo que veían sus ojos. No había un hombre a la vista, ni una solo. ¡Y las mujeres tantas, y de todas las edades! ¿Habría tropezado con una antigua aldea de amazonas? Pero no. Había otros, varones y mujercitas. Los hombres debían de estar trabajando en los campos, en alguna parte hacia el este, porque no había visto ninguna en su camino.

- ¿Puedo ayudaros en algo, buen señor?

Sobresaltado, el desconocido se volvió rápidamente para encontrarse con una sonrisa radiante, curiosa, de alguien que calculó que no podía tener más de dieciséis inviernos. La jovencita se adaptaba perfectamente a sus gustos, con su pelo rubio prolijamente trenzado y grandes ojos verdes en una cara inocente, angelical. Empezó a examinarla pero sólo por un segundo, a fin de que la muchacha no sospechara de sus intenciones. Pero en ese instante fugaz, esos pechos maduros que presionaban debajo de la blusa maltón y esas caderas anchas y macizas, le causaron un oscuro dolor en la entrepierna.

Como el forastero no respondió, la niña habló otra vez:

- Hace meses que un viajero no pasa por aquí... desde que pasaron los últimos que venían de la isla de Anglesey en busca de nuevos hogares. ¿También vos venís de Anglesey?

- Sí, aquello ya no es lo mismo - replicó por fin el hombre.

Oh, hubiera podido muy bien contarle sus infortunios si estuviera con ánimo, pero pronto ella tendría los suyos, si él conseguía lo que anhelaba, y no era un oído compasivo lo que él necesitaba.

- ¿Dónde están los hombres de tu aldea? No he visto ni siquiera un anciano pasando el tiempo al sol.

La jovencita sonrió tristemente.

- Los viejos cogieron la fiebre hace dos inviernos y ya no quedan más – dijo después de un instante - Muchos viejos y jóvenes murieran aquel año - enseguida, su sonrisa se iluminó - . Esta mañana fue avistado un jabalí, y los hombres que quedan han salido a darle caza. Esta noche habrá un festín y seréis bienvenido si queréis participar.

La curiosidad impulso al hombre a preguntar:

- ¿Pero no hay campos que atender? ¿O acaso un jabalí es más importante?.

La joven rió sin timidez.

- Seguramente, debéis ser hombre de mar, o sabríais que las cosechas se siembran en primavera y se recogen en otoño, con poco que hacer en el medio.

Un profundo surco apareció en el entrecejo del hombre.

- ¿Entonces, esperáis que los hombres regresen enseguida?

- Oh, no. No si pueden evitarlo - río - Se demorarán todo lo posible con la caza a fin

de disfrutarla más. No es frecuente que un jabalí llegue tan cerca.

Las facciones del hombre se relajaron un poco y sus labios delgados se curvaron en una sonrisa.

- ¿Cómo os llaméis, muchacha?

- Enid - replicó ella prestamente.

- ¿Y tenéis esposo, Enid?

Ella se ruborizó deliciosamente y bajó la mirada.

- No, señor. Todavía vivo con mi padre.

- ¿Y él está con los demás?

Los verdes ojos de la muchacha brillaron otra vez, llenos de picardía.

- ¡El no se perdería la caza por nada del mundo!

Mucho mejor, pensó el hombre antes de hablar.

- He viajado desde muy lejos y el sol de la mañana calienta mucho, Enid. ¿Podría descansar un rato en vuestra casa?

Por primera vez ella pareció nerviosa.

- Yo... no sé...

- Sólo unos pocos minutos, Enid - añadió rápidamente él.

Ella pensó un momento.

- Estoy segura de que mi padre no se enfadará - - dijo, y se volvió para abrir la marcha.

La casita donde entró era muy pequeña: una única habitación, con un tabique improvisado que separaba dos jergones para dormir en un rincón del suelo de tierra. Un ennegrecido fogón de piedra ocupaba la pared; dos toscas sillas y una mesa de madera estaban frente al fogón. Sobre la mesa había dos cálices exquisitamente cincelados e incrustados con piedras semipreciosas, que atrajeron la mirada del hombre. Fácilmente, valían una pequeña fortuna; no logró entender como podían haber llegado hasta esta humilde cabaña.

Enid observó al hombre con curiosidad cuando él miró los presentes que ella había recibido del señor de la mansión por sus servicios alegremente ofrecidos. El alto desconocido no era apuesto, pero tampoco repulsivo. Y aunque obviamente no era rico, tenía una espalda fuerte y podría servirle muy bien como marido. Ella tenía pocas posibilidades de encontrar esposo en su propio pueblo, porque todos los candidatos ya habían probado sus encantos, y aunque no la encontraban falta de atractivos, ninguno la habría tomado por esposa sabiendo que sus amigos también la habían saboreado.

Enid se sonrió secretamente mientras preparaba el plan. Hablaría con su padre cuando él regresara, y le expondría. sus proyectos. El sentía pena por la situación de su hija y ansiaba tener un yerno que le ayudara en el campo.

Juntos podrían persuadir al desconocido para que se quedara un tiempo. Después, Enid usaría su astucia para sacarle una propuesta de casamiento. Esta vez, sí, esta vez tendría primero la boda y después la diversión. No añadiría otro desliz a su larga lista.

- ¿Deseáis beber un poco de cerveza para calmar vuestra sed, señor? – preguntó con dulzura, atrayendo una vez más la atención del hombre.

- Sí, os lo agradeceré mucho - dijo él, y aguardó pacientemente que ella le pusiera la copa en las manos. El hombre dirigió una mirada nerviosa al portal y, viendo la puerta de paja trenzada sacada de sus goznes y apoyada en la pared, terminó la cerveza enseguida. Sin decir palabra, fue hasta la puerta y la puso en su lugar, impidiendo la entrada al sol de la mañana. Se percató de que la puerta no estaba hecha para brindar protección sino, simplemente, para detener el frío y el calor y, muy conveniente para las miradas indiscretas.

- La mañana esta calurosa - dijo a manera de explicación, y la niña lo aceptó, en lo más mínimo asustada.

- ¿Queréis algo de comer, señor? No me llevará mucho tiempo prepararos algo.

- Si sois tan amable- repuso él y sus labios delgados se curvaron en una sonrisa de agradecimiento. Pero secretamente admitió que la comida podía esperar: sus riñones, no.

La niña le volvió la espalda y fue hacia el fogón. En ese momento él sacó un cuchillo de abajo de su túnica y se puso detrás de ella. El cuerpo más bien bajo de Enid se puso rígido

cuando el cuchillo le tocó el cuello y el pecho del hombre le apretó la espalda. No temió por su cuerpo, como hubieran temido la mayoría de las jóvenes de su edad, sino por su vida.

- No grites, Enid, o tendré que haceros daño - dijo él lentamente, poniendo una mano debajo de uno de los pechos redondeados - . Y a cualquiera que venga a ayudaros. Es poseeros lo que deseo, nada mas.

Enid ahogó un sollozo al ver que sus planes recién formados se disolvían con las palabras de él. Un sueño de vida tan corta. . tener por fin un marido.

2

Un poco al sur de la aldea, una figura solitaria caminaba cojeando entre los árboles, murmurando juramentos a cada paso que daba. Al caballo que hacía rato había derribado a su jinete no se lo veía en ningún sitio, pero el joven lo mismo giró en redondo levantando un pequeño puño y maldiciendo en alta voz.

- ¡Ya te atraparé, bestia mal enseñada!

Más herido estaba el orgullo que las posaderas sobre las que había aterrizado el jinete. Con una mano firmemente apoyada en el área dolorida, el muchacho siguió caminando hacia la aldea y, viendo un lugar donde podría descansar, irguió orgullosamente la cabeza y soportó las miradas curiosas de los aldeanos.

Una mujer se acerco y sin hacer la pregunta obvia - qué le había pasado al caballo del joven - dijo

- Tenemos un visitante. Bren. Enid le da la bienvenida.

Los fríos ojos grises fueron hasta la cabaña de Enid y volvieron a la mujer.

- ¿Por qué se encerraría?

La mujer sonrió con expresión de enterada.

- Vos conocéis a Enid

- Sí, pero ella no concede sus favores a extraños.

Sin otra palabra, el joven, espada en mano, cubrió la corta distancia hasta la cabaña de Enid e hizo a un lado la puerta cerrada. Pocos momentos le bastaron a los ojos grises para adaptarse a la oscuridad del interior de la cabaña, pero enseguida se posaron en la pareja en el rincón, ignorante de la intrusión. El desconocido estaba montado sobre Enid y agitaba sus muslos flacos como un jabalí en celo.

Al principio los ojos grises quedaron fascinados observando el acoplamiento de las dos criaturas, el frenético pujar del macho entre los muslos abiertas de la hembra, y escuchando los gemidos y gruñidos que salían del rincón. Pero entonces un relámpago de plata llegó a los ojos grises, y como nubes anunciadoras de una tormenta inminente, los ojos del joven se oscurecieron y vieron el cuchillo en la mano del desconocido.

Sin pensarlo dos veces, el joven cruzó la habitación con pasos decididos, levantó la espada y pinchó diestramente el trasero del violador. Un grito resonó en la cabaña y el hombre saltó dejando libre a la acobardada Enid, dispuesto a enfrentar a su atacante.

Enid ahogó una exclamación cuando vio la razón de que el extraño hubiera saltado.

- Bren, ¿qué hacéis aquí?

El joven, firmemente plantado sobre sus piernas separadas, respondió sin emoción:

- Ha sido afortunado, supongo, que la jaca a la que llamo Willow me haya derribado, o no habría llegado a tiempo para ver que se hiciera justicia. El os forzó, ¿verdad?

- Sí - dijo Enid y no pudo contener los sollozos de alivio que sacudían su cuerpo.

- ¡ La muchacha no era virgen! - dijo el extraño con furia y con ambas manos aplicadas a su trasero sangrante.

El hombre dedujo fácilmente que éste no era el padre de la muchacha sino apenas un muchacho, un muchacho muy joven por el sonido agudo de su voz. Evidentemente el muchacho no era de la aldea porque su riqueza se notaba en el manto finamente bordado que cubría la túnica de plata del mismo color que los ojos airados de su dueño. La espada que había herido al desconocido era como éste no había visto nunca: un espadón, seguramente, pero excepcionalmente fina y ligero, con centelleantes gemas rojas y azules incrustadas en la empuñadura.

- Que ella no haya sido virgen no os daba derecho a tomarla. Sí, es sabido que Enid es generosa con sus favores - dijo el joven, y en voz más baja añadió- pero sólo con quienes ella elige. Ella os acogió con hospitalidad y vos le pagasteis de la manera más indigna. ¿ Cuál será el castigo, Enid? ¿Le corto la cabeza, y la pongo a vuestros pies, o quizá ese órgano encogido que se erguía tan orgulloso hace un momento entre vuestras piernas?

El hombre, furioso, estalló:

- ¡Por eso os arrancaré el corazón, muchacho!

Salieron risitas de un grupo de mujeres que se habían reunido en el vano de la puerta al oír los gritos. La cara del hombre desnudo se puso lívida de rabia. Para aumentar su humillación, la risa del joven se unió a las demás.

Entonces, para sorpresa de todos, Enid habló con indignación.

- Bren, no debierais reíros de él.

Las risas cesaron y el joven le dirigió una mirada de desprecio.

- ¿Por qué, Enid? El desconocido obviamente cree que es rival para mí. Yo, que atravesé con la lanza mi primer jabalí cuando tenía nueve años, y que maté cinco bandidos con mi padre cuando quisieron robar vuestra aldea Yo, que he tenido una espada en la mano desde que aprendí a caminar, que he sido diligentemente entrenado para los rigores de la guardia. Este violador de mujeres cree que puede arrancarme el corazón con ese juguete que tiene en la mano. ¡Miradla! Podrá ser alto, sí, pero no es mas que un cobarde llorón.

Este último insulto arrancó al hombre un rugido de furia y se abalanzó, cuchillo en mano, el brazo levantado, decidido a cumplir su reciente amenaza. Pero el joven no se había jactado sin motivo y se hizo a un lado con gracia y agilidad. Un leve giro de la espada dejó una larga huella sangrienta en el pecho del hombre. Esto fue seguido por un fuerte puntapié en su trasero ya lastimado.

- Quizá no un cobarde, pero sin duda un patán chapucero - dijo el joven en tono burlón cuando el hombre se estrelló contra la pared opuesta - ¿Habéis tenido bastante, violador?

El cuchillo cayó de la mano del hombre cuando chocó con la pared, pero él volvió a tomarlo rápidamente y cargó de nuevo. Esta vez la larga hoja del joven cortó hábilmente desde la izquierda y el hombre miró furioso la X perfectamente formada sobre la mitad superior de su pecho. Las heridas no eran profundas pero bastaban para cubrirle el pecho y el abdomen con su propia sangre pegajosa.

- Sólo hacéis arañazos, muchacho - gruñó el hombre - . ¡Mi acero, aunque pequeño os hará una herida mortal!

Como ahora estaban separados nada más que por unos treinta centímetros, el hombre vio su oportunidad y rápidamente se lanzó sobre el cuello delgado y blanco de su enemigo. Pero el otro se hizo a un lado con la gracia de un matador que se aparta del camino de un toro en embestida. El cuchillo del hombre cortó el aire vacío y un segundo después fue arrancado de la mano con un fuerte golpe y cayó en el suelo, fuera del alcance de su dueño.

El desconocido quedó mirando a Enid, quien le devolvió la mirada sin compasión.

- ¡Tonto! Bren sólo estaba jugando con vos.

El vio la verdad de esas palabras y se puso visiblemente pálido. Y aunque lo enfurecía ser tomado a broma por un simple muchacho, ahora temió por su vida. Se volvió hacía el joven y rogó que el golpe mortal fuera rápido. No había misericordia en esos fríos ojos grises que lo miraron, y la carcajada que brotó de esos labios suaves, sensuales, le heló la sangre,

- ¿Como os llamáis?

- Donal. Donald Gillie - respondió prestamente.

- ¿Y de dónde venís?

- Anglesey.

A la mención del nombre, los ojos grises se entornaron.

- ¿Y estuvisteis allí el año pasado, cuando los malditos vikingos atacaron la isla de Holyhead?

- Sí, fue horrible ver tanta carnicería y...

- ¡Callad! No os pedí un relato de lo que hicieron los bastardos. i Sabed esto, Donald Gillie! Vuestra vida está en las manos de la doncella -el joven se volvió a Enid - . ¿Qué se hará? ¿Terminaré ahora mismo sus días de violador?

- ¡No! - exclamó Enid.

- ¿Deberé entonces mutilarlo por lo que os ha hecho? ¿ Cortarle un brazo? ¿Una pierna?

- ¡No! ¡No, Bren!

- ¡Es menester hacer justicia ahora mismo, Enid! - dijo el joven con impaciencia - Mi justicia es menos severa que la de mi padre. Si hubiera sido lord Angus quien lo encontró

regocijándose entre las piernas, lo habría atravesado con un palo y dejado para que lo comieran los lobos. Yo he jugado con él, sí, pero con mis propios ojos he visto su crimen y él tendrá que pagarlo.

Enid alzó sus ojos grandes y llorosos. Donald Gillie permanecía con los hombros caídos, aguardando su destino. La lisa frente del joven se arrugó sumida en reflexiones y entonces los ojos grises se iluminaron con una solución.

- Yo decidiré, entonces. ¿Aceptaríais al hombre por marido, Enid?

El susurro, apenas audible, no tardó en venir.

- Sí.

- ¿Estáis de acuerdo, Donal Gillie?- los ojos grises lo traspasaron con fiereza.

El hombre levantó la cabeza de golpe.

- ¡Sí, acepto! - dijo sin vacilar.

- Entonces, así sea. Os casaréis - dijo el joven en tono definitivo- . Habéis hecho un buen negocio, Donald Gillie. Pero sabed esto, no podéis decir que sí hoy y negarlo mañana. Si la muchacha sufriera algún daño, o si vos tuvierais la intención de abandonarla, no habrá un agujero lo bastante profundo para que os ocultéis porque yo os encontraré y os quitaré la vida.

El hombre no pudo contener su alegría por haber recibido tan leve castigo.

- No haré daño a la muchacha

- Bien - dijo el joven y fue hasta la puerta - . Vosotras, mujeres, iros ahora. Y habéis tenido vuestra diversión del día. Dejad que estos dos se conozcan mejor. - Se volvió y dijo - Enid, lavadlo antes que regrese vuestro padre. Tendréis mucho que explicarle a ese buen hombre.

- Vuestro propio padre realmente ha criado un hijo misericordioso, mí señor dijo Donald Gillie.

El joven rió abiertamente.

- Mi padre no tiene ningún hijo.

Donald Gillie quedóse mirando la grácil figura que se alejaba. Después acudió a Enid por una explicación.

- ¿Qué quiso decir él?

- No fue él - Enid rió de su confusión- . Fue lady Brenna quien os perdonó la vida.

3

Brenna abrió la pesada y sólida puerta de roble y dejó que el sol de mediodía se derramase dentro del penumbroso hall de la mansión. El hall de entrada estaba vacío pero llegaban voces a través de las puertas dobles de la cámara de recibir que estaba a la derecha. Brenna pudo oír a su media hermana Cordelia y la cocinera que discutían las viandas de la comida de la noche. Cordelia era la última persona que Brenna quería ver ahora, o en cualquier momento, en realidad. Sin embargo, especialmente ahora, cuando hacía tan poco que se había caído de su yegua - maldita Willow - y no se encontraba en muy buenas condiciones.

Acostumbrada a recorrer corriendo el hall según su alegre costumbre, Brenna sintióse sumamente fastidiada al tener que avanzar a paso de caracol. Sentía doloridos todos los músculos de su región posterior y la breve pelea con Donald Gillie no la había ayudado en nada. Había tenido que esforzarse para no hacer una mueca de dolor cada vez que se movió en el interior de la cabaña de Enid, pero su fuerte voluntad le permitió evitar que sus sufrimientos se reflejasen en sus delicadas facciones.

El desconocido la había tomado por un muchacho. Esto era muy halagüeño para ella. ¿Acaso no era la impresión que deseaba causar en los demás?

Durante esos pocos minutos fue realmente el hijo de su padre, no un frustrado muchachito en este molesto cuerpo de mujer. Angus hubiera estada tan orgulloso como ella misma.

Subió los pocos peldaños del arranque de la amplia escalera y giró bruscamente para subir los restantes que conducían al laberinto de corredores del primer piso. Un extraño seguramente se habría perdido en esos pasillos, porque era como si dos constructores distintos hubieran comenzado la mansión. cada uno desde un lado opuesto, tratando sin éxito de encontrarse en el medio. El padre de Angus había construido la casa en esta forma porque le convenía confundir a sus huéspedes. Angus ya era un joven cuando la casa fue terminada, porque llevó muchos años completar semejante conglomerado de laberintos.

La planta baja de la mansión era como la de cualquier otro edificio semejante, pero el primer piso tenía nueve cámaras separadas, cada una con su pasillo de entrada privado. Brenna dobló a la derecha en el primer pasillo y pasó frente a la puerta que daba a la habitación de su padre. Ahora él debía de estar allí dentro, en cama, porque había caído enfermo la semana anterior y todavía tenía que curarse. La joven pensó en entrar y contarle lo de su encuentro con el desconocido. Pero quizá más tarde; primero necesitaba un baño.

Brenna dobló en el extremo del pasillo de su padre y entró en el de Cordelia y su marido. A la izquierda estaban sus propias habitaciones, en el frente de la casa. La suya era una habitación esquinera que le permitía mucha luz de las dos ventanas de las paredes exteriores. Habiendo vivido apenas diecisiete inviernos, no le importaba tener que caminar tanto hasta su cuarto, excepto en un día como hoy, cuando cada paso le costaba un esfuerzo.

Brenna tuvo ganas de gritar de alivio cuando por fin abrió su puerta, y se detuvo sólo para llamar a Alane, su sirvienta. Cerró lentamente y casi se arrastró hasta la cama, quitándose mientras caminaba la capa que ocultaba su gloriosa cabellera. Su pelo largo. Era lo único que no se ajustaba a la imagen que le gustaba aparentar. Su padre le había prohibido que se lo cortara, así que ella lo mantenía oculto. Detestaba este signo evidente de su femineidad.

Antes que Brenna tocara la almohada, Alane llegó corriendo desde su propia habitación que estaba muy cerca, doblando la esquina del pasillo. Alane ya no era joven pero no se le notaba demasiado. Su pelo rojo hablaba de sus antepasados escoceses. En una época había sido de color zanahoria pero ahora era de un anaranjado amarillento apagado. Sin embargo, sus ojos azul oscuro brillaban, de juventud, aunque no era tan vivaz como antes y solía caer víctima de frecuentes y largas enfermedades en los meses de invierno: entonces Brenna se convertía en la sirvienta y atendía a Alane. .

- ¡Oh, Brenna, mi muchacha! - dijo Alane sin aliento, llevándose al pecho una mano flaca - . Me alegro de veros regresar a tiempo. Sabéis que vuestro padre se enfada si no tomáis vuestras lecciones con Wyndham. Por lo tanto, basta de vestiros como varón por el momento;

es hora de vestiros como la mujer que sois. Cuando vino Boyd con la noticia del jabalí, temí que no regresarais a tiempo.

- ¡ Maldito sea Wyndham y todos los suyos! - dijo Brenna, fastidiada - Y maldito sea ese cochino jabalí también!

- Vaya, hoy estabais de muy buen humor - dijo Alane, y rió por lo bajo.

- ¡Pues ahora no lo estoy!

- ¿Qué provocó ese cambio?

Brenna se movió para sentarse, hizo una mueca y volvió a acostarse.

- ¡ Willon, esa vaca preñada! Tanto he entrenado a esa jaca y tiene el descaro de dejarse asustar por un conejo. i Un conejo! ¡Nunca se lo perdonaré!

Alane rió abiertamente.

- Deduzco que esa briosa yegua os ha derribado y que vuestro orgullo está un poquito herido.

- ¡Oh, calla, mujer! No quiero escuchar tu charla. Necesito un baño... un baño caliente para calmar estos huesos doloridos.

- Tendrá que ser rápido, querida mía - replicó Alane sin ofenderse. Estaba muy acostumbrada a los modales cambiantes de su señora- . Wyndham os espera pronto.

- ¡Wyndham puede esperar!

La gran cámara de recepción de la planta baja era donde Brenna y Wyndham se encontraban todas las tardes. Ahora era así desde hacía casi un año, desde que los sanguinarios pogamts vinieron desde el norte y arrasaron la isla de Holyhad, en el año 850. Brenna soportaba las detestadas lecciones porque no tenía alternativa. Aprendía lo que le enseñaban, pero por su propia voluntad, no porque Angus se lo ordenaba.

Wyndham se puso de pie cuando ella entró en la estancia y la miró con expresión sombría en sus claras facciones.

- Llegáis tarde, lady Brenna.

Vestida de seda color verde mar, que sentaba muy bien a su pelo negro como ala de cuervo que caía libre sobre su esbelta espalda, Brenna sonrió con dulzura.

- Debéis perdonarme, Wyndham. Me apena haberos tenido esperando, cuando estoy segura de que tenéis cosas más importantes que hacer.

Las facciones del alto escandinavo se suavizaron y sus ojos recorrieron la habitación, mirando a todas partes menos a Brenna.

- Tonterías. Nada hay nada mas importante que prepararos para vuestra vida y vuestro hogar nuevo.

- Entonces debemos comenzar inmediatamente para recuperar el tiempo que hemos perdido.

Para ser justos, Brenna podía ser una dama cuando la situación lo exigía. Su tía Linnet se había ocupado de eso. Podía mostrarse graciosa y encantadora, y usar sus atractivos para lograr sus propósitos. No usaba muy a menudo a esta tretas femeninas, pero cuando lo hacía todos los hombres quedaban rendidos a sus pies.

El baño había ayudado algo, pero no lo suficiente para permitirle moverse con facilidad. Brenna fue lentamente hasta una de las cuatro sillas parecidas a tronos que estaban frente al enorme hogar y se reunió con Wyndham. El empezó la lección donde la habían dejado el día anterior. Ahora comenzó a hablar en noruego, que Brenna entendía porque ese idioma fue lo primero que Wyndham le enseñó.

¿De veras hacía menos de un año que recibieron las noticias de la isla de Holyhead? Parecía mucho más tiempo. La noticia había sido un golpe tremendo y frenó a todos de miedo. Fue dos días atrás que Angus envió por Brenna y Ie habló de la solución para su apurada situación. Brenna ni siquiera sabía que se encontraban en apuros.

En su mente veía claramente aquella reunión. Era una escena que la torturaba en sueños. Su padre, sentado frente a ella en esta misma estancia, vestía apropiadamente de negro. Negro, el color del luto. Una túnica negra, tan negra como su pelo que le caía hasta los hombros y tan sombría como sus ojos azules. Los ojos de Angus Carmarham eran

generalmente claros y luminosos, desusadamente brillantes para un hombre de cincuenta años. Aquel día los ojos azules estaban nublados como los ojos de un anciano.

Brenna acababa de regresar de una cabalgata matinal con Willow, su yegua color gris plata, cuando le avisaron que su padre quería verla. Vestía sus ropas de muchacho, una túnica color gris paloma y una capa corra bordada en plata; finos calzones de suave piel de ciervo y botas del mejor cuero español. Su espada colgaba de su cadera pero ella se la quitó antes de sentarse en el asiento de terciopelo de alto respaldo frente a su padre.

- Tendréis que casaros con un jefe escandinavo, hija - fueron las primeras palabras de lord Angus.

- Y tendré veinte hermosos hijos para que vengan a asolar nuestras costas - respondió Brenna.

Angus no rió de la réplica y lo serio de su expresión hizo que a ella se le helará la sangre. Aferró los brazos de su sillón y esperó tensamente que él se desdijera de su afirmación anterior.

El suspiró con cansancio, como si todos sus años, y más, le hubieran caído encima de repente.

- Quizá vengan a asolar nuestras costas, pero no a atacarnos a nosotros.

Brenna no pudo evitar, que sus aprensiones se traslucieran en su voz.

- ¿Qué habeis hecho papá?

- El intermediario se puso encamino ayer. Viajará a Noruega y hará un pacto con los vikingos...

Brenna se puso de pie de un salta

- ¿Los vikingos que atacaron la isla de Holyhead?

- No, no necesariamente los mismos. El hombre buscara un jefe que quiera tomaros por esposa Un hombre con poder.

- ¿.Me ofreceréis de puerta en puerta? - lo acusó Brenna y miró desde arriba a su padre con sus ojos grises muy dilatados, sintiendo, por primera vez en su vida, que no conocía a este hombre que la había engendrado.

- ¡No seréis ofrecida de puerta en puerta, Brenna! - dijo lord Angus con convicción, sintiendo que, por todo lo que era sagrado para él, había actuado correctamente pese lo mucho que le dolía- . El hombre actuará con discreción. Envié a Fergus. El es hombre diplomático. Hará averiguaciones. Encontrará un hombre poderoso que todavía no tenga esposa y a él le hará el ofrecimiento. No seréis ofrecida como una mercancía. A Fergus se le dijo que preguntara sólo una vez. Si no tiene suerte, regresará y se acabó. Pero que el cielo nos ayude si regresa sin el nombre de vuestro futuro marido.

Brenna vio ante sus ojos todo rojo, rojo como la sangre.

- ¿Cómo pudisteis hacerme esto a mí?

- Es la única, forma, Brenna.

- ¡No, no lo es! - estalló ella- . Estamos a millas de la costa. ¡Nada tenemos que temer!

- Los vikingos se vuelven más atrevidos cada año que pasa - trató de explicar Angus - Las primeras noticias de su audacia vinieron antes de que yo naciera. La guerra frente a nosotros esta en sus manos. Al norte, nuestros hermanos les sirven, al este de Bretaña, donde se han establecido. Y ahora, por fin, han llegado a nuestras costas. Será solamente cuestión de tiempo antes de que hagan incursiones tierra adentro... quizás el año que viene. ¿Querríais ver nuestra aldea arrasada completamente? ¿Nuestros hombres muertos, nuestras mujeres convertidas en esclavas?

- ¡No tendría por qué suceder! - gritó ella- . Sois un caballero diestro en las artes guerreas. Me habéis entrenado en tus normas arces. Podemos combatirlos, padre... i vos y yo!

- Ah, Brenna, mi Brenna - suspiró él- . Soy demasiado viejo para pelear. Vos podríais matar a muchos, pero no los suficientes. Los escandinavos son una raza de gigantes. No hay otros como ellos. Son feroces, sin misericordia. Yo querría veros vivir, no morir. Y protegería al pueblo.

- ¡Sacrificándome a mí! - siseó ella fuera de sí por la cólera - . ¡A un viejo caudillo,

quien, según vuestras propias palabras, será feroz y sin misericordia!

- En cuanto a eso no tengo que temer por vos. Sé que podéis cuidaron muy bien.

- ¡No lo haré! - exclamó Brenna- . ¡No consentiré ese matrimonio!

El ceño de Angus se ensombreció en toma amenazadora.

- ¡Lo haréis! Fergus lleva consigo mi palabra de honor.

- ¿Por qué no me dijisteis esto ayer? Sabíais que yo hubiera detenido a Fergus, ¿verdad?

- Sí, lo sabía, hija. Pero lo que está hecho no puede deshacerse. Y esto es en parte a causa de vos, Vos estáis disponible. Cordelia no, y vuestra tía, aunque todavía bella, es demasiado vieja. El vikingo esperara una novia joven.

- No me echéis la culpa a mí, padre! Todo eso es obra vuestra, no mía.

- He puesto ante vos cantidades de hombres, hombres con riquezas, con títulos y de gallarda apariencia, ¡pero no quisisteis aceptar a ninguno! - le recordó lord Angus con energía- . Hubierais podido casaron hace tiempo, pero en ese caso, desafortunadamente, habríamos acabado condenados.

- No me mostrasteis más que vanidosos aburridos y petimetres guapos. ¿Esperabais que yo eligiera de ese puñado de tontos?

- Os conozco, Brenna, No os hubierais decidido no importa lo que os hubiera puesto delante. La sola idea del matrimonio os desagrada, aunque no entiendo por qué.

- En eso tenéis razón. mi señor - repuso ella con sequedad.

- De modo que he decidido por vos .Os casaréis con el hombre que encuentre Fergus. Ya esta decidido –Brenna giró en redondo y quedó de frente al fuego.

Su mente se rebelaba ante la idea pero se sentía completamente impotente. Ella, que había sido entrenada para pelear, no podía encontrar una forma de combatir contra esto. Antes de rendirse, buscó un último recurso.

- Otra puede tomar mi lugar - dijo en tono esperanzado - . Nadie se enterará.

- ¿Haríais pasar a una sirvienta por una dama? - preguntó Angus con incredulidad - Si hiciéramos una cosa semejante, los vikingos se nos echarían encima, furiosos, para desatar la peor de sus venganzas. Fergus ensalzará vuestras virtudes, Brenna. ¡Os ensalzará a vos! ¿Qué sirvienta, de aquí o de cualquier parte, posee vuestra belleza, vuestros modales o vuestro coraje! Llevaría años enseñar vuestras cualidades a una sirvienta. Sois de origen noble, una dama en todos los aspectos, gracias a las gentiles enseñanzas de vuestro tía. Agradezco el día que vino Linnet y os tomó en sus manos, pues de otro modo no seriáis digna de casaros con nadie, y menos con un escandinavo.

- ¡Bueno, yo maldigo ese día por lo que me ha deparado! - gritó Brenna.

- ¡Brenna!

Inmediatamente ella se arrepintió de sus palabras. Amaba a su tía profundamente. Huérfana de madre desde el nacimiento, Brenna se había aferrado al amor de la hermosa Linnet cuando ella llegó hacía cuatro años, después de la muerte de su marido. Linnet era la hermana menor de Angus; se conducía y tenía el aspecto de una mujer de veinte años, en vez de los cuarenta que tenía. Había tomado a Brenna a su cuidado, aunque era demasiado tarde para enderezar los modales de muchacho que tenía la niña.

Había sido para ella como una segunda madre, mientras que su madrastra sólo se dirigía a ella para regañarla. Hasta Angus lamentaba amargamente haberse casado con esa mujer. Pero por lo menos su presencia no tuvo que ser soportada más que tres inviernos, porque murió un año después de la llegada de Linnet. Sin embargo, dejó tras ella a su hija Cordelia, quien heredó los modales regañones de su madre.

- Lo siento, padre - dijo Brenna en voz baja, con sus ojos plateados fijos en el suelo y los hombros caídos en una actitud de derrota- Es que detesto esta decisión que habéis tornado.

- Sabía que os disgustaría, Brenna, pero no imaginé que sería para tanto - replicó Angus y se puso de pie para rodear con un brazo los hombros de su hija - . Animo, muchacha. Admiráis el coraje y la fuerza y nadie tiene más de eso que los escandinavos. Algún día me agradeceréis este casamiento que os impongo.

Brenna sonrió con cansancio porque había perdido la voluntad de discutir. Dos semanas

más tarde fue presentada a Wyndham, un mercader escandinavo que se había establecido en la Isla Esmeralda y que Angus encontró en Anglesey.

Se le pagaría generosamente por instruir a Brenna en la lengua y costumbres noruegas, a fin de que «no entrase a ciegas en la guarida del león», como dijo su padre.

Para la época de la cosecha, Fergus regresó con el nombre del prometido, sellando definitivamente el destino de la joven. El futuro esposo de Brenna no era el jefe de su clan como Angus había esperado, pues era imposible encontrar hombres así que todavía no se hubieran casado. Era un príncipe mercader, joven hijo de un jefe poderoso que ya había servido sus años en la guerra y ahora estaba abriéndose camino en el mundo. Garrick Haardrad era el nombre del joven.

No, Fergus no lo había visto personalmente porque el mercader estaba comerciando en el este. Sí, Garrick regresaría el próximo verano y vendría por su novia antes del otoño - Se convinieren los términos - Todo quedó arreglado.

¡Arreglado, arreglado, arreglado, sin ninguna escapatoria!

4

Después de eso, Brenna contó los días con melancólico animo, hasta que sus energías juveniles la impulsaron a borrar de su mente el desagradable futuro. Sólo sus lecciones diarias se lo recordaban constantemente. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, decidió sacar el mejor partido posible de la situación. Impondría su voluntad a su marido y sería libre de hacer lo que quisiera. Una nueva tierra, sí, pero no una nueva Brenna.

La atención de Brenna volvió a Wyndham, quien ahora se preparaba a resumir la lección del día.

- Y así, Odín, Señor del Cielo, es el jefe de todos los dioses, dios de toda la sabiduría, conocedor del futuro. También es el dios de la guerra. Odín, con su ejército de guerreros muertos, reunidos a su alrededor por las walkirias, cabalga a través de las nubes montado en Sleipnir, su incansable corcel de ocho patas. El sueño de todo vikingo es reunirse con Odin en el Walhalla, estancia del banquete eterno donde uno lucha todo el día y se regala durante toda la noche con jabalí sagrado, servido por las walkirias, hijas adoptivas de Odín.

El hermano de sangre de Odín es Loki. Comparable con el cristiano Lucifer, es malvado y traicionero y conspira para lograr la caída de los dioses. Por otra parte, Thor, el de roja barba, es muy amado, es un dios jovial, libre de malicia, pero que se encoleriza con facilidad. El es el dios del trueno, el dios de las tormentas, cuyo poderosa martillo forja los rayos. Una réplica del martillo volador de Thor puede verse en todo hogar escandinavo

Tyr, también un dios de la guerra y domador del lobo gigante Fenrir, y la severa Hel, hija de Loki y diosa del mundo subterráneo, son solamente figuras menores, lo mismo que Fray, dios de las cosechas y la fertilidad. Mañana aprenderéis más; de estos dioses menores, Brenna

- Oh, Wyndham - suspiró Brenna-, ¿Cuándo terminarán estas lecciones?

- ¿Estáis cansada de mí? - preguntó él con gentileza sorprendente en un hombre tan grande.

- Claro que no - repuso ella prestamente - . Os estimo mucho. Si todos los vuestros son como vos, nada tendré que temer

El sonrió, casi con tristeza.

- Desearía que fuera así, Brenna. Pero, en verdad yo ya no puedo ser llamado vikingo. Muchos años han pasado desde que abandoné mi tierra. Vosotros, los cristianos. me habéis domesticado. Sois una estudiante aplicada, mi querida Brenna. Sabéis tanto de mi pueblo como de vuestros propios antepasados celtas. En adelante, hasta que llegue vuestro prometido, sólo repasaremos lo que ya habéis aprendido.,

- ¿Podéis hablarme más de ese clan al que ingresaré por mi casamiento? - preguntó ella.

- No mucho más de lo que ya os he contado. Yo sólo conocí al abuelo de vuestro prometido, Ulric el Astuto. Fue un hombre de gran coraje. Ulric gobernó con mano de hierro y luchó con Loki a su lado. Pero era un hombre extraño. Antes que enfrentarse a su hijo, Ulric abandonó a su familia y dejó todas sus tierras a su hijo Anselm el Ansioso. Anselm era fiel a su nombre. Estaba muy ansioso por convertirse en jefe del clan. No fue muy lejos. sabéis. Sólo a unas pocas millas del fiordo, a una sección de sus tierras que no estaban en uso. Allí, con caballos, veinte cabezas de ganado y un puñado de servidores, construyó una casa como ninguna otra en Noruega. Fue construida sobre los acantilados del fiordo de Harten, con piedra traída de las islas Frisias. Es un lugar grande, aunque no tan vasto como vuestra mansión de aquí, y con un hogar en cada habitación.

- Pero eso no es diferente de aquí, Wyndham - Señaló Brenna.

- Excepto que las casas de madera noruegas no tienen hogares como las conocéis vosotros, sólo grandes fogones en el centro de la estancia, sin que el humo pueda salir como no sea por una puerta abierta.

- ¡Qué feo,

- Sí, y mas molesto para los ojos y la nariz -

- ¿Tendré que vivir en una casa de madera como las que habéis descrito?

- Es muy probable. Pero es una condición a la que pronto os acostumbraréis.

El gran hall era la estancia más brillante de la mansión a la hora de la cena. Nueve llamas vacilantes danzaban en un ornamentado candelabro en el centro de una larga mesa, y en cada pared había velones que contribuían a la abundante iluminación del salón.

De las paredes colgaban tapices ennegrecidos por el humo, incluido un paisaje a medio acabar salido de las manos de la madre de Brenna, quien había muerto de parto antes de poder terminarlo. Un tapiz tejido por Linnet representaba un castillo junto al mar; a su lado colgaba la escena de guerra de Cordelia. El último tapiz de la habitación era de belleza incomparable, venía del Lejano Oriente y era un presente del duque de un reino vecino.

No era sorprendente que ningún tapiz hecho por Brenna decorase las paredes, porque ella carecía de la paciencia necesaria para ese arte delicado. En realidad, no podía soportar ninguna actividad que fuera exclusivamente femenina, Los primeros años de su vida, y los más impresionables, habían dejado su marca en ella, pues durante ese tiempo su padre la trató como al hijo que había esperado. Ella fue un hijo para él hasta que las curvas de su cuerpo delataron la mentira. El año que su figura cambió fue una pesadilla para Brenna, pues su cuerpo, cada día más femenino, chocaba violentamente con su mente masculina. La mente ganó. Brena ignoraba su cuerpo cambiado, a menos que le recordaran su significado. Cordelia se deleitaba haciendo que Brenna recordase su sexo.

Cordelia, con su humeante pelo rojo, ojos verde río y bien formada figura que ella se esforzaba por resaltar con vestidos de corte atrevido era la constante antagonista de Brenna. Era una joven agradable mientras estuviera callada.

Brenna comprendía las razones del mal carácter de su hermanastra y trataba con ahínco de no perder la paciencia con ella.

Sabia que Cordelia era desdichada. Tenía apenas veinte años y se había casado muy joven con Dunstan, por su propia voluntad. Al principio amó a Dunstan y en aquellos días fue una mujer diferente. Pero por una razón que nadie, excepto Dunstan, conocía, ahora Cordelia lo odiaba. Era este odio lo que la hacia la criatura venenosa que era.

Cordelia entró en el comedor y se reunió con Brenna ante la larga mesa. Momentos después, los sirvientes trajeron la comida, consistente en un espeso guisado de conejo. Cordelia, ataviada en terciopelo amarillo, que acentuaba el color de su pelo y lo volvía aún más llamativo, esperó hasta que quedaron solas antes de hablar.

- ¿Dónde está vuestra tía esta noche?

- Linnet decidió que esta noche le daría de comer a mi padre - respondió Brenna, hundiendo un cucharón en la gran olla de guisado y llenando su plato.

- Vos debierais estar haciéndolo y no vuestra tía - repuso Cordelia. Brenna se encogió de hombros.

- Fue idea de Linnet - dijo.

- ¿Cómo está mi padrastro?

- Si os hubierais molestado en comprobarlo vos misma, veríais que no ha mejorado.

- Mejorará - dijo Cordelia secamente - . Ese viejo vivirá más que todas nosotras. Pero no os esperaba a vos aquí, en la comida. Tengo entendido que hoy mataron un jabalí y que hay un festín en la aldea. Pensé que estaríais allí, con vuestros amigos campesinos, como Wyndham y Fergus.

- Veo que Dunstan también encuentra la aldea más de su agrado - dijo Brenna con frialdad, recordando su caída mientras perseguía al jabalí - . Yo no quiero ni tocar la carne de ese maldito jabalí.

- Vaya, estáis quisquillosa esta noche - replicó Cordelia, con una sonrisa maliciosa en sus hermosos labios. Deliberadamente, ignoró la referencia a Dunstar - ¿Podría ser, quizá, que hoy Willos regresó a los establos mucho después que vos ¿O tal vez porque falta poco para que llegue vuestro prometido?

- Tened cuidado, Della - dijo Brenna, con ojos sombríos - . Esta noche no tengo paciencia para soportar tu lengua larga.

Cordelia miró a Brenna con ojos llenos de inocencia, y por el momento dejó pasar el tema. Sentía amargos celos de su hermana menor y lo admitía sin reparos para sí misma. No

siempre había sido así. Cuando Cordelia y su madre llegaron a vivir en esta hermosa mansión, Brenna tenía apenas nueve años. En realidad, sólo un mes después Cordelia supo que tenía una hermana, no un hermano como había creído.

Por supuesto, desde el comienzo no simpatizaron pues había resentimiento por ambas partes, y para hacer la brecha todavía más ancha, nada tenían en común. Con sus actitudes de muchacho, Brenna despreciaba a Cordelia, quien ya a los doce años era completamente femenina. Cordelia pensaba que Brenna era una tonta por preferir las espadas a la costura, o los caballos a la dirección de la casa. Sin embargo, las dos vivieron juntas sin un estallido de hostilidades, y los años fueron pasando.

Entonces Cordelia conoció a Dunstan, un hombre grande y musculoso que hizo estremecer su corazón. Se casaron, y por una vez Cordelia fue realmente feliz. Pero la felicidad de la pareja duró apenas un año. Terminó cuando Linnet insistió que, en ocasiones, Brenna debía vestir ropas de mujer, y Dunstan notó lo hermosa que era su cuñada. Brenna, la maldita, ni siquiera se daba cuenta de que Dunstan la miraba con ojos cargados de deseo. Y Dunstan no se daba cuenta de que su esposa lo sabía.

El sólo sabía que su amor por Cordelia había muerto aquel año.

Los celos de Cordelia se mezclaban con odio, odio hacia Dunstan y hacia Brenna. No podía atacar abiertamente a Brenna, aunque muchas veces hubiera querido arrancarle los ojos. Brenna era diestra en la pelea, gracias a su padre, y cuando se encolerizaba hacía que a Cordelia se le helara, la sangre. Habría matado hombres sin pestañear.

Si bien Cordelia no osaba pelear con Brenna, podía dar a su hermanastra motivos para temer lo único que todavía le faltaba experimentar, estar con un hombre. Cordelia se deleitaba enormemente describiendo Ios horrores, y no los placeres, de conocer un hombre. Provocaba a Brenna en cada oportunidad disponible y gozaba con el terror que asomaba a esos ojos grises. Era la única forma de vengarse que tenía. Si por lo menos pudiera hacérselo pagar también a Dunstan...

Brenna se marcharía pronto y Cordelia sabía que la jovencita debía tener que hacerlo. Entonces, en millas a la redonda, no quedaría ninguna mujer cuya belleza pudiera comparársele, y Dunstan volvería a ella. Cordelia, empujó su plato a un costado y miró a Brenna con ojos calculadores.

- Sabéis, hermana, que ahora el barco del norte puede llegar en cualquier momento. Ya está bien entrado el verano. ¿Estáis preparada para conocer a vuestro futuro marido?

- Nunca estaré preparada - replicó Brenna con fastidio, y también apartó su plato.

- Sí, la princesa arrojada a los leones. Es lamentable que no os hayan pedido vuestro parecer Yo no esperaba que vuestro padre os hiciera eso a vos. Después de todo, yo pude escoger.

- ¡Sabéis por qué lo hizo! - estalló Brenna,

- Sí, claro - Para salvarnos a todos replicó Cordelia, con la voz cargada de sarcasmo - . Por lo menos, sabéis lo que os espera. Si yo hubiera sabido cómo sería habría sido como vos, que no deseáis casaros nunca. i Oh, Dios, cómo temo la llegada de la noche, sabiendo el dolor que deberé soportar!

Brenna, le dirigió una mirada glacial.

- Hoy, en la aldea, vi un acoplamiento.

- ¿De veras ¿ ¿Cómo fue eso?

- No importa cómo. Lo que vi no fue tan horripilante como vos queráis hacerme creer.

- No lo sabréis hasta que no lo sufrais personalmente - repuso Cordelia, con vivacidad. - Aprenderéis a soportar vuestro dolor en silencio, o el hombre os castigará. Es asombroso que las mujeres no se corten sus cuellos antes de someterse a esa tortura todas las noches.

- ¡ Basta, Della ! No deseo escuchar mas

- Agradeced que lo sabéis. Por lo menos, no llegaréis a vuestro lecho nupcial sin sospecharlo.

Cordelia terminó y se levantó de Ia mesa. Ni bien estuvo fuera de la vista de Brenna, sus labios se curvaron en una sonrisa.

5

Bulgar, sobre el recodo oriental del río Volga, con un gran puerto de reembarque donde se encontraban Oriente y Occidente. Aquí, los largos navíos vikingos comerciaban con caravanas de las estepas de Asia Central y mercaderes árabes de las provincias orientales. De Bulgar partía hacia el este la legendaria Ruta de la Seda que llegaba a China.

Una variada humanidad se congregaba en Bulgar, desde ladrones y asesinos hasta mercaderes y reyes. Al comenzar el verano, Garrick Haardrad: atracó aquí su espléndido navío y se abocó a la tarea de incrementar la fortuna que había acumulado en su viaje. Portentoso negocio el comercio.

Después de pasar inesperadamente el invierno con una tribu de eslavos nómadas, Garrick no tenía deseos de demorarse mucho en Bulgar. Estaba ansioso por emprender el regreso. Todavía tenía que detenerse en Hedeby a deshacerse de veinte esclavos que le había dado Aleksandr Stasov y poder, así, hacer el viaje de retorno a mayor velocidad. Su primer viaje a Oriente había estado lleno de sorpresas, pero había sido muy satisfactorio.

Después de partir de Noruega el año anterior con un cargamento de pieles y esclavos que había decidido vender, Garrick y su tripulación de nueve hombres se dirigieron a Hedeby, la gran ciudad mercado sobre el río Schlet, donde cambió la mitad de los esclavos por un surtido de mercaderías producidas, por los artesanos de allí. Adquirió peines, broches, dados y alfileres, todo hecho de hueso, además de cuentas y pendientes tallados en ámbar traídos de las tierras, del Báltico.

De Hedehy fueron a Buka, un centro comercial junto al Lago Molan situado en el corazón de Suecia, frente a la ciudad eslava de lunne. Birka era un mercado comercial muy conocido; en su puerto era posible encontrar barcos daneses, eslavos, noruegos. Aquí Garrick compró, o adquirió por trueque, vidrio de Renaola; telas de Frisia, tan apreciadas por su fina textura; estribos enjoyados y vino del Rin, gran parte del cual reservó para sí mismo.

Después, Garrick y su tripulación zarparon hacia Uppland, entraron al Golfo de Finlandia y de allí, por la vía del Neva, atravesaron las marismas y continuaron hasta el Lago Ladoga. Vieja Ladoga, el centro comercial, estaba situada en la boca del Volkhor, y aquí se detuvieran para cargar provisiones. Para entonces promediaba el verano y todavía les quedaba un largo camino por recorrer. Navegaron hacia el este, hacia la tierra de los eslavos orientales; por el Svir hasta el Lago Onega; y por varios ríos y lagos más pequeños hasta el Lago Beloya, hasta llegar finalmente al recodo septentrional del gran río Volga.

A mitad de camino entre este lugar y Bulgar, su destino final, encontraron un barco que estaba siendo atacado por un grupo de eslavos que vivían a lo largo de la orilla del río. Los gritos de hombres y mujeres desgarraban el aire sereno. Garrick ordenó tomar los remos y alcanzaron al barco antes que el sanguinario ataque terminara. El y sus hombres abordaron el navío más pequeño y sin velas y mataron a los atacantes que no huyeron con suficiente rapidez al divisar su gran navío vikingo.

Sólo una mujer joven con su pequeño hijo quedaban con vida y eso porque se habían ocultado dentro de un gran barril. Haakorn, uno de los hombres de Garrick y veterano viajero, hablaba la lengua eslava de la mujer. Descubrió que ella era hija del poderoso jefe de una tribu eslava. Su esposo había sido muerto y ella Iloró junto a su cuerpo mutilado mientras relataba la masacre.

Los atacantes eran miembros de una tribu enemiga que había venido a matarla a ella y a su criatura en venganza par ciertas acciones de su padre. Este ataque no había sido el primero.

Garick mantuvo inmediatamente un consejo con sus hombres a fin de decidir qué harían con la mujer. Se impuso la sensata opinión de Perrín, el amigo mas intimo de Garrick y tan allegado a él como un hermano de sangre. Puesto que ya se habían hecho enemigos entre los que huyeron, no necesitaban hacerse de más devolviendo a la joven a su tribu a cambio de un rescate. Viajarían por esta ruta en el futuro y podría resultar ventajoso tener amigos en la región. Así fue que devolvieron la muchacha y el niño al padre de la joven sin pedir recompensa. Se celebraron festines en honor de los noruegos, uno tras otro, y los días se convirtieron en semanas. Llegaron las lluvias y tuvieron otra excusa para quedarse, porque

Aleksandr Stasov era un anfitrión excelente y a ellos nada les faltaba Finalmente se hizo demasiado tarde para llegar a Bulgar y volver a sus tierras antes del frío, de modo que se quedaron para pasar el invierno.

Al llegar la primavera, el agradecido jefe los despidió con veinte esclavos y una bolsa de plata para cada tripulante En total, el tiempo que perdieron valió la pena

En Bulgar fue vendida la última parte de la carga. Solamente las pieles produjeron una suma enorme, especialmente las blancas de oso polar, de las cuales Garrick tenía cuatro. Cada hombre vendió sus propias mercaderías, porque ésta era una empresa de riesgo colectivo, entre amigos, aunque era el barco de Garrick el que los había traído.

Y así, jóvenes en su primer viaje a Oriente, porque sólo Haakorn había viajado antes hasta aquí, se demoraron y gozaron de lo novedoso y desusado. Garrick compró muchos presentes para su familia. Algunos los distribuiría a su regreso; otros los guardaría para ocasiones y ceremonias especiales. Hizo hacer para su madre collares y brazaletes con piedras preciosas que compró baratas a los árabes y también adquirió seda china. Para su padre encontró una espada espléndida como la suya, con su preciada hoja de Renmm y Ia empuñadura ricamente cincelada e incrustada con oro y plana. Para su hermano Hugh compró un casco de oro, símbolo de liderazgo.

Compró regalos para sus amigos y chucherías para Yarnille, la mujer que dirigía su casa y mandaba a sus esclavos durante su ausencia. Para sí mismo fue extravagante sedas y bracitos bizantinos para hacer ropas y tapices de Oriente para su casa y un barril de utensilios de hierro que haría las delicias de sus esclavos. Cada día que permanecía en Bulgar, Garrick encontraba algo nuevo para añadir a su colección, hasta que sus amigos empezaron a apostar de cuánta plata se separaría antes de que terminase el día.

Este día de mediados de verano, con un cielo sin nubes y casi blanco en su intensidad, Garrick entró en la casa de Bolskv, el orfebre, acompañado de su amigo Perrin.

El hombrecito levantó la vista de su banco de trabajo en medio de la habitación y fijó sus ojos entornados en los dos jóvenes escandinavos vestidos con cortas túnicas sin mangas y polainas largas y ceñidas. Ambos eran de gran estatura, con pechos amplios, y en sus brazos desnudos se retorcían los músculos como gruesas cuerdas. Tenían cuerpos sólidos y fuertes sin una onza de carne en exceso. Uno tenía pelo rojizo y una barba recontada; el otro era rubio e iba afeitado. El rubio tenía ojos fríos y escépticos para alguien tan joven. Eran de color agua, como el agua poco profunda en un día luminoso. El otro tenía ojos sonrientes, como esmeraldas brillantes.

Bolsky estaba esperando al vikingo rubio porque éste le había pedido que le hiciera un bello medallón de plata con la imagen de una hermosa joven grabada en el reverso. Le había dado a Bolsky un dibujo de esta muchacha y el orfebre estaba orgulloso de su obra. En el anverso había un airoso navío vikingo de nueve remos, y sobre el barco un martillo con alas entrecruzadas y un espadón. En el reverso estaba la imagen de la joven, cincelada con fino detalle, fiel reproducción del dibujo. ¿Una novia, quizá? ¿O una esposa?

- ¿Está terminado'? - preguntó Garrick.

Bolsky sonrió y, abriendo un saquito forrado de piel, sacó el medallón con su larga cadena de plata.

- Esté terminado.

Garrick arrojó una libra de plata sobre la mesa, tomó el medallón y pasó la cadena por su cabeza sin siquiera mirarlo. Pero Perrin, picada su curiosidad levantó el grueso disco del pecho de Garrick y lo examinó con atención.

Admiró los símbolos de poder, de riqueza y de fuerza, pero cuando volvió el medallón sus cejas se unieron en un ceño de desaprobación.

- ¿Por qué? - Garrick se encogió de hombros y se dirigió a la puerta, pero Perrin lo siguió y lo hizo detenerse. - ¿Por qué torturaros así? - preguntó Perin-. Ella no es digna de vos.

Garrick alzó las cejas sorprendido.

- ¿Y vos lo decís?

Perrin hizo una mueca.

- Sí, yo lo digo. Es mi hermana, pero no puedo perdonarle lo que hizo.

- Bueno, no os inquietéis, amigo mío. Lo que sentía por Moma ha muerto... hace mucho.

- ¿Entonces, por qué esto? - preguntó Perrin señalando el medallón.

- Un recordatorio - respondió Garrick con voz dura - . Un recordatorio de que en ninguna mujer se puede confiar.

- Me temo que mi hermana os ha dejado su marca, Garrick. No sois el mismo desde que ella se casó con ese gordo mercader.

Una sombra pasó por los ojos azul verdosos del hombre más joven, pero sus labios se curvaron en una cínica sonrisa.

- Simplemente, ahora soy más sabio. Nunca más caeré en las redes de los encantos de una mujer. Una vez abrí mi corazón y no lo volveré a hacer. Ahora ya las conozco, sé cómo son.

- No todas las mujeres son iguales, Garrick. Vuestra madre es diferente. Nunca he conocido una mujer más buena o más generosa.

Las facciones de Garrick se suavizaron.

- Mi madre es la única excepción. Pero vamos, basta de esto. Hoy, en nuestra última noche, me propongo beberme un hand de cerveza - ., y vos, amigo mío, tendréis que llevarme al barco cuando haya terminado.

6

Sentada en medio de su gran cama, Brenna pulía su espada con el cuidado que se dedica a una posesión muy apreciada. Ciertamente, apreciaba mucho su espada. Finamente forjada y templada, a medida para ella, el arma era liviana, pero tenía el filo de una navaja. Era un presente que le dio su padre el día que cumplió diez años. Su nombre estaba grabado en la empuñadura de plata, rodeado de rubíes y brillantes zafiros del tamaño de guisantes grandes.

Brenna valoraba esta espada más que a todas sus otras posesiones, si no por otra razón, porque era un símbolo del orgullo que sentía su padre por las hazañas de ella.

Ahora la apoyó contra su frente, perdida en sombríos pensamientos ¿Su cuerpo femenino la convertiría en prisionera en la tierra de su esposo? ¿Podría volver a empuñar esta espada para pelear como cualquier hombre por lo que era suyo? ¿O tendría que actuar en todo como una esposa, sin volver a usar jamás sus habilidades, para ser una mujer y hacer solamente lo que debía hacer una mujer?

¡Malditos los hombres y sus costumbres establecidas! Ella no sería tratada así. ¡Sometida y gobernada, jamás! No se mostraría complaciente. ¡Ella era Brenna Carmarhum no una doncella gimiente y cobarde!

Resoplando de indignación, Brenna no oyó que su tía entraba en la habitación y cerraba silenciosamente la puerta. Linnet miró a su sobrina con ojos cansados y tristes.

Linnet había cuidado a su esposo durante meses de sufrimientos, perdiendo cada día más sus fuerzas. Cuando él murió, también murió una parte de ella, porque lo amaba profundamente. Ahora había estado haciendo lo mismo por su hermano Angus. ¡Señor del Cielo, no más muertes, por favor!

Brenna se sobresaltó cuando percibió por el rabillo del ojo la figura encorvada de su tía. Se volvió y apenas reconoció a Linnet. La mujer tenía el pelo en desorden y el vestido manchado, pero era su cara lo que resulta mas turbadora por lo diferente: blanca como la harina, los labios tensos, círculos oscuros alrededor de los ojos enrojecidos.

Brenna se levantó de la cama y condujo a su tía hasta el largo canapé dorado junto a la ventana.

- Linnet, habéis estado llorando y eso no es propio de vos - Miro con preocupación - . ¿Qué sucede?

- Oh, Brenna, muchachita. Vuestra vida está cambiando tanto. No es justo que todo suceda a la vez- Brenna sonrió débilmente.

- ¿Habéis estado llorando por mí tía? No es necesario

- No, querida, no por vos, aunque lo haré seguramente. Es vuestro padre, Brenna. Angus ha muerto.

Brenna retrocedió. De repente se puso mortalmente pálida.

- ¿Cómo podéis bromear con una cosa así? - dijo en tono de acusación- ¡Eso no puede ser! - Brenna- suspiró Linnet, y estiró una mano para acariciar a su sobrina en una mejilla

- Yo no os mentiría. Angus murió hace una hora.

Brenna meneó lentamente la cabeza, negando las palabras.

- No estaba tan enfermo. ¡El no puede morir!

- Angus tenía la misma enfermedad que mi marido, pero por lo menos no sufrió tanto.

Los ojos de Brenna estaban del tamaño de platillos y llenos de horror.

- ¿Vos sabíais que él iba a morir?

- Sí, lo sabía.

- En nombre de Dios, ¿por qué no me lo dijisteis? ¿Por qué me dejasteis creer que se pondría bien?

- Fue su deseo, Brenna. El me prohibió decírselo a nadie, especialmente a vos. Angus nunca pudo soportarlas lágrimas y bastante tuvo con las mías.

Ahora las lágrimas brotaron de los ojos de Brenna. Eran algo totalmente desconocido para ella porque nunca las había vertido antes.

- Pero yo hubiera debido cuidado en vez de seguir mis actividades como si nada malo sucediera.

- El no quería que sufrieras mucho, Brenna. Y hubierais sufrido si lo hubieseis sabido. De esta forma, sufriréis un tiempo y después lo olvidaréis. Vuestro inminente matrimonio os ayudará.

- ¡No! ¡Ahora no habrá boda!

- La palabra de vuestro padre ha sido entregada, Brenna - dijo Linnet con un asomo de impaciencia - . Debéis honrarla aunque él haya muerto.

Brenna no pudo seguir conteniendo los sollozos que le desganaban el corazón.

- ¿Por qué tuvo que morir, tía? ¿Por qué?

Lord Angus Camtarham fue sepultado en una mañana despejada y azul. Los pájaros acababan de empezar a saludar el día y la fragancia de las flores silvestres flotaba en el fresco aire matinal.

Brenna, ahora con los ojos secos, vestía de negro de pies a cabeza. Llevaba una túnica y pantalones ceñidos con tiras de cuero y encima una flotante capa orlada con cordones de pinta. Su largo pelo renegrido estaba peinado en trenzas y asegurado debajo de la capa, como era habitual. Los únicos colores llamativos eran el blanco de su cara y la plata reluciente de su espada.

Su tía había expresado desaprobación por este atuendo, pero Brenna se mantuvo inflexible. Su padre la había tratado y criado como a un hijo y ella vestiría como ese hijo para la despedida final

La gente de la aldea estaba presente y muchos lloraban en alta voz.

Linnet estaba a la derecha de Brenna con un brazo sobre los hombros de la muchacha Cordelia y Dunstan estaban a la izquierda. Dunstan pronunció palabras de alabanza y de glorias pasadas, pero Brenna no las escuchó En esos momentos estaba reviviendo recuerdos: una niñita sentada en las rodillas de su padre; un hombre orgulloso lanzando gritos de aliento cuando su hija montó su primer caballo. Recordaba los tiernos, queridos momentos.

Brenna se encontraba perdida sin él, y un terrible sentimiento de vacío la envolvía. Pero se mantuvo orgullosa para que la vieran sus gentes. Sólo sus ojos, mortecinos, faltos de brillo, delataban su dolor.

En eI momento que Dunstan terminó de hablar se hizo un silencio solemne. Y entonces, con gran sorpresa de los presentes, un jinete surgió al galope de entre los árboles y se apeó junto a las gentes reunidas. Saltó de su caballo y se dirigió enseguida hacia donde estaba Brenna.

- Vuestro prometido ha llegado - dijo el joven, sin aliento - . Yo regresaba de Anglesey y en el camino pasé al grupo.

- ¿Cómo sabéis que es mi prometido? - preguntó Brenna con aprensión. No estaba preparada para esta noticia con su padre recién sepultado.

- ¿Quiénes otros podrían ser, si no? - replicó el hombre - . Es un grupo numeroso de hombres enormes y rubios. Son vikingos, sin duda.

Voces alarmadas brotaron de la multitud, pero Brenna sólo pudo pensar en su propia situación.

- ¡Dios de los Cielos! ¿Por qué ahora? - gritó.

A esto el joven nada pudo responder. Linnet la atrajo hacia sí.

- Por qué, no importa, querida. Está hecho. - Entonces se dirigió al mensajero:- ¿A qué distancia están ellos?

- Al otro lado de aquellos árboles. - El hombre señaló al noroeste - Una milla, aproximadamente.

- Muy bien - repuso Linnet - . Debemos recibirlos en la mansión. Vosotros, aldeanos, regresad a vuestra aldea. Nada debéis temer de estos vikingos Vienen en son de paz.

De regreso en la mansión, Brenna empezó a pasearse nerviosamente en la gran cámara de recepción. Fergus aguardaba con ansiedad junto al resto de la familia. El era responsable de que los vikingos estuvieran aquí y deseaba recibirlos bien. Había pasado una larga temporada en una tierra hostil hasta encontrar al clan Haardrad. El jefe del clan en persona había recibido a Fergus y concertado el pacto en nombre de su hijo, dando solemnemente su

palabra de que todo sería según lo convenido. Con la muerte de lord Angus, la novia valía una fortuna, pues las tierras y la mansión ahora le pertenecían a ella y, por lo tanto, a su marido. Sin duda, los vikingos quedarían contentos.

- Brenna, querida, sería más apropiado que os pusierais un vestido de mujer - sugirió Linnet.

- No.

- Brenna, no podéis recibir a vuestro futuro esposo así. ¿Qué pensará él?

- ¡He dicho no! - dijo Brenna y siguió su nervioso caminar.

Cordelia miraba complacida a su hermanastra. Se divertía porque adivinaba que Brenna estaba inquieta. Suponía que la joven debía de estar preguntándose con preocupación si su prometido querría casarse antes de zarpar. La boda podía ser esta misma noche, o al día siguiente. Y después vendría la noche de bodas, y el terror. Cordelia casi rió abiertamente. Habría dolor esa primera noche y Brenna creería que sería así siempre, gracias a ella.

Qué dulce venganza. Si por lo menos pudiera estar allí para mirar.

Brenna estaba pensando exactamente eso. No estaba preparada para el matrimonio y no lo estaría nunca. No le habían enseñado a sufrir dolor sin vengarse. ¡Pelear! Santo Dios, ¿y si mataba a su marido por reclamar sus derechos? Sería su propia sentencia de muerte.

Estos pensamientos desbocados se sucedían en su mente cuando la primera piedra golpeó contra la puerta de la mansión. Exclamaciones de sorpresa salieron de todas las gargantas. Miradas inquisitivas se encontraron con miradas confundidas, pero cuando del patio llegó un grito ahogado, seguido de otra piedra contra la puerta, Brenna salió a la ventana para observar la escena con ojos incrédulos.

- ¡Santo Dios, están atacando!

Un sirviente yacía decapitado en el sendero que iba a los establos y el patio estaba lleno de vikingos que blandían hachas y espadas. Dos hombres manejaban una pequeña catapulta de tosca construcción. Una tercera piedra golpeó la puerta. Desde el pie de la colina se elevaban oscuras espirales de humo: la aldea ardía

Brenna se volvió hacia el grupo que estaba a sus espaldas. Wyndham se encontraba entre ellos y ella Io miró con expresión acusadora

- ¿Es así como vuestra gente viene por una novia? - Wyndham no encontró una respuesta apropiada, pero Fergus habló con vacilación.

- Estos vikingos no pueden ser los que yo busqué

- Mirad, entonces y ved si los conocéis! - ordenó ella con brusquedad.

- Brenna, calmaos - dijo Linnet, aunque su voz revelaba su ansiedad

Fergus fue hasta la ventana y le llevó nada más que un segundo reconocer al alto jefe del clan Haardrad. Anselmo el Ansioso estaba al frente de sus hombres, gritando órdenes.

- ¡Esto no es posible! - gritó Fergus, enfrentando al pequeño y aterrorizado grupo del salón-. ¡EI dio su palabra!

Otro pedrusco contra la puerta impulsó a Brenna a la acción.

- Wyndhan, ¿estáis con nosotros o con vuestros traidores parientes? Debo saberlo antes de volveros la espalda.

El pareció profundamente ofendido.

- Con vos, milady. No quiero parentesco alguno con estos escandinavos que no hacen honor a su palabra.

- Así sea - replicó ella - . Esos tontos nos han dado tiempo de prepararnos apedreando una puerta que no esté atrancada. Dunstan, id a atrancada antes que hagan más daño.

Dunstan se apartó de ella con los ojos llenas de horror.

- ¡Brenna. son treinta o más contra nosotros tres!

- Cuatro, maldito seas! - replicó ella - . ¿Creéis que yo me quedaré quieta mirando?

- Brenna, sed razonable, ¡No tenemos posibilidad alguna!

- ¿Sugerís que nos rindamos? Tonto, ¿os habéis olvidado de las islas de Holyhead? Los que no pelearon, lo mismo que los que lo hicieron, encontraron todos el hacha ensangrentada. ¡Ahora, atrancad la puerta! Fergus, reunid a los sirvientes y armadlos. Wyndhatn, asegurad los

fondos de lacia y reuníos conmigo en el hall. Estaremos esperando a los malditos bastardos cuando la puerta finalmente ceda

Todos partieron a seguir sus instrucciones sin hacer más preguntas. Cordelia seguía acurrucada en un rincón, llorando histéricamente. Linnet también estaba próxima a las lágrimas cuando aferró a Brenna de un brazo para detenerla.

- ¡No podéis luchar contra ellos, Brenna! ¡Os matarán lo mismo que a un hombre!

- Me matarán de todos modos, tía. Mi padre me entrenó para esto. ¡Moriré luchando con honor antes que llorar de autocompasión como está haciendo Della!

- A vos no os matarán, Brenna, si no os resistís - insistió Linnet - Ellos toman a las mujeres y..

- ¡Jamás! - la interrumpió Brenna- . ¡Prefiero morir a ser una cautiva de los vikingos!

Con eso, Brenna salió resueltamente de la estancia y dejó a Linnet y Cordelia entregadas a sus plegarias. Pero antes de que todos los sirvientes estuvieran reunidos y armados, la barrera se rompió y un escalofriante grito de guerra llegó desde el patio. Un momento después, una docena de hombres sedientos de sangre irrumpieron a través de la puerta destruida e invadieron el hall.

Brenna estaba de pie en el arranque de la escalera, con las piernas separadas y la espada desenvainada. Un hacha le pasó a pocos centímetros. A mitad de camino entre ella y el enemigo, Dunstan fue el primero en caer. Los vikingos dividieron su grupo, Tres fueron al tendo del hall y tres entraron en la cámara de recibir y entraron ruidosamente con la puerta tras ellos. Wyndham vino desde atrás y enfrentó a dos de los suyos. Luchó gallardamente, pero era viejo y se cansó en enseguida. Sin embargo, derribó a uno antes de que la espada del otro le atravesara el cuerpo y pusiera fin a su vida.

Cinco hombres vinieron hacia Brenna. Cuatro pasaron junto a ella y subieron la escalera para perderse en el laberinto del primer piso. Ella enfrentó sin temor al restante. El hombre tenía un espadón más pesado y sus golpes estaban respaldados por una fuerza enorme. A Brenna le dolían el brazo y la espalda por el esfuerzo, pero los gritos que llegaban a través de la puerta cerrada de la cámara de recepción aumentaron su determinación. Con una fuerza que no sabía que poseía, arrancó la espada de manos de su atacante y le atravesó un brazo con la suya. Se hizo a un lado de un puntapié, pero rápidamente otro hombre más viejo lo reemplazó. Brenna siguió luchando aunque sus fuerzas empezaban a flaquear, hasta que la espada del hombre le partió la suya en dos con un poderoso golpe.

Brenna miró estúpidamente el arma rota en su mano. No vio el golpe mortal que venía hacia ella, ni oyó el grito angustiado de Fergus.

- ¡No! ¡Ella es lady Brenna!

Enseguida, Fergus se interpuso entre ella y la brillante espada y la empujó hacia atrás. La poderosa espada de doble filo le seccionó el brazo, que cayó al suelo con un ruido sordo y pavoroso. Fergus, con su vida apagándose lentamente, cayó a los pies de Brenna.

Anselmo el Ansioso miró a la joven con curiosidad Pensar que había luchado con ella y que casi la había matado. Hubiera sido un deshonor que no habría podido soportar. Así que ésta era la muchacha que querían casar con su hijo.

Una doncella hermosa, sin duda, ahora que la veía como lo que era. Y con un espíritu y coraje como nunca antes había visto en una mujer Hasta había logrado herir a uno de sus hombres. Ese regresaría a su casa lleno de vergüenza. Vencido por una mujer. ¡Ja!

Era muy malo que ella fuera la enemiga. Esta beldad de pelo renegrido habría sido una buena nuera. Habría tenido hijos con fuerza y coraje sin igual. En realidad, era una lástima.

Los sirvientes, que llegaron en último término, cayeron todos alrededor de Brenna. Corría la sangre por todas partes. Los gritos de la cámara de recepción habían cesado. Dos vikingos salieron de allí riendo y palmeándose las espaldas antes de reunirse a los demás para saquear la mansión. Linnet y Cordelia, ¿estaban muertas?, se preguntó Brenna.

De la cima de la escalera llegó otro grito espasmódico y Brenna se volvió y vio su origen. Alane estaba allí, con una daga corta en la mano. El arma cayó de sus dedos y Brenna vio, horrorizada, que la vieja sirvienta, con el rostro gris y los ojos desorbitados, caía por la

escalera para terminar en un charco de su propia sangre. Un hacha estaba grotescamente clavada en su espalda, de la que manaba a borbotones la sangre carmesí.

Fue el horror final, el último acto de locura que empujó a Brenna más allá de sus resistencias. Algo estalló en su mente y la oscuridad la envolvió, aunque no alcanzó a borrarlo todo, porque todavía siguió oyendo voces y manteniéndose erecta. Alguien, otra persona, gritaba y gritaba. Sonaba muy cerca, ella sabia que si estiraba una mano podría tocar a quienquiera que producía ese grito torturante. Pero no podía mover sus brazos. No importaba cuánto se esforzaba, no podía moverlos.

- Anselmo, ¿puedes hacer que esa mujer cese de gritar? Su locura está empezando a inquietar a los hombres. Ellos preferirían entregarla a Hel que escuchar eso.

- Hay una sola forma que conozco - replicó Anselmo el Ansioso, con voz cansada.

Brenna no sintió el golpe, pero por fin la oscuridad fue total. Ya no oyó el terrible alarido de la persona querida.

7

La marcha hasta la costa fue lenta. El viaje de regreso llevó dos horas más que el de venida Los caballos, el ganado, los cerdos y los carros cargados con el botín hacían más lento el avance. Pero llegaron al barco antes de que cayera la noche.

El largo navío vikingo era un horror para las prisioneras, todas mujeres. Era un barco esbelto de dieciocho metros de largo y por lo menos cinco de ancho en el medio. Sobre la proa habían tallado intrincadamente un monstruo del infierno de maligno aspecto. Este barco las arrancada de su tierra y cortaría todos los lazos con el mundo que conocían.

El orgulloso navío vikingo estaba encallado en una pequeña caleta oculta por árboles altos. Dos hombres habían quedado para custodiarlo. Les habían ordenado hacerse a la mar en caso de problemas. Pero no hubo problemas y los centinelas recibieron a los guerreros que regresaban con gritos y vivas.

Habitualmente, los vikingos pasaban la noche en tierra; pero debido a la cantidad de enemigos que habían escapado a los bosques durante el ataque, posiblemente en busca de ayuda, y también a las huellas que habían dejado detrás al trasportar el ganado, Anselmo el Ansioso izó esa noche la vela cuadrada de color púrpura.

Un puñado de hombres ofreció el sacrificio a Thor para asegurarse buen viaje mientras las demás ponían la carga a horda.

Las mujeres fueron embarcadas en la popa, donde se levantó para ellas una improvisada tienda. Fuera de eso, las dejaron tranquilas. Los hombres habían saciado su sed de sangre y satisfecho sus apetitos carnales, y no necesitarían volver a hacerlo hasta que el barco tocara tierra otra vez.

Todas las mujeres habían sido violadas, algunas varias veces, excepto Brenna, quien hasta después que el barco zarpó siguió inconsciente par el golpe que le había dado Anselmo. Eran siete prisioneras en total: Linnet y Cordelia junto con Enid y otras tres jóvenes de la aldea. La mayoría de los hombres habían muerto, salvo los que lograron huir a los bosques o los que quedaron tan gravemente heridos que no podrían durar hasta la noche.

Brenna sabía todo esto y para ella era una tortura adicional. Había fracasado en la protección de su gente y en su propia protección. Su derrota a manos del jefe vikingo, un hombre que ya había dejado atrás la juventud, era un golpe vergonzoso que no podía soportar. Su odio a ese hombre superaba todo razonamiento. El la había dejado indefensa: él la había golpeado. El había demostrado, de una vez por todas, que era una mujer. Tendría que pagar por esto y por todo lo demás.

El navío se deslizaba sobre las olas como un esbelto monstruo, dejando atrás a Gales. Las mujeres eran alimentadas dos veces al día con bacalao seco, carnes ahumadas, panes achatados y mantequilla. Era una comida seca y fría que muchas no podían retener. Cordelia corría frecuentemente al costado del banco para vaciar su estómago. Los hombres encontraban esto divertido y sus risotadas aumentaban la vergüenza de las mujeres.

Brenna comía sólo lo suficiente a fin de conservar sus fuerzas para el objetivo que se había propuesto: matar a Anselmo el Ansioso. No quería hablar con sus compañeras ni escuchar sus temerosos lloriqueos. Linnet trató de consolarla, pero ella no podía tolerar ninguna blandura y ni siquiera le dirigió la palabra. Su vergüenza era demasiado grande, su amargura demasiado nueva. Prudentemente, Linnet renunció por el momento.

Anselmo el Ansioso se acercaba de tanto en tanto para observar a Brenna. Era un hombre enorme, con la corpulencia de un oso. Su pelo era de color leonado, como la barba que le cubría la cara, y tenía ajos azules y penetrantes.

Era un hombre capaz de infundir temor en los corazones de sus enemigos, pero no en el de Brenna. Cuando la miraba con curiosidad, y parecía que casi con admiración ella le sostenía la mirada con ojos tan cargados de hostilidad y odio venenosos que él se alejaba malhumorado.

Anselmo casi lamentaba lo que había hecho, pero nunca lo admitiría en voz alta.

Había dado su palabra de honor a un enemigo. Sin embargo, no había deshonor en quebrantar la palabra dada a un enemigo. A un amigo, sí; pero no a un enemigo.

Quien había arreglado el matrimonio prometió que muchas riquezas acompañarían a la novia y, sin sospecharlo, reveló dónde se encontraban. No habría novia para el hijo de Anselmo , pero el oro estaba allí para quien quisiera tomarlo. El jefe regresaba a su casa más rico y sus hombres tenían su parte y estaban contentos.

Cuando Anselmo miraba a la joven le divertía su expresión de desafío. El orgullo de ella igualaba al de él, pero él se preguntaba cuánto le duraría. El pensamiento de que un espíritu así pudiera terminar quebrantado le dejaba un regusto amargo en la boca.

Recordaba haberla observado peleando con el hombre al que había herido. La había tomado por un jovencito esbelto y se sorprendió de la destreza con que luchó contra semejante fuerza bruta, Fue un placer contemplar tanto coraje que tan preciado era entre su pueblo. Se había sentido renuente a matarla aun cuando la creía un varón, pero no pudo permitirse perder más hombres por culpa de ella. Y entonces, descubrir que era la joven ofrecida en matrimonio a su hijo, y que era una hembra tan hermosa además...

Después del valiente esfuerzo y el notable despliegue de coraje de ella. Anselmo sintióse decepcionado al verla desmayarse. Cuando vio morir a la vieja pelirroja, ella enloqueció y empezó a gritar y gritar con sus pequeños puños apretados contra sus sienes. ¿Había visto caer a su padre? ¿La mujer pudo ser su madre? Pero no, la mujer mayor, de pelo negro, que ahora estaba cerca de ella se le parecía más. Si por lo menos pudieran hablar la misma lengua, entonces tendría las respuestas que buscaba. Pero tendría que esperar hasta llegar a su tierra, donde Heloise podría hablar con las cautivas.

Por ahora, sólo podía preguntarse acerca de esta beldad celta. Era una joya, sin duda, y resolvió mantener a sus hombres alejados de ella. Su virginidad la hacía aún más valiosa seguramente, sería del agrado de su hijo Garrick.

Navegaron por el mar de Irlanda y se detuvieron en la isla de Man para pasar la noche y preparar una comida caliente. Los hombres que lo desearon violaron otra vez a las mujeres, pero no se acercaron a Brenna y a su mirada de odio salvaje. Algunos la creyeron loca.

Pronto estuvieron en el Canal del Norte navegando frente a la costa escocesa, donde pasaron otra de las noches que tanto temían las mujeres. Después se detuvieron en las Hébrida, donde se habían establecido muchos hombres de su raza. Allí se quedaron dos días. Luego pasaron frente a las islas Orkneys. La última noche en tierra la pasaron en las islas Shetland.

Después de esto, entraron en el mar desconocido y profundo, donde no había tierra a fácil alcance y donde pululaban monstruos y dragones de tamaño increíble que en cualquier momento podían emerger y devorarlos vivos a todos, o por lo menos, ésa era la constante queja de las mujeres. Ellas preferían enfrentar cualquier cosa antes que lo desconocido. Una inesperada, violenta tormenta no ayudó a calmar sus temores. Olas enormes se abatieron sobre el barco y el océano les abrió los brazos. Allí, serpientes con lenguas feroces estaban esperando. Hasta Cordelia, cuyas burlas a la silenciosa retirada de su hermanastra y cuya actitud condescendiente hacia Brenna estaban en el punto más alto, quedó reducida a llorar lastimeramente por su vida hasta que la tormenta pasó.

Linnet tenía gran dificultad en tratar de calmar a las mujeres, pues sus propios nervios estaban agotados. Rogaba a Brenna que la ayudase, pero no recibía respuesta. Comprendía algo de lo que Brenna estaba sintiendo y por qué seguía sumida en el silencio, pero creía que no era éste el momento de abdicar de su liderazgo. Unas pocas palabras animosas de la joven hubieran calmado los temores de las otras. Cordelia tampoco podía ayudarla, pues gritaba y lloraba como si el mundo estuviera acabándose.

Si Linnet no hubiera estado tan afligida ella misma, casi hubiese sentido placer al ver el estado a que CordeIia había quedado reducida. Era indignante que la joven no hubiera vertido una sola lágrima por la pérdida de su marido. Sólo pocas horas antes, la insolente había estado jactándose de que no tenía miedo a lo que le deparase el futuro, tan segura se sentía que todos los hombres de a bordo, incluido el jefe, la deseaban a ella más que a todas las demás, especialmente desde que a Brenna la dejaban tranquila. Cordelia estaba segura de que podría encontrar para ella una posición cómoda en la nueva tierra.

Quizá Cordelia no se jactaba en vano. Eran más los hombres que la buscaban cada vez que pasaban la noche en tierra. Y ella ya no se les resistía como hiciera la primera vez. Hasta el jefe buscaba a Della.

Linnet se estremeció al recordar su propia violación a manos de dos de esos brutos que entraron violentamente en la cámara de recepción aquel funesto día. Desde entonces sólo las molestaron una vez, y fue, nada menos, el mismísimo jefe, quien por lo menos no se mostró tan rudo como los hombres más jóvenes. En realidad fue un tierno interludio, porque ella había perdido la voluntad de luchar y él fue gentil a su modo. Ella llevaba largo tiempo de viuda y en muchos años no había tenido un hombre. Sin embargo, Linnet rezaba para que no volviera a suceder. Nada podía esperar de Anselmo Haardrad de Noruega, pues él, según palabras de Fergus, ya estaba casado. No había nada que Linnet pudiese esperar, en realidad.

La tormenta no duró demasiado, pero dejó a todos flojos y exhaustos. Un día, después, milagrosamente, avistaron tierra. La larga línea de la costa noruega se extendía hasta donde alcanzaba la vista. No volvieron a detenerse por provisiones, sino que deseosos de llegar, navegaron día y noche, cada vez más al norte, hasta que por fin cambiaron rumbo y se dirigieron hacia tierra, al fiordo de Honen.

Promediaba el verano y el verde brillante de los árboles y la hierba fue una bendición para los ojos. El cielo era de un color azul profundo y salpicado de nubecillas blancas. Adelante, una masa de nubes aparecía aislada en el cielo, en forma de un poderoso martillo: el martillo volador de Thor.

Las mujeres vieron la nube, pero nada sabían de eso. Los hombres, en cambio, soltaron un grito ensordecedor. Era una buena señal, porque significaba que Thor les daba sus bendiciones.

Rocosos acantilados se levantaban a ambos lados del barco como empinadas murallas. Cuando las orillas fueron otra vez parejas, el navío se dirigió a la costa impulsado por los remos.

El viaje habla terminado.

8

El caserío era rústico, por decir lo menos. Apenas a unos cuatrocientos metros del fiordo se levantaba una gran casa sin ventanas hecha de madera, flanqueada por varias casas más pequeñas y cobertizos para el ganado. En los campos, más allá del caserío, había otras casas primitivas bastante separadas.

Unas cuantas mujeres y niños, acompañados por muchos perros corrieron al embarcadero para recibir a los hombres; otras esperaron cerca de la casa principal. Brenna y las otras mujeres fueron atadas de las muñecas antes de desembarcar como si fueran una carga ordinaria, y dos hombres las escoltaron hasta una de las casas más pequeñas.

Todos los ojos siguieron a la delgada figura de negro que caminaba con andar orgulloso y sin temor. Las otras cautivas se movieron con lentitud. Fueron empujadas al interior de la casita y la puerta fue cegada y asegurada desde afuera. Quedaron rodeadas, de oscuridad.

- ¿Y ahora, qué pasará? - gritó Enid.

- Si lo supiera, no estaría tan asustada - respondió otra muchacha - Esto de no saber es lo más terrible.

- Pronto lo sabremos, tened la seguridad - dijo Cordelia con impaciencia - . ¡Esta oscuridad es insufrible! ¿Habéis visto que ninguna de esas casas tiene ventanas? ¿Estos valientes vikingos tendrán miedo de la luz?

- Estamos muy al norte, Della - replicó Linnet - . Supongo que acá hace más frío, que en todos los inviernos que habéis conocido. Las ventanas, no importa lo bien tapadas que estuviesen, dejarían entrar el frío.

- Vos tenéis una respuesta para todo - siseó Cordelia con sarcasmo - . ¿Cuál será nuestro destino, Linnet? ¿Qué será de nosotras?

Linnet suspiró de cansancio. Estaba en el centro de la habitación junto a Brenna, pero no podía ver nada en las negras tinieblas. No podía decir lo que temía: que ahora, todas eran nada mas que esclavas. No había razón alguna para asustar aún más a las jóvenes muchachas, porque sus sospechas todavía no estaban confirmadas.

- Como vos dijisteis, Della, lo sabremos muy pronto - respondió por fin Linnet.

Brenna guardó silencio, incapaz de ofrecer tranquilidad. Ella también adivinaba cuál seria el destino de todas, pero su mente retrocedía ante esa posibilidad.

Su frustración por su incapacidad de protegerlas cuando más la necesitaban la hacían tener la boca cerrada en una fina línea ¿Qué podía hacer sin un arma y con las muñecas atadas? Habían sido violadas y maltratadas, pero ella no había podido impedirlo.

El hecho de que no la hubiesen violado no le servía de mucho consuelo. Sólo podía suponer que la reservaban para el casamiento convenido. Eso no sucederá jamás, porque prefería morir a ser novia de un vikingo. Sólo deseaba vengarse y de alguna manera lo lograría.

El navío fue descargado, el botín encerado en la casa del tesoro y el ganado llevado al campo. En la casa principal estaban preparando un festín. Un gran jabalí giraba en un asador en el centro de la habitación. Las esclavas, se afanaban en el área de cocinar preparando panes achatados y fuentes de pescado.

Los hombres, reunidos alrededor de largas mesas en la estancia principal, no perdían tiempo y hundían sus jarras en un gran recipiente de hidromiel. Algunos se desafiaban a quién bebía más; otros apostaban a los bebedores. El gran sillón en forma de trono de la cabecera de la mesa estaba vacío, pero la presencia de Anselmo todavía no era echada de menos.

En la casa de baños hervían calderos de agua sobre un fuego. El humo y el vapor se combinaban para irritar los ojos. Una tina gigante, lo bastante grande para acoger a cuatro o mas sin dificultad, estaba en el centro de la habitación.

Con una copa de hidromiel en la mano, Anselmo descansaba en la tina, con el agua hasta la cintura. Una bonita muchacha esclava se inclinaba sobre un costado y le frotaba la espalda. Su hijo primogénito, Hugh, estaba sentado en un banco contra la pared.

- ¿Seguro que no queréis acompañarme? - preguntó Anselmo de mal humor, y en seguida continuó - : Maldito fastidio, este baño ritual que me impone tu madre. En cualquier

otro momento no me importaría, pero ella sabe que estoy ansioso por unirme al festín y lo mismo me obliga a venir primero aquí.

- No estáis solo, padre - repuso Hugh con una sonrisa - . Nos hace lo mismo a mí y a Garrick cuando regresamos de nuestras incursiones. Ella debe suponer que la sangre de nuestros enemigos sigue adherida a nuestra piel y que debe ser limpiada enseguida.

- Cualquiera que sea la razón - gruñó Anselmo - Loki se ríe de mi disgusto. No sé por qué me someto a esto.

Hugh rió abiertamente y sus penetrantes ojos azules brillaron con vivacidad.

- Habéis dicho más de una vez que vuestra esposa gobierna el hogar y vos gobernáis el mar.

- Muy cierto, excepto que esa mujer se aprovecha del poder que le he dado. Pero basta ¿Garick ha regresado?

- No.

Anselmo se puso ceñudo. La última vez que su segundo hijo no había regresado para el invierno lo tomaron prisionero los cristianos. Pero entonces él estaba haciendo incursiones de pillaje. La primavera anterior a la última Garrick había zarpado para probar suerte en el comercio, así que Anselmo todavía no se afligiría, por lo menos hasta que volviera el frío.

- ¿Y mi bastardo, Fairfax, dónde está?

- Pescando ballenas, frente a la costa - respondió secamente Hugh

- ¿Cuándo partió?

- Hace una semana.

- De modo que regresará pronto.

Hugh se puso de pie. Era un hombre de treinta años, de contextura robusta, viva imagen de su padre. Detestaba a su medio hermano y le molestaba cualquier atención que su padre le dedicara.

- ¿Por qué te preocupas por él? Es verdad que su madre es una mujer libre, pero él es lo mismo un bastardo, nada diferente de los que engendraste con las esclavas.

Anselmo entornó sus ojos azules.

- Las otras son mujeres. Tengo solamente dos hijos legítimos y a Fairfax. No me reproches mi preocupación por él.

- ¡ Loky se lo lleve! No es vikingo. ¡Es un flojo!

- Mi sangre, aunque en poca cantidad, está en sus venas. No volveré a hablar de ello. Ahora, decidme qué sucedió durante mi ausencia. ¿Hubo problemas con el clan Borgsen?

Hugh encogió sus anchos hombros y volvió a sentarse.

- Dos vacas fueron halladas muertas cerca de los campos, pero no hubo pruebas que acusaran a los Borgsen. Pudo ser obra de un esclavo descontento.

- ¿Pero vos lo dudáis, hijo?

- Sí. Lo más probable es que hayan sido Gervais o Cedric, o uno de sus primos. ¡Nos están pidiendo, no, rogando represalias! ¿Cuándo nos daréis licencia para atacar?

- Esta diferencia se zanjará limpiamente - replicó Anselmo con fastidio - Nosotros fuimos los últimos que atacamos abiertamente.

- ¿De modo que ahora les toca a ellos? - dijo Hugh con voz cargada de sarcasmo - . i Thor! Que vos y Latham Borgsen hayáis sido una vez amigos no es razón para conducir esta batalla con honor. Han pasado años sin derramamiento de sangre.

- Estáis demasiado acostumbrado a combatir a nuestros enemigos extranjeros, Hugh. Nunca habéis luchado con los nuestros. Se hará con honor. Latham no puede ser culpado de lo que pasó, pero tiene que responder por sus hijos y ponerse de su parte.

- ¿Olvidáis que perdisteis vuestra única hija legítima a causa de sus hijos? - dijo Hugh.

- No lo olvido. Odín es mi testigo, un día los otros pagarán como pagó Edgar. Pero no habrá ataques sigilosos, nada de juego sucio. Se hará con honor - Anselmo se levantó de la tina y fue rápidamente envuelto en una bata de lana por la hermosa esclava - ¿Supongo que también aparecieron muertas dos vacas de ellos?

Hugh sonrió y pareció relajarse.

- Sí - dijo.

- Bien - repuso Anselmo - . De modo que otra vez les toca a ellos. Y ahora que Heloise no puede criticarme por nada, me vestiré y me reuniré con vosotros en el festín.

- Me dijeron que regresasteis con cautivas.

- Así es. Siete en total.

- Siento curiosidad - continuó Hugh - . Dicen que también venía un hombre pequeño con pelo negro muy largo. Ya tenéis suficientes esclavos varones. ¿Por qué trajisteis a ése?

Anselmo rió por lo bajo y los ángulos de sus ojos se arrugaron.

- Ese de quien habláis es una mujer. En realidad, es la que ellos querían casar con vuestro hermano.

- ¿Eh? ¿Lady Brenna? Estoy ansioso por verla.

- Ella tiene un coraje que nunca había visto en una mujer. Luchó con nosotros espada en mano y hasta hirió a Thorne. Fue un espectáculo magnífico de contemplar.

- Yo la quiero.

- ¿Qué?

- Dije que la quiero - repitió Hugh - Garrick detesta a las mujeres y vos tenéis a Heloise. Mi esposa es tímida, lo mismo mis esclavas. Quiero una mujer con espíritu.

- Ni siquiera la habéis visto aún - señaló Ansehn con los labios ligeramente vueltas hacia arriba - Esta pequeña beldad tiene mas espíritu del que podríais desear. Es malignamente hostil, llena de amargo odio.

- Su espíritu puede ser doblegado - dijo Hugh, con los ojos brillantes de anticipación - La quiero lo mismo.

- No es necesario que su espíritu sea doblegado - dijo Anselmo con dureza - . Mi deseo es dársela a Garrick Ella es lo que él necesita para terminar con su odio a las mujeres - no añadió que Brenna todavía era virgen, porque entonces Hugh seguramente la querría y como primogénito tenía derecho a exigirla - . Hay una mujer de pelo rojizo y con espíritu que puede ser mas de vuestro agrado. Tiene mejores curvas, como os gustan a vos y es más complaciente.

- ¿Y si escojo a lady Brenna?

- Me agradaría que no lo hicierais, Hugh - le advirtió Anselmo .

- Veremos - repaso Hugh, sin comprometerse cuando salían de la casa de baños.

9

La puerta se abrió con violencia. El polvo se arremolinó y quedó flotando suavemente en el rayo de luz solar, que cayó sobre el piso de tierra de la pequeña casa.

Cuando las prisioneras fueron sacadas al patio, todas se protegieron los ojos del sol deslumbrador. Las escoltaron hasta la casa principal; las empujaron por la puerta abierta que dejaba escapar el humo de los fuegos y las dejaron paradas en el centro de la estancia atestada.

Linnet reconoció a los hombres sentados ante dos largas mesas y en bancos contra la pared. Eran del barco, Muchos estaban reunidos en el extremo de una mesa donde se desarrollaba un juego. Un hombre grande, a quien no había visto antes, examinaba un hermoso caballo gris que había sido traído a la habitación con las mujeres. Linnet ahogó una exclamación cuando vio que era Willow, la yegua de Brenna. Si Brenna viera eso, Linnet no se atrevía a pensar en lo que su, sobrina sería capaz de hacer.

Afortunadamente, no Io vio. La joven miraba con disimulado odio a Anselmo el Ansioso y ni siquiera miró las caballos cuando fueran sacados de la habitación.

Anselmo ocupaba la cabecera de una mesa. Era servido por jóvenes muchachas vestidas de lana rústica sin reñir, esclavas, sin duda. A su lado había una mujer no mucho mayor que Linnet, lujosamente vestida de seda amarilla. Junto a ella estaba otra mujer, joven y rolliza, con el mismo pelo rubio que tenía la mayoría de la gente de aquí.

El hombre alto que examinó a Willow vino donde estaban las prisioneras.

Empujó a Linnet a un lado y se detuvo frente a Brenna. Le levantó el rostro para examinarlo, como hiciera momentos antes con la yegua, pero ella lo golpeó en la mano con sus muñecas atadas y con ojos llenos de furia lo desafió a que volviera a tocarla.

Brenna olió la masculinidad de él, el olor a sudor y a caballos. Se parecía tanto a Anselmo el Ansioso que si ella hubiera tenido un cuchillo le habría cortado alegremente la garganta, y al demonio con las consecuencias. Miró con codicia la daga que colgaba del ancho cinturón del hombre, pero la risa profunda de él la hizo levantar nuevamente la vista.

- ¡Por Thor, si que es bella!

- Tal como dije, Hugh - replicó Anselmo desde su lugar en la mesa

Hugh se sonrió y se movió de izquierda a derecha para mirarla desde ángulos diferentes. Los ojos de Brenna no reflejaban ningún temor pese a que sabía que estaba indefensa con las muñecas atadas adelante, a menos que pudiera aferrar un cuchillo con ambas manos. Tan absorta estaba en este pensamiento que no notó que Hugh se le acercaba aún más.

Susurrándole al oído, de modo que nadie que entendiera su lengua pudiese oirlo, él dijo:

- Arrancaré esa expresión sanguinaria de vuestros ojos, milady, Quebrantaré ese espíritu que tanto admira mi padre.

El no pudo saber que ella entendió cada una de sus palabra.

Brenna sintió mas irá, que deprecio por esta fanfarronería hasta que un brazo la atrajo y él aplastó sus labios hambrientos contra los de ella Con una mano le cubrió los pechos y los retorció cruelmente, mientas la ahogaba con su fuerza. Los brazos de ella de nada le servían, atrapados entre su cuerpo y el de él, pero sus dientes se cerraron sobre la lengua que violaba su boca. El se apartó justo a tiempo y le dio un empujón, de modo que ella cayó entre las otras mujeres.

- ¡Hija de Hell - gritó Hugh y se adelantó para golpearla, pero fue detenido por Anselmo , quien gritó su nombre, Hugh bajó el brazo y se volvió a su padre con aire acusador - ¡Ella quiso derramar mí sangre sin importarle que por eso habría muerto!

- Os advertí que está llena de odio - replicó Anselmo . - Un odio por el que sería capaz de morir

- ¡Bah! Está loca, creo. Dadla a mi hermano Garrick, entonces, como es vuestro deseo. El odia a las mujeres y gozará maltratando á ésta. Dejadlo que use este cuerpo para descargar su odio y veremos si no se matan entre ellos. Yo tomaré la hembra de pelo de fuego.

- Basta de charla, Hugh - dijo la mujer vestida de seda amarilla en tono de reproche - . ¿Olvidáis que vuestra madre y vuestra esposa están presentes?

- Perdonadme, señora - replicó Hugh sin amedrantarse - Lo olvidé, ciertamente. He terminado aquí. Ahora podéis hacer como quiere mi padre e interrogar a las cautivas.

- No estaba enterada de que necesitaba el permiso de mi hijo para hacerlo - replicó la mujer en tono frío y autoritario.

Fuertes risotadas de los que escuchaban el diálogo irritaron a Hugh. Una mirada de advertencia de su padre lo contuvo. Hugh abrió los brazos.

- Perdonadme otra vez, señora. Sé que no debo entablar duelos verbales con vos.

Brenna hervía por dentro. Había oído con claridad lo que Hugh había dicho sobre ella, tal como lo habían oído lodos los que lo entendían. ¿ Darla a Garrick? ¿ Dejarlo que la maltratase con su odio a las mujeres? Bueno, muy pronto se enteraría de que ella no toleraba los malos tratos. El hombre con quien creyó que se casaría moriría si osaba tocarla, ¡Dios, cómo los odiaba a todos ellos!

Linnet se mantenía alerta, aprensiva. Se esforzó para no interferir cuando el vikingo empujó a Brenna, en la esperanza de que ese rudo tratamiento sacara por fin a la joven de su rencoroso silencio. Pero no fue así. Deseaba fervientemente poder entender lo que decían, y lamentó no haber acompañado a su sobrina durante las lecciones de Wyndham. Ah, qué poco del futuro adivinaba entonces. ¿Cómo podría comunicarse con sus raptores y hasta descubrir su verdadera situación, a menos que Brenna quisiera hablar con ellos? Sólo ella conocía su idioma.

La ansiedad de Linnet fue aliviada momentos más tarde, cuando la dama vikinga vestida de seda amarilla dejó la mesa y vino a pararse frente a ellas. Era una mujer menuda, graciosa, con pelo castaño y ojos almendrados de color castaño oscuro.

- Soy Heloise Haardrad. Mi marido es Anselmo el Ansioso, jefe de nuestro clan y el hombre que os trajo aquí. Linnet, rápidamente se presentó y presentó a las demás. Después preguntó:

- ¿Cómo es que habláis nuestra lengua?

- Como vos, fui traída a estas tierras hace muchos años, aunque en mejores circunstancias. Fui prometida a Anselmo y nos casamos. Soy cristiana como supongo lo sois vosotras.

- ¡Sí, por supuesto! - Heloise sonrió.

- Pero también venero a los dioses de mi esposo, para complacerlo a él. Os ayudaré en todo lo que pueda, pero comprended que mi lealtad está aquí.

Linnet se hizo fuerte para formular la pregunta que dominaba las mentes de todas.

- ¿Qué será de nosotras?

- Por el momento, sois prisioneras de mi marido. A él le corresponde decidir qué se hará con vosotras.

- ¿Entonces somos esclavas?- preguntó Cordelia en tono altanero, aunque tenía pocos motivos para mostrarse arrogante. Heloise enarcó una ceja en dirección a Cordelia

- Perdéis vuestros derechos cuando sois capturadas. . Me sorprende que tengais necesidad de hacer esa pregunta. ¿Creísteis que seríais traídas aquí y dejadas en libertad, y que se os darían casas y propiedades? No, vosotras sois la propiedad. Perteneceréis a mi marido, o a cualquiera a quien él decida daros. No me gusta mucho el término esclava. Prefiero «sirvienta», no diferente de las que debéis de tener en vuestra tierra.

- ¡Nuestros sirvientes eran libres! - dijo Cordelia.

- Podéis llamarlos libres, pero, en realidad, no lo eran. Y vos, mi muchacha, será mejor que aprendáis rápidamente vuestro lugar, o nada bueno te ocurrirá.

- Ella tiene razón, Cordelia - dijo Linnet quedamente- . Por una vez, sujeta tu lengua.

Cordelia se volvió, malhumorada, y la ignoró. Heloise rió por lo bajo.

- Creo que vos y yo podemos hacernos amigas, Linnet.

- Eso me agradaría - respondió Linnet con sinceridad. En este momento necesitaba una amiga más que cualquier otra cosa.

- Es lamentable que estéis aquí - continuó Heloise sin vacilar - . Pero espero que os adaptéis rápidamente. Yo no apruebo las incursiones de pillaje de mi esposo y su regreso con

prisioneros, pero poco tengo que decir sobre esa parte de su vida. Comprendo que vos y vuestra familia fuisteis engañados para que creyerais que habría una alianza y lamento mucho eso.

- ¡Vuestra esposo dio su palabra! - interrumpió Cordelia otra vez - ¿Un vikingo no tiene honor?

¡Dolía!

- No la culpo por sentirse defraudada. Sí, mi marido tiene honor, pero no para aquellos a quienes considera enemigos. El dio falsamente su palabra a vuestro intermediario, el hombre que enviasteis aquí. Sabed que mi hijo menor, Garrick, fue tomado prisionero por vuestro pueblo y tratado con crueldad. Desde entonces, mi esposo odia a los celtas. El no tenía intención de cumplir su palabra cuando la dio. Nunca permitiría que nuestro hijo se casara con una celta.

- ¿Ese hombre es Garrick? - preguntó Linnet con curiosidad, y señaló al vikingo alto - ¿El que miró de cerca a mi sobrina?

- No, ése es mi hijo mayor, Hugh. Garrick no está aquí, aunque si estuviera no sería diferente. No puede haber casamiento, comprendedlo.

- Sí.

- Garrick nada sabe de esto. El zarpó en la primavera, antes que enviarais aquí a vuestro hombre. Siento sinceramente lo que ha ocurrido, especialmente el engaño. Si pudiera cambiar vuestra suerte, lo haría.

- ¿Permitiríais que ellos oyeran esas palabras? - Heloise rió.

- Ellos no pueden entendemos. Yo no enseñé mi lengua a mi esposo; aprendí la suya. Mi marido sabe lo que siento hacia los cautivos, sabe que no lo apruebo. Como podéis ver por las sirvientas que tenemos aquí, todas las cuales fueron capturadas en una u otra ocasión, yo no puedo detenerlo. Esta es nada más que otra parte de la vida vikinga.

- ¿Qué será de mi sobrina ?- preguntó Linnet con honda preocupación.

- Será obligada a servir, como el resto de vosotras - respondió Heloise y se volvió a Brenna- . ¿Entendéis, criatura?

Brenna nada dijo y Linnet suspiró.

- Es empecinada y rencorosa - dijo-. No aceptará lo sucedido.

- Tendrá que aceptarlo - dijo gravemente Heloise -. Yo no os mentiré Si ella creara dificultades, sería vendida inmediatamente en uno de los mercados lejos de aquí, o sería muerta.

- ¡No! - exclamó Linnet.

Brenna demostró su desprecio raudo a Heloise con hostilidad antes de volverse y caminar muy erguida hasta quedar detrás del grupo

- No os aflijáis todavía - dijo Heloise - . A la muchachita se Ie dará tiempo para adaptarse. Mi esposo admiró su coraje; él no desea que ellas sufran daño alguno

Linnet miró con preocupación en la dirección de Brenna

- Temo que ella misma se cause daño - dijo.

- ¿Que se quite la vida?

- No, que busque vengarse, Nunca he visto un odio semejante. Ha permanecido silenciosa desde que nos tomaron prisioneras. Ni siquiera me habla a mí.

- Su rencor es comprensible, pero no será tolerado mucho tiempo.

- Vos no sabéis por qué ella está más llena de odio que el resto de nosotras - dijo Linnet rápidamente - Su padre murió el día antes del ataque y ella todavía tiene que recobrarse de eso. Nunca estuvo de acuerdo con el casamiento con vuestro hijo, pero su padre había dado su palabra y ella estaba decidida a hacer honor a la misma. De modo que estaba dispuesta a recibir a su prometido, no a vuestro esposo, quien nos atacó sin advertencia. Brenna vio demasiadas muertes ese día. Su cuñado, sus sirvientes, murieron frente a ella. Oyó los gritos de Cordelia y los míos cuando... cuando...

- Entiendo. Continuad.

- Y entonces Brenna fue vencida Para comprender lo que eso fue para ella, debéis saber

que nunca había sido vencida antes. Era la hija de su padre, criada sin su madre, quien murió al traerla al mundo. El no sabía nada de criar hijas y le enseñó todo lo que le hubiera enseñado a un hijo varón. Ese día, cuando fue derrotada, supongo que sintió como si le fallara a su padre. Y después, su sirvienta personal, una mujer que era como una madre para ella, fue brutalmente asesinada. Entonces Brenna gritó y lloró histéricamente por primera vez en su vida. Ahora debe de sentir vergüenza, no por eso, sino por haber sido incapaz de ayudar y socorrer a su gente. Desde entonces se mantiene callada y taciturna.

- Es una lástima - admitió Heloise, con sus ojos oscuros pensativos - Pero es una joven inteligente, ¿verdad? Comprenderá que no tiene otra alternativa que aceptar lo que le ha sucedido.

- ¿Por qué iba a aceptar? - preguntó Cordelia, después de escuchar en silencio todo el tiempo que pudo - . ¿Qué hay aquí para ella, o para cualquiera de nosotras? ¿Pero Brenna? ja! No sabéis lo que es el orgullo si no la conocéis. Miradla ahora. No quiere dirigiros la palabra y mucho menos querrá serviros. ¡Primero tendréis que matarla!

Heloise sonrió y miró a Cordelia con ojos duros.

- Si ella quiere servir o no, no es asunto mío. Ella ha sido dada a Garrick e irá a la casa de él. Vos, por vuestra parte, caéis bajo mi dominio, puesto que Hugh os ha escogido, y él y su esposa viven aquí en mi casa. Hugh es vuestro dueño, pero yo gobierno esta casa y vos seréis responsable ante mí.

Cordelia se puso de color ceniza, pero no dijo nada. No le gustaba quedar bajo las órdenes de esta mujer, pero había visto la mirada que el poderoso Hugh le dirigiera. Quizá no todo estaba perdido.

- ¿Se me permitirá acompañar a Brenna? - preguntó Linnet con ansiedad.

- No. Mi marido desea guardaros para él. Vos también os quedaréis aquí.

Linnet se ruborizó intensamente.

- Yo... yo... - no pudo terminar.

- No os aflijáis, Linnet. No soy mujer celosa. Aquí es común que nuestros hombres quieran solazarse con sus esclavas. Creo que no somos los únicos, que es igual en todo el mundo. Algunas mujeres no quieren tolerar en sus casas a las concubinas de sus maridos, pero yo no soy de ésas. De modo que quedaos tranquila. Aún sigo sosteniendo que seremos amigas.

- Gracias.

- En cuanto al resto de vosotras - dijo Heloise, otra vez con voz llena de autoridad - permaneceréis en mi casa por un tiempo, no muy largo. Cuando mi marido decida, seréis dadas a amigos de él, a aquellos que lo han servido fielmente. De hecho creo que vuestra suerte será como seguramente imagináis. Con el tiempo, todas os acostumbraréis.

10

Brenna fue puesta en un bote pequeño parecido a una canoa y llevada más lejos de la costa. La acompañó un solo hombre, Ogden, quien tenía instrucciones precisas de la esposa de Anselmo. El viaje fue corto. Pronto, altos acantilados volvieron a rodear el fiordo y tanto el agua como el valle quedaron envueltos en una sombría media luz. Entonces ella la vio: la casa de piedra de Haardrad, encaramada muy alto sobre el acantilado, semejando una extensión natural de la roca gris.

El vikingo que acompañaba a Brenna no estaba satisfecho con su tarea. Cuando estuvieron más cerca del embarcadero de madera, empezó a remar con más velocidad. Hubiera preferido, y hasta lo pensó fugazmente, cortar el cuello a la muchacha y arrojarla a las profundidades sin fondo del fiordo; ¿acaso ella no había herido a su hermano causándole así una vergüenza inaudita? Pero en ese caso Ogden hubiera tenido que responder ante Anselmo, por no mencionar a Garrick, quien ahora era dueño de la muchacha. Y para ser sincero, no había ningún honor en matar a una mujer, y menos a una que estaba atada e indefensa. Ahora ella no se parecía en nada a aquel zorro negro que peleó con tanta astucia contra su hermano. Pero Odgen lo mismo odiaba a esta mujer que vestía de negro y actuaba como un hombre y lo miraba con ojos de tigresa, encendidos y venenosos.

El embarcadero no estaba directamente debajo de la casa de piedra, sino remontando más la costa, donde el acantilado iniciaba su escamosa declinación. Aquí empujó rudamente a Brenna fuera del bote y la arrastró por un empinado sendero. El sendero era una estrecha huella hecha por los esclavos que llevaron las glandes piedras al sitio que Ulric había elegido para su casa. En la cima había un gran peñasco empujado a un lado. Si era necesario, podría ser usado para bloquear el camino desde el fiordo, la casa de Ulric sería una fortaleza excepcional en caso de guerra.

La casa se parecía a las moradas de madera de Noruega en un sólo aspecto: carecía de ventanas. Aparte de eso, era como las grandes mansiones de piedra que Ogden había visto en la costa escocesa: tenía chimeneas por las que podía escapar el humo, y un primer piso para vivir. En vez de mirar a los campos de atrás, la entrada de la casa estaba a un costado, donde crecían árboles añosos y retorcidos. Una casa depósito, cobertizos para el ganado y un establo estaban detrás de la casa; todas estas casas accesorias eran de madera.

Antes de morir, Ulric había dejado esta casa y unos pocos acres de tierra fértil a Garrick, en presencia de Anselmo , a fin de que no hubiese disputas después de su muerte. Anselmo , de todos modos no quiso la casa porque sus paredes de piedra la hacían fría en invierno. Para Garrick, sin embargo, fue una herencia. Pequeña, sí, pero la única que recibiría, puesto que, por tradición, todo lo que Anselmo poseía irla a parar a manos de Hugh, el primogénito.

Garrick no era agricultor como Ceden y otros ni tampoco pescador, como la mayoría, Era cazador, diestro con la derecha y el venablo, y su coto de caza eran los densos bosques que bordeaban su tierra. Le gustaba aventurarse en las áreas despobladas ir lejos de la costa donde abundaban el lince y el alce.

En Invierno, no se oponía a navegar por las tibias aguas, costeras tan lejos como hasta el Cabo Norte, en busca de osos polares. Como prueba de su destreza de cazador había reunido un gran cargamento de pieles a lo largo de dos inviernos, que se llevó para comerciar en el Oriente.

Aunque Garrick no era agricultor, permitía que sus esclavos cultivasen pequeñas parcelas y así, para su mesa, disponía de lechugas y judías, centeno para hacer pan y cebada parar el hidromiel que se consumía todas las noches.

Ogden había pasado una semana en la casa de Garrick el invierno anterior al viaje del joven a Oriente. Su hospitalidad fue tan generosa como la de su padre.

Generoso con la comida y la bebida, hasta dio a Ogden una bonita muchachita esclava para que le calentara la cama, cosa muy necesaria en esa casa tan fría. Ogden estimaba a Garrick y decidió pensativo que el joven no necesitaba este presente de su padre. Esta muchacha sería una espina en el costado de Garrick, un verdadero demonio capaz de rebanar la garganta de su amo mientras él dormía. Sin embargo, ella era un problema de Garrick y,

por el momento, de la mujer que dirigía la casa.

La entrada de la casa estaba abierta para dejar pasar la brisa del verano. El tiempo ya empezaba a ponerse más fresco, señal de que la estación del sol de medianoche se acercaba a su fin y de que había que prepararse para la larga noche invernal, cuando el sol abandonaba completamente a los pueblos del norte.

- ¡Ah! ¡Señora Yarmille! - gritó Ogden entrando con fuertes pisadas en el hall y llevando tras de sí a Brenna como una vaca atada.

- ¡Ogdenl - el sorprendido saludo vino de una abertura en el extremo del hall.

Esta parte de la casa había sido cerrada años antes con una nueva pared, porque Ulric, en su ancianidad, no podía tolerar el humo del fuego que se usaba para cocinar y ordenó que la comida se preparase detrás de este tabique. Otros también habían tratado de hacer lo misma, pero no por mucho tiempo, porque el calor de los fuegos de la cocina era más deseable que la ausencia de humo. Ella estaba en la abertura, vestida de lino color azul claro y con una banda asegurando su pelo color paja en apretado rodete detrás de la nuca.

- No sabía que Anselmo había regresado.

- Regresó hoy - replicó Ogden - . Ahora está desarrollándose el festín.

- ¡ De veras! –Yarnille Ie alzó una caja de color leonado. Esta mujer había sido una belleza en su juventud, pero ninguna huella quedaba de ello ahora que estaba cerca de los cincuenta años. Era notable que así fuera, pues no había llevado una vida excesivamente dura- . Espero que la incursión haya tenido éxito.

Ogden gruñó y soltó a Brenna

- Resultó muy bien – dijo - . Había un tesoro para todos y siete cautivas regresaron con nosotros. Un hombre subió al Walhalla, ¡ vaya suerte la suya! Mi hermano fue herido, pera no de gravedad - . Ogden no dijo cómo - . Creo que Anselmo le dará una de las cautivas, y otra será para la viuda del guerrero muerto.

- ¿Y ésta? - Yarmile señaló con la cabeza a Brenna, quien se mantenía erguida con el pelo renegrido cayéndole desordenadamente sobre los hombros- . ¿El os la dio a vos?

Ogden meneó la cabeza.

- A Garrick Ella esta que ofrecieron como su novia.

La historia había viajado lejos.

- ¿Es lady Brenna? Bien, bien. Así que Anselmo mantuvo su promesa - ante la mirada interrogativa del vikingo, ella explicó- Yo estuve allí después que se marchó ese intermediario tonto. Creo que las palabras de Anselmo fueron: “Una novia ofrecen, una novia Garrick tendrá, aunque no habrá boda".

Ogden rió porque conocía el odio de Anselmo hacia los celtas y sabía que nunca hubiera permitido una alianza semejante.

- Una novia sin votos nupciales... eso me gusta. Pero dudo que le guste a Garrick.

- ¿Por qué no? Ella es bastante atractiva. Con algo que no sean esas espantosas sobrecalzas, se vería hermosa.

- Puede ser, señora. Pero su belleza no disimula su odio.

Yarmille se acercó a la joven s la hizo volverse hacia la puerta para verla con mejor luz, pero Brenna volvió la cabeza hacia un lado y ni siquiera se dignó mirar a los ojos a la mujer

Yarmille arrugó el entrecejo.

- Empecinada, ¿eh?

- Sin duda - repuso Ogden torvamente - . Tiene la apariencia de una fugitiva y sin duda tratará de escapar en la primera oportunidad. También es peleadora, en realidad, está entrenada en las artes de la guerra. Así que tened cuidado, señora.

- ¿Qué tengo que hacer con ella? - Ogden se encogió de hombros.

- Hice lo que me ordenó la señora Heloise. Os la he entregado. Ahora está a vuestro cuidado, puesto que vos dirigís la casa de Garrick en ausencia de él.

- A ésta no la necesito - replicó Yarmille con irritación- . Cuando Garrick partió, se llevó consigo casi todos sus esclavos para venderlos y me dejó sólo unos pocos para cuidar este iceberg de casa. Y ahora me traéis a ésta, que debe ser estrechamente vigilada.

Librodot

- La señora Heloise sugirió que dejéis tranquila a la joven hasta que Garrick regrese y decida cómo la tratarla. Ella vendrá dentro de una semana para ver si esta dama ha aceptado su suerte.

- ¿Heloise vendrá aquí? - Yarmille rió. - Debe de estar muy preocupada por la muchacha para aventurarse aquí cuando Garrick no está en casa.

Ogden sabía de la antipatía que se tenían las dos mujeres. Anchar habían dado un hijo a Anselmo

- Mi turca está terminada dijo - . ¿Queréis regresar conmigo al festín, señora? Habéis sido invitada por Anselmo .

Los ojos azul claro de Yarmille se iluminaron de placer.

- Iré - caminó hasta la abertura que llevaba a la zona de cocinar y a la escalera - Janie, ven aquí.

Un momento después, una joven pequeña vestida con una túnica de lana basta se hizo presente.

- ¿Señora?

- Janie, llévate esta muchacha contigo. Bañala, aliméntala y después ponla a dormir en la habitación del amo por ahora. Más tarde decidiré donde la pondremos permanentemente.

- Sí señora - respondió la mujer y miró a Brenna con curiosidad.

- Ahora, Ogden, os agradeceré que llevéis esta muchacha a la habitación de Garrick y que la vigiléis hasta que venga un esclavo para custodiarla.

Para Brenna la semana pasó con exasperante lentitud. Perdió la noción del tiempo, La habitación donde estaba recluida era grande y fría, sin ventanas, y las dos puertas estaban siempre cerradas. Su cólera alcanzó una intensidad volcánica cuando la ataron a la gran cama de la habitación después del primer día, porque la altanera Yarmille pensó que destinar un esclavo para custodiarla era un desperdicio

La desataban de la cama sólo para comer, bañarse y aliviar sus necesidades, pero en esas ocasiones un esclavo acompañaba a Janie, aunque se quedaba fuera de la habitación. Los primeros dos días se negó a comer y arrojó la bandeja al suelo en un estallido de ira. Por fin habló, pero soltó tan demoníacas maldiciones que Janie se puso pálida y huyó corriendo de la habitación, dejando al esclavo que atara a Brenna. Ella se resistió y lo insultó también, pero poco pudo hacer con las muñecas todavía atadas Al tercer día, Brenna se sintió débil por falta de comida y empezó a comer otra vez, aunque a regañadientes. Siguió sin hablar e ignoró a Janie cuando la muchacha vino.

Las dos comidas que recibía por día eran espaciadas. Una se la servían antes que Janie empezara sus tareas; la otra, después que terminaba por ese día. Durante el largo intervalo, Brenna se sentía frustrada hasta las lágrimas por su incapacidad de moverse. El hambre no calmaba su furia, que se acentuaba con el paso de las horas.

Se sintió culpable y fastidiada por ser una carga para la pobre Janie, quien tenía que atenderla. Sabía que la muchacha trabajaba duramente todo el día y que desde su llegada tenía que trabajar todavía más. Janie tenía para ella palabras amables por la mañana, pero estaba agotada y silenciosa como Brenna al terminar el día. Brenna no podía culpar a la jovencita por sus modales bruscos al finalizar la jornada. Aunque todavía no hablaba con Janie, sentía pena por ella, emoción desusada en Brenna.

Janie hablaba la lengua de Brenna, pero también, por necesidad, había aprendido noruego. No lo dominaba completamente aún, pero sabía lo suficiente para entender las órdenes sin recibir una azotaina. Brenna supuso que Janie también había sido tomada prisionera, aunque cuándo no lo podía adivinar y no quería preguntárselo, porque sentía rencor por la joven pese a saber que la desdichada sólo seguía las órdenes de Yarmille acerca de que Brenna siguiera atada. Que su propia suerte sería fatalmente la de Janie era seguro. Pero sabía que jamás podría adaptarse a una vida de servidumbre. Se ocuparía de eso cuando llegara el momento. ¡Si por lo menos ese momento llegara enseguida y pudiera liberarse!

Sus pensamientos se volvieron hacia Garrick Haardrad, una vez su prometido, ahora su amo. A menudo se había preguntado acerca de él en el pasado.

Sabía que era joven, que tenía solamente veinticinco inviernos. Que todavía no se hubiese casado, era la desgracia de ella, porque ésa fue la causa de que Fergus viniera a este clan para arreglar una boda que nunca tendría lugar.

También ahora sabía, después de escuchar al hermano, Hugh, que por alguna razón aquél odiaba a las mujeres. Esperaba que esto fuera una bendición.

Podría significar que la dejaría tranquila o que la trataría con crueldad. Rogaba que se diera la primera posibilidad, que su odio lo hiciera dejarla a un lado.

Pero si sucedía de la otra forma, ¿qué haría? Atada como estaba ahora, quedaría completamente a merced de él. ¡Maldita sea Yarmille, por sus precauciones!

Después de una semana, Heloise vino como lo había prometido. Brenna reconoció su voz y Ia de Yarmille cuando se acercaban a su habitación.

Entraron y Heloise se detuvo de pronto al ver a Brenna atada a la cama, pero Yarmille siguió acercándose.

- Ya veis - dio, Yarmille, en tono condescendiente- Como os he dicho, es una molestia.

Heloise se acercó, con los ojos fríos.

- ¿De esta forma tratáis la propiedad de mi hijo, atándola como a un animal?- preguntó con furia.

- Ogden dijo que tenía la expresión de una fugitiva - explicó Yarmille - Yo sólo quise asegurarme de que estará aquí cuando regrese Garrick.

- ¿Fugitiva? - Heloise meneó la cabeza con exasperación - ¿Adónde podría ir? No hay donde escapar. Ni tampoco sabemos cuándo regresará Garrick. Podrían faltar meses, todavía. ¿Tendréis así a la muchacha indefinidamente?

- ¡Mirad! - dijo Heloise secamente - Está pálida y ha enflaquecido en sólo una semana. ¿No tenéis sentido, mujer! Esta muchacha será un valioso capital para mi hijo. El puede venderla a buen precio en el mercado, o conservarla para su solaz, pero no apreciará la forma en que vos la cuidáis durante su ausencia.

Yarmille vio la verdad de esto y se puso levemente pálida. No convenía que la muchacha decayera o enfermara durante su encierro. De inmediato se sintió furiosa con la joven por ponerla en ese aprieto, pero ocultó ese sentimiento detrás de la tensa sonrisa que dirigió a Heloise.

- Tenéis razón. En adelante me ocuparé personalmente de la muchacha. Ella agradará a Garrick. Hasta podría hacer que olvidase a Morna ¿no creéis'?

- ¡Eso, mi vieja amiga, es dudoso! - replicó secamente Heloise antes de volverse a Brenna. - Seréis desatada, criatura, pero no debéis intentar fugaras de aquí. ¿Entendéis? - preguntó suavemente - No hay ningún lugar a donde ir

Brenna no pudo responder, las amables palabras porque le ofrecían pocas esperanzas, especialmente después que las dos mujeres acabaran de hablar de ella como si fuese un objeto propiedad de alguien. Desvió la mirada. Heloise se sentó en la cama

- Este silencio empecinado no os sirve de nada, preciosa, Yo esperaba que ahora estaríais por lo menos un poco reconciliada con vuestro nuevo hogar. Anselmo pensó que agradaríais a Garrick. Si hacéis el esfuerzo, será mejor para vos.

Brenna no quiso mirarla, pera Heloise no se dio por vencida.

- Habladme de vuestros temores, si los tenéis. Quizá yo pueda aliviarlos-Brenna vaciló, y enseguida añadió:- Mi hijo no será difícil de contentar. No es exigente ni cruel. Quizá hasta llegue a gustaros y os sintáis feliz aquí.

Brenna la miró con ojos brillantes como plata bruñida.

- ¡Jamás! - siseo, sorprendiendo a las dos mujeres con la fuerza de su tono y con el hecho de que efectivamente tenía lengua - . No tengo ningún temor, señora. Sois vosotras quienes tenéis motivos para temer, ¡porque lamentaréis el día que intentasteis hacer de mí una esclava! ¡No dudéis que por ello correrá la sangre de vuestro precioso Garrick!

- ¿Qué ha dicho? - preguntó Yarmille. Heloise meneó la cabeza y suspiró.

- Aún está furiosa, pero no durará. Pronto se convencerá de que no tiene más alternativa que doblegarse... un poco, de todos modos.

- ¿Y hasta entonces? preguntó Yarmille. Heloise miró a Brenna con expresión pensativa y le sostuvo la desafiante mirada.

- ¿Os comportaréis bien si se os da la libertad de esta habitación?

- ¡Yo no prometo nada! - ,aplicó Brenna con energía, y nuevamente desvió la mirada.

- ¿No podéis ser razonable?

Brenna quedó callada y Heloise por fin renunció y se marchó. Yarmille, en cambio, se quedó.

- Bien, Brenna Carmaham - dijo- , ahora que su alteza se ha marchado, todavía no hay ninguna necesidad de desataros Esta noche será más apropiado, Yarmille siguió hablando con desdén, aunque creyó que lo hacia para ella sola, pues ni soñaba que Brenna, podía comprender perfectamente todo lo que decía - Mañana recibiréis comida adicional para poner un poco más de carne en vuestros huesos, y se os sacará al aire libre para que os ventiléis como... a un tapete, podríamos decir.

Rió de su propia broma y salió de la habitación.

A Brenna le hubiera gustado matar a la mujer si hubiese tenido una espada al alcance de la mano y no tuviera las malditas cuerdas sujetándole las muñecas.

¡Oh, criaturas hipócritas, despreciables, viles! Más tarde la dejarían en libertad, por lo menos dentro de esa habitación, y por la mañana haría planes para escapar. ¡Eran unos tontos si se confiaban!

11

El grande y largo navío vikingo avanzaba por el fiordo como un enorme dragón con remos en vez de alas, y se acercaba pacíficamente a su destino. Al pasar frente al embarcadero de Anselmo , los hombres quisieron lanzar gritos y hacer barullo, pero Garrick los detuvo. Aunque el sol de medianoche se demoraba sobre el horizonte como una gran bola de fuego, todavía no era de día y casi todos debían de estar durmiendo profundamente. Por la mañana habría tiempo de sobra para el jolgorio y los saludos a los amigos. Pero ahora Garrick quería llegar a su casa a fin de dormir lo que quedaba de la noche en su propia cama.

Los hombres pasarían la noche en la casa de Garrick. A la mañana irían a sus hogares, buscarían a sus familias y regresarían para celebrar. Todos se sentían agotados porque pocas horas antes habían tenido que luchar contra una tormenta.

Dos hombres fueron escogidos para permanecer en el barco, pues el cargamento no sería desembarcado esa noche. Los otros siguieron a Garrick por el estrecho sendero que subía el acantilado, llevando sólo lo esencial. La casa estaba silenciosa y oscura, porque el tiempo todavía no era tan frío como para tener fuegos encendidos durante la noche. La luz del sol entraba por la puerta abierta y daba claridad suficiente para moverse sin tropezar con los bancos y las largas mesas que había en el hall.

Garrick encontró su camino por la escalera a oscuras sin dificultad, porque conocía bien la casa después de haber pasado aquí una buena parte de su juventud con su abuelo. En el primer piso había cuatro habitaciones, la suya, la gran cama principal a un lado de la escalera; un pequeño cuarto de costura al otro lado; cruzando el ancho corredor, un cuarto de huéspedes con dos camas grandes; y la habitación destinada a Yamille, su ama de casa. Al final del corredor, en el fondo, había una puerta que se abría a una escalera de piedra que daba al exterior. Esta puerta estaba allí principalmente para permitir la entrada de aire fresco en verano, pero en esa época Garrick raramente estaba en la casa para disfrutarlo.

Ahora abrió la pueda para iluminar el corredor y volvió al hall por algunos de sus hombres, entre ellos Perrin, a fin de conducirlos al cuarto de huéspedes. Los demás dormirían en el hall, sobre los bancos, pues las camas duras eran más de su agrado.

Por fin Garrick entró en su propia habitación. Aquí serían traídos el canapé sin respaldo, presuntamente de Oriente, y las dos sillas como tronos que había comprado en Hedeby. Por el momento, la espaciosa estancia estaba escasamente amueblada con una cama enorme, una sola silla de respaldo recto y un gran cofre. Ninguna alfombra, salvo una vieja piel de oso, cubría el frío suelo y ninguna colgadura adornaba las paredes. Esto sería corregido cuando la carga del barco fuera traída a tierra, porque Garrick había hecho compras extravagantes para adornar su casa y dar a las frías cámaras de piedra algo semejante a la comodidad.

Débiles rayos de luz que llegaban del corredor iluminaban la habitación. Garrick se dirigió a la puerta del lado opuesto que se abría a un pequen, balcón de piedra, y la abrió. Un panorama majestuoso se presentó a sus ojos. El fiordo se extendía a lo lejos en sombría esplendor. Al oeste estaba el azul profundo del océano; el púrpura y el gris oscuro de las montañas se alargaban al este.

Pero lo más sorprendente era la bola de fuego anaranjada del sol que apenas se elevaba del horizonte.

Garrick permaneció allí varios minutos hasta que volvió a sentir el cansancio de su cuerpo. Dejó la puerta del balcón abierta. lo cual inundó la habitación de luz, y cruzó la habitación para cerrar la otra puerta antes de volverse hacia su cama. Allí sobre el blanco cobertor de armiño hecho por su madre con pieles que él le había traído, yacía la forma de una niña, acurrucada como una pelota, que parecía muy pequeña en el centro del amplio lecho.

Garrick se detuvo de repente. El negro pelo de la muchacha se extendía en abanico sobre el armiño y le ocultaba la cara. Su figura era oscura, envuelta en un camisón de lana demasiado grande, de modo que no pudo calcular la edad de esta criatura dormida.

Sin embargo, no sintió curiosidad, sino cólera porque su lecho no estaba disponible para él cuando tanto deseaba su comodidad. Se volvió y salió airadamente de la habitación. Fue directamente al cuarto de Yarmille, entró sin llamar y sacudió rudamente a la mujer hasta

despertarla.

- ¡Mujer, despierta!

Yarmille abrió apenas los ojos y miró la alta figura inclinada sobre su pequeña cama. El rostro de él estaba en la sombra pero ella lo reconoció al instante.

- ¡Garrick! ¡Habéis regresado!

– Obviamente - respondió él con sequedad, en tono inconfundiblemente colérico - ¡Y para encontrarme con que habéis sobrepasado los límites de vuestra autoridad!

- Yo... ¿de qué estáis hablando?- preguntó ella con indignación, y se subió hasta el cuello el cobertor bordado - Me acusáis falsamente.

Garrick arrugó el entrecejo.

- ¿Con qué derecho permitís un huésped en mi cámara cuando se encuentra vacío el cuarto que les está destinado?

- ¿Un huésped? - pasó un momento antes de establecer la relación, y entonces rió por lo bajo - No, ella no es un huésped.

Garrick estaba próximo a perder toda su paciencia.

- Explicaos, Yarmille, y de prisa. ¿Quién es la mujer?

- Ella es vuestra. Vuestra madre ordenó cuidarla personalmente y por eso no la puse con las otras. Y sabía que cuando regresarais usaría el cuarto de huéspedes, No creí que os imperarle si ella compartía con vos vuestra habitación.

Garrick se estremeció de frustración.

- ¡Primero, sí me importa! - dijo con aspereza, sin importarle quién pudiera oírle- . Segundo, ¿qué queréis decir con que ella es mía?

Yarmille no estaba acostumbrada a ver a Garrick tan encolerizado. Hubiera debido recordar su disgusto reciente por las mujeres y poner a la muchacha en otra parte.

- Vuestro padre hizo una incursión en las islas Británicas este verano y regresó con siete cautivas. Esta muchacha era una de ellas y vuestro padre os la ha regalado. Ella era la hija de un lord y creyó que seria vuestra novia.

- ¡Mi novia! - estalló él.

- Eso fue lo que pensó la gente de ella, Garrick - añadió Yarmille rápidamente – Anselmo les mintió para que la incursión fuese más fácil. Es una larga historia que, estoy segura, Anselmo os contará con placer.

- ¿Qué tiene de malo la muchacha que Hugh no quiso quedarse con ella? - preguntó Garrick, sabiendo que su hermano siempre escogía las mejores mujeres ahora que Anselmo no conservaba a las jóvenes y bonitas.

- La muchacha es una arpía endemoniada. Debéis haber perdido el favor de vuestro padre para que os cargue con semejante presente. Es peleadora, según me dijeron, y sedienta de sangre.

Sin duda debía de ser también fea y por eso Hugh no la había querido. ¿Por qué le habla dado su padre una muchacha así? Garrick suspiró, demasiado cansado para seguir pensando.

- Ahora ella duerme, así que por ahora podéis dejarla tranquila – dijo - . Pero por la mañana la pondréis en otro lado, no tiene importa dónde.

- intentará huir, Garrick. No puedo dejarla en el alojamiento de las mujeres mientras ellas cumplen sus tareas. Le sería demasiado fácil escabullirse de allí.

- ¡Por que no mujer! ¡He dicho que no tire importa lo que hagáis con ella, pero no puede quedarse en mi habitación!

Con eso, Garrick, con grandes zancadas, regresó a su habitación.

La brisa fresca agitó el pelo sobre la cara de Brenna y la despertó. Parpadeó soñolienta ante la luz del sol que llenaba la habitación y gimió. ¿Ya era de mañana? Le pareció que hacía pocas horas la habían desatado y advertido que no abandonara la habitación. Supuso que habían puesto a un guardia junto a la puerta, pero eso no le importó. Todavía no estaba preparada para marcharse. Su cuerpo aún seguía dolorido por el largo confinamiento y sabía que no se encontraba en condiciones de enfrentar lo desconocido. Debía recuperar las fuerzas y después vería qué vías de escape estaban abiertas para ella. Seda una tontería marcharse sin

saber algo de la tierra.

Sé levantó, cerró ambas puertas dejando la habitación a oscuras y volvió a meterse en la cama. Casi había vuelto a dormirse cuando oyó una voz airada. Pasaron unos instantes, la puerta se abrió y un joven muy alto entró en la habitación.

Brenna se puso instantáneamente alerta, con todos los nervios de su cuerpo atentos al peligro. No se movió, mas observó al vikingo con los ojos entrecerrados, dispuesta a arrebatarle la espada si se presentaba la necesidad.

El extraño no miró en su dirección ni se acercó a la cama, sino que fue hasta la silla contra la pared y empezó a quitarse las ropas en forma violenta y colérica.

Primero la espada, después un cuchillo cono, a continuación la rúnica sin mangas que fue arrojada sobre el asiento de la silla. Luego el hombre levantó una pierna y puso el pie sobre la silla para desatar las correas de cuero que le ceñían la pantorrilla y quitarse la bota de cuero blando.

Brenna observaba las facciones y rasgos del hombre con ojos casi posesivos. Un hombre tan agradable de mirar como nunca había visto. El largo, ondulado pelo dorado caía sobre unos hombros excepcionalmente anchos. La nariz era larga y recta, el mentón firme y Los fuertes brazos desnudos tenían músculos gruesos como cuerdas, lo mismo que el amplio pecho y la espalda, músculos que se retorcían y danzaban con cada movimiento. Un vello rubio y rizado cubría el pecho y terminaba en el abdomen plano y firme. Las caderas estrechas se continuaban en muslos fuertes y bien formados.

Todo el cuerpo hablaba de fuerza y poder. Era soberbio, marcado solamente por unas pocas cicatrices pequeñas en la parte inferior del torso. Un cuerpo así era un arma peligrosa. Brenna sintióse transida por una sensación extraña y desconocida.

El hombre empezó a soltarse los pantalones y Brenna se puso rígida. Una parte de ella quería ver el resto de este físico hermoso, pero otra parte, la práctica, sabía que nada bueno saldría de eso. Afortunadamente, el hombre miró hacia la cama y cambió de idea.

Brenna contuvo el aliento. Todavía tenía que pensar qué significaba la presencia del vikingo aquí. Por qué él tenía que entrar aquí y prepararse como si fuera a acostarse estaba más allá de su comprensión. Ni pensó que podía ser Garrick Haardrad.

Ahora el hombre se volvió, desconcertado, y miró la puerta del balcón. Después fue a abrirla otra vez. Luego cerró la otra puerta de modo que los dos quedaron encerrados juntos, y regresó a la cama.

Brenna dejó de fingirse dormida porque tuvo la sensación de que él sabía que estaba despierta. Rodó hasta un extremo de la cama porque el lecho estaba en un rincón contra la pared, y ella necesitaba una vía de escape. Allí se acurrucó, con el cuerpo tensa y su largo pelo flotando alrededor de su camisón de lana.

Ambos quedaron inmóviles cuando sus miradas se encontraron por un largo momento. Brenna se sintió como hipnotizada por esos ojos color de agua, tan claros, una suave mezcla de verde y azul. Notó con fastidio que había estado conteniendo el aliento y volvió a respirar con libertad.

- Creo que habéis estado haciendo un juego de engaños, mujer - dijo él. Su voz sonó grave, ni colérica ni amable - No parecéis una arpía endemoniada con intenciones de huir, sino una criatura asustada..., aunque astuta, quizá, porque con tus artimañas has conseguido una habitación confortable

El rió con osadía.

- ¿Asustada? ¿De vos, vikingo? Vuestra primera descripción fue más exacta.

- Todavía estáis aquí - señaló él.

- Sólo porque me tuvieron atada a esta cama - replicó ella.

En las labios de él asomó una leve sonrisa

- Es una historia muy conveniente, pero cuya falsedad puede probarse fácilmente.

Brenna frunció el entrecejo. No estaba acostumbrada a que la acusaran de mentirosa. Como una gata, saltó de la cama y se plantó ante él, las piernas separadas y los brazos en jara.

- ¡ Sabed esto, vikingo! - dijo con furia, mirándolo con ojos firmes y sombríos- Yo soy

Brenna Carmarham y no miento. ¡Si no fuera como he dicho, podéis estar seguro que yo no estaría ahora aquí!

Un brillo divertido asomó a los ojos de Garrick cuando examinó esta orgullosa beldad. Ignoró lo que sugerían las palabras de ella y las tomó como una amenaza vacía.

- Puesto que Yarmille no sabe qué hacer contigo, es conveniente que haya llegado yo para encargarme de vos- dijo en tono ligero.

- ¿De veras? - preguntó ella, levantando una ceja. Antes que él pudiera replicar, preguntó con recelo:

- ¿Quién sois, vikingo?

- Vuestro dueño, según me han informado - Brenna ahogó una exclamación.

- ¡No, yo no tengo dueño!

Garrick se encogió de hombros. No era mansa la esclava que le habían dado, eso era evidente.

- Tenéis poco que elegir en el asunto...

- ¡He... dicho... no! - gritó Brenna con lentitud y todo su ser se rebeló contra la idea. Sus ojos reflejaron su, cólera, ¡Jamás!

En la voz de él hubo un asomo de impaciencia

- No discutiré el tema - Ella lo sorprendió con una altanera respuesta

- Yo tampoco

Garrick rió a pesar de si mismo. Nunca había tenido una esclava como ésta. Ese pelo tan negro, casi azul y esa piel blanca y sedosa... y una cara que era una visión. Casi se sintió tentado de inspeccionarla más a fondo, de ver qué había debajo de ese camisón que poco la favorecía.

Brema lo observó con recelo cuando él se sentó sobre la cama y paso sus largos dedos por su pelo ondulado. Así que éste era Garrick Haardrad, el hombre con quien hubiera tenido que casarse, el hombre que ahora se creía su dueño. Hablaba su lengua, lo cual la sorprendió. Pero entonces recordó que también la hablaba la madre, quien debió de habérsela enseñado.

Deseó que él no hubiera regresado tan pronto, pues de ese modo ella hubiera tenido tiempo de estudiar primero su situación. No sabia si debía temer o no a este hombre. Decididamente, era agradable de mirar y se sorprendió casi deseando que las cosas hubiesen resultado diferentes, que ella estuviera aquí como su novia, no su esclava. Anselmo había arreglado eso y por esa razón lo odió todavía más.

- ¿Qué queréis decir con eso de que os encargaréis de mí?

- No tolero propiedad inútil. Mis esclavos se ganan su comida de una forma u otra, o me deshago de ellos.

La frialdad de su voz, junto con las palabras despiadadas, la hicieron estremecer.

- ¿Seríais capaz de venderme?

- ¿Queréis sugerir que no tengo derecho?

- ¡No lo tenéis! - estalló ella enfurecida - Os he dicho que no tengo dueño

- ¡Odín me asista! - imploró Garrick, exasperado, y la miró con expresión borrascosa - iDesistid, mujer, o me sentiré tentado de demostrároslo l

Ella estuvo a punto de preguntar cómo, aunque enseguida decidió que prefería no saber. No cedería, pero puesto que él todavía no le había hecho ninguna exigencia, por ahora podía dejar pasar el asunto.

- Muy bien, Garrick Haardrad - dijo con indiferencia.

El la miro con recelo sin saber si ella había cedido debido a su amenaza o porque era realmente suya. Si no hubiera estado tan exhausto, no habría tolerado hasta este punto su altanería. Seguramente esta esclava necesitaría que la domasen. Pensó que él seria hasta capaz de disfrutar con el esfuerzo.

Esto lo sorprendió. Hacía mucho tiempo que no sentía una atracción instantánea hacia una mujer. Se preguntó si era su belleza o su actitud orgullosa y desafiante lo que más lo intrigaba. Deseó no estar tan cansado. Pero no importa. Podía esperar. Ella estaría aquí cuando él estuviera listo para ponerla a prueba.

- Podéis continuar vuestro sueño, mujer - dijo en tono de cansancio - Mañana podremos discutir vuestra posición.

Ella volvió sus ojos desconcertados hacia la ventana.

- Ya es de día.

- No, mujer, es medianoche y yo necesito mucho dormir.

- No soy ciega, vikingo - replicó ella secamente - Veo claramente la luz del sol...

El había perdido las ganas de discutir. Levantó la manta de armiño y se cubrió con ella.

- Estamos muy al norte. Nuestro verano no tiene noche como vos la conocéis, nuestro invierno no tiene día.

Ahora ella recordó las lecciones de Wyndham. El le había dicho que aquí el sol no se ponía durante el verano, que en invierno asomaba nada más que unas pocas horas y que durante cierto tiempo no aparecía en absoluto. En aquella ocasión, ella pensó que su maestro estaba contándole historias fantásticas para hacer sus lecciones más interesantes.

Miró a Garrick, quien ya estaba acostado con los ojos cerrados.

- ¿Dónde debo dormir, entonces? - El no abrió los ojos para responder.

- Nunca he compartido mi cama, pero supongo que esta vez puedo hacer una excepción.

- ¡Vuestra generosidad no es aceptada! - replicó ella - . No dormiré con vos..

- Como gustéis, mujer. Aunque apostaría que el suelo no será de vuestro agrado.

Ella contuvo el insulto que ya salía de sus labios y se dirigió a la puerta. La voz de él la hizo detenerse antes de llegar.

- ¡No tenéis mi permiso para abandonar esta habitación, lady Brenna!

Ella giró para enfrentarlo, con los ojos peligrosamente dilatados

- ¿Vuestro permiso? ¡Yo no lo pedí - El se incorporó sobre un codo.

- No, pero lo pediréis de ahora en adelante.

- ¡Oh, tonto, bobalicón insufrible! - estalló ella con furia - . ¿Ninguna de las palabras que dije entró en vuestra dura cabeza? A mi, nadie va a decirme que...

- ¡Basta de cháchara, muchacha! - ordenó él - Loki debe estar riéndose de los hados que os trajeron a mí. Estáis muy equivocada si pensáis que deseo compartir mi cama con vos, pero no veo otro remedio por esta noche, si es que quiero dormir algo.

Ella dejó pasar el insulto.

- ¿No tenéis otras habitaciones en esta casa?

- Sí, pero están ocupadas. Mi casa está llena de hombres, mujer, los que regresaron conmigo. Estoy seguro de que no les gustará que tropecéis con ellos en la oscuridad, pero vuestros gritos pidiendo que os suelten no me ayudarán a conciliar el sueño.

- Los gritos de vuestros hombres, no los míos - replicó ella.

El suspiró con fuerza.

- Os sobrestimáis demasiado, mujer. Ahora dejadme en paz y venid a la cama.

Brenna se tragó otra réplica y se acercó lentamente a la cama. Era más acogedora que el suelo, tuvo que admitir. Trepó al lecho y se tendió del lado de la pared, a más de sesenta centímetros del vikingo. El armiño debajo del cual yacía él, y sobre el que ella se tendió, era como una muralla entre los dos. Momentos después, Brenna oyó la respiración profunda y regular de Garrick. Estuvo largo tiempo despierta, hasta que por fin se durmió.

12

Brenna fue despertada con rudeza cuando Yarmille irrumpió en la habitación.

- ¡Despertad! ¡Despertad muchacha, antes que él regrese y os encuentre todavía en la cama!

Brenna levantó la cabeza y vio que Garrick ya no estaba a su lado. Después miró a la severa mujer de rostro duro que estaba de pie junto a la cama y le lanzó una mirada desdeñosa, se preguntó qué haría la mujer si la atacaba. Probablemente correría gritando por su amo y ella todavía tenía que conocerlo, aprender si debía o no temerle.

- De prisa, muchacha, y vestíos - continuó Yarmille, y entregó a Brenna una túnica de lana basta- . Garrick ya no os quiere en su habitación. En realidad, no está nada contento con vos. No es sorprendente, con vuestro mal de ojo.

Brenna le dirigió una mirada penetrante, pero nada dijo. Había decidido seguir fingiendo ignorancia de la lengua de ellos. Si hablaban en su presencia creyendo que ella no les entendía, quizá pudiera obtener alguna información útil. Era difícil actuar así cuando ya sus labios ardían a punto de replicar, pero lo intentaría.

Yarmille se volvió hacia la puerta e indicó a Brenna que la siguiese. Ruidos de jolgorio llegaban del piso inferior. Pasaron la escalera y entraron en una habitación pequeña del otro lado. Cuando Yarmille encendió varias lámparas de aceite de ballena para alumbrarse, Brenna vio que estaban en un cuarto de costura, donde se hacían toda clase de cosas.

La habitación no era muy diferente del cuarto de costura de su casa, aunque Brenna nunca había estado mucho tiempo allí. Sus ojos curiosos observaron los carretes de hilar con pesos de piedra esteatita, un telar para hacer tapetes, tablas de madera para tejer cintas, peines y tijeras de largos dientes. En un rincón había pilas de pieles de animales, y tintes en un estante.

- Garrick ha ido a buscar a su padre, pero ordenó que os quedéis en esta habitación y no salgáis de aquí - dijo Yarmille, haciendo señas para explicar sus palabras- . Yo tengo mucho que hacer abajo, para preparar el festín, y no puedo vigilaros. Venid - se acercó a un gran telar en un rincón, sobre el que había un tosco tapete a medio terminar. Indicó claramente que Brenna tenía que trabajar en él- Esto os tendrá ocupada.

- Me pudriré viva antes de tocarlo - dijo Brenna en su propia lengua, con una sonrisa en los labios.

- Bien, bien - dijo Yarmille, devolviéndole la sonrisa- Garrick pareció creer que me causarías problemas, pero yo no lo creo. Seréis útil y todo irá bien - se volvió para marcharse y añadió, en tono severo- Quedaos aquí..., aquí.

En seguida se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Brenna miró con expresión amenazadora el telar de tapetes y dijo en tono despectivo:

- ¡Bah! Si cree que me obligará a hacer trabajos de mujeres, esa vieja bruja tendrá más problemas de los que podrá manejar.

Brenna registró distraídamente la habitación. Encontró varias tiras gruesas de cuero y las trenzó para hacerse un cinturón. Después peinó su pelo en una única trenza larga hasta sus caderas y la entrelazó con una fina tira de cuero para sujetarla.

Los sonidos que llegaban de la planta baja le recordaron a su casa, cuando su padre tenía invitados. Esto reavivó su dolor: hasta ahora, la cólera y la frustración lo habían tenido bajo la superficie. El recuerdo de la muerte de su padre y de la sangrienta escena que presenciara en su hogar aumentó su indignación.

- Oh, padre, fuisteis un tonto - susurró- Los atrajisteis hasta nosotros con vuestro ofrecimiento. Quisisteis salvarnos y nos habéis destruido.

Brenna no quería llorar otra vez. Llevaría su duelo en lo más profundo de sí misma, pero no se lamentaría en voz alta, porque tenía otras cosas en qué ocupar sus pensamientos.

Decidió firmemente que no podía permanecer aquí. De alguna forma tenía que encontrar el modo de abandonar esta tierra dejada de la mano de Dios y retornar a su hogar. Necesitaría tiempo para aprender las características de la tierra y descubrir una vía de escape. También esperaba vengarse y quedaría más que satisfecha si podía lograr ambas cosas.

Librodot

Involuntariamente, sus pensamientos fueron hacia el vikingo. Garrick Haardrad era un enigma. No había tomado parte en el engaño perpetrado contra su gente, pero constituía la más grande amenaza para ella. Estaba convencido de que era su dueño y que podía hacer con ella lo que quisiera. Pero ella no lo permitiría, ya lo vería él.

Ese hombre alto, viril, no la miraba con lujuria y eso, aunque un poco desconcertante, era una bendición. Brenna sabía que él esperaba que ella se hiciera útil. Si por lo menos pudiera pensar en algo que no le importara hacer, no tendría dificultad en quedarse aquí para ganar el tiempo que necesitaba.

¿Pero qué había aquí que ella pudiera hacer?

Brenna abrió sigilosamente la puerta. Pensó que si abandonaba el cuarto de costura provocaría la ira de Yarmille. Pero siempre podría escudarse en su propia ignorancia y aducir que no entendía las instrucciones de Yarmille.

Los ruidos de la planta baja se hicieron más fuertes. Se preguntó si Garrick ya había regresado. Si era así, también Anselmo estaría allí. Destruir a ese hombre le produciría un inmenso placer; destruirlo, tal como él había destruido a la gente de ella. Pobres Fergus y Wyndham; Dunstas, quien se había mostrado renuente a pelear; y la dulce, querida Alane, que había sido como una madre para Brenna..., todos muertos. No por mano de Anselmo , ciertamente, porque él permaneció en la entrada del hall y sólo presenció la sangrienta batalla, pero, no obstante, él fue el responsable. Además, fue él quien partió en dos su preciosa espada dejándola indefensa por primera vez en su joven vida, sí Anselmo debía morir. Ella encontraría la forma.

Brenna salió al ancho corredor y cerró la puerta, a fin de que nadie supiera que había abandonado la habitación. Al final del pasillo se abría otra puerta que daba al exterior y hacia allí se dirigió. Sus ojos observaron los edificios de abajo, pero no vio a nadie en los alrededores. En la distancia pudo ver el azul brillante del océano: un manto de diamantes parecía cabrillear en su superficie. A la izquierda estaba el fiordo y los prados que se extendían desde la orilla opuesta. En la cuesta descendente de la derecha había campos y forestas; casas pequeñas salpicaban ocasionalmente el paisaje.

Brenna consideró la conveniencia de bajar hasta el fiordo para ver si había algún barco allí. Con toda seguridad, necesitaría un barco cuando estuviera lista para marcharse, ¿pero cómo lo guiaría sola? Quizá pudiera ocultarse en uno cuando zarpara para una incursión a su tierra natal. Eso no sucedería hasta la primavera. ¿Podría esperar hasta entonces?

Brenna descendió la escalera y caminó con vivacidad hacia los edificios pequeños que había detrás de la gran casa de piedra. Unos relinchos llegaron a sus oídos, y entró en un edificio, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Era un establo, con cuatro hermosos caballos en su interior.

Brenna quedó encantada. Un magnifico semental negro atrajo su mirada y ella se le acercó. Ahogó una exclamación cuando vio un anciano que estaba frotando a la bestia.

El viejo se incorporó, gimiendo y con una mano en la espalda. Una poblada barba le cubría la cara; la barba tenía mechones grises, lo mismo que su pelo de color arena. Unos suaves ojos castaños la miraron con intensidad.

- ¿Quién sois, muchacha? - preguntó el hombre en la lengua de ella.

- Brenna. Brenna Carmarham. ¿Trabajáis aquí? - preguntó ella mientras tendía una mano para que el caballo la olfateara.

- Sí, hace casi cuarenta años que vengo cuidando los caballos - repuso él.

- ¿Nadie os ayuda? - El meneó la cabeza.

- No; desde que el amo se llevó la mayoría de los esclavos para venderlos cuando viajó a Oriente. A mí me dejó porque soy demasiado viejo para que den un buen precio por mí.

- ¿Habláis de Garrick, el vikingo? - preguntó ella- . ¿Es él al que llamáis amo?

- Sí. Es un joven bondadoso. Yo serví a su abuelo antes que a él. - dijo el anciano con orgullo.

- ¿Cómo podéis hablar bien del hombre que es vuestro dueño? - preguntó Brenna.

- Me tratan bien, muchacha. Garrick es un joven ambicioso que trata de abrirse camino

rápidamente, pero es un buen amo para todos nosotros.

Brenna no insistió en ese tema.

- ¿Estos son los únicos caballos?

- No, hay una media docena pastando en el prado. Y otros tres fueron tomados en préstamo por algunos amigos de Garrick, los que navegaron con él y han ido a buscar a sus familias para el festín. Esos - señaló los otros caballos en el establo- pertenecen a Anselmo Haardrad, quien acaba de llegar, con su familia - frotó los flancos del semental- Animal mejor que éste no he visto jamás.

- Sí, es magnífico - admitió prestamente Brenna. Miró con ansias al esbelto animal. El hombre secó el lomo del semental. Obviamente, el caballo acababa de llegar de una carrera.

- El amo lo trajo a casa consigo. Dijo que lo encontró en Hedeby. Seguramente le costó una bolsa bien llena.

Brenna asintió en silencio, pero sus pensamientos ya no estaban en el gran semental.

De modo que Garrick se encontraba en la casa y Anselmo estaba con él. Sin duda, también estaba su hermano Hugh, ese animal vulgar que se había atrevido a maltratarla delante de todos.

Con el entrecejo fruncido, Brenna fue hasta la puerta del establo y miró con aprensión hacia la casa de piedra ¿Cuánto tiempo tenía? ¿El estaría buscándola o ni siquiera se molestaba, y la creía encerrada en el cuarto de costura? ¿Y por qué iba a buscarla? Había demostrado que no tenía interés, que ella sólo era una molestia para él. Hasta Yarmille dijo que ella no era del agrado de Garrick.

Brenna lo prefería así. Debía mantenerse discretamente a un lado y no llamar la atención.

Se volvió.

- ¿Cómo os llamáis? - preguntó al anciano, quien seguía atendiendo al semental con amorosos cuidados.

- Erin McCay.

- Bien, Erin. ¿Conocéis a la muchacha Janie? - preguntó, con una cálida sonrisa.

- La conozco. Bonita muchacha esa Janie.

- ¿Dónde puedo encontrarla? Me cuidó cuando yo estaba encerrada, pero fui poco amable con ella y debo pedirle disculpas.

- ¿Estuvisteis encerrada? - la miró con curiosidad- . ¡Vaya! Vos sois la joven de Garrick de quien las lenguas tanto hablan, la nueva...

- ¡Sí! - lo interrumpió Brenna antes que él pudiera pronunciar la palabra que tanto detestaba.

- ¿Y os han desatado?

- Sí - dijo ella, asintiendo con la cabeza- . Ahora, ¿dónde está Janie?

- La muchacha está en la casa grande. Estará todo el día y la mayor parte de la noche ocupada, sirviendo en el festín.

Brenna arrugó el entrecejo.

- Este festín - dijo- , ¿cuánto durará? - Erin sonrió.

— Podría durar días.

— ¿Qué? - El rió por lo bajo.

- Sí - dijo- . Hay mucho que celebrar. El amo ha regresado sano y salvo y convertido en un hombre rico, y la familia está nuevamente reunida. En realidad, hay mucho que celebrar.

Una expresión de disgusto cruzó las facciones de Brenna. ¿Habían pensado tenerla todo ese tiempo encerrada, fuera de la vista? ¿Por qué Garrick no quería que la vieran?

- ¿Puedo ayudaros, Erin? - preguntó de pronto.

- No, éste es trabajo de hombres.

Brenna se abstuvo de rebatirlo y en cambio preguntó:

- Si tengo el permiso de Garrick, ¿me dejaréis trabajar con vos en el establo?

El alzó una ceja.

- Sabéis de caballos, ¿verdad?

- Sí - dijo ella y sonrió- . Tanto como vos, apostaría - Estuvo un momento callada, y después dijo: - Cuando vivía en la casa de mi padre, cabalgaba todos los días por nuestros campos, saltaba arroyos y muros de piedra, me internaba en los bosques. Qué libre me sentía... entonces - se detuvo, y una expresión de enormes tristeza pasó por su cara. Sacudió la cabeza como si quisiera sacarse de encima ese sentimiento y miró una vez más a Erin - ¿Si trabajo con vos en el establo, me dejaréis montar los caballos?

- Sí, muchacha. Nada me agradaría más. Pero debo asegurarme de que contáis con el permiso del amo. De otro modo, nada podré hacer.

- Entonces, hablaré con él.

- Será mejor que esperéis hasta que el festín haya terminado. Ahora el amo debe de tener muchas copas adentro y podría no recordar tu petición o su respuesta.

Ella hubiera preferido proceder de inmediato, pero quizás Erin tenía razón.

- Así sea - dijo- Esperaré.

- Y, muchacha, os sugiero que no entréis en el hall hasta que se hayan marchado todos los huéspedes. No será bueno para vos si os ven.

La curiosidad le hizo brillar los ojos. Primero, Garrick dejaba órdenes de que permaneciera en esa pequeña habitación. Ahora este anciano le advertía que no se dejara ver.

- ¿Qué pasa conmigo que no debo dejar que me vean?

- Brenna, muchacha, debéis saber que eres una joven hermosa. Estos vikingos son unos libidinosos, muy afectos a las doncellas hermosas como vos. El amo es generoso con sus esclavas. Sus amigos ni siquiera tienen que pedir permiso para tomar a una de las mujeres, porque su hospitalidad es muy conocida.

- ¡No habláis en serio! - exclamó Brenna, apabullada.

- Es verdad, muchacha. En un banquete especialmente agitado, una pobre muchacha fue tumbada allí mismo, delante de todos, en el piso del hall.

Brenna abrió sus grandes ojos y su rostro adquirió una expresión de repugnancia.

- ¿Garrick lo permitió?

- El hubiera impedido esa forma de diversión, pero estaba caído debajo de la mesa, según dicen, completamente borracho.

- ¿Y lo mismo sucedió?

- Sí, así que cuidaos, muchacha. No quisiera que os suceda lo mismo a vos.

- No temáis, Erin. ¡Yo no lo permitiré!

El anciano meneó la cabeza lleno de dudas y la observó mientras se alejaba.

13

Garrick ocupaba la cabecera de una larga mesa. Su padre estaba a su izquierda, de frente a la habitación, y su madre a su derecha. Su hermano Hugh también se encontraba allí, con su rolliza esposa a su lado. Alrededor estaban los amigos más allegados a Garrick, los que habían navegado con él. Y en el extremo, sentábase su medio hermano Fairfax.

Garrick miró pensativo a sus hermanos. Aunque se parecía a su hermano mayor en altura y constitución, él y su hermano menor tenían en común sólo los ojos, que eran los del abuelo, Ulric. Fairfax era menos de un año más joven que Garrick, pero una cabeza más bajo; en esto salía a su madre, Yarmille.

Garrick y Hugh disfrutaban de la rivalidad normal entre hermanos, aunque a veces se volvía un poquito exagerada. Sin embargo, el lazo fraternal era fuerte. Con Fairfax Garrick mantenía una relación diferente, de compañerismo y amistad, como la que compartía con Perrin, su amigo más íntimo.

Entre Hugh y Fairfax, en cambio, existía una auténtica antipatía y las tensiones usualmente eran altas cuando estaban juntos en una misma habitación. Hugh envidiaba a Fairfax el amor que le tenía su madre y Fairfax respondía a esa animosidad con igual hostilidad, como cualquier otro hombre.

Garrick, a diferencia de Fairfax, se había ganado la admiración de Ulric y con ello esta casa y las tierras que la rodeaban. Fairfax no poseía nada más que la casita de su madre y un barco de pesca. Era sorprendente que el hermano menor no abrigara resentimientos por ello. Su vida era dura y todos los días trabajaba para asegurarse de que sobreviviría un poco más. Pero Garrick sabía que su medio hermano lo prefería así. A Fairfax le gustaba la vida sencilla de pescador.

El skald terminó una canción humorística sobre las fechorías de Loki, a la que añadió pícaras coplas de su invención, y dejó a la multitud gritando su aprobación. Hasta Anselmo tenía lágrimas en los ojos de tanto reír. Heloise se inclinó hacia su hijo cuando el ruido disminuyó un poco y susurró en tono de broma:

- Sabéis, Garrick, vuestro cuento de la tribu eslava que encontrasteis fue casi tan divertido como éste. ¿Estáis seguro de que no adornasteis un poco la verdad?

- ¡Por Thor, mujer! - exclamó Anselmo , que la escuchó- . Mi hijo no necesita embellecer sus relatos como yo - rió de su propia broma.

- No. Con vos, no se sabe dónde termina la verdad y empieza el cuento - replicó Heloise, y añadió pensativa- Como vuestro cuento de la joven celta. Me pregunto si todo lo que dijisteis es verdad.

Anselmo la miró ceñudo desde el otro lado de la mesa.

- ¡Es verdad, señora! A ese cuento no tuve necesidad de embellecerlo.

Garrick lo miró con curiosidad. Había relatado en detalles sus aventuras de viaje, pero todavía tenía que preguntar acerca de esa terca muchacha que había encontrado en su cama la noche anterior.

- ¿Cómo está la joven, Garrick? - preguntó su madre- . La vi ayer y todavía estaba furiosa. Apenas quiso dirigirme la palabra.

- Bueno, lamento decir que ha encontrado su lengua - Anselmo rió por lo bajo.

- ¿De modo que habéis probado un poco de su temple, eh?

Garrick se volvió hacia su padre.

- ¿Temple? No, obstinación es una palabra más adecuada. ¿Ella es mía?

- Sí, sólo vuestra - Garrick gruñó.

- Bueno, ella no quiere aceptarlo.

- No creí que lo haría - dijo Anselmo y sonrió, haciendo que su hijo se pusiera ceñudo.

Le contó a Garrick la captura de Brenna, una historia que ya había relatado muchas veces con placer. A los otros no pareció interesarles, pero Garrick escuchó con mucha atención.

- ¿Por qué entonces, me la habéis dado a mí? - preguntó Garrick finalmente.

Llenó su pichel de un gran caldero de hidromiel que había sobre la mesa.

Librodot

- La muchacha, seguramente, me odia, porque debe culparme de su situación. La he visto manejar un arma y no la quiero cerca de mí para no tener que estar cuidándome siempre de ella. Tampoco vuestra madre, a su edad, necesita estar soportando el carácter de esa muchacha. Hugh la quería, pero cambió de idea cuando ella enseñó sus zarpas. Sabía que yo quería dárosla a vos y eligió, entonces, a la hermanastra. Creo que vos podéis domar a la muchacha si queréis intentarlo.

Garrick arrugó la frente.

- Si ella es todo lo que decís, ¿por qué habría yo de hacer el esfuerzo? Traerá más problemas de lo que vale y sería mejor venderla.

Ahora Anselmo se puso ceñudo.

- ¿Entonces no estáis contento con ella? Cualquier otro hombre lo estaría.

- Sabéis lo que siento por las mujeres - replicó Garrick ácidamente- . Esta no es diferente. Como propiedad es valiosa, sí. ¿Pero para mi placer? - meneó la cabeza con lentitud, negando la atracción que sentía por ella- . No, no la necesito.

Brenna acababa de regresar al pequeño cuarto de costura cuando se abrió la puerta y entró una joven con una bandeja de comida. Un pelo opaco, de color naranja, caía desordenadamente sobre sus hombros. Cuando sus ojos azules encontraron los de Brenna, parecían muy cansados.

- ¿Janie?

- ¿De modo que ahora queréis hablarme? - dijo la joven con cierta sorpresa- Empezaba a creer que jamás lo haríais.

- Lo siento - dijo Brenna, contrita- . No quise haceros víctima de mi cólera. Sé que soy una carga más para vos.

Janie se encogió de hombros con gesto cansado.

- No estuvo bien que Yarmille os hiciera atar. Vos tuvisteis un motivo para estar resentida. Parece que todavía os debo seguir atendiendo, aunque habéis sido desatada.

Brenna sintióse aún más arrepentida, porque la mujercita parecía completamente exhausta.

- Yo me atendería sola - dijo- , pero me ordenaron que permaneciese aquí.

- Lo sé - Jame intentó sonreír- . Una muchacha tan hermosa como vos provocaría una conmoción allá abajo. Debéis tener mucha hambre. Yarmille se olvidó de vos y yo también, hasta hace unos minutos. Tomad - añadió, tendiendo a Brenna la bandeja de comida- . Esto tendrá que bastaros hasta que pueda traeros más esta noche.

- ¿Podéis quedaros y platicar un poco? Quiero agradeceros por todo lo que habéis hecho por mí.

- No tenéis necesidad de agradecerme. Me ordenaron que os cuidara y atendiera, pero lo hubiera hecho de todos modos. Somos de la misma raza, vos y yo.

- Quedaos, entonces, un momento.

- No, no puedo, Brenna..., ¿puedo llamaros Brenna?

Brenna asintió en silencio.

- Hay demasiado que hacer allá abajo. Ya perdí media mañana en el cuarto de huéspedes - dijo con una mueca- Esos hombres no se preocupan por la hora cuando quieren gozar.

Brenna la miró marcharse. ¿Linnet, Cordelia y las otras también estaban sufriendo esta clase de tratamiento? ¿También la obligarían a ella a servir de juguete para los hombres?

- ¡No! ¡Jamás! - dijo en alta voz, antes de sentarse en el suelo con la bandeja, súbitamente consciente de su hambre- . ¡Que se atrevan!

Atacó la comida con placer y agradeció en silencio a Janie por haberse acordado de ella, puesto que nadie más la había tenido en cuenta. En el plato había dos gordas patas de faisán una media hogaza de pan achatado y untado con mantequilla, y un pequeño tazón de cebollas hervidas. La comida estaba deliciosa y sólo la arruinaba la bebida que le trajeron para acompañarla: un jarro de leche. ¡Leche, bah! ¿Janie la consideraba una criatura? Ansiaba beber un poco de cerveza o vino, por lo menos; pero leche, jamás.

Antes que Brenna terminase la comida la puerta se abrió otra vez y ella levantó la vista y vio a Garrick Haardrad, apoyado despreocupadamente en el marco. Estaba vestido con una túnica ceñida y pantalones de color azul, bordeados de piel de marta cebellina. Un ancho cinturón de oro con una gran hebilla incrustada de gemas azules le rodeaba la cintura y cruzaba su abdomen plano. Sobre su ancho pecho colgaba un enorme medallón de plata.

Los ojos de Brenna fueron automáticamente a sus brazos desnudos. Vio mucha fuerza en los músculos tensos bajo la piel bronceada. Imaginó esos poderosos brazos estrechándola y atrayéndola hacia él, y su pulso se aceleró traviesamente con ese pensamiento. Pero esto fue rápidamente oscurecido por el recuerdo de las consecuencias que Cordelia le había descrito tantas veces.

Lo miró a los ojos y enrojeció al ver la expresión divertida de él. La había sorprendido estudiándolo: sintió como si también le hubiera leído el pensamiento.

- ¿Qué queréis, vikingo? - preguntó secamente para ocultar su turbación.

- Ver si vuestro carácter ha mejorado.

- ¡No ha mejorado ni mejorará! - replicó con vehemencia, recordando todas las cosas malas que había oído acerca de este hombre- . De modo que no necesitáis volver a preguntar.

Pese a la brusquedad de Brenna, Garrick sonrió, y reveló dientes blancos y parejos y dos profundos hoyuelos en sus mejillas.

- Me alegra ver que habéis obedecido las órdenes de Yarmille y aprovechado vuestro tiempo. ¿Este es vuestro trabajo? - señaló el telar.

Ella siguió su mirada y habría reído si no hubiese creído que él hablaba en serio.

- No, nunca tocaré esa cosa - El ya no sonreía.

- ¿Por qué?

- Es trabajo de mujeres - dijo. Se encogió de hombros y siguió comiendo.

- ¿Ahora me diréis que no sois mujer?

Ella le echó una mirada que sugería que él era un tonto.

- Claro que soy mujer. Pero nunca hice trabajo de mujeres.

- ¿No es digno de vos, supongo? - preguntó él con tono sarcástico.

- Sí - respondió ella sin arredrarse. Garrick gruñó y meneó la cabeza.

- Me dijeron que fuisteis ofrecida como novia mía. ¿Hubierais venido, sin saber dirigir una casa y sin asumir el papel propio de una esposa?

- ¡Sé dirigir una casa, vikingo! - estalló ella, con ojos tormentosos- . Mi tía me enseñó todo lo que hay que saber sobre trabajo de mujeres. Pero nunca puse en práctica esas lecciones. Y en cuanto a que fui ofrecida como novia vuestra, así fue. Pero sabed que la perspectiva me era odiosa y sólo accedí porque mi padre había dado su palabra a fin de que hubiera una alianza. ¡Por lo menos, nosotros hacemos honor a nuestra palabra cuando la comprometemos!

A él no se le escapó la ironía.

- Yo no tomé parte en el engaño - dijo--. ¿Me culpáis por ello?

- ¡No, yo culpo a quien lo merece! - dijo ella, escupiendo las palabras- ¡Un día él lo pagará!

Garrick se sonrió de la amenaza. Su padre estaba acertado cuando decía que ella lo odiaba. Por la actitud desafiante de la joven, casi podía creer las otras cosas que también había contado Anselmo . Dejó que sus ojos la recorrieran lentamente de pies a cabeza. ¿Podía esta muchachita haber herido a un vikingo? No, no era probable. Su cuerpo esbelto estaba hecho para el placer, no para blandir una espada. Otra vez sintióse atraído por ella y eso lo irritó.

Ciertamente, era peligrosa..., no en sus amenazas, sino en su belleza. El no confiaba en las mujeres y sólo las tomaba cuando era fuerte la necesidad. De otro modo, las evitaba, y decidió que con ésta no sería diferente.

- Si no me culpáis, ¿por qué, entonces, dirigís vuestra cólera contra mí?

- ¡Sois un tonto, vikingo, si tenéis que preguntarlo! Me trajeron aquí y luego vinisteis vos y dijisteis que sois mi dueño. ¡Bueno, ningún hombre es mi dueño! ¡Ninguno!

- ¿De modo que volvemos a eso? - suspiró él y cruzó sus brazos sobre el pecho- No

estoy listo para daros la prueba, mujer, pero cuando lo esté, sabréis con seguridad quién es el amo aquí.

Ella rió, pues sintió que la renuencia de él representaba una victoria.

- Sé que vos sois el amo aquí, vikingo. No pienso en otra cosa.

El brillo de sus ojos lo hizo sonreír.

- Mientras aceptéis eso, mujer, creo que podremos ahorrarnos muchas disputas - dijo, y se marchó.

Los dientes agudos de una pesadilla la despertaron. Brenna se incorporó inmediatamente, lista para presentar batalla. Pero después de mirar a su alrededor, en la débil luz que se filtraba por la puerta entreabierta, se relajó en su improvisado lecho de pieles y quedóse mirando pensativa las oscuras paredes. ¿Era de mañana, o aún de noche? ¿Cómo podían estos vikingos beber toda la noche y todavía seguir bebiendo?

Los ruidos de su barriga la impulsaron a levantarse. ¿Acaso debería morir de hambre esperando que recordaran que estaba aquí? ¡Al demonio con ellos! Se buscaría su propia comida. Con los ojos brillantes de ira y determinación, salió de su lugar de confinamiento. No fue tan tonta de aventurarse por la escalera interior, porque la misma terminaba a la vista del hall. En cambio, siguió el camino que había hecho antes, por los escalones de piedra que llevaban al exterior, y después hasta la puerta abierta en el fondo de la casa, de donde salía un humo fragante.

Brenna espió nerviosa el interior. Vio a dos mujeres, una vieja y la otra más joven, que hacían girar un cerdo entero en un asador. Detrás de ellas, Janie sacaba dos panes achatados de una bandeja de hierro de largo mango y los ponía con varios otros en un gran cesto que estaba sobre una mesa. A Yarmille no se la veía por allí, así que Brenna entró con cautela en la habitación larga y angosta.

Janie abrió sus grandes ojos cuando la vio.

- ¡Brenna! ¡Oh, Señor, otra vez me olvidé de vos! Estuve tan ocupada - se disculpó- desde que Yarmille me arrancó del sueño.

- No es nada, Janie. De todos modos, acabo de despertarme. ¿Qué hora es?

- Pasado el mediodía, y muchos otros también están despertándose - replicó Janie con cansancio, y se apartó de la cara el pelo rebelde.

- No es de extrañar que tenga tanta hambre - dijo Brenna, sorprendida de haber dormido tanto- . ¿Han seguido así toda la noche? - preguntó, señalando con la cabeza el hall, desde donde venían ruidos de francachela.

Janie suspiró.

- Sí - dijo- No se han detenido. Algunos quedaron desmayados por los excesos, pero la mayoría fueron lo bastante prudentes para retirarse y dormir un poco antes de continuar la celebración. Todavía hay algunos con los ojos enrojecidos, que siguen cantando con sus copas en la mano.

- ¿Cuándo acabarán?

Janie se encogió de hombros.

- Quizá mañana, espero. Pero será mejor que regreséis en seguida arriba, Brenna. Los hombres vienen de tanto en tanto hasta aquí para molestarnos. No convendría que os viesen aquí. Se han hartado de mí y de Maudya, quien aún está en el cuarto de huéspedes. Se volverían locos por una mujer nueva a la que no han probado todavía.

- Entiendo - replicó Brenna, segura de que Janie exageraba. Después de todo, Garrick ni una vez la había mirado con interés.

- Ahora prepararé vuestra bandeja y la llevaré arriba.

- Muy bien.

Brenna se volvió para marcharse, pero se había demorado demasiado. Detrás de ella oyó una risotada que sonó como el rugido de una bestia. Alarmada, miró por encima de su hombro y vio un gigante corpulento que venía pesadamente hacia ella. Otros dos estaban junto a la abertura del hall, riendo y alentándolo.

- ¡Corre, Brenna! - gritó Janie.

Aunque iba contra su naturaleza huir de nada, su sentido común le dijo que ésta no era una ocasión oportuna para intentar la resistencia, pues no tenía armas y era superada en número. Corrió hacia la puerta, pero ya había perdido demasiado tiempo debatiéndose consigo misma. El vikingo la aferró de su larga trenza y la atrajo con violencia hacia él.

- ¡Soltadme, maldito pagano! - exclamó ella.

Pero él se rió de su indignación y su inútil lucha; además, no entendió sus palabras. Ella tuvo que morderse los labios para no insultarlo en la lengua de él; eso habría estropeado sus planes, de modo que le siseó en su propio idioma, aunque de poco le valió, pues él la llevó nuevamente adentro. La tenía enganchada bajo el brazo como a una pieza de equipaje cuando cruzó el área de cocinar para reunirse con sus dos amigos en el hall, junto a la escalera. Brenna notó que Janie ya no estaba en la cocina, pero de todos modos la muchachita no hubiera podido ayudarla.

- Vaya, Gorirn, habéis capturado una hermosa presa. Juro que este día tenéis la suerte de los dioses.

- Debe de ser la nueva esclava de Garrick. Me pregunto por qué la ha tenido escondida hasta ahora - dijo otro.

El hombre que sujetaba a Brenna soltó una carcajada.

- ¿La estáis viendo y lo preguntáis?

- No, Garrick ya no se interesa por las mujeres desde que Morna lo defraudó.

- Sí, pero ésta es diferente.

- De acuerdo, Gorm. Sin embargo, Garrick no haría uso de esta hembra como haré yo. Tampoco es posesivo con lo suyo. ¿Entonces, por qué tenerla escondida?

- Creo que ella se escondió. Por la forma en que se resistió, yo diría que no quería que la encontrasen.

- Anselmo dice que pelea como un hombre.

- Con un arma, sí; pero ahora no tiene ninguna... ¡ay! - Gorm gritó, dejó caer a Brenna al suelo y se llevó una mano al muslo donde ella lo había mordido.

- Puede pelear como un hombre con una espada en la mano, pero pelea como una mujer cuando no tiene ninguna! - dijo otro hombre, riendo a carcajadas.

Brenna se puso instantáneamente de pie, pero quedó en medio de los tres hombres, con el hall a sus espaldas. El gigantón que la había dejado caer la miró ceñudo y trató de sujetarla otra vez. Brenna ya había sufrido su fuerza y no se iba a dejar atrapar de nuevo. Fingiéndose asustada, esquivó la mano tendida de Gorm y chocó con uno de los otros. Al hacerlo, tomó un cuchillo del cinturón de este hombre, lo arrancó fácilmente de la vaina y retrocedió, asegurándose de que ellos pudieran ver el metal brillando en su mano

- ¡Por Thor! Habéis sido burlado por una astuta hembra, Bayard.

El dueño del cuchillo lanzó a su amigo una mirada asesina.

- ¡Ella necesita que le den una lección!

- Hacedlo, entonces. Yo no tengo deseos de volver junto a mi esposa con una herida que no pueda explicar.

- ¿Gorm?

- Sí, estoy con vos, Bayard. Ella será la hembra más briosa que habré tenido.

- Entonces yo le tomaré el brazo que tiene el cuchillo mientras vos la sujetáis.

Brenna dividió su atención entre esos dos. Tontos, pensó despectivamente. Al hablar con entera libertad ante ella le daban un arma mejor que el cuchillo.

Estaba preparada cuando se le abalanzaron. Sostuvo el cuchillo delante de ella, y cuando Bayard saltó para tomarle el brazo, ella lo bajó como un relámpago y le lanzó una puñalada que le desgarró la túnica, la cual instantáneamente se tiñó de rojo.

- ¡Para que aprendas, cerdo! - dijo Brenna a Bayard, escupiendo las palabras, aunque apuntó con el cuchillo a Gorm para mantenerlo a raya.

Ahora, la animosidad en las caras de los dos la volvió más precavida y lentamente retrocedió, alejándose de ellos. Sin embargo, se detuvo de pronto cuando encontró el cuerpo de otro vikingo. Demasiado tarde se dio cuenta de su equivocación. Estaba en el hall y un

Librodot

grupo de hombres la rodeaba. Se volvió como un relámpago antes que el que tenía detrás pudiera ponerle las manos encima, y rápidamente salió al descubierto.

El hall quedó envuelto en un manto de silencio. Los ojos de Brenna miraron rápidamente a su alrededor y encontraron rostros atónitos. Nadie se movió, excepto Gorm y Bayard, cuya intención seguía siendo claramente maliciosa. Si todos se precipitaban a la vez, ella sabía que estaría perdida, aunque unos cuantos morirían en el proceso y por fin habría podido vengarse en cierta medida.

Por lo menos, Brenna controlaba sus acciones. No la dominó el pánico, como hubiera sucedido a cualquiera que fuese tan ampliamente superado en número. Cuando un borracho se le acercó, ella giró como un rayo, pero no usó el cuchillo. En cambio, se levantó la falda y le dio un puntapié que lo envió tropezando hacia atrás. Una vez más enfrentó a sus dos contrincantes, quienes habían aprovechado la distracción para acercársele más.

En la estancia, de pronto todos rugieron de risa ante la ridícula humillación del borracho. La tensión aflojó un poco mientras se hacían comentarios sobre Brenna.

Muchos la conocían y quedaron asombrados al verla dispuesta a pelear nuevamente. Todos la miraban con curiosidad, a ella y a los dos atacantes, y notaban la sangre que manchaba la túnica de Bayard.

- Aplaudo la diversión, Bayard - la voz grave de Anselmo llegó desde el otro extremo de la habitación- ¿Pero creéis prudente armar a una esclava?

Ante la obvia burla, la cara de Bayard se puso de un rojo brillante. Pero en vez de desafiar a un hombre tan poderoso como Anselmo , siguió con la farsa.

- No, pero fue lo menos que pude hacer para animar la fiesta. Muchos prefieren dormir en vez de seguir bebiendo.

Siguieron más risotadas y Brenna vio con desconfianza que sus dos adversarios renunciaban a perseguirla y se mezclaban con los demás. Se volvió hacia la voz que reconoció fácilmente, con sus ojos grises encendidos por los fuegos del odio. En seguida vio a Anselmo , sentado en un ángulo de una de las mesas largas. Sus ojos se encontraron y Brenna debió recurrir a toda su fuerza de voluntad para no gritar de rabia y atacarlo como hace un animal salvaje con su víctima.

- Dejad el cuchillo, Brenna.

Se puso tensa cuando oyó otra voz.

- ¡No, lo conservaré! - dijo.

- ¿De qué os servirá? - preguntó Heloise.

- ¡Me salvará de ser maltratada por esos asnos borrachos! - replicó, y miró una vez más a su alrededor antes de meterse el cuchillo en el cinturón.

- Si, supongo que sí. Pero Garrick no permitirá que lo conservéis.

Los ojos de Brenna se entornaron peligrosamente y su mano se apoyó en el mango del cuchillo.

- Si él trata de quitármelo, lo lamentará - dijo secamente, y señaló con la cabeza en dirección a Anselmo - . Hablad por mí y decid a vuestro esposo que lo desafío. El puede elegir el arma porque yo las conozco a todas.

Heloise suspiró y meneó la cabeza.

- No, Brenna, no le diré eso.

- ¿Por qué? - Brenna se puso ceñuda- . Serán mis palabras las que le diréis, no las vuestras.

- Un vikingo no pelea con una mujer. No hay ningún honor en ello - replicó Heloise con suavidad.

- ¡Pero yo debo verlo muerto! - gritó Brenna con voz llena de frustración- . No es mi costumbre esconderme de un enemigo, así que debo pelearlo abiertamente. ¡El tiene que enfrentarme!

- El no luchará con vos, muchacha. Pero ten la seguridad de que conoce tus sentimientos.

- ¡Eso no basta! ¿No podéis comprender que estoy destrozada y que vuestro esposo es el

responsable? Mis gentes están muertas por culpa de él... hombres con los que yo crecí, con quienes compartí el pan y a quienes amaba. El marido de mi hermana... ¡muerto! Hasta uno de vuestra raza que fue sorprendido allí... - se detuvo antes de revelar demasiado- y que era un amigo. También él fue muerto. Y mi sirvienta, una anciana a quien yo amaba entrañablemente - Brenna elevó la voz y sintióse turbada por el recuerdo- . ¡Cayó con un hacha en su espalda! Ella no era ninguna amenaza. Si un vikingo no pelea con una mujer, ¿por qué está muerta ella?

- Los hombres se vuelven salvajes cuando salen de incursión - respondió Heloise con tristeza- Mueren muchos que no deberían morir y es una desgracia que eso suceda. Hay muchos arrepentimientos después. También Anselmo está arrepentido.

Brenna la miró con incredulidad.

- ¿Cómo puede estarlo cuando mantiene a mi tía y mi hermanastra como sirvientas?

- ¿Y a vos?

- No, yo no serviré a nadie.

- Con el tiempo lo haréis, Brenna.

- ¡Antes moriré!

El estallido de Brenna hizo que el hall quedara otra vez en silencio. Los hombres que la rodeaban no entendían sus palabras, pero conocían la furia cuando la veían. Hugh Haardrad se acercó, temeroso por la seguridad de su madre.

- ¿Os está amenazando, madre? - preguntó.

- No, su furia es contra vuestro padre.

- No confío en una esclava armada con un cuchillo, especialmente ésta - replicó Hugh roncamente- . Distrae su atención y yo se lo quitaré por detrás.

- No, Hugh, dejadla - ordenó Heloise- . Ella está dispuesta a pelear ahora mismo. En realidad, es lo que desea - Hugh rió.

- ¿De veras? ¿Qué posibilidad tiene?

Brenna le disparó una mirada asesina. Este era el hombre que había osado tocarla íntimamente cuando se hallaba maniatada e indefensa.

- ¡Cerdo! - siseó, y escupió a los pies de él.

La mirada de Hugh se volvió venenosa. Instintivamente, levantó una mano para golpearla.

- Ya verás...

- ¡Hugh, basta! - exigió Heloise.

Al mismo tiempo, Brenna sacó el cuchillo de su cinturón y lo enfrentó con los brazos extendidos. Hizo una mueca, desafiándolo a que se acercara.

- ¡La perra! - gruñó Hugh- . ¡Tiene suerte de que yo no la haya elegido, o ahora estaría muerta! Y probablemente él siente lo mismo por la expresión que tiene - añadió, ladeando la cabeza en dirección al fondo del salón.

Brenna se volvió y vio a Garrick de pie en la abertura por donde ella había entrado hacía unos instantes. Tenía el rostro ensombrecido y sus ojos hablaban de su furia helada. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuánto había oído? Janie estaba detrás de Garrick, con expresión de ansiedad. Era evidente que ella lo había traído. Oh, Janie, Janie. Quisisteis ayudarme, pero creo que sólo me habéis traído más dificultades, se dijo Brenna, desalentada.

Garrick se le acercó lentamente, con el disgusto reflejado en su rostro. Cuando estuvo junto a ellos, ignoró a Brenna y se dirigió a su madre, aunque no en su lengua noruega.

- ¿Qué está haciendo ella aquí?

- ¡Preguntadme a mí, vikingo! - exclamó Brenna. El le dirigió su mirada de acero.

- Vuestros amigos Gorm y Bayard la persiguieron hasta aquí, Garrick - explicó Heloise rápidamente.

- ¿Y el cuchillo?

- Ella se lo quitó a Bayard.

- ¡Yo puedo hablar por mí! - interrumpió Brenna con furia.

- Estoy seguro de que podéis, mujer - replicó Garrick en voz cortante- . Entonces,

decidme: ¿Cómo os encontraron? No creeré que mis amigos entraron en el cuarto de costura.

- Yo bajé.

- ¡Se os ordenó que no lo hicierais! - le recordó él con dureza.

- ¿Entonces, es vuestra intención dejarme morir de hambre? - preguntó ella con indignación, y sintió un fuerte nudo en su garganta- Nadie me llevó comida, de modo que bajé a buscarla.

Las facciones de él se suavizaron apenas.

- Muy bien. Fue el descuido de otro lo que hizo que os encontrasen. ¡Pero eso no os da derecho a robar un arma, mujer!

- ¡Sólo lo hice para protegerme!

- ¿De qué? - preguntó él con brusquedad- . Aquí nadie va a lastimaros.

- ¡Quizá lastimarme no, pero lo que pretendían era peor! - replicó Brenna.

- Lo que ellos pretendían está permitido en esta casa, mujer - dijo Garrick, con el entrecejo fruncido.

- ¿Entonces hubierais permitido que me ultrajaran?

- Sí. Antes no he negado ese placer a mis amigos, y no voy a empezar a negarlo ahora.

Brenna abrió sus grandes ojos, en evidente confusión.

- ¿Entonces por qué me mantuvisteis oculta de ellos?

- Quería daros tiempo para que os adaptéis a vuestra nueva vida - repuso él con soltura, como si su consideración debiera ser apreciada por ella- . Aún os daré tiempo.

Ella lo miró con desprecio en sus ojos de un color gris borrascoso.

- ¡Nuevamente demostráis que sois un tonto, vikingo, porque nunca me adaptaré a la vida a que queréis obligarme! ¡No seré ramera de vuestros amigos!

Los ojos de él brillaron con ira apenas controlada.

- Creo que ha llegado el momento, mujer, de probaros quién es el amo aquí.

Por fin Heloise intercedió.

- Garrick, no. No aquí delante de todos - dijo en la lengua de ellos, creyendo que Brenna no podía entenderla.

- ¡Ella necesita que le den una lección!

- Sí, pero en privado, hijo. Debe ser manejada en forma diferente de las demás esclavas, porque su espíritu es demasiado orgulloso.

- El espíritu puede ser quebrantado, señora.

- ¿Haríais eso a una criatura tan bella?

El ladeó la cabeza hacia Brenna.

- ¿Por qué os ponéis de su lado? ¿Esperáis que yo tolere sus berrinches?

- No, pero siento una especie de afinidad con ella - admitió Heloise- . Una vez sentí algo muy parecido a lo que siente ella ahora. Pero fui conquistada con amor.

- ¿Qué sugerís, entonces?

- Podríais probar con bondad, hijo - dijo ella con suavidad.

- No, ése no es mi estilo.

- Había una época en que no erais tan duro, Garrick. ¿Tanto os ha destruido Morna? - viendo que él entornaba los ojos, añadió rápidamente- : Perdonadme. No fue mi intención recordárosla. Pero esta muchacha no es Morna. ¿No podéis practicar un poco de tolerancia con ella?

- ¿Ella es mía?

- Sí - repuso Heloise, de mala gana.

- Entonces dejadme que la maneje como a mí me parezca mejor.

Brenna hervía por dentro. Quería que ellos siguieran creyendo que no los entendía, pero estaba volviéndose cada vez más difícil no replicar cuando la conversación era acerca de ella misma. Garrick había demostrado que era un adversario frío y sin corazón, no mejor de lo que ella esperaba. Por lo menos, ahora estaba segura.

Vio que él la miraba con ojos helados.

- Dadme el cuchillo, mujer.

La voz de él no admitía negativa, pero ella lo mismo meneó la cabeza con vehemencia.

- No - dijo- . Tendréis que tomarlo vos.

- ¡Garrick, por Dios, dejad que lo conserve por ahora! - dijo Heloise con ansiedad- . ¿Queréis arriesgaros a sufrir una herida aquí?

- ¡Por Thor! - estalló él- . Sus palabras son valientes, pero vos la sobrestimáis demasiado, madre, como ella misma hace. No es rival para un hombre.

- ¡Por favor, Garrick!

El luchó frenéticamente con sus emociones, pero al final las palabras implorantes de su madre se impusieron a sus instintos. Se volvió a Brenna, quien lo miró desafiante.

- ¿Vendréis conmigo pacíficamente?

- Sí - respondió ella de inmediato, sabiendo que la victoria era suya- Abandonaré este salón.

El le indicó que lo precediera y ella así lo hizo, orgullosamente, sin mirar a derecha ni izquierda. Mientras caminaba, volvió a meter el cuchillo en su cinturón, segura de que ahora nadie la molestaría.

En la cima de la escalera, cuando Brenna doblaba a la izquierda, Garrick la detuvo y en cambio la empujó hacia su habitación. Ella no se opuso. Por lo menos, en el cuarto de él había una cama blanda. Pero si bien traspuso el umbral, él la tomó por sorpresa levantándola en el aire con una mano y quitándole el cuchillo con la otra. En seguida la arrojó a través de la habitación y ella cayó violentamente al suelo.

- Debí hacer esto abajo - dijo Garrick con una mueca de crueldad - Para poneros debidamente en vuestro lugar.

- ¡Embustero! - siseó ella, poniéndose de pie- . Temisteis hacerme frente cuando estaba preparada. ¡Debíais atacarme por detrás, como el cerdo cobarde que sois!

- Cuidado, mujer - le advirtió él, amenazador- . O recibiréis el castigo que merecéis.

- ¿De modo que también golpeáis a mujeres indefensas? ¿Es que no hay límite a vuestros modales despreciables?

- No mujeres indefensas, mujer... ¡esclavas incorregibles!

- iOoohhh! - gritó ella y se lanzó sobre él.

- ¡Quieta, muchacha si aprecias en algo tu vida!

Ella no le hizo caso, decidida a lastimarlo de alguna forma. Pero se detuvo de pronto cuando oyó un gruñido amenazador que venía de la cama. Volvió sus ojos temerosos en esa dirección y vio un enorme y blanco perro pastor acurrucado sobre el lecho y que le enseñaba sus agudos dientes.

- Si me hubieseis tocado una sola vez, mujer, se habría arrojado inmediatamente a vuestro cuello.

- Llamadlo - susurró Brenna asustada, con el rostro mortalmente pálido.

- No, creo que no. El perro es lo que necesitáis para ser obediente - replicó Garrick, y levantó un ángulo de su boca en una mueca de burla. Ella lo miró con ojos dilatados.

- ¡No podéis dejarme aquí con él!

- No os hará daño mientras os quedéis quieta.

Garrick se detuvo en la puerta con una expresión divertida en su cara.

- Todavía no nos hemos enfrentado, Brenna Carmarham - dijo- . Pero cuando llegue el momento, creo que lo disfrutaré.

Ella olvidó al perro un momento y replicó:

- ¡También yo, vikingo!

Garrick rió con ganas y miró al animal sobre la cama.

- Cúidala bien, perro.

Sonrió, cerró la puerta y dejó solos a la muchacha y a la bestia.

14

Un viento frío que entraba por la puerta del balcón despertó a Brenna. Se estremeció, y rápidamente metió los pies desnudos debajo de su camisa. Cuando yacía enroscada como una pelota para darle calor, se abrió la puerta.

Levantó la vista. Garrick estaba allí con una gran bandeja de comida. El ordenó al perro que se largara, cerró la puerta con el talón y puso la bandeja sobre la mesa.

- ¿Qué tenéis contra el aire fresco, mujer? - preguntó él sin mirarla, y abrió la puerta del balcón.

- ¿Qué tenéis vos contra un poco de tibieza? - replicó ella con petulancia.

De pronto, él le sonrió.

- Temo que vayáis a perecer en invierno, muchacha, si pensáis que con este tiempo tan apacible hace frío.

Ella tembló ante sus palabras. ¿Cómo se las arreglaría en invierno? Tan al norte, los meses largos, fríos, serían como nada que había conocido en su tierra. Y si lo que le habían dicho Wyndham y Garrick era verdad, durante ese tiempo no habría sol para ayudar a fundir la nieve.

- Venid a comer, mujer - dijo Garrick, y acercó a la mesa las dos sillas como tronos.

- ¿Vuestros invitados se han marchado al fin? - preguntó Brenna, pronunciando las palabras con todo el disgusto y el odio que sentía.

- Sí. Mi casa ha vuelto a la normalidad. Primero comeremos y después hablaremos.

Ella lo miró con recelo

- ¿Acerca de qué?

- De vos y vuestra nueva vida aquí..., de lo que se esperará de vos. Esta vez dejaremos las cosas arregladas.

¡Oh, señor! Sintió que se acercaba otra batalla y en verdad no le gustó la perspectiva. ¿Siempre tendría que chocar con este hombre? Todavía no había tenido un día de paz desde la muerte de su padre y ansiaba un poco de tranquilidad.

Brenna suspiró y se unió a Garrick en la pequeña mesa. El había traído dos tazones llenos del desayuno diario normal: gachas de avena. También había faisán recalentado y una hogaza entera de pan para los dos. Cuando Brenna tomó un jarro y lo encontró rebosante de leche tibia como antes, hizo una mueca.

- ¿Por quién me tomáis que me dais leche como a una criatura?

- Yo también bebo leche, mujer - replicó él, levantando un jarro como el de ella- Se cree que es una bebida saludable.

- ¡Detesto la leche! - estalló ella- ¿Aquí no se les permite a las mujeres un poco de vino o hidromiel?

El se reclinó en su silla y frunció los labios.

- Sí, se les permite - dijo- . Pero no a las esclavas.

Ella sintió un fuerte impulso de arrojarle la leche en la cara para borrar esa expresión. Se preguntó fugazmente cómo reaccionaría y decidió no hacer la prueba. Maldijo otra vez a su destino y en seguida atacó la comida, ansiosa por terminar de una vez.

Garrick la observó en silencio mientras comía y notó el color encendido de sus mejillas. No hacía falta mucho para inflamar el carácter de esta joven. La sola mención de su nueva condición era suficiente. Nunca había conocido una mujer con tanto orgullo fuera de lugar y con tanta arrogancia. Que ella le pertenecía, era algo que todavía él tenía que decidir si le resultaba gratificarte.

Recordó cuando vino tarde en la noche y la encontró hecha un ovillo en la cama. Su rostro parecía tan infantil, su belleza tan irreal. Pero en seguida recordó cómo la había encontrado ayer, abajo, toda furia y fuego, salvaje y desafiante. Aun entonces él admiró su belleza, las fieras chispas reflejadas en sus ojos plateados, el intenso color de su cara causado por la cólera. Lo enfureció sobremanera encontrarla discutiendo con su madre. Pero se detuvo para escuchar las palabras con que ella describía lo que había sufrido, lo que había perdido a manos del padre de él. Algo de su furia murió entonces, pero se reavivó de inmediato cuando

ella amenazó a su hermano.

¡Pensar que una esclava suya iba a atreverse a amenazar a su familia! Y después, ver que su madre la defendía, que detenía su mano para que no castigara a la muchacha como se lo merecía. Sin embargo, fue una suerte que su madre hubiera estado allí, porque él, enfurecido como estaba, seguramente habría lastimado seriamente a la muchacha, sólo para lamentarlo después.

- Bueno, ¿vais a dictarme vuestra ley ahora?

La insolente pregunta lo hizo sonreír, lo cual formó hoyuelos en sus mejillas.

- ¿Aceptaréis mi ley? .

- Primero os escucharé, después tendréis mi repuesta - repuso ella con voz carente de interés.

- Muy bien - dijo él, recostándose nuevamente en el respaldo de su silla- Para empezar, no tendréis más berrinches de los que me habéis brindado hasta ahora.

- Yo no tengo berrinches, vikingo, digo lo que siento - respondió ella con calma.

- En vuestros labios, la palabra vikingo suena como un insulto, mujer. No quiero volver a oírla.

- ¡No os llamaré amo! - siseó ella, pronunciando la palabra con intenso desprecio.

- Os concedo eso - replicó él- . Me han dado un nombre que podéis usar.

- A mí también me dieron un nombre, aunque no he oído que vos lo uséis...

- Muy bien... Brenna - dijo él y sonrió.

Ella dejó que una sonrisa asomara a sus labios.

- No es tan difícil llegar a un acuerdo con vos.

- ¿No? Deberíais reservar vuestras opiniones hasta que hayamos terminado - respondió él, y vio que la rara sonrisa desaparecía- . Ahora bien - continuó con tono autoritario- Yarmille ha sugerido que seáis alojada con las otras jóvenes. Janie y Maudya comparten una casita a corta distancia detrás del establo. Viviréis con ellas. Dormiréis y pasaréis vuestro tiempo libre allí. ¿Es de vuestro agrado?

- Sí.

- Bien. Vuestras tareas no serán diferentes de las de esas otras mujeres. Ayudaréis a cocinar y limpiar, ordeñaréis las vacas, moleréis el grano. En realidad, no hay mucho que hacer, pues esta casa es pequeña y sólo tenéis que servirme a mí. Cuando no esté, Janie os dirá qué hacer. Y puesto que no tengo esposa, también ayudaréis ocasionalmente en el cuarto de costura, a remendar y hacer nuevas ropas.

- ¿De veras? - preguntó Brenna con frialdad.

- Sí. No habrá niños que cuidar ni una señora que atender, pues nunca me casaré. Sólo tenéis que complacerme a mí - dijo Garrick rápidamente, suponiendo, por la pregunta de ella, que no habría discusión.

- Todas esas tareas que habéis descrito son tareas de mujer.

- Por supuesto.

Ella lo miró fijamente, tratando de conservar la calma.

- Teníais razón cuando dijisteis que reservara mi opinión sobre el resultado de esta plática, porque si eso es lo único que me ofrecéis, nunca nos pondremos de acuerdo.

Garrick la miró ceñudo.

- ¿Os negáis a trabajar?

- ¡He dicho que no quiero hacer trabajos de mujeres! - dijo ella con altanería- ¡Nunca lo hice y nunca lo haré!

El se inclinó hacia adelante con los ojos entrecerrados como dos hendiduras v cada vez más furioso.

- ¡Lo haréis!

- ¡No, vikingo! - replicó ella, poniendo fin a la especie de tregua que existía entre los dos- . ¡No lo haré!

- ¡La comida que coméis, las ropas que vestís, vienen de mí! ¡La casa donde dormís es mía! - estalló él, poniéndose de pie- . ¡Si no ganáis lo que consumís, mujer, sois inútil para

mí!

- Ganaré lo que consuma - dijo ella en un tono repentinamente calmo que lo sorprendió.

- ¿Cómo? No será en mi cama, si es eso lo que pensáis.

- Con seguridad, eso jamás ocurrirá. No. Erin ha dicho que puedo ayudarlo con los caballos si le dais vuestro permiso - Garrick la miró torvamente.

- ¿Cuándo hablasteis con Erin?

- El primer día de vuestro regreso.

- ¡Os ordenaron que ese día permanecieseis en el cuarto de costura!

- No estoy acostumbrada a la inactividad, vikingo - replicó ella con vehemencia- ¡Tampoco a recibir órdenes!

- Bueno, tendréis que aprender, mujer - repuso Garrick con brusquedad- . Y en cuanto a trabajar con Erin, eso está fuera de la cuestión.

- ¿Por qué? - preguntó ella- Decís que debo ganar lo que consumo. Bien, os dije lo que es aceptable para mí. Conozco de caballos tanto como de armas, y no me opongo a limpiar un establo porque lo he hecho antes. Si eso no basta, también puedo cazar. En mi casa, yo proporcionaba carne para nuestra mesa; lo mismo puedo hacer aquí.

- ¿Ese es el alcance de vuestros talentos? - preguntó Garrick con sarcasmo.

Brenna sonrió de repente.

- No. Si tenéis un enemigo, lo mataré por vos - Garrick estalló en carcajadas.

- Sois sorprendente, mujer. ¿De veras os gustaría ser un hombre?

Ella se enfureció por el tono burlón de él.

- No puedo evitar ser lo que soy - dijo con voz quebrada- Fue así como me criaron.

- Bueno, tendréis que cambiar vuestros hábitos, mujer.

- ¿No cederéis?

- No. Trabajaréis en la casa.

Brenna se levantó con los hombros rígidos y el mentón orgullosamente en alto.

- Entonces - dijo- , no me dejáis otra alternativa que marcharme.

- ¿Qué? - La miró con incredulidad.

- Me habéis oído, vikingo. Puesto que no trabajaré según vuestras órdenes y vos no me dejáis elegir, entonces, como dijisteis, seré inútil para vos. De modo que me marcharé.

Garrick meneó lentamente la cabeza y cruzó los brazos.

- No, mujer. Eso es imposible. Olvidáis que ya no sois libre de ir y venir como os plazca. Ahora me pertenecéis.

- ¡Sois un asno insufrible! - estalló Brenna, con su furia reflejada en la plata vidriosa de sus ojos- . ¿Creéis que podríais detenerme si quisiera marcharme?

Garrick se puso rígido de ira. Se sorprendió por haber soportado hasta ahora la obstinación de ella.

- Si abandonáis mis tierras, mujer, todo vikingo de millas a la redonda será lanzado tras vos. Después seréis encerrada en una celda por vuestra terquedad... indefinidamente.

Ella se rió de él.

- Una vez que me haya marchado, vikingo, no me encontrarán. Así que vuestras amenazas no me asustan.

- He tolerado mucho de vos - dijo Garrick con voz fría como el hielo- Pero basta. Es tiempo que aprendáis plenamente lo que significa ser poseída.

Brenna miró la puerta cerrada, pero no quiso huir... no cuando podía apoderarse del cuchillo que Garrick llevaba en su cinturón y ponerse en posición ventajosa.

- ¿Qué tenéis pensado, vikingo?

- Una buena azotaina, para empezar - dijo él, y empezó a acercársele.

Garrick esperaba que ella echara a correr y, por lo tanto, no estaba preparado cuando Brenna se lanzó hacia él y en seguida se escabulló fácilmente por debajo de su brazo. El murmuró un juramento y se volvió para agarrarla, pero se detuvo de pronto cuando vio el brillo del cuchillo que ella tenía en la mano. Brenna rió de la absurda expresión de Garrick.

- ¿Decíais?

- ¡Dadme el cuchillo, mujer! - rugió él. - ¡Venid y tomadlo, maldito! - dijo ella con ojos tan decididos como su tono.

- ¡Sufriréis más por esto!

- Cuidado, vikingo - dijo ella en tono de provocación- . Ahora no está aquí vuestro perro para protegeros.

El soltó un gruñido y fue hacia ella. Brenna mantuvo el cuchillo delante de ella, con intención de mantenerlo a raya, no de matarlo. El era una bestia arrogante, pero aún no le había hecho ningún daño. Ella quería la sangre del padre, no del hijo.

Sin embargo, fue un error no atacarlo, porque Garrick dio un salto y aferró la muñeca del brazo que sostenía el arma. La presión que aplicó para hacer caer el cuchillo fue tremenda, pero ella se mordió el labio y soportó el dolor, mientras maniobraba diestramente el cuchillo hasta que le hizo un corte en el brazo. El la soltó. Ella miró la sangre y notó que era apenas un pequeño arañazo. Pero en ese momento, el puño de Garrick cayó con fuerza sobre su muñeca y el cuchillo cayó al suelo. En seguida golpeó a Brenna con el dorso de la mano y casi la hizo perder el equilibrio.

Brenna se limpió lentamente la sangre que brotaba de su labio inferior y lo miró desafiante. Permaneció erguida, orgullosa y sin temor frente a su contrincante.

- Haz lo tuyo, vikingo.

El no dijo nada, sino que la miró un largo momento. Algo de su cólera se disipó. Ella no se preparó para correr cuando él se quitó el cinturón y lo sostuvo en su mano, sino que lo miró con odio a los ojos.

Entonces, inesperadamente, él dejó caer al suelo el grueso cinturón. Ella lo miró con expresión de desconcierto que se acentuó cuando él procedió a quitarse la túnica. Luego se inclinó para soltar las correas de cuero que le ceñían los pantalones alrededor de las piernas, y ella ahogó una exclamación.

- ¿Qué estáis haciendo?

Una sonrisa cruel asomó a los labios de Garrick.

- Me desnudo - dijo.

Ella dilató los ojos.

- ¿Me golpearéis sin vuestras ropas? - preguntó con incredulidad.

- No, mujer - dijo él fríamente mientras terminaba con las correas y se quitaba sus botas de cuero blando- . He decidido trataros de otra forma.

- ¿Cómo?

El enarcó una ceja.

- Yo diría que es obvio. Os dominaré en la única forma segura que un hombre domina a una mujer. Os poseeré.

Ella lo miró un instante antes de que el significado de las palabras se le aclarase. Por primera vez, un miedo genuino asomó a sus ojos. Su cara perdió color. Dio un paso atrás.

Un pánico aterrorizador se adueñó de Brenna. Esto no tenía que suceder. Todos habían dicho que él odiaba a las mujeres. Bayard dijo que él no la usaría en esa forma. Y él no la había mirado ni una sola vez con lujuria, como los otros. ¿Cómo podría soportar el sufrimiento que, según Cordelia, acompañaba al acto? ¿Tendría que avergonzarse de sus propios gritos de dolor? No tenía idea de lo intenso que podía ser.

Garrick miró a Brenna con perplejidad. Vio las emociones en conflicto que cruzaban el rostro de la joven. Pero más lo sorprendió el terror en esos ojos... ella, que hasta ahora sólo había demostrado coraje, que había esperado, desafiante, que él le diera una buena azotaina y ahora se acobardaba ante la perspectiva de ser poseída.

Un cambio tan dramático era desconcertante. Había pensado que, por la actitud rebelde de ella, ningún dolor la doblegaría. Pero que tanta determinación se quebrantase por el medio que él escogía para humillarla no estaba de acuerdo con ese carácter; por lo menos, no antes que el hecho estuviera consumado.

- ¿He encontrado el medio de domaros? - preguntó en tono sereno y curioso.

Ante esas palabras, en el rostro de ella apareció, a su pesar, una chispa de cólera.

- ¡Yo no soy un animal para que me domen! - dijo.

- Pero sois una esclava cuya arrogancia no puede ser tolerada - replicó él con suavidad.

- Pero vos no me deseáis, vikingo. ¿Entonces, por qué esto? - dijo ella en tono sumiso.

Garrick la miró pensativo.

- Admito que detesto a las mujeres. No las uso a menudo, sólo cuando lo exige mi cuerpo. Y, por lo tanto, una hembra bien formada no me atrae como antes. Pero parece que ésta es la única forma en que puedo poner fin a vuestra altanería.

Dió un paso adelante y ella se puso todavía más pálida. Permaneció un momento petrificada y luego se lanzó locamente hacia el cuchillo que estaba en el suelo. Pero Garrick había anticipado ese movimiento y la agarró antes que pudiera acercarse al arma.

Brenna luchó como una criatura salvaje atrapada, que sabe que pronto va a morir. Sus agudas uñas se clavaron en ese pecho como una roca, pero a sus oídos sólo llegó una risa divertida.

- Ahora no estáis armada, mujer. Enfrentaréis mi fuerza con la vuestra, pero ya sabéis quién saldrá perdedor.

Ella hundió los dientes en el brazo de él. Rápidamente quedó libre, pues él gritó y la soltó. Brenna quiso arrojarse al suelo, pero él la tomó de la parte posterior de la camisa. Cuando ella tiró, la prenda se rasgó hasta la cintura.

Allí, el cinturón impidió que siguiera desgarrándose. El la atrajo hacia sí. Ella se volvió y lo golpeó en la cara con el puño cerrado. El le aferró el brazo como una férrea tenaza y se lo retorció a la espalda, haciendo que los pechos de ella se apretaran contra él.

- ¡Soltadme! - gritó ella con voz cargada de histeria.

- No, creo que no lo haré.

Brenna pensó en rogarle otra vez, pero levantó la mirada y vio el deseo que por fin asomaba a los ojos de él. Sintióse debilitada por el miedo y lo único que pudo hacer fue sacudir la cabeza de lado a lado cuando él intentó besarla. Por fin él le sujetó la cabeza con su poderosa mano y bajó su boca hacia la de ella. Pero antes de que los labios se encontraran, ella agarró un puñado de la dorada melena de él y le tiró la cabeza hacia atrás.

- ¡Por Thor, mujer! - gruñó él- . ¡Os resistís como si fueseis todavía virgen, cuando no lo sois!

- Lo soy - dijo ella en un susurro contra el pecho de él, haciendo una mueca por el dolor del brazo que él no le había soltado.

El miró desde arriba la coronilla de Brenna y vio la gruesa trenza negra que caía por la espalda desnuda. Aflojó un poco el brazo, pero siguió sujetándola contra él.

- No puedo creer que los hombres de mi padre no se hayan sentido atraídos por vos como se sintieron los míos.

- No se me acercaron .- dijo ella quedamente, y rezando para que esto lo hiciera cambiar de idea- . Vuestro padre los mantuvo alejados.

Súbitamente, las carcajadas de Garrick llenaron la habitación.

- ¿De modo que es por eso que ahora me teméis?

- ¡Yo no os temo, vikingo!

- Sí, me teméis - repuso él, con voz mucho más suave- porque yo soy el hombre que va a desfloraros. Seré gentil con vos, Brenna, pues os demostraré lo que quiero demostraros, no importa cómo os trate.

La levantó en brazos, pero ella se retorció y pateó salvajemente otra vez. Fue un esfuerzo llevarla hasta la cama. Allí la dejó caer, en seguida se le echó encima y la sujetó firmemente. Ella se arqueó y sacudió para quitarse el gran peso de encima y le arañó la espalda, hasta que él le sujetó los brazos a los lados.

- ¿Por qué insistís, mujer? He dicho que seré gentil. Os causará algún dolor esta primera vez, pero no mucho.

- ¡Mentís! - gritó Brenna, tratando en vano de liberar sus brazos- . ¡Otro rasgo vil para añadir a los otros que tenéis!

- ¡Quieta! - ordenó él en tono cortante cuando ella levantó la rodilla peligrosamente

cerca de su ingle- Estabais dispuesta a recibir una azotaina que causa mucho dolor, pero rechazáis esto, que sólo causa placer. ¿O es la humillación lo que teméis, porque una vez hecho, no habrá ninguna duda de que me pertenecéis?

- ¡Vuestra lengua embustera no hará que me someta! - gritó ella llena de frustración- . ¡Conozco los sufrimientos que vais a causarme!

- ¿Sufrimientos? - el miró esos ojos aterrorizados y se preguntó qué demonios le habrían metido en la cabeza- . La verdad surgirá del hecho, mujer.

Con eso, se apartó de ella y Brenna pensó fugazmente que había cambiado de intención. Pero se engañó, porque al instante siguiente le quitaron el cinturón, y su camisa le fue arrancada de los hombros, bajada por sus caderas y arrojada al suelo. Gimió débilmente por la humillación de tener su joven cuerpo desnudo completamente ante los ojos lascivos de un hombre. Y los ojos de este hombre saborearon con voracidad su desnudez y la hicieron cerrar los ojos de vergüenza.

- Así que éste es el cuerpo que queríais negarme - murmuró él con voz ronca- Esperaba encontrar formas de muchachito, no estas curvas y redondeces perfectas. Sí, sois una mujer de verdad, completa. Nunca había visto tanta belleza... y ahora es toda mía.

Brenna se sobresaltó ante sus palabras y abrió los ojos.

- ¡Cesad de balbucear, vikingo! ¡Yo no soy vuestra y vos no habéis demostrado lo contrario!

El les sonrió a esos tormentosos ojos grises y esas mejillas de color encendido.

- Lo haré con placer, Brenna. - pronunció el nombre como una caricia- . Sí, con mucho placer, por cierto.

Se inclinó, sus manos le sujetaron los brazos a los costados y puso una pierna sobre las de ellas, dejándola inmovilizada. Después llevó sus labios a las firmes eminencias de los pechos que se alzaban orgullosos frente a él. Tomó uno en su boca y succionó suavemente hasta que el delicioso pezón se irguió impúdico bajo su lengua. Brenna se estremeció ante este ataque. Nunca había soñado que los labios de un hombre pudieran ser tan ardientes. Parecían abrasarla donde tocaban. ¿Este intenso calor era parte de los sufrimientos que iban a venir?

Bajó la vista hacia él; asombrada, miró la dorada cabeza que descansaba sobre sus pechos, el pelo ondulado que le hacía cosquillas en la piel. Después miró los hombros enormes y vio las finas marcas sangrientas de sus arañazos.

Observó los músculos de hierro que ondearon en la espalda cuando ella trató de mover sus brazos y él se lo impidió. Brenna admiraba la fuerza y el coraje; siempre los había admirado. Pero la fuerza de este hombre era increíble. La sujetaba con pasmosa facilidad cuando ella trataba con todas sus energías de sacárselo de encima. Aunque un cuerpo tan poderoso era magnífico de contemplar, estar a merced de esa fuerza le resultaba intolerable.

- Garrick..., Garrick... - El la miró, asombrado.

- Es la primera vez que usáis mi nombre - dijo - Me gusta como suena en vuestros labios.

Brenna se esforzó para hablar.

- Garrick, soltadme - dijo en tono lo más cercano al ruego que le fue posible.

El sonrió, con los ojos inflados de pasión.

- No, mi beldad. Es demasiado tarde para eso.

Intentó besarla, pero ella volvió la cabeza a un lado. Le soltó un brazo para sujetarle la cara. Instantáneamente lamentó su decisión, pues ella le clavó en una parte blanda del pecho unas uñas como filosos dientecillos. El aulló de dolor y rápidamente volvió a sujetarle la mano.

- ¡Veo que, después de todo, tenéis un arma, mi hembra sanguinaria!

- ¡Sí, pero lamento no poder alcanzar vuestro corazón; porque, si pudiera, lo arrancaría y lo arrojaría a los lobos para que lo comiesen!

- Bueno, mí fierecilla, aquí tengo algo que os daré a cambio, aunque no irá a los lobos, sino entre vuestras piernas - gruñó él, y le aferró ambos brazos con una mano mientras que con la otra se quitaba los pantalones.

Con las piernas libres por un momento, ella pateó con furia, pero fue inútil. Y entonces, el miembro duro e hinchado de él se apretó contra sus muslos.

Como él estaba de costado, ella pudo verlo claramente, soltó una exclamación ante el enorme tamaño y supo que Cordelia no había mentido. Seguramente, este orgulloso animal la haría pedazos y la dejaría pidiendo misericordia a gritos. Pero aunque se sintió presa de un miedo horrible, no pudo pronunciar las palabras rogándole que la soltara.

Su pánico creciente casi la ahogó. Se sacudió y retorció de tal modo que no se dio cuenta de que él había metido las rodillas entre sus piernas y ahora se inclinaba sobre ella. Cuando él bajó lentamente su peso, anulando de una vez por todas sus inútiles esfuerzos, supo que estaba atrapada sin la menor esperanza de escapar.

- Actuáis como si fuera a mataros, muchacha - dijo él, todavía asombrado de que ella luchara con tanta fiereza- . Dejad a un lado vuestros temores. No pereceréis en mi lecho.

- ¡Las palabras de un taimado zorro a su víctima elegida! - siseó ella entre dientes- . Os advierto, vikingo. Si insistís en esta fechoría lo lamentaréis. ¡Yo no me tomo las injusticias a la ligera!

El ignoró la amenaza y aplicó sus labios a la curva del cuello de ella. Después, le susurró al oído.

- Relajaos, Brenna, y seré gentil con vos.

- ¿Cómo puede ser gentil un patán chapucero? - replicó ella.

Brenna no vio que la cara de él se crispaba de cólera, pero la voz fue prueba de su fastidio...

- ¡Entonces, lo tendréis a vuestro modo! - dijo Garrick.

Las piernas de ella estaban ampliamente separadas por los muslos de él. El enorme miembro fue como un grueso vástago de acero que apretaba para penetrarla, hasta que encontró la firme resistencia de la doncellez, una muralla destinada a mantener afuera a los intrusos. Pero como un ariete que golpea y golpea, él atravesó la muralla de la fortaleza, desgarrando la carne, y ella sintió un dolor penetrante y ardiente. El cuerpo de Brenna estaba rígido de expectativa. Esperó que el terrible sufrimiento continuara. Pudo sentir el arma ofensiva que entró profundamente en ella y enseguida salió por completo, sólo para volver a entrar más y más hondo. Una y otra vez la penetró, salió, regresó rápidamente para sepultarse de nuevo en ella. ¿Dónde estaba el dolor que Brenna temía por sobre todas las cosas? ¿Y qué era esta extraña sensación que lentamente se extendía por su cuerpo y que la hacía sentirse flotando, volando en una nube mística que la llevaba cada vez más alto... y hacia dónde?

Brenna no sabía que Garrick estaba observando la confusión de sus facciones. Por fin él cerró los ojos y entró tan hondo que pareció que ambos quedarían unidos por toda la eternidad. Después se quedó quieto. Aunque hubiera querido bajar la guardia y descansar en esta proximidad, para obtener de ello más placer, ni siquiera ahora pudo confiar en ella.

Brenna estaba sumida en sus pensamientos cuando él la miró, una arruga le cruzaba la frente. Garrick se preguntó brevemente por el humor de ella, por qué ahora estaba tan quieta y no exigía que la soltara. Ella habíale proporcionado más placer del que había creído posible y con un poco de asombro sintió que ya estaba deseando volver a poseerla.

- ¿Por qué os detenéis? - preguntó Brenna en tono altanero.

El miró esos ojos confundidos y rió.

- Porque habéis recibido mi simiente y pasará un rato antes que pueda daros más.

- Pero aún estáis duro dentro de mí - replicó ella sin avergonzarse- . Puedo sentiros. ¿No podéis continuar?

Garrick la miró completamente sorprendido.

- ¿Queréis que continúe?

Ella lo pensó un momento y respondió en tono indiferente.

- No, el momento ha pasado.

El gruñó, irritado por la respuesta, y se preguntó si después de todo, no habría perdido la batalla.

- Deduzco que no os resultó tan terrible, ¿eh? - preguntó mientras buscaba sus

pantalones.

- No, en lo más mínimo - repuso ella y se estiró perezosamente delante de él. De pronto, una expresión de cólera pasó por su rostro- . ¡Pero alguien pagará muy caro por lo que fui persuadida a esperar!

- ¿Quién?

- Es asunto mío, no vuestro-replicó ella. En seguida, sus carcajadas resonaron en la habitación, aumentando aún más la confusión de él- Este día he aprendido mucho, vikingo. Os doy las gracias.

15

Como no estaban Yarmille ni Garrick para decirle nada, Brenna pasó el día holgazaneando en la casa y conociendo a los sirvientes. Garrick había salido violentamente de la habitación después de vestirse, de un humor tempestuoso. Regresó apenas el tiempo suficiente para arrojarle una camisa nueva y enseguida se marchó sin decir palabra. Ella sabía que estaba profundamente irritado por el resultado de haberle hecho el amor. Había esperado humillarla, y en realidad fue ella quien dominó la situación. Esto no lo satisfacía para nada. Quizás ahora estaba tramando otras formas de domeñarla, pero ella las enfrentaría llegado el momento.

Después que él se marchó, sin embargo, y pasada la sorpresa de la nueva experiencia, Brenna pensó en su hermanastra. Casi estuvo tentada de tomar uno de los caballos de Garrick e ir a buscar a Cordelia. Lo que le había hecho esa perra era imperdonable. El terror y el pánico a que Brenna había sucumbido era bastante malo, pero lo que más la enfurecía era haber mostrado ese miedo al vikingo. Contra su voluntad, recordó la placentera sensación que la envolvió cuando él la penetró. Rápidamente pensó en otra cosa. No comprendía por qué Cordelia le había llenado la cabeza de mentiras, pero pronto lo averiguaría.

Brenna se sentó junto a la mesa de la larga y angosta área de cocinar y miró cómo Janie preparaba hogazas de pan para la comida vespertina de Garrick. Maudya estaba junto al fuego revolviendo una espesa sopa llena de trozos de pollo. Maudya era una mujer de cabellos leonados, de unos cuarenta años, baja y rolliza, de sonrisa fácil y complexión florida.

Las dos mujeres habían contado a Brenna cómo llegaron aquí. Sorprendentemente, sus relatos estuvieron desprovistos de rencor. Habían sido vecinas en su tierra natal, pues vivían en una aldea que fue saqueada hacía cuatro años. Fue el mismo Garrick quien las capturó y las trajo aquí. En esos años, él servía a su padre y participó en muchas de esas incursiones. Las dos mujeres no se lamentaban de la vida que llevaban aquí, pues no era muy diferente a la que conocían en su tierra, y estaban bien alimentadas.

A Maudya no le importaba tanto como a Janie que cualquier huésped de Garrick pudiera llevarlas a la cama cada vez que lo deseara, simplemente porque eran esclavas y no tenían ningún derecho. Este era el único aspecto de su vida del que se quejaba Janie. Por lo menos, no sucedía a menudo.

Ambas escucharon con ansiedad cuando Brenna explicó su historia y quedaron un poco intimidadas al enterarse de la forma en que había sido educada. Ahora se sintió doblemente agradecida de que su padre no hubiera dado ninguna importancia a las costumbres y la tradición, pues de otro modo ella también habría sido como estas mujeres, pasiva bajo el yugo. Ella nunca se sometería, y Garrick Haardrad tendría que aprender esa verdad con el tiempo, aun si no la aceptaba.

- Contadme acerca de Garrick - dijo Brenna mientras mordisqueaba unas nueces silvestres que Erin le había traído esa mañana- . ¿Es un hombre equitativo?

- Claro que lo es - dijo Maudya prestamente.

- Excepto cuando nos entrega a sus amigos-añadió Janie todavía recordando los días de festín.

- Creo que os quejáis demasiado - dijo Maudya, y rió por lo bajo- . Os oí reír lo mismo que yo cuando os revolcabais con un hombre.

- No me importa un hombre a la vez, pero no uno tras otro como en el festín - repuso Janie con irritación- Decidme si os gusta el dolor que sentís entre las piernas al día siguiente.

Brenna trató rápidamente de cambiar de tema porque su propia experiencia con un hombre aún era demasiado reciente y no quería pensar en ello todavía.

- ¿Y los esclavos que vendió? ¿No le importa qué será de ellos?

- Tuvo que venderlos, Brenna - explicó Janie- . Tenía demasiados aquí..., los que tomó él mismo, los de Ulric y los que le dio su padre. Vendió solamente los más robustos, que podrán defenderse bien y, por supuesto, los que creaban problemas.

Brenna palideció aI oír esto, pero Janie y Maudya no lo notaron. Pronto recobró la compostura.

- ¿Cuántos quedaron? - preguntó.

- Diría que aproximadamente una docena. Estamos nosotras, y las dos viejas que visteis ayer. Después están Erin y el viejo Duncan, y cinco hombres más jóvenes. Por supuesto, también están los niños.

- ¿Los niños?

Janie sonrió con orgullo.

- Yo tengo uno, Sheldon, de dos años. Maudya tiene tres, dos de ellos mellizos.

- Las viejas los cuidan durante el día - dijo Maudya- . Los conoceréis más tarde, cuando vengáis a casa con nosotras. Espero que os gusten los niños.

- Me gustan - Brenna sonrió- . Solía llevar a cazar a los pequeños de nuestra aldea cuando sus padres trabajaban en los campos. Quizá también pueda llevar a los vuestros cuando sean más grandes.

Brenna advirtió con una sacudida interior que había hablado de un futuro aquí, cuando no tenía intención de quedarse mucho tiempo, tendría que vigilarse y no hacer demasiada amistad con estas personas, a fin de no lamentar su partida.

Siguió reuniendo información sobre el vikingo.

- ¿Son hijos de Garrick?

- El amo jamás me tocó - dijo Maudya e hizo pucheros- aunque traté muchas veces de llamar su atención.

- A mí me llevó a su cama unas pocas veces después que me trajo aquí - dijo Janie- Pero perdió el interés y empezó a visitar la casa de su padre para probar las esclavas de allí. Perrin es el padre de Sheldon, de eso estoy segura.

- ¿Perrin?

- El amigo más íntimo de Garrick. Se hicieron hermanos de sangre para sellar esa amistad. Mezclaron sus sangres y las vertieron en la tierra en un rito de fertilidad. Eso fue hace seis años. Cuando Garrick tenía diecinueve y Perrin algunos más.

- ¿Perrin os contó eso?

- Sí, viene a verme a menudo y platica conmigo.

- ¿Perrin sabe que Sheldon es su hijo? - preguntó Brenna.

- Por supuesto.

- ¿Entonces, por qué no se casa con vos?

Las jóvenes miraron a Brenna como si fuera una tonta. Maudya respondió.

- Un vikingo no puede desposar a una esclava

- No está permitido

- ¿Y si la esclava fuera liberada?

- Yo no seré liberada, Brenna. Hay una sola forma en que un esclavo puede obtener su libertad, que yo conozca, y es ayudando durante una pelea, matando a un enemigo del clan. Sólo un amo generoso otorga entonces la libertad. Perrin ha pensado en comprarme a Garrick; está aguardando el momento apropiado para hacerle el ofrecimiento, cuando la dureza de Garrick se relaje un poco. Garrick era un joven alegre y bondadoso cuando vinimos aquí, generoso y amable con todos. La hermana de Perrin cambió eso, hace tres años. Ahora él detesta a todas las mujeres y se burlaría de Perrin si éste le dijera que me ama. La hermana de Perrin ha causado muchos sufrimientos, especialmente a Garrick.

A Brenna se le despertó el interés.

- ¿Esa es la Morna que he oído mencionar con disgusto?

Janie miró la puerta para asegurarse de que estaban solas antes de responder.

- Ella es, sin duda. Una perra fría y calculadora, si me lo preguntáis... en nada parecida a Perrin. Bueno, Garrick se enamoró de Morna y creyó que ella retribuía ese amor. Iban a casarse, en realidad. Pero entonces llegó un rico mercader y Morna se fue con él, aparentemente prefiriendo las riquezas al amor. Desde entonces Garrick no es el mismo. Ha jurado despreciar a todas las mujeres y no casarse jamás. Se enfurece y enfada por la cosa más pequeña. Se ha vuelto cruel y despiadado, busca pelea y ha perdido muchos amigos. Durante dos inviernos se fue a las forestas y navegó hacia el norte para cazar, llegando al agotamiento

para acumular centenares de pieles, que vendió junto con los esclavos cuando fue a Oriente la penúltima primavera. Sus ansias de riqueza eran intensas. Por lo menos, eso lo ha conseguido. Perrin dice que ahora es un hombre rico. Y ya no es tan duro con nosotros como antes de partir en ese viaje. Pero sigue siendo frío y desconfiado.

- ¿Creéis que piensa conquistar a Morna con esas riquezas? - preguntó Brenna.

- Quizá - replicó Janie- . Yo no sé lo que puede haber en la mente de él. Sólo sé lo que Perrin me cuenta, y me dice que Garrick jamás volverá a entregar su corazón a una mujer. Se cuida mucho. La única mujer que merece su amor, según él, es su madre. Esa mujer no puede hacer ningún mal, piensa Garrick.

- Sí, he visto el respeto que le tiene cuando estuve en el hall - dijo Brenna- Decidme, ¿por qué ella enseñó nuestra lengua a Garrick y no al otro hijo?

- Hugh es el primogénito y el heredero, así que tiene que ser un verdadero vikingo. Ella no puede demostrar amor por él en público porque está mal visto, y él es vigilado continuamente por el clan. Ella se los dejó a ellos. Garrick fue su segundo hijo y ella se consagró a él como sólo puede hacerlo una madre. El habla nuestra lengua y conoce a nuestro Dios además de los suyos. Sus modales bondadosos y amables vienen de ese amor que ella derramó sobre él, hasta que Morna mató esos sentimientos.

- Me resulta difícil de creer que un corazón destrozado pueda hacer tanto daño - dijo Brenna pensativa.

- Es fácil ver que nunca entregasteis vuestro corazón, Brenna, pues de otro modo sabríais los demonios que puede poner la venganza en un alma dolorida. A Garrick lo volvieron malvado. No en broma lo apodaron Garrick Corazón Duro.

Brenna trenzó su pelo mientras iba por el sendero hasta el establo. Cuando entró, encontró a Erin aplicando un emplasto a la pata herida de una yegua.

- Estaba empezando a preguntarme si habíais perdido interés en el establo, muchacha - dijo él cuando ella se le acercó- . Esta mañana me hubiera servido mucho vuestra ayuda para tranquilizar a esa potranca después que ese semental salvaje la pateó en su ansiedad por salir.

Brenna frotó suavemente el morro de la yegua.

- Creí que no aceptaríais mi ayuda a menos que Garrick diera permiso.

- Lo dio anoche.

- ¿De veras? - pregunto Brenna, sorprendida, y en seguida rió con ganas- . ¡De modo que he ganado!

- Nada sé acerca de eso - replicó Erin con una risita divertida- . El dijo que yo debía trabajar con vos hasta que desistierais.

- Bueno, no imaginé que sabría perder con gracia - dijo Brenna, y se sonrió, muy satisfecha de sí misma- . Sin embargo, estoy dispuesta a trabajar duro. Veamos, dejadme terminar eso con vos.

Erin se incorporó lentamente y ella se puso de rodillas para ocupar su lugar junto a la yegua. El la observó con ojo crítico mientras ella trabajaba, pero a ella no le importó. Sabía que le llevaría un tiempo demostrar al anciano que era una mujer capaz.

- El invierno se acerca rápidamente - dijo Brenna en tono pensativo- . Sentí el viento frío en mis brazos desnudos cuando subí la cuesta

Erin rió por lo bajo.

- Estaréis contenta con este tiempo hermoso, muchacha, cuando hayáis probado el invierno aquí. Pero sí, pronto estará sobre nosotros. Las cosechas fueron recogidas hace dos semanas y el sol se acerca al horizonte. Antes de que pasen muchos días, estaréis deseando los fuegos del infierno para calentaros.

- Eso, no - replicó Brenna- Jamás. Quizá pueda dormir aquí, con los caballos, cuando llegue la nieve.

- iHum! - gruñó él- . Las ideas que tenéis, muchacha. El amo Garrick nunca permitirá eso.

Brenna sonrió con astucia.

- Vos creíais que no me permitiría trabajar aquí y lo hizo. Garrick no es tan difícil de

persuadir - con curiosidad, preguntó- : ¿Qué hace él en invierno para ocupar su tiempo?

- No hay mucho que hacer para nadie cuando llega la nieve. El amo suele cazar y reunirse con sus amigos para beber. Habitualmente se une por un mes a su hermano Hugh y navegan hacia el norte para cazar osos polares.

- ¿Dónde está ahora?

- Salió a hacer su cabalgata matinal.

- ¿Cabalga todas las mañanas? - Erin la miró con curiosidad.

- ¿Por qué tantas preguntas, muchacha? ¿Os habéis enamorado del amo?

- ¡Claro que no! - replicó Brenna- . Pero si voy a quedarme aquí, quiero saberlo todo acerca del hombre que es el amo de este lugar.

- ¿Si vas a quedaros? - Erin enarcó una ceja- . No tenéis alternativa, muchacha.

Brenna terminó su tarea con la yegua, se incorporó y sacudió el polvo de su falda.

- Tengo una alternativa, Erin - dijo en tono de confidencia- . No lo dudéis.

Una arruga más se sumó a los surcos de la frente del anciano.

- ¿Qué demonios se ha metido en vuestra cabeza, muchacha? Por vuestro bien, os advierto que el amo trata con mucha dureza a los que tratan de huir.

- Si los encuentra. ¿Ninguno de aquí buscó la libertad?

- Sí, dos. Una mujer, Hope, trató de escapar a las colinas en medio del invierno, pero el amo la encontró enseguida y la trajo de vuelta. La desdichada pasó dos días en la celda de castigo y casi había muerto congelada cuando por fin la sacaron. La llevaron con los otros esclavos que fueron vendidos.

- ¿Dijisteis dos?

- Un joven huyó el año pasado. Hugh se ocupó de él, pues Garrick no estaba aquí. El muchacho fue azotado delante de todos, hasta morir. A Hugh le gusta que sus escarmientos sean recordados para siempre.

Brenna se estremeció.

- Esa celda de castigo, ¿existe de veras? - Erin asintió con expresión sombría.

- Está debajo de la casa, frente al fiordo. Ulric la hizo construir para los castigos, pues el látigo no le gustaba. Es sólo un recinto pequeño tallado en acantilado y que se cierra con una pesada puerta. En la puerta hay una pequeña abertura cuadrada, con barrotes de hierro, que es la única entrada de aire. Pero también deja entrar el frío en invierno. No es una habitación confortable, pero el amo la ha usado en algunas ocasiones.

- Bueno, no temáis, Erin. Yo no veré esa habitación. Cuando me vaya, si me voy, abandonaré estas tierras y no me encontrarán.

- ¿Por barco? - preguntó él y rió brevemente- ¿Cómo, muchacha? En este fiordo hay sólo tres barcos. El del amo, el de su padre y uno que pertenece al clan del otro lado del fiordo. Ninguno zarpará antes de la primavera y vos sola nunca podríais manejar uno.

- No imaginé que podría - replicó Brenna secamente, sintiendo que la desesperanza descendía sobre ella.

En ese instante oyeron que se acercaba un jinete. Un momento más tarde, el gran semental negro entró en el establo. Garrick, alto y erguido sobre el lomo del animal, vestía túnica y pantalones color castaño oscuro y su pelo rubio estaba en desorden por la cabalgata.

Los ojos de Brenna examinaron caballo y jinete. El animal era esbelto, pero fuerte, realmente magnífico. Pero también lo era el jinete, debió admitir avergonzada. Garrick tenía un cuerpo cuya fuerza era evidente en los marcados músculos de los brazos desnudos, un cuerpo inmensamente agradable de contemplar. Y su rostro hubiera embobado a una joven más débil, tan de muchacho cuando sonreía, tan recio y guapo cuando estaba serio.

Ciertamente, Brenna nunca había conocido un hombre como éste. Pensó, un poco contra su voluntad, que podría pasarse horas contemplándolo sin cansarse de lo que veía.

Garrick quedó inmóvil un largo momento, intrigado por el atrevido examen de Brenna. Rápidamente notó que parecía muy satisfecha consigo misma. Sin duda, creía que había obtenido una victoria sobre él. ¿Era así?

Gradualmente, una sonrisa curvó los labios de Garrick. El joven se apeó y entregó las

riendas a Brenna. Ella las tomó y, sin que se lo dijeran, llevó al semental al sitio donde lo había visto antes. Erin se acercó para quitar la pesada silla, pero Garrick lo detuvo y lo despidió. El anciano regresó al fondo del establo murmurando que el descanso le vendría bien a sus huesos.

-Este caballo necesita atención, mujer-dijo Garrick, por fin en tono condescendiente- Ocupaos

- ¿Creéis que no puedo? - replicó ella, ligeramente picada- . ¿Entonces esto es una prueba?

- No mujer, es una orden. Se os ha dado una tarea... hacedla.

- ¡Vos... ooohhh!

Sujetó su lengua y le dirigió, en cambio, una mirada asesina antes de quitar la silla. Fueron necesarios varios fuertes tirones antes que la misma cediera; después, el gran peso casi la hace caer de espaldas. A continuación, Brenna se volvió con esfuerzo para poner la silla sobre el travesaño del establo. Con los pechos subiendo y bajando por el esfuerzo, lo miró triunfante.

- ¡Ya está!

Garrick cruzó los brazos y se apoyó en uno de los postes.

- ¿Está qué? No habéis terminado. ¿Debo deciros lo que tenéis que hacer?

- Sé cuidar los caballos mejor que vos, vikingo. ¡Apuesto a que también sé manejarlos mejor! - estalló y tomó un trapo para frotar los flancos sudados del semental - ¡Si yo hubiera estado montándolo esta mañana, no habría pateado a la yegua!

- Aprovecháis toda oportunidad que se os presenta para actuar como varón - dijo él en tono burlón- . Pero yo he visto el otro aspecto de vos, mujer.

- ¡Largaos! - grito Brenna con furia y con el rostro enrojecido- . ¡No necesito que estéis vigilándome! - Garrick rió con ganas.

- Ahora me ordenáis que me largue de mi propio establo. ¿No tiene límites vuestra osadía?

Ella lo miró y no pudo contener una sonrisa. Sabía que esta vez había sobrepasado sus límites.

- Tenéis razón - dijo, ya disipada su cólera- . Quedaos, si lo deseáis, aunque no sé por qué ibais a desearlo.

El se abstuvo de señalar que no necesitaba su permiso. En cambio, observó en silencio y notó que ella, en realidad, sabía muy bien hacer la tarea de caballeriza.

Cuando Brenna trajo avena para el semental, Garrick habló otra vez.

- ¿Cómo lo pasasteis anoche?

Ella lo miró por el rabillo del ojo, intrigada por la pregunta.

- Bastante bien.

- ¿No añorasteis lo blando de mi cama? - preguntó él con ojos brillantes de picardía.

Ella se sonrió de la pregunta.

- Encontré mi nueva cama mucho más de mi agrado, pues no tuve que compartirla.

El se acercó más, se aprovechó del humor alegre de ella y la tomó del mentón.

- ¿Qué os hace pensar que no la compartiréis?

Antes de que Brenna pudiera responder, él la abrazó y la besó en la boca. El beso fue un choque para los sentidos de Brenna. Fue su primer beso, porque no podía contar el que le había dado Hugh. La boca de Garrick se apoyó suavemente en la de ella y se movió con delicadeza. Después, su lengua le separó los labios y exploró la boca con dulzura, provocándole otra sacudida de los sentidos. Brenna notó con asombro que esta tierna proximidad era inmensamente agradable. Su sangre pareció acelerarse en sus venas y subírsele como vino a la cabeza.

También comprobó que deseaba estar aún más cerca de este hombre, y a continuación le echó los brazos al cuello y se apretó firmemente contra ese cuerpo duro y sólido. Sintió que él se estremecía por la sorpresa y entonces esos brazos parecieron aplastarla y el beso se volvió más exigente, como si quisiera devorarla entera.

¿Su espontáneo gesto lo había espoleado hasta este ataque tan impulsivo y urgente? A ella le gustó y deseó que él no se detuviera. Sintióse transida por los fuegos de la pasión. El era el enemigo, pero eso no parecía importarle a su cuerpo traidor. El contacto de él era como una droga que la cegaba para todo lo demás.

Eso no estaba bien, se dijo, mientras se deleitaba con el vértigo de sus sentidos. Debía detenerlo; debía. Por fin reunió la fuerza necesaria para apartar sus labios y ganar el tiempo que necesitaba para recobrar su voluntad, cosa que hizo rápidamente.. Cuando vio que él no la soltaba, rió suavemente y le habló al oído.

- ¿Vais a tomarme aquí, a tumbarme en el heno con Erin presente?

Los brazos de él se abrieron tan de repente que ella tuvo que retroceder un paso para no caer. La miró un largo momento con el entrecejo sombrío. Después giró sobre sus talones y se alejó con paso enérgico.

Ella tuvo que contener la risa para que no la oyese y se enfureciera aún más. Había ganado otra batalla, aunque esta victoria había sido mucho más difícil.

Había transcurrido una semana desde que Brenna empezara a trabajar en el establo. Ella y Erin ya se habían hecho muy amigos, pues él la trataba como a una hija y a ella le gustaba trabajar con él.

Brenna terminó de frotar a la yegua blanca y le palmeó los flancos. Cuando terminaba el trabajo del establo, Erin a veces le permitía sacar uno de los caballos por una hora, más o menos. Esta vez, ella eligió el semental castaño.

Saludó a Erin con la mano, montó a caballo y salió del patio. Hizo trotar al animal y cuando cruzaron la pradera llana lo hizo galopar. Por primera vez en ese día se sentía libre. Con su pelo oscuro sujeto hacia atrás y las riendas flojas en una mano, pasó raudamente por la hilera de árboles a su izquierda, hacia la tierra que había entre los acantilados y el fiordo. Olvidó su condición de cautiva y su lucha en esta tierra extraña y ajena. Una euforia que no sentía desde hacia meses se apoderó de ella. El cielo estaba azul y a la distancia podía ver las aguas del fiordo cabrilleando bajo el sol mientras ella y el semental corrían sin esfuerzo sobre el terreno firme. A sus labios asomó una sonrisa, y sintió todo su cuerpo vivo con una libertad y un regocijo recién encontrados. Perdió toda la noción del tiempo y le pareció que llevaba cabalgando horas y días, aunque no se sentía cansada y el caballo parecía tan vivaz y descansando como cuando salieron del establo. Alrededor de una o dos horas más tarde, la sonrisa desapareció de su rostro cuando vio a la distancia, dos jinetes que se le acercaban rápidamente. Todavía estaban demasiado lejos para identificarlos. ¿Quiénes podían ser?, se preguntó.

Garrick, no, porque había regresado de su cabalgata matinal poco antes de que ella saliera y atendiera su cansado semental. ¿Hugh, quizá? ¿Y Anselmo ? Su rostro se endureció al pensar que confrontaría con su enemigo jurado. Pero cuando estuvieron más cerca, notó con sorpresa que eran dos desconocidos para ella. Ahora llegaron a su lado y cuando vieron a la mujer con pelo oscuro miraron, sonrieron y frenaron sus caballos. Eran altos y rubios. A Brenna no le gustaron sus expresiones. Uno tenía ojos penetrantes que inspiraban desconfianza y el otro mostraba en una mejilla una cicatriz larga e irregular que le daba un aspecto siniestro.

- Vos no sois vikinga con ese pelo - dijo el de la cicatriz- . ¿Una esclava capturada, quizá?

Una expresión de cólera cruzó la cara de Brenna. Tomó el cuchillo que llevaba oculto en su bota y lo empuñó, aguardando el momento oportuno para atacar.

Ellos vieron el brillo de la hoja y se hicieron una señal con las cabezas, enseguida se pusieron a cada lado de ella, uno aferró la brida del caballo y el otro intentó arrancarle el cuchillo de la mano. Ella blandió el cuchillo, pero el hombre a quien atacó levantó una mano que fue herida por la hoja. El hombre lanzó un juramento cuando la sangre empezó a manar de la herida.

Una expresión de cólera apareció en la cara del compañero. Cuando Brenna se volvió, él la derribó del caballo. Cayó al suelo y quedó un momento atontada, mientras él le quitaba el

cuchillo y le sujetaba los brazos detrás de la cabeza. El otro se envolvió la mano con un trozo de tela y, con una cruel expresión en la cara, le ató brutalmente los brazos hacia arriba.

- De modo que me habéis provocado, muchacha - dijo el herido en tono despectivo. Se puso encima de ella le inmovilizó las piernas y empezó a moverse contra su cuerpo.

Brenna sintió su virilidad contra ella y pateó con furia, pero el peso de él la tenía sujeta de tal forma que no pudo moverse. El hombre tiró con furia de la parte superior de la camisa y la desgarró hasta la cintura, dejando expuestos los pechos blancos, perfectamente formados. Ella pataleó y mordió, pero esto sólo aumentó el placer de su atacante, que empezó a desprenderse los pantalones para liberar su miembro hinchado. Cuando se disponía a penetrarla, oyó ruido de cascos que se acercaban y levantó la vista alarmado.

Por favor, Dios querido, que sea un amigo, no un enemigo, rogó Brenna en silencio. Aprovechó la vacilación del hombre y trató de sacárselo de encima, pero el enorme peso no se movió. Un segundo después se sorprendió cuando él se levantó y se dirigió a su compañero con voz cargada de temor.

- Vámonos - dijo.

Tomó sus pantalones y se los subió mientras corría a su caballo. Los dos espolearon sus animales y se alejaron al galope.

Brenna volvió la cabeza y vio a Garrick que frenaba su caballo a pocos metros de ella. Quedó inmóvil, el rostro encendido por la humillación, olvidado su miedo de hacía un minuto. Oh, que él tuviera que rescatarla como si fuera una de esas mujeres débiles e indefensas que ella despreciaba. Cerró los ojos un momento, avergonzada. Cuando los abrió, se sorprendió al ver a Garrick inclinado sobre ella con una expresión de preocupación en sus ojos claros.

- ¿Estáis herida, Brenna? - preguntó con suavidad, y le tocó la cara.

- ¡Dejadme tranquila! - gritó ella, roja de furia. El se hizo atrás como si lo hubieran abofeteado y sus facciones se endurecieron.

- Levantaos - dijo, y la hizo ponerse de pie. Le dio la camisa desgarrada para que se cubriera y la empujó hacia su caballo- . Es la última vez que salís sola a cabalgar - dijo en tono cortante. ¿Quién os dio permiso para salir del patio?

Ella no respondió. El miró a lo lejos.

- No vi de cerca a vuestros atacantes, y aunque a nuestro regreso enviaré hombres a perseguirlos, probablemente son mercaderes viajeros o bandidos. Es probable que para entonces hayan salido del fiordo y no los encuentren. Hubieran podido mataros - añadió con furia, y le volvió la espalda- Ahora, montad, la empujó hacia el semental- . Estoy empezando a creer que sería sensato venderos en el próximo mercado de esclavos de Hedeby.

No volvió a dirigirle la palabra ni a dar señales de que reconocía su presencia durante el resto del camino de regreso, y cuando entraron en el patio, le arrojó las riendas de su caballo y se alejó caminando.

Ahora Brenna veía a Garrick todos los días por las mañanas cuando él salía a caballo como era su costumbre, o la mayoría de los días también por la tarde.

Cada vez que él regresaba, le entregaba el sudoroso semental. No se hablaban. En realidad, él no le había dicho una palabra desde aquel día que la rescató. Ni siquiera se daba por enterado de su presencia, excepto para arrojarle las riendas del semental; enseguida, se alejaba muy erguido.

Brenna se preguntaba a menudo por qué la ignoraba tan deliberadamente y si lo que él había dicho era verdad: que no le interesaban las mujeres excepto cuando su cuerpo se lo pedía. La irritaba algo ver que no ejercía influencia sobre él, porque había empezado a creer lo contrario. El, por su parte, todavía tenía el poder de hacerla inmensamente consciente de su presencia. En los momentos más inesperados, se sorprendía pensando en él y eso no le gustaba. Lo más fastidioso era el hecho de que no podía olvidar el día que intentó humillarla sin conseguirlo. Obviamente Garrick la había borrado por completo de su mente.

Brenna estaba metida en una pequeña tina. Su cabeza descansaba apoyada en el borde y su pelo negro espeso flotaba a su alrededor en el agua tibia. Sus pensamientos eran tranquilos,

se sentía relajada. Estaba sola en la casita; un fuego ardía en el hogar cerca de ella. Janie y Maudya todavía se hallaban en la casa grande, sin duda sirviéndole la comida a Garrick.

No oyó cuando la puerta se abrió silenciosamente, pero sintió la intromisión cuando el aire frío le tocó la cara y la hizo temblar. Alzó la vista y vio a un vikingo muy alto parado junto a la puerta y mirándola con sorprendidos ojos de color esmeralda.

- Iros por donde habéis venido, vikingo, y cerrad la puerta antes de que me enfríe.

El cerró la puerta, pero desde adentro, y se le acercó. Brenna bajó la vista para asegurarse de que su pelo le cubría el cuerpo antes de volver a mirar recelosamente al intruso.

No había visto antes a este hombre, pero por su altura y constitución le recordó a Garrick. Sus ojos la admiraban amorosamente. Su cara era agradable y ella notó allí humor y hasta bondad. La sonrisa le iluminaba los ojos y le formaba pequeñas arrugas en los bordes exteriores de los mismos.

Era evidente que él no había entendido la orden de ella. Esta barrera del idioma era por cierto un inconveniente. Brenna hubiera podido hacerse entender, pero todavía no quería descubrirse. En cambio, le indicó que se marchara con movimientos de las manos, pero él se limitó a menear la cabeza y a acentuar su sonrisa.

- ¡Marchaos, maldición! - gritó ella llena de frustración.

- No es necesario que os alteréis, mujer - Ella agrandó los ojos.

- Habláis mi lengua.

- Sí, Garrick me enseñó cuando éramos más jóvenes - replicó él, divertido ante la confusión de ella.

- ¿Quién sois? - preguntó por fin.

- Perrin.

La expresión de ella cambió.

- Si habéis venido por Janie, ella no está aquí.

- Ya lo veo - replicó él y se acercó aún más- . De modo que sois la nueva esclava de Garrick - lo dijo como un hecho sabido, sin notar la furia ardiente que asomó a los ojos de ella- . He oído hablar mucho de vos.

- Y yo de vos - replicó Brenna con furia- . Yo no respeto a un hombre que no reconoce a su hijo, y que no toma a la madre de ese hijo por esposa.

Perrin la miró atónito y arrugó el entrecejo.

- De modo que Janie tiene la lengua suelta.

- No culpéis a Janie - repuso Brenna con frialdad- Ella habla de vos sólo con amor y con orgullo y no os reprocha vuestra cobardía. ¿No os importa que otros hombres se acuesten con la madre de vuestro hijo?

Una expresión herida cruzó la cara de él.

- Me importa - dijo- . Pero todavía no puedo hacer nada al respecto. Ella pertenece a Garrick.

- Y teméis pedirle por ella a él - dijo Brenna, con obvio desprecio.

- Lo que yo temo, mujer, es su negativa, porque entonces no podría volver a pedirle...

- Si yo fuera vos, tomaría lo que quiero. Vosotros, los vikingos, parecéis siempre dispuestos a hacerlo - Perrin rió de repente y la sorprendió.

- De modo que sois tan arrogante y habladora como dicen. Veo que Garrick aún no os domó.

Brenna sonrió pese a sí mima.

- Si miráis con atención, veréis que es Garrick quien ha sido domado. El no era rival para mí.

- Me gustaría saber si Garrick está de acuerdo con eso - repuso él, y por fin llegó junto a la tina.

Brenna lo miró con desenfado.

- ¿Os gusta lo que veis, vikingo? - preguntó en tono provocativo, y se sorprendió de sí misma al hacerlo.

- Sin duda - respondió él.

Librodot

- Bueno, si tenéis pensado ver más, olvidadlo ahora mismo. Yo elegiré a mis amantes, no ellos a mí. Y vos, con seguridad, no seréis de los elegidos.

El rió con ganas y sus ojos verdes brillaron.

- Son palabras valientes para una mujer que se encuentra a mi merced.

Metió un dedo en el agua y le sonrió.

- Cuidado, vikingo - su voz se volvió fría- . Janie jamás me perdonaría si yo tuviera que lastimaros.

- ¡Ja! - rió él - ¿Y sin duda se lo contaríais?

- Se lo contaría - El retrocedió.

- Bueno, nada tenéis que temer de mí. No voy a tocaros - Ella sonrió.

- Yo no os temo, Perrin. Yo no le temo a ningún hombre - El enarcó una ceja.

- ¿Ni siquiera a Garrick?

- Especialmente no a Garrick.

- Deberíais temerle, mujer - repuso él en tono serio- . No lo toméis tan ligeramente como parece que lo tomáis.

Con eso se volvió y se marchó, dejándola intrigada por esta advertencia inesperada.

16

Garrick estaba sentado solo ante la larga mesa, terminando un sustancioso guisado y cavilando en su soledad. Perro yacía a sus pies y golpeaba ruidosamente el suelo con la cola, esperando con paciencia un resto de comida. La mayoría de las veces, Garrick disfrutaba de la tranquila soledad, pero en otras ocasiones, como ahora, casi deseaba haber permanecido en la casa de sus padres en vez de instalarse en este caserón frío y vacío. Echaba de menos la calidez de su familia, la plática y el compañerismo. Ni siquiera tenía a Yarmille para que le hiciera compañía durante las comidas. Porque ella sólo se alojaba en la casa cuando él estaba ausente. Y ahora que tenía menos esclavos que supervisar, sólo venía dos veces en la semana para darles instrucciones.

Garrick pinchó con aire distraído un trozo de venado y se lo dio al mastín.

Pronto los sirvientes terminarían sus tareas en la casa y regresarían a sus viviendas para pasar la noche. Entonces él quedaría completamente solo en esta gran casa, con sólo Perro para acompañarlo hasta la cama.

Hacia tres años había creído que sería diferente. Cómo se equivocó. Había alentado esperanzas de que contaría con una nueva familia para añadir placer a su vida. Hijos a los que pudiera ver crecer, una esposa amante para calentarle la cama. ¡Nunca había existido un tonto más grande que el que estaba sentado a esta mesa! Ahora nunca tendría una mujer para compartir su vida. Nunca confiaría en ninguna lo suficiente para entregarle su amor. Nunca más se expondría a sufrir otra herida de ésas.

Pero levantó la cabeza cuando las risitas de Janie llegaron desde el área de cocinar. Un momento después, Perrin entró en el salón, con una sonrisa de satisfacción en los labios. Saludó a Garrick y se sentó a la mesa.

- Juro que cuando venís a visitarme pasáis más tiempo con esa mujer que conmigo - dijo Garrick de buen humor, contento de interrumpir sus cavilaciones.

- Admito que encuentro su compañía más agradable que la vuestra. Vuestro humor está generalmente muy agriado mientras ella es, oh, muy dulce - Perrin rió

- ¡Hum! Debí saber que ella era la única razón de vuestra visita - replicó Garrick, fingiéndose ofendido- . Marchaos, entonces. La libero de sus obligaciones para complaceros a vos.

- Me herís, Garrick - dijo Perrin y se llevó las manos al corazón para acentuar el significado de sus palabras- Es muy triste que un hombre prefiera la compañía de una mujer a la de un amigo de confianza

- Ajá - repuso Garrick, ya sin bromear. Enseguida sonrió- . ¿Entonces, qué os ha tenido tanto tiempo ausente? Eché de menos vuestra presencia en el festín y no os he visto desde que regresamos a casa.

- Estuve cosechando los pocos campos que poseo. A diferencia de vos, no tengo tantos esclavos como para no verme en la necesidad de ocuparme personalmente de la cosecha.

- Debisteis pedir ayuda, Perrin. Mis cosechas fueron recogidas hace un mes. Los esclavos no tenían nada que hacer y yo tampoco.

- Quizás el año que viene lo haga..., pero por un precio.

- ¡Bah! ¿Queréis poner precio a la amistad? ¡Ahora sois vos quien me hiere a mí!

- Entonces lo haré, Garrick, si regresáis a tiempo de Oriente. - Garrick demostró sorpresa.

- ¿No vendréis conmigo en la primavera, entonces?

- No lo he decidido aún - respondió Perrin con seriedad- . Mi madre no lo pasó bien durante el invierno sin mi compañía.

- Nos fue bien en nuestra primera aventura comercial - replicó Garrick- . Quizá nos demoramos demasiado tiempo con los esclavos y por eso tuvimos que quedarnos. Pero eso no volverá a suceder.

- Eso, sólo Odín puede decirlo con seguridad - admitió Perrin- . Ya veremos.

Janie entró con varias jarras de cerveza y los dos hombres quedaron callados. Garrick vio la mirada que intercambiaron Perrin y la joven y casi envidió la relación que compartían.

Le hubiera gustado tomar a una mujer tan ligeramente como su amigo, sin comprometerse.

Cuando Janie se fue, Perrin sonrió y se acercó más a Garrick.

- Encontré a vuestra nueva esclava cuando venía hacia aquí.

- ¿Sí?

- Sí. Primero me detuve en la casita de las mujeres para ver si Janie estaba allí, pero en cambio encontré bañándose a esa belleza de pelo negro.

Los ojos de Garrick se ensombrecieron.

- ¿Y?

- Me pregunto por qué la alejáis de vos cuando vuestra cama es lo bastante grande para dos.

- ¡Hum! - gruñó Garrick- . No debéis haber hablado con ella o no os haríais esa pregunta. Ciertamente, ella es una rosa, pero sus espinas son demasiado agudas para mi gusto.

- Oh, hablé con ella... un poco - Perrin sonrió - Me provocó con osadía en realidad, sólo para amenazarme enseguida si me atrevía a tocarla.

- ¿La tocasteis? - preguntó Garrick, ceñudo.

- No, pero apostaría a que el próximo hombre que la encuentre lo hará. ¿No os importa compartirla?

- ¿Por qué iba a importarme? Quizás eso la ponga en su lugar - dijo Garrick, torvamente.

Perrin rió.

- ¿Todavía tenéis que cumplir la promesa que hicisteis en el festín? La muchacha aún no está domada, ¿eh?

- No tenéis que recordarme esa promesa de borracho - dijo Garrick, con una mueca.

Recordó claramente la promesa porque en aquella oportunidad no estaba borracho, sino enfurecido por las constantes bromas de su hermano sobre que nunca podría manejar a una mujer pendenciera como Brenna. Poniendo las manos sobre la tabla sagrada dedicada al dios Frey y bebiendo de la copa ritual, había prometido delante de todos que la domaría.

Poco sabía entonces de las dificultades de la tarea que se imponía a sí mismo. La táctica que eligió le fracasó. Ella no quedó humillada por el resultado, sino muy complacida, y puesto que ése no había sido el objetivo, él se sintió muy fastidiado. Sin embargo, castigarla con el látigo hubiera sido inútil, él lo sabía; además no lo hubiese hecho de corazón. Aunque ella no se doblegaba a su voluntad, por lo menos lo servía, aunque no fuera en la forma que él le ordenó la primera vez.

- ¿De modo que ella no quiere trabajar para vos? - preguntó Perrin.

- No, trabaja en el establo.

- ¿Permitís eso? - preguntó Perrin, sorprendido.

- Es lo único que acepta hacer - admitió Garrick de mala gana, y su ceño se acentuó.

Las carcajadas de Perrin resonaron en el salón.

- ¡De modo que la muchacha tenía razón! Sois vos quien ha sido domado, no ella.

- ¿Ella dijo eso?

La risa de Perrin se apagó y él arrugó el entrecejo ante la expresión de cólera que apareció en el rostro de su amigo.

- Vamos, Garrick. No quisiera causar con mis palabras un daño a la muchacha.

- ¡No sufrirá ningún daño, pero por Thor, no estará tan satisfecha consigo misma por la mañana!

Una nube oscura pareció haber envuelto a Garrick. Perrin lo miró y suspiró interiormente. Lamentó mucho sus palabras apresuradas y esperó que la muchacha no tuviera que sufrir demasiado a causa de ellas.

Garrick se dirigió a la casita de las esclavas, con una furia profunda corroyéndolo durante el camino. Abrió sigilosamente la puerta de la vivienda de las mujeres y entró. Un suave resplandor rojizo del fuego moribundo lo ayudó a encontrar a su presa. Se le acercó.

Brenna estaba profundamente dormida sobre un tapete frente al hogar, acurrucada debajo de una vieja manta de lana. Su pelo sedoso estaba suelto y se extendía detrás de ella

como sembrado de rubíes por la luz del fuego. Las largas pestañas negras le sombreaban las mejillas y sus labios entreabiertos estaban húmedos como pétalos rosados.

El verla tan dulce e inocente en su sueño inflamó la sangre de Garrick. Que cuando despierta era un demonio, fue olvidado. Se inclinó y retiró la manta con suavidad. Cuando el aire frío que entraba por la puerta tocó sus pies desnudos, Brenna arrugó la cara y acercó sus piernas a su pecho en busca de calor perdido. Su forma menuda estaba oculta dentro de un basto y voluminoso camisón, que sin duda le había dado la rolliza Maudya, que dormía en el otro extremo de la habitación.

Garrick recordaba bien los miembros sedosos que ahora estaban tan abrigadamente envueltos, los brazos suaves y los muslos largos y bien formados, las firmes prominencias gemelas de sus pechos y el vientre firme y liso.

También pensó en la delicada curva de su cintura y en las nalgas redondeadas que pedían que las acariciaran, la aterciopelada suavidad de su espalda y los huecos satinados del cuello que había besado.

Garrick rápidamente se sacó de la mente esos pensamientos antes que lo dominaran y lo hicieran actuar como un semental en celo sin importarle la privacidad. Con un rápido movimiento, aplicó una mano sobre la boca de Brenna para impedirle que lanzara un grito de alarma, porque con ello hubiera despertado a las otras. La joven abrió instantáneamente los ojos, pero antes de que pudiera ver quién estaba raptándola, él la levantó y la apretó contra la pétrea dureza de su pecho y se llevó hacia la noche el cuerpo que se retorcía.

Cuando llegó al establo la dejó en el suelo. Ella lo miró furiosa, con el pelo cayéndole sobre los hombros hasta la cintura, como una capa renegrida. Entonces lo reconoció y su ánimo se serenó por completo.

- Oh, sois vos - dijo en tono que sugería que él no merecía toda su preocupación.

- ¿Y quién otro podía ser?

- Uno de vuestros amigos - repuso ella- . Apostaría que ese llamado Bayard querría hacerme pagar lo que le hice. También a vuestro hermano le gustaría llevarme a la cama.

- ¿Y vos les teméis?

- No, pero no soy tonta como para tomarlos a la ligera - respondió ella.

- Sólo a mí me tomáis a la ligera, ¿verdad? - gruñó él. Ella lo miró sorprendida.

-¿Por qué debería temeros, vikingo? Me habéis mostrado lo peor de vos, pero en realidad no fue tan malo - El dio un paso hacia ella, nuevamente encolerizándose.

- ¿Deberé cargaros el resto del camino, mujer o caminaréis voluntariamente?

- No, no iré con vos. No me gusta que me despertéis para vuestro placer.

- No se trata de mi placer, mujer.

- ¿No?

- Entonces ¿qué?

- ¿Vendréis?

Antes de que ella pudiera decir sí, porque se le había despertado la curiosidad, él la tomó de un codo y la empujó con rudeza hacia adelante. Ella se apanó y se detuvo cuando las piedras del suelo le recordaron que estaba descalza.

- ¿Por qué os detenéis? - preguntó él en tono de impaciencia.

- ¿Deseáis que mis pies queden ensangrentados? Parece que, después de todo, tendréis que cargarme - dijo con una sonrisa traviesa.

El vaciló un largo momento y la miró torvamente antes de atraerla de un tirón y levantarla del suelo. Inmediatamente ella le rodeó el cuello con los brazos y oyó que él gruñía de desaprobación. Con pasos rápidos llegaron al fondo de la casa y a la escalera que subía al primer piso. El subió deprisa, de a dos peldaños por vez. El peso de Brenna parecía ser nada más que un saco de plumas en sus brazos poderosos.

Una vez dentro de la casa, la dejó deslizarse hasta el suelo, pero Brenna, a propósito, mantuvo sus brazos alrededor del cuello de él un momento más de lo necesario antes de dejarlos caer a sus costados. El permaneció impasible y la empujó para que la precediera.

Ella no había estado en la casa desde el día que él tomó su inocencia e inmediatamente

Librodot

notó los cambios que desde entonces habían tenido lugar. Ornamentados candelabros de oro estaban ahora fijos a intervalos en las paredes, y entre ellos colgaban pequeñas tapicerías de brillante colorido con bordes decorados con oro. En el suelo, una alfombra angosta corría a lo largo del ancho pasillo. Era negra y plateada, con bordados en oro en forma de espirales en los bordes. La atmósfera era todo un cambio para mejor comparada con la de antes.

Brenna vaciló cuando vio que estaban acercándose a las habitaciones de Garrick, pero él la hizo entrar y cerró la puerta. Ella se volvió, con los brazos en jarra y los ojos relampagueantes de furia.

- ¿Me habéis engañado, vikingo? ¿Con qué propósito estamos aquí? - preguntó Brenna colérica.

- Nuestro propósito, corno decís vos, espero que sea prolongado. Conociendo vuestra aversión a las corrientes de aire, elijo esta habitación por ser en el presente la más abrigada de la casa.

- Qué considerado - murmuró ella con sarcasmo. Sin duda, la habitación era acogedora. Ardía un fuego en el hogar que calentaba toda la estancia. Brenna notó que aquí también se habían introducido mejoras. Dos enormes alfombras idénticas, que casi se unían, cubrían el frío piso con dibujos azules y dorados. Dos grandes tapices colgaban en las paredes. Uno representaba a un grupo de campesinos trabajando la tierra bajo un cielo luminoso y el otro narraba una historia en miniatura contra un fondo amarillo. Un diván sin respaldo también había sido añadido a la habitación. Cubierto con rico brocado azul y blanco, tenía garras de león talladas como patas.

Brenna observó todo esto con sorpresa antes de volver a mirar a Garrick.

- Bueno, ¿me diréis por qué estoy aquí? ¿Y por qué fuisteis a buscarme en esa forma, con tanto secreto?

El se encogió de hombros y se acercó a la mesilla donde había un odre de vino y un plato de queso.

- No sabía de qué humor estaríais, de modo que preferí no arriesgarme a que hicierais alboroto y despertarais a las otras mujeres. No tenía objeto que ellas despertaran sólo porque vos y yo tenemos cosas que arreglar.

Brenna se puso rígida.

- Hemos arreglado todo. ¿Qué queda por arreglar?

- No hemos arreglado nada, mujer.

- Sin embargo, yo trabajo para vos - replicó ella, levantando la voz- . ¡Me gano mi comida! ¿Qué más queréis de mí?

El fue hasta el gran cofre que estaba contra la pared y sacó de él una bata de seda gris elegantemente orlada con piel blanca. Después fue a pararse frente a ella, a unos pocos centímetros, de modo que Brenna debió levantar la cabeza para mirarlo cuando él le habló.

- Si, habéis trabajado, alegremente, pero no como yo quería. En su momento yo os lo concedí porque no veía otro camino. Los esclavos, se supone, no tienen que disfrutar de su trabajo, mujer, pero vos sin duda lo disfrutáis - hizo una pausa- . Basta ya.

- ¿Cómo?

Una sonrisa helada asomó a los labios de Garrick.

- Empezaremos de nuevo - dijo- Haréis las tareas originariamente destinadas a vos y empezaréis con esto - dijo entregándole la corta bata- Hay un pequeño desgarrón debajo del brazo que necesita ser reparado.

Ella lo miró pasmada.

- ¡Señor del cielo! - gritó con exasperación.

- Vuestro Dios no puede ayudaros, mujer, ni tampoco el mío. Sólo me tenéis a mí para tratar.

- ¡No lo haré, Garrick! - replicó ella furiosa y arrojó la bata al suelo- . ¡Sabéis que no lo haré!

El volvió a encogerse de hombros y a acercarse a la mesa.

- Entonces - dijo, por encima de su hombro - permaneceréis en esta habitación hasta que

cambiéis de idea.

- No, sólo hasta que os quedéis dormido, vikingo.

- Entonces, parece que nuevamente tendréis que ser vigilada. Perro - llamó, y el mastín blanco bajó de la cama. Brenna ni siquiera lo había visto, pues su blanca pelambre se confundía con el armiño del cobertor- . Quedaos en el suelo y cuidad que la mujer no se vaya - ordenó Garrick.

El animal pareció comprender cada palabra. Volvió la cabeza y miró a Brenna con indiferencia, antes de acercarse a la puerta, donde volvió a echarse. Brenna le lanzó una mirada asesina y enseguida dirigió esa misma mirada al amo del can.

- He tratado de no odiaros, vikingo, pues vos no sois personalmente culpable de que yo esté aquí, ¡pero estáis haciéndolo difícil!

El curvó los labios en una sonrisa cínica.

- Odiadme todo lo que queráis, mujer. Eso no cambiará nada. Mis sentimientos hacia vos no son muy diferentes, porque habéis sido una mujer de mal carácter y porfiada desde que llegasteis, una espina en mi costado de la que puedo prescindir - Bebió un largo sorbo de vino y empezó a quitarse la ropa.

- ¿Y ahora qué?

- Hemos llegado a una situación sin salida, así que esta noche no habrá discusiones. A la cama, mujer.

- Ya no estoy cansada - dijo ella torvamente.

- ¿Y entonces?

- ¡Podéis obligarme a permanecer en esta habitación, pero no dormiré en esa cama con vos! - estalló ella.

- ¿No? - dijo él y enarcó una ceja- . Por el juego que habéis jugado desde la última vez que estuvisteis aquí acostada yo hubiera pensado que estaríais más que dispuesta a hacerlo otra vez.

- ¡Os equivocasteis! - replicó ella, con las mejillas encendidas.

- Bueno, no importa. Puesto que yo me opongo a compartir mi cama, vos dormiréis ahí. Pero no temáis, mujer. No me aprovecharé de vos para que no encontréis placer en esta habitación. Ahora, a la cama, y si no es para dormir, que sea entonces para pensar en vuestra terquedad.

17

Su propio cuerpo impulsaba a Brenna al estado de conciencia. Parecía gritarle: despierta, despierta y mira los placeres que te aguardan.

El sueño se disipó y sus ojos se abrieron lentamente por la sorpresa que le causaban las sensaciones que experimentaba y después se agrandaron cuando comprendió qué estaba sucediendo.

Brenna yacía de costado, de cara a la pared, con los brazos sobre la almohada y debajo de su cabeza, una pierna levantada y flexionada en la rodilla y la otra extendida. Estaba acostada sobre el cobertor de armiño, tal como cuando se quedó dormida con Garrick a su lado. Pero ahora su camisón estaba subido y amontonado alrededor de su cintura, dejando sus muslos y piernas completamente desnudos. Permaneció perfectamente inmóvil y logró mantener la respiración regular, como si siguiera durmiendo. El pecho de Garrick se apretaba contra su espalda y el calor de él atravesaba el camisón. Un brazo descansaba sobre su cintura y la mano, debajo de la tela, le acariciaba un pecho con suavidad. Ella sentía en su nuca el aliento de él, ardiente y cosquilleante, y la mano que empezó a moverse lentamente hacia abajo, siguiendo la curva tensa de su vientre, y después sobre su cadera y su muslo.

La sensación le erizó la piel de las piernas. Después, la mano se movió diestramente hacia la cara interna del muslo y empezó a ascender, con lentitud exasperaste, hasta que por fin se detuvo sobre el suave montículo de rizos negros entre las piernas de ella. Allí la mano se demoró, los dedos separaron suavemente los rizos y se abrieron camino hacia la carne húmeda, caliente, que ya se estremecía de deleite.

Con asombro, Brenna oyó que de sus propios labios escapaba un suave gemido. Sabía que hubiera debido correr, huir, pero en cambio se volvió lentamente hasta quedar de espaldas y abierta a esos dedos que exploraban. Una sonrisa seductora le curvó los labios cuando vio la ardiente mirada de los ojos color turquesa de Garrick.

- Os llevó mucho tiempo despertaros, mujer - murmuró él, en tono burlón.

La sorprendió que él pudiese ser tan cálido y tierno cuando habitualmente se mostraba tan brusco y rudo. Pero no le importó y esto también la sorprendió; en realidad estaba ansiando este momento. La última vez que había estado así tendida experimentó un auténtico placer, pero también sintió que goces aún más intensos podían ser alcanzados.

- Yo hubiera podido jurar, señor vikingo, que dijisteis que no encontraría placer en esta cama - dijo ella y pasó los dedos entre los vellos dorados del pecho de él- ¿No podéis cumplir vuestra palabra por una sola noche?

- Parece, mujer - replicó él con voz ronca, y bajando sus labios hacia los de ella para besarla suavemente- que hablé en forma apresurada. Pero debéis culparos vos misma, porque, en verdad, vuestros modales varoniles desaparecen una vez que estáis en la cama, la miró y sonrió- . ¿Por qué es eso?

Ella se encogió de hombros y sonrió con picardía.

- Compruebo que ser una mujer, en ocasiones tiene sus ventajas. Y no soy demasiado tímida para admitirlo.

- ¡Tímida, ja! - rió él- . ¡ Eso jamás!

- Vos lo sabéis muy bien, vikingo - replicó ella, y le puso una mano en el cuello para atraerlo más- . Ahora, no os sorprendáis de mis acciones.

Lo besó con voracidad, y aunque acababa de advertírselo, él lo mismo se sorprendió. Que la proximidad de ella lo había tentado hasta donde ya no podía controlarse, era un hecho. Que ahora ella estaba enloqueciéndolo de pasión, era todavía más cierto. Brenna lo impulsó a que la tocara y él lo hizo sin vacilar. Ella abrió sus piernas para él, y él penetró profundamente en ella. La tomo de las nalgas para apretarla aún más contra él y la montó como un semental que cabalga al viento. Antes de la embestida final, él sintió que ella envolvía las piernas alrededor de sus muslos y entonces se perdió en esa esfera blanca de fuego y deleite que lo había llevado a quebrar su palabra y hacerla suya.

Respirando agitadamente, Garrick descansó todo su peso sobre el pequeño cuerpo de ella, con su cabeza apoyada contra el cuello de Brenna. Por fin se movió para incorporarse,

pero ella unió los brazos detrás de su cabeza y con las piernas siguió rodeándole las caderas. El la miró, intrigado, y notó el sesgo seductor de los ojos, la sensual crispación de los labios.

- Mostradme vuestra fuerza, vikingo - jadeó ella, retorciéndose sensualmente debajo de él- .Continuad.

- Por todos los dioses, mujer, ¿no tenéis vergüenza? - preguntó él, con incredulidad.

- ¿Por qué? - replicó élla, sin amilanarse- . ¿Es vergonzoso que esto me guste? ¿Tengo que fingir que no es así?

- No, pero ninguna mujer jamás me ha pedido más!

- ¡No me comparéis con vuestras otras mujeres, vikingo! - dijo ella con vehemencia, y lo soltó- ¡Marchaos, entonces, si no tenéis fuerza para satisfacerme!

El le tomó las manos con que ella le empujaba el pecho y se las llevó a los costados.

- La táctica que empleáis es indecorosa, zorra - dijo él, en tono despectivo.

Con lentitud, empezó nuevamente a moverse dentro de ella y al mismo tiempo le aplastó los labios con un doloroso beso. Apenas fue necesario un momento para que la chispa del deseo se reavivara. Garrick entró con un ritmo regular, decidido, y después le soltó los brazos y le tomó la cara con las manos. Su beso se volvió más intenso, más exigente. Sintió que ella le pasaba las manos por la espalda y palpaba los músculos endurecidos de allí. Brenna empezó a gemir con suavidad y nuevamente le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó cada vez más fuerte, como si quisiera abrazarlo por toda la vida. Aun en su feroz acceso de pasión, él notó el salvaje abandono de ella y por fin Brenna sintió que el aliento se le quedaba en la garganta, se puso rígida, y clavó las uñas en los hombros de Garrick, como si fueran zarpas de gato. El nombre de él escapó de sus labios en un ronco susurro. En ese instante, él se le unió en ese tan buscado reino del placer explosivo.

Esta vez ella no protestó cuando él se apartó y se puso a un lado. Ambos estaban exhaustos y respiraban pesadamente. Cuando ella le tocó el hombro con suavidad, la mente de él se rebeló, porque temió que Brenna se atrevería a pedirle todavía más.

- Todavía no es de mañana, mujer - dijo con cansancio y sin abrir los ojos- Volved a dormiros.

- Sólo quería danos las gracias, Garrick. Eso es todo.

El abrió los ojos y alcanzó a ver la expresión tierna en la cara de ella, antes de que ella se volviera y se bajara el camisón. El miró fijamente la nuca de Brenna y otra vez se sintió sorprendido e intrigado por las muchas facetas que tenía el carácter de esta mujer. La de ahora era la que más le gustaba.

Sus facciones se suavizaron.

- Venid, mujer - dijo roncamente, y la atrajo a sus brazos.

Sabía que ella no se resistiría y esto lo complacía aún más. Ella se acurrucó contra él, y Garrick supo, sin ninguna duda, que podría acostumbrarse a esta mujer sin mucho esfuerzo.

- Es lindo, Garrick, no pelear con vos - dijo Brenna suavemente contra el pecho de él, ya medio dormida. El sonrió e inconscientemente la estrechó más. El efecto que ella tenía sobre él era sorprendente. Si seguían así abrazados, pronto él volvería a desearla.

- Sí, Brenna, es muy lindo.

Brenna y Garrick estaban sentados frente a frente ante la mesa pequeña, con el desayuno entre los dos. Ella se apoyaba lánguidamente en el respaldo de su silla, picoteaba malhumorada su comida y a cada instante dirigía a Garrick una mirada furiosa. Pero él estaba demasiado absorto en su comida para notarlo.

Ahora hacía una semana que él la tenía confinada a esta habitación, con la única compañía del odioso mastín blanco. Garrick traía personalmente a Brenna las comidas, pero la dejaba sola durante el día y sólo regresaba de noche. No volvió a tocarla desde la noche que la trajo aquí y hasta accedió cuando ella insistió que dormiría en el diván en vez de en la gran cama con él.

Al despertar aquella mañana después de la primera noche juntos, ella quedó apabullada

por el recuerdo de lo que había hecho. No era Brenna quien había actuado no mejor que una prostituta vagabunda, sino su despreciable cuerpo femenino. Ese instrumento traidor que elegía conocer todos los frutos de su despertar, hasta había provocado e incitado a Garrick para que se lo enseñara.

El había avivado dentro de ella un fuego que ella no soñaba que existía, pero nunca más. El delicioso placer que había experimentado podía ser negado. Sí, esa clase de éxtasis no le era necesaria, porque ella tendría que renunciar a demasiadas cosas para alcanzarlo nuevamente...

Aunque era demasiado tarde para cambiar lo sucedido, ella se condenaría antes que permitir que volviera a suceder. Había sido una tonta al pensar que Garrick cambiaría de idea a causa de ello: él seguía decidido a que ella le sirviera como exigía.

Por eso, ella no podía perdonarlo, no después de la ternura que había tenido lugar entre los dos.

Con Perro descansando entre sus pies, Brenna le ofreció distraídamente un bocado de carne, acostumbrada a hacer lo mismo en su casa con los lebreles de su padre que vagabundeaban por todo el interior de la mansión. Cuando el perro blanco le rozó la mano con el hocico pidiéndole más, ella comprendió lo que había hecho y al levantar la vista vio que Garrick la miraba ceñudo. Bien, pensó con perversa satisfacción. Eso era mejor que la expresión de seguridad en sí mismo que lucía tan a menudo en los últimos días.

- ¿Qué os disgusta, vikingo? - preguntó en tono inocente, aunque sus ojos brillaban con picardía- ¿Teméis que os haya quitado la lealtad del perro? – como la expresión de él se ensombreció todavía más, ella sonrió más ampliamente e insistió- ¿No sabíais que nos hemos hecho buenos amigos? ¿Pero qué esperabais después de encerrarnos juntos? No pasará mucho tiempo antes de que ni siquiera levante la cabeza cuando yo salga de esta habitación.

Garrick la miró fríamente un largo momento antes de responder:

- Si decís la verdad, mujer, entonces es tiempo de poner una cerradura en la puerta.

La cara de Brenna se puso gris.

- ¡No lo haríais!

- Ciertamente que lo haría - replicó él en tono glacial- . Esta noche, en realidad, pues no tengo nada mejor que hacer.

- Sólo estaba bromeando, Garrick - dijo Brenna tratando de tomarlo a la ligera- Podéis confiar en que vuestro perro hará lo que le ordenéis.

- Es en vos en quien no confío - replicó él secamente, y se dirigió con pasos airados a la puerta.

- ¿Cuánto tiempo me tendréis aquí? - preguntó ella furiosamente.

En la puerta, él se volvió y la miró con una expresión de desdén.

- No soy yo quien os tiene aquí, mujer, sino vos misma. Sólo tenéis que servirme como yo deseo y disfrutaréis los mismos privilegios que las otras esclavas.

- ¡Sois un asno pomposo e insufrible! - estalló ella poniéndose de pie y apretando los puños- . ¡Primero os pudriréis en el infierno!

- Vos sois una mujer terca - replicó él desdeñosamente- . Pero veréis que yo puedo serlo más.

Con eso abandonó la habitación y dejó a Brenna tan furiosa que levantó un jarro lleno de leche y lo arrojó contra la puerta cerrada. Viendo el daño causado, no se detuvo allí. Con un fulgor destructivo en los ojos, derribó la mesilla; la fuente de comida cayó al suelo y Perro debió hacerse a un lado, gimiendo, para que no le cayera encima. Con decisión fue hasta la cama y arrancó los cobertores, después fue hasta el cofre de Garrick. Con maligno placer, desparramó su contenido por la habitación.

Tan concentrada estaba Brenna en su tarea que no oyó que Garrick regresó.

De pronto sintióse tomada de atrás y arrojada sobre la cama.

- ¡Vuestras pataletas son propias de una criatura, no de la mujer que creí que erais! - estalló él, y la siguió hacia la cama.

Cuando Brenna se volvió para mirarlo, él estaba de rodillas, con una mano levantada

para golpearla. Miró ese puño sin parpadear y lo desafió a que hiciera lo peor. Pero Garrick vaciló un momento demasiado largo y el impulso pasó. Bajó el brazo con una maldición y salió de la cama. Después, la miró desde arriba con furia despiadada.

- Habéis decidido cuál será vuestra tarea, mujer. Pondréis esta habitación en orden antes de la noche, o tendréis que acostaros sin comer. Y si pensáis que una comida de menos no tendrá importancia, pensadlo otra vez porque se os negará alimento hasta que hayáis hecho el trabajo-Con eso, salió dando un portazo.

- ¿Qué haré, Perro? - preguntó Brenna suavemente, como si el fuerte animal pudiera tener una solución a su problema- . ¿Deberé morirme de hambre por despecho? Esto no es de mi agrado, pero le demostraría a ese chacal dominante que no puede darme órdenes. ¡Maldito sea! - gritó- . ¿Por qué me hace esto a mí? ¡Quiere quebrantar mi orgullo y pisotearlo en el polvo!

Todo iba muy bien antes de esto, pensó Brenna. Y ahora me hará pasar hambre. Sí, él ha dicho las palabras y no puede volverse atrás.

«Esta vez, seré yo quien tendrá que ceder», pensó Brenna.

Garrick llegó a la cima de la pequeña colina y detuvo su caballo. Se apeó y se pasó las manos por su pelo en desorden. Con la espalda erguida miró las luces de la aurora boreal que brillaban en el cielo negro y cuyos misteriosos colores lanzaban un extraño resplandor sobre la tierra. Había cabalgado duramente la mayor parte del día, a veces sin siquiera percatarse de dónde estaba y dejando al semental que fuera donde quería. Sin embargo, Garrick todavía no había resuelto la confusión de sus pensamientos que le pesaban continuamente desde que dejó a la altanera Brenna. El destino de la joven, el destino que él le había preparado, pendía como una nube oscura sobre su cabeza. Se maldijo a sí mismo un centenar de veces por las palabras que había pronunciado encolerizado, palabras que muy bien podían poner fin a la vida de la muchacha. ¿Podía ella ser de veras tan empecinada? ¿Y por una cuestión tan trivial? Hubiera debido seguir su primer impulso, que fue golpearla. Pero lo había detenido la idea de golpear ese rostro tan hermoso.

Si regresaba a su habitación y la encontraba aún en desorden, ¿qué haría? Si esta vez cedía, nunca podría manejar a la muchacha. Si ninguno de los dos cedía, la muchacha moriría...

Si por lo menos conociera más su carácter, entonces quizá podría predecir cómo reaccionaría ella. ¿Pero quién había aquí que pudiera iluminarlo?

- ¡Imbécil! - dijo en voz alta- . Hay alguien que puede arrojar un poco de la luz sobre la empecinada mujer a la que me encuentro atado contra mi voluntad.

Garrick volvió su montura en dirección a la casa de su padre. Después de una corta cabalgata, entró en el humoso hall de Anselmo y encontró a su padre y su hermano entretenidos con una partida de dados. Su madre estaba cosiendo.

- ¡Jo! ¿Qué lo trae esta noche al príncipe mercader a nuestra humilde morada? - bromeó Hugh cuando Garrick se les unió- Hubiera creído que necesitaríais todo vuestro tiempo libre para contar las riquezas que habéis amasado.

- No, me basta con la mitad - replicó Garrick, aunque su humor no era para bromas- . Vine para hablar con una de las nuevas esclavas.

- ¿Sólo queréis hablar? - preguntó Hugh, y se golpeó la rodilla riendo de su chiste.

- Basta, Hugh - dijo Anselmo solemnemente. Picada su curiosidad, se volvió hacia Garrick- . ¿Con cuál? - Una de las amigas de Brenna - repuso él- . No importa cuál.

- ¿Sí?

Garrick hizo una mueca.

- Padre, veo la pregunta en vuestra cara, pero no la formuléis. Ahora soy yo quien tiene preguntas que necesitan respuestas.

- ¿De una de las amigas de Brenna? - dijo Anselmo , sonriendo- ¿Queréis saber más de ella?

- Sí, querría saber hasta qué límites puede llevarla su orgullo - admitió el joven.

- No os entiendo bien, Garrick. ¿Tenéis problemas con la muchacha?

Librodot

- ¿Vos me lo preguntáis, después de haber elogiado su carácter fuerte? - replicó Garrick- . ¿De veras creísteis que ella se adaptaría a esta nueva vida?

Anselmo suspiró.

- ¿De modo que la muchacha no os satisface?

- Aún tengo que decidir si el placer que me proporciona en la cama vale los problemas que me causa fuera de ella.

- Dádmela a mí - intervino Hugh- . Yo sabría qué hacer con la zorrita.

- Vos quebrantaríais su espíritu además de su voluntad - le dijo Anselmo a su hijo mayor- . Una mujer con espíritu es digna de tenerla y debe ser domada con suavidad, no quebrantarla. Ah, Garrick, si ella os diera su lealtad, no habría ninguna que pudiera comparársele.

- ¿Habláis por experiencia? - preguntó Garrick y lanzó a su madre una mirada tierna.

- Sí - dijo Anselmo con una risita- , aunque no sé si merezco la lealtad que me he ganado. Id y encontrad vuestras respuestas, hijo. Las mujeres están en el fondo.

Cuando Garrick salió de la estancia, Anselmo meneó la cabeza y le comentó a Hugh:

- Vuestro hermano parece profundamente alterado.

- Ya quisiera yo tener sus problemas - dijo Hugh con una sonrisa, pero a Anselmo la situación no le pareció divertida.

18

Cordelia respondió rápidamente a la fuerte llamada en la puerta antes que el ruido despertara a las otras mujeres, que estaban durmiendo. Supuso que era Hugh quien venía porque estaba esperándolo. El no había venido a verla en los últimos días. Cordelia había llegado a familiarizarse con las actitudes amorosas de ese vikingo en el corto tiempo que llevaba aquí. Sabía lo que él esperaba de ella: resistencia todas las veces. Desempeñaba su papel con facilidad. No podía permitir que el vikingo perdiese interés en ella, si quería llevar sus planes a un buen final.

Hugh Haardrad debía de creer que era el padre de la criatura que ella sospechaba que llevaba en su seno. Ella le daría un hijo y así se aseguraría el futuro. Se sospechaba que la débil esposa de Hugh era estéril; Cordelia lo había sabido por Heloise quien también había dicho que él no tenía bastardos hasta ahora. Quizás un día hasta pudiera conseguir un casamiento a través del engaño. Sabía que el niño no podía ser de Hugh, pero ella podría jurar que lo era y la madre de él la apoyaría, porque Cordelia se había quejado deliberadamente ante la mujer de que, a causa de las incomodidades de su viaje por mar, los espasmos de su período menstrual habían empeorado. Sí, lo tenía bien pensado. Por lo menos ella no lo pasaría tan mal aquí.

Trató de no parecer demasiado ansiosa cuando abrió la puerta. Pero no era Hugh quien estaba allí en el frío, sino su hermano Garrick. Ella lo había visto en una ocasión anterior, cuando él vino a visitar a su padre, y había quedado prendada de él.

Era un hombre guapo y atractivo, mucho más que Hugh. Sin embargo, Hugh sería un día el jefe del clan, con poder y riqueza, y por lo tanto ella lo prefería.

- ¿Sois hermana de Brenna? - preguntó Garrick. Cuando ella asintió en silencio, él continuó- : Entonces, quiero hablar unas palabras con vos, mujer. ¿Queréis caminar un poco conmigo?

Cordelia se estremeció cuando el viento frío hizo ondear su tosca falda.

- Buscaré algo para abrigarme.

- No - replicó él. Se quitó la gruesa capa de pieles que llevaba y la puso sobre los hombros de ella- . Estoy impaciente.

Ella se mordió el labio y salió con él de la casa que compartía con las otras esclavas. Temió que este alto vikingo quisiera apartarla de las otras para solazarse con ella.

Aunque sin duda la experiencia le gustaría, no sería conveniente para sus planes. Nadie que no hubiera sido Hugh la había poseído desde su llegada.

- Tengo un problema, mujer - dijo Garrick cuando caminaban lentamente por los alrededores de la vivienda- . Busco vuestra ayuda si podéis dármela.

Explicó la actitud de Brenna y su empecinada negativa a servirlo, y terminó con la última confrontación de esa mañana.

- Me gustaría saber - dijo- si también en esto se mostrará inflexible. ¿Ella aprecia en algo su vida?

Cordelia quiso reír, pero no se atrevió. De modo que Brenna estaba actuando fielmente a su estilo, tal como Cordelia sabía que lo haría. Este vikingo mostraba una auténtica preocupación que Brenna, por cierto, no se lo merecía. Quizá aquí había una forma de conseguir su propia venganza, pensó Cordelia con malignidad.

- Es típico de Brenna - respondió- . Pero ella nunca haría nada que pusiera en peligro su vida - añadió con firmeza.

- Sin embargo luchó contra nuestro padre cuando él atacó vuestro hogar. Entonces arriesgó su vida

- Brenna nunca creyó que aquel día sufriría de verdad - explicó Cordelia con expresión convincente- . Ella pensó que vosotros, los vikingos, no mataríais a una mujer. En cuanto a la terquedad de Brenna, es sólo una treta que usa para ver cuánto puede ganar. Ella piensa que el trabajo doméstico es indigno de ella. Es una perezosa y le gustaría no tener que mover un dedo para hacer nada. Toda su vida tuvo sirvientes que la atendieron.

- Ella trabaja en mi establo - dijo Garrick- . Dice que lo único que no quiere hacer es

trabajo de mujeres.

- ¿Vos la visteis trabajar? - preguntó Cordelia- . ¿O ella persuadió a alguien para que hiciera el trabajo en su lugar? No, en nuestro hogar era igual. Brenna esperaba que todos la sirvieran, hasta su familia, mientras pasaba todo su tiempo divirtiéndose con los hombres de la aldea y tentándolos para apartarlos de sus esposas.

- La que describís es una Brenna diferente, no la que yo conozco y que rechaza a los hombres.

- Eso es nada más que lo que ella desea haceros creer - dijo Cordelia con malicia- . No, la verdadera Brenna es una falsa con corazón de ramera- . Sabe que es atractiva y querría que todos los hombres que conoce caigan rendidos a sus pies. Hasta sedujo a mi propio esposo, que también estaba embobado por ella.

- ¡Pero ella era virgen! - Cordelia sonrió.

- ¿Todavía lo es? - vio el entrecejo sombrío de él, pero eso no le impidió añadir- Si la queréis sólo para vos, vikingo, tendréis que vigilarla mucho, porque nunca se contentará con un solo hombre. Conozco bien a mi hermana.

- No he dicho que la quiero para mí, mujer - dijo él con brusquedad.

Garrick dejó la casa de su padre más desazonado y confundido de lo que estaba cuando vino. Las palabras de Cordelia lo dejaron insatisfecho y volvió a su casa de muy mal humor.

Minutos más tarde Garrick se detuvo frente a la puerta de su habitación, vaciló un momento, preguntándose otra vez sobre lo que encontraría adentro.

Sostenía torpemente una bandeja de comida en una mano, abrió la puerta con la otra y entró. Perro vino inmediatamente a recibirlo, agitando la cola.

- Vete, Perro - dijo Garrick- . Tu comida está abajo.

Esperó hasta que el mastín salió de la habitación y cerró la puerta con un pie. Una sola vela ardía sobre la repisa de la chimenea, pero su débil luz le permitió ver que la habitación estaba en orden. Sorprendido, miró a su alrededor hasta que vio a Brenna sentada en una silla y mirando fijamente el fuego. Dejó la bandeja y se le acercó. La miró y otra vez se preguntó si la hermana había dicho la verdad. ¿Brenna estaba jugando con él? ¿Por qué mentiría la hermana?

- ¿Por qué demorasteis tanto? - preguntó Brenna- . Estoy muerta de hambre.

El preguntó con amargura si ella había ordenado la habitación después que el hambre le hubiera roído un rato el estómago.

- Sí, es tarde - replicó.

Avivó el fuego, se irguió y esperó que empezara la tirada. Cuando no llegó inmediatamente, Garrick la miró con recelo y se acercó a la mesa para reunirse con ella. Por fin, él también sintió hambre. Brenna empezó a comer muy pensativa, con el entrecejo fruncido.

- ¿Algo os demoró, entonces? - preguntó ella por fin.

- No. Simplemente olvidé que vos estabais aguardando mi regreso - respondió con sequedad.

Entonces, de pronto, ella rió, aumentando la confusión de Garrick.

- Bien - dijo Brenna- . Me alegro de que podáis olvidaros tan fácilmente de mí, vikingo.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué no? - replicó ella con una sonrisa en los labios- . ¿Suponéis que yo deseo estar permanentemente en vuestros pensamientos? No, porque conozco la dirección de vuestros pensamientos. Ya sean buenos o malos, yo no deseo pesar en vuestra mente.

El gruñó.

- Tenéis formas extrañas de probarlo, mujer, teniendo en cuenta la conducta que habéis observado hasta ahora.

- ¿De modo que he ocupado vuestros pensamientos? - preguntó ella en tono de inocencia, y con humor en la voz- . Lo siento, Garrick. Supongo que, entonces, tendré que cambiar mis actitudes.

El dejó su comida y la miró con dureza.

- ¿Qué juego estáis jugando, mujer?

- Ningún juego.

- ¿Debo entender que ahora estáis dispuesta a servirme? - preguntó él, desconcertado por este súbito cambio.

- Sí. ¿No era eso lo que deseabais? Me doblego a vuestra voluntad, Garrick. ¿Cómo os sentís después de esta victoria?

Por alguna razón, él se sentía perdedor, pero no estaba dispuesto a decírselo.

- Me alegro de que finalmente hayáis recobrado el buen sentido.

- ¿Me dais una opción, Garrick? - preguntó ella, con una leve nota de amargura en su voz.

El la observó mientras continuaba comiendo y mirando para otro lado. Todavía no comprendía este cambio. Después de una resistencia tan empecinada, después de la forma en que ella había enfrentado desafiante una amenaza de golpearla, él esperó que hubiera soportado por lo menos unos pocos días sin comer antes de ceder. ¿Era esto realmente una prueba para ver cuánto podía ganar, como había dicho la hermana?

- Vuestra habitación está en orden, Garrick - dijo Brenna, interrumpiendo sus pensamientos- . Y vuestra ropa está reparada - empujó a un lado el plato vacío- Si esta noche no tenéis más necesidad de mí, ¿me dais permiso para regresar al alojamiento de las mujeres?

Ella se puso de pie. El vaciló antes de responder y la miró fijamente a los ojos.

- No.

- ¿No? ¿ Qué me falta por hacer, entonces?

- No hay nada que hacer, mujer, pero ya no viviréis más con las otras. De ahora en adelante, dormiréis en la habitación que Yarmille usa cuando yo estoy ausente. Está frente al cuarto de costura.

- ¿Por qué? - preguntó ella en tono cortante, con las manos en las caderas y la mirada sombría.

El elevó las cejas con expresión de curiosidad y cuando habló en su voz hubo un asomo de burla.

- Creí que os habíais doblegado a mi voluntad, mujer. ¿Hablasteis falsamente, acaso?

Pudo ver que la espalda de ella se ponía rígida y que los ojos grises relampagueaban de furia, pero cuando ella respondió, su voz sonó sorprendentemente calma

- Como gustéis.

Enseguida Brenna salió de la habitación con helada dignidad, dejando que él se preguntara por las razones que lo llevaban a desear tenerla más cerca.

19

Brenna entró en el área de cocinar cansada y con los ojos hinchados porque había dormido poco durante la noche. Janie estaba ocupada junto a la mesa, cortando un trozo de carne para un guisado. La joven se veía excepcionalmente hermosa con una falda gris limpia y su pelo cobrizo sujeto con prolijidad en la nuca. Parecía serena y fresca, lo cual hizo que Brenna se sintiera aún más cansada. Perro levantó la cabeza en cuanto la vio y se levantó de su lugar al lado del asador. Se acercó y le olfateó la mano hasta que ella lo acarició. Después, agitando la cola, el gran animal volvió a su lugar de descanso.

- Buenos días - dijo Brenna, por fin, para atraer la atención de Janie.

- i Oh, Brenna!- exclamó Janie- ¡Santo Dios! Hemos estado muy preocupadas por vos. Cuando el amo os encerró no sabíamos qué pensar. Y no nos atrevimos a preguntarle a él porque últimamente anda de muy mal humor.

- Fue solamente que mi trabajo con Erin no le agrada a Garrick. Tampoco mis largas cabalgatas - añadió- En cambio, él quiere que yo trabaje aquí. Fue culpa mía que me haya encerrado en su habitación, porque yo me negué a hacer lo que él quería.

- Pero ahora habéis accedido - dijo Janie- . El amo Garrick nos avisó esta mañana que en adelante nos ayudaréis.

- Sí, eso haré.

- No parecéis contenta - repuso Janie- . En realidad, aquí no hay demasiado que hacer, Brenna.

- No es el trabajo lo que rechazo, Janie, sino que Garrick quiere que lo sirva como una esclava cuando yo estaba preparada para servirle corno una esposa. Eso es lo que me fastidia, tener que doblegarme a él sin el beneficio del matrimonio.

- Haced de cuenta que él no es el hombre con quien hubierais querido casaron.

Brenna hizo una mueca.

- Dudo que eso sirva de mucho - se sirvió un tazón de avena de una pequeña olla que había sobre el fuego y volvió a la mesa- . Dijisteis que aquí no hay mucho que hacer. ¿Entonces por qué, cuando yo vine aquí la primera vez, os veíais siempre tan cansada?

Janie sonrió con amargura.

- Eso era cuando Yarmille estaba todo el tiempo aquí, como siempre que Garrick está ausente. Ella no posee esclavas propias y por eso goza ejerciendo su autoridad sobre nosotras. También es una mujer que no puede soportar la vista de manos ociosas. Nos hace limpiar una habitación que ya está impecable sólo para tenernos todo el tiempo ocupadas. Es una suerte que venga sólo una o dos veces por semana cuando Garrick está en casa.

- ¿Garrick sabe que ella es tan exigente? - preguntó Brenna.

- No, pero yo no me atrevería a decirselo. En un sentido, Yarmille es como de la familia. Su hijo bastardo es medio hermano de Garrick.

- Entiendo.

- Además, es la única que aquí no tiene familia ni granja que atender y el amo Garrick la necesita. Los demás tienen una esposa para dejarla a cargo de la casa cuando se ausentan... Garrick la tiene a Yarmille.

- De modo que él lo pensaría dos veces antes de reprenderla, por su seguridad.

- Sí, me imagino que sí.

- ¡Pero eso es terrible! - dijo Brenna, indignada- . Realmente, él tendría que ser aconsejado sobre la situación.

- No es tan malo, Brenna. El está en casa más de lo que está ausente. Excepto el invierno pasado, por supuesto. Sin embargo. eso no debería volver a suceder. Además, él no exige demasiado de nosotras cuando está aquí, sólo que lo sirvan de acuerdo con sus necesidades y que cuando tiene huéspedes los traten con respeto.

- Y que les concedan todos los deseos - añadió Brenna con evidente disgusto. Janie sonrió.

- Ah, estos vikingos son muy inclinados a ciertos placeres.

- ¡Bastardos libidinosos, eso es lo que son! - replicó Brenna con ojos brillantes de

desprecio- . Sirvienta yo seré, pero no en ese aspecto. El puede hacerme morir de hambre si lo desea, ¡pero yo no seré una ramera!

- ¿Eso fue lo que hizo?

- No, pero me amenazó con hacerlo - admitió Brenna- . El juega sucio conmigo.

- Quizá no tengáis necesidad de afligiros - dijo Janie- . Cuando vengan huéspedes, vos podréis ocultaron como hicisteis antes. Ellos vienen a buscarnos en nuestras habitaciones, pero vos podéis quedaros en el cuarto de costura.

- Yo no volveré a nuestras habitaciones - replicó Brenna. Todavía no entendía la razón- . Garrick me ha ordenado quedarme en la habitación de Yarmille.

Janie sonrió.

- Quizá de veras no tengáis que preocuparon. Parece que Garrick quiere reservaros para él solo.

- No. Si fuera así, yo lo habría pasado mal esta semana en su habitación, pero no fue así. El no tiene interés en mí en ese sentido.

- ¿Todavía no os ha tomado? - preguntó Jade, sorprendida. Brenna enrojeció intensamente.

- Sí, pero sólo dos veces - repuso, muy avergonzada- . ¡Y seguramente lo lamentará si vuelve a intentarlo!

- Sin duda, pasará un tiempo antes de que lo haga - comentó Janie- El se esfuerza por prescindir de las mujeres, les tiene mucha desconfianza. Y si una recuerda la razón de ello, quizá sea ése el motivo de que últimamente esté de tan mal humor. Morna ha regresado.

- ¿Regresado?

- Sí, hace unos pocos días. Perrin me lo contó. Parece que su acaudalado marido murió de consunción. Ella ha vuelto a su familia convertida en una viuda rica. Eso sólo puede traer problemas.

- ¿Por qué?

Janie frunció el entrecejo.

- Perrin cree que ella tiene pensado dirigir otra vez sus atenciones a Garrick.

Brenna se puso rígida.

- ¿Y él volvería a aceptarla?

- Ella fue su primer amor y eso no se olvida fácilmente. Sin embargo, ella lo lastimó mucho - dijo Janie y se encogió de hombros- . Mi opinión es que él sería un tonto de aceptarla después de lo que ella hizo. ¿Pero quién puede decir lo que hay en el corazón de un hombre?

- Solamente el hombre, y la mayoría de las veces, él tampoco lo sabe - murmuró Brenna con un asomo de amargura en la voz. Hubiera dado cualquier cosa por conocer los pensamientos de Garrick.

Janie y Brenna pasaron el resto de la mañana ocupadas con la limpieza. Brenna lavó la ropa mientras Janie hacia hervir agua del gran depósito de agua de lluvia que estaba junto a la casa y después tendía la ropa para que se secara. Brenna fregó las ropas de Garrick sobre la tabla de lavar con vengativa energía, rompiendo costuras que sabía que ella misma tendría que reparar después. Como no había muchas horas de luz diurna, las ropas no se secaban con la ayuda del sol, sino que tenían que ser bien exprimidas y tendidas en el viento frío. Era casi de noche cuando las ropas fueron llevadas adentro y fue entonces que Brenna vio por primera vez la aurora boreal. Al principio se asustó por los extraños resplandores sin forma, hasta que Janie le explicó que las luces amarillo verdosas aparecían frecuentemente en el cielo. También le advirtió a Brenna que las luces adoptaban tonos diferentes y que a veces eran blancas. Las luces más hermosas eran azules, rojas y hasta violetas.

Brenna quedó fascinada y ansió ver más auroras boreales. Esta tierra de tantos misterios, tan diferente a la suya, era un mundo completamente diferente.

Era tarde cuando Garrick llegó por fin para su comida. Brenna vio inmediatamente los pantalones manchados de sangre y lo miró inquisitivamente a la cara.

- No sabía que teníais enemigos en vuestra tierra - dijo en tono pensativo, con voz ronca.

Librodot

- Eso es verdad, pero hoy no encontré a ninguno - replicó él y se le acercó con una sonrisa en los labios- . Debo decepcionarte, mujer, y deciros que la sangre no es mía sino del ciervo que Avery está desollando ahora. - ¿Avery?

- Es otro de mis esclavos.

La forma indirecta de recordarle su posición no pasó inadvertida para Brenna. Sus mejillas enrojecieron y sus ojos plateados despidieron chispas.

- Se diría que sois un chambón para la caza - comentó despectivamente y sus ojos volvieron a las manchas de sangre- . ¿No sabéis que una flecha en la cabeza produce una herida más limpia y deja la piel intacta? - Garrick soltó una carcajada.

- Primero asegurasteis que sabíais de caballos más que yo. Ahora pretendéis enseñarme a cazar. ¿Cuándo cesaréis de sorprenderme, Brenna?

Se sintió enfurecida un momento. No le gustó que él usara su nombre. Lo había hecho antes sólo una vez en un momento tierno.

- Vuestra comida os aguarda - dijo secamente, ansiosa de alejarse lo antes posible de él- . ¿Dónde la tomaréis?

- ¿Significa esto que vos me serviréis? - preguntó él al tiempo que sus ojos recorrían atrevidamente el cuerpo de ella- . ¿Dónde están las otras?

- Quizá no sepáis que es tarde, vikingo - replicó ella con irritación- . Las otras se han retirado a dormir.

- ¿Y vos me esperasteis pacientemente?- ahora él estaba detrás de ella, quitándose su capa de pieles- . Este cambio en vos es realmente notable, Brenna. Me extraña que no hayáis ido a acostaron y dejado que las otras atiendan mis necesidades. ¿Es posible que os guste mi compañía?

- ¡Ooohhh!- exclamó ella, se puso de pie de un salto y lo enfrentó- . ¡Sois un chacal presumido! ¡Preferiría pasar mi tiempo con un asno que rebuzne antes que con vos!

Empezó a retirarse de la habitación, pero la detuvo una orden cortante de él.

- ¡No os he dado permiso para que os retiréis, mujer! - Ella se volvió, furiosa, echando fuego por los ojos, pero apretó los dientes y esperó que él continuara. La enfureció aún más la sonrisa de él. ¡Garrick estaba disfrutando del momento!

- Me serviréis la comida - dijo él en tono neutro - Primero prepararéis agua para mi baño.

- ¿Un baño? ¿Ahora? - preguntó ella con incredulidad.

El asintió con un gesto y ella no pudo contener un gemido. Sentía las manos doloridas y entumecidas de lavar ropa porque no estaban acostumbradas a ese trabajo, el agua caliente y el jabón abrasivo, ¡Ahora tendría que llevar cubos de agua hasta la habitación de él! Se estremeció ante la idea.

- ¿Por qué vaciláis? - preguntó Garrick, viendo las emociones conflictivas que se transparentaban en la cara de ella- . Un baño es asunto sencillo.

- ¡Preparadlo vos, entonces! - siseó ella- . Yo no llevaré agua hasta vuestra habitación.

- No os he pedido que lo hagáis - replicó él - Tomaré mi baño aquí. ¿Eso os conviene?

Claro que sí, estuvo a punto de decir ella. Pero en cambio respondió con sequedad.

- Como gustéis.

Tomó dos cubos grandes y salió hacia el gran depósito de anua de lluvia al lado de la casa. El viento frío le levantó la falda y la hizo temblar. Llenó los cubos, casi los dejó caer cuando las asas se hundieron en sus dedos doloridos y los llevó a la casa.

Garrick había movido la tina en forma de barril que se guardaba debajo de la escalera y la había puesto frente al fuego. Dio un paso atrás y observó en silencio cuando ella vació el agua fría en la tina. Cuando los cubos le resultaron otra vez livianos, Brenna perdió la mueca de disgusto de su cara y de mala gana salió de la abrigada área de cocinar para volver a llenarlos.

Cuando regresó, esta vez Garrick la recibió en la puerta.

- ¡Preparad mi comida! - ladró él con impaciencia y le arrebató los cubos- . ¡A la velocidad con que os movéis, tendré que esperar toda la noche para tomar mi baño!

Brenna cruzó a toda prisa la habitación y fue hasta el fogón, agradecida de la impaciencia de él, aunque no quiso admitir que podía ser amabilidad. Fueron necesarios varios cubos de agua para llenar la tina hasta la mitad. La cantidad de agua que trajo Garrick era más de la necesaria para un baño, pero Brenna no dijo nada. Siguió dándole la espalda y llenó una fuente de madera con el guisado que Janie había preparado más temprano. Una hogaza de pan achatado y un jarro de cerveza fueron puestos en una bandeja al lado del guiso, porque Brenna todavía no sabía dónde comería él. Aquí mismo, más probablemente, porque los fuegos de la parte principal del hall estaban casi apagados y esa estancia no resultaba muy acogedora. Tampoco ella pensó en avivar el fuego en la habitación de él o en la suya propia.

Librodot

20

Con los calderos puestos a hervir sobre el fuego, Garrick se acercó a la mesa y se sentó en el largo banco ante su comida. Esta vez Brenna se puso detrás de él y observó los anchos hombros, el pelo dorado claro que se rizaba en la nuca, los enormes brazos desnudos donde sobresalían músculos poderosos.

Brenna sacudió la cabeza para apartar la mirada, pues de pronto se sintió casi hipnotizada. El solo mirar a este hombre agitaba en su interior algo que ella no podía explicar y que la asustaba.

- ¿Habéis comido?- preguntó Garrick por encima del hombro.

- Sí, hace mucho - murmuró ella.

Brenna se mordió el labio y él siguió comiendo. Le había servido la comida y el bario estaba preparado, pero no quería abandonar esta habitación abrigada y tampoco quería permanecer aquí y sentir el extraño efecto que esta noche tenía en ella la presencia de Garrick.

Dio vuelta a la mesa y lo miró de frente.

- ¿Puedo retirarme ahora..., Garrick? Avivaré el fuego en vuestra habitación antes de acostarme.

Garrick la miró fijamente un largo momento antes de responder. Sus ojos pasaron de la cara a las suaves redondeces de los pechos de Brenna que se movían suavemente con la respiración debajo de la basta tela de su blusa y después bajaron hasta la curva de las caderas, acentuadas por el tosco cinturón que ella había ajustado en su cintura. La ropa era tosca y primitiva, pero en nada disminuía la esbelta belleza de la joven.

- ¿Y bien? - preguntó ella ruborizada por la atrevida mirada de él. Garrick la miró a los ojos y sonrió de buen humor.

- Podéis avivar el fuego de mi habitación, mujer, pero regresad después aquí.

- ¿Por qué?

La sonrisa de él se acentuó ante la evidente confusión de ella.

- No debéis cuestionar mis órdenes, sino cumplirlas sin demora, Brenna.

Ella reprimió la furiosa réplica que hubiera querido hacer y salió de la habitación. Pensó que pronto sabría la razón. Encendió fuego en la habitación de Garrick y en la de ella y después volvió lentamente al área de cocinar. A propósito se había demorado y cuando entró en el hall Garrick había terminado de comer y ya había echado agua hirviente en la tina. Estaba de espaldas al fuego, quitándose la túnica. Ella le había traído una bata para que se cubriera después del baño y se la había puesto sobre un hombro. Cuando Garrick la vio, le sonrió y le arrojó su túnica.

- Mojadla antes de que se estropee. Tendréis el resto dentro de un momento - dijo, y se inclinó para desatar las correas entrecruzadas que le ceñían los pantalones.

Ella le lanzó una mirada asesina que él no vio y metió la túnica en un cubo que él había dejado con agua. Cuando Garrick empezó a quitarse los pantalones, Brenna le volvió rápidamente la espalda y enrojeció intensamente. Había supuesto que él querría intimidad para tomar su baño. ¿Cómo se atrevía a desnudarse en su presencia cuando ella estaba completamente vestida? ¿Acaso no tenía vergüenza?

- Tomad - dijo él a sus espaldas, pero ella no se volvió- ¿Qué os pasa, mujer?

Como ella siguió sin moverse, él soltó una carcajada y le arrojó los pantalones a los pies. Brenna oyó el ruido del agua cuando él se metió en la tina y sólo entonces levantó los pantalones y los metió en el cubo del agua. Cuando por fin se volvió con cautela para mirarlo, sus ojos fueron atraídos por el torso bronceado, los músculos abultados y nervudos debajo de la rubia mata de vello del pecho, los brazos poderosos que seguramente, si hubiera sido necesario, habrían podido exprimir la vida de un oso.

- ¿Queréis acompañarme, Brenna?

Lo miró a los ojos y vio que él había estado vigilándola mientras ella lo contemplaba. Su rostro enrojeció todavía más.

- ¡No! - exclamó- ¡Me bañé esta mañana!

En verdad, hasta había usado la misma tina después que Coran, el esclavo que ayudaba

a las mujeres con las tareas pesadas, la llenó para ella. Pero Garrick sólo estaba bromeando... tenía que ser así.

- Si no queréis acompañarme, ¿querríais entonces frotarme la espalda?

Ella vio el humor en los ojos de él y eso la enfureció.

- ¡No, no quiero!

- ¿Y si yo os lo ordeno?

- ¡Entonces en vuestra espalda sentiréis mis uñas y no la esponja! - replicó ella- Yo os sirvo en la forma normal. No me exijáis más, vikingo. ¡Si abusáis de lo que habéis ganado, lo perderéis todo!

- Ahora me amenazáis otra vez - dijo Garrick con fingida exasperación- ¡De modo que no es mucho lo que habéis cambiado, al contrario de lo que quisisteis hacerme creer!

- Acepto serviros en vuestra casa, pero no en esta forma íntima - repuso ella en tono calmo, aunque sus ojos echaban chispas- . ¿Puedo irme ahora?

El suspiró.

- Si, marchaos. Coran vaciará la tina por la mañana.

Brenna salió y subió la escalera corriendo. Entró en su pequeña habitación y la cerró de un portazo. Inmediatamente lo lamentó, porque Garrick oiría el ruido y sin duda se reiría por haberla alterado tanto. ¿Por qué él insistía en seguir con estas pequeñas batallas de voluntades? ¿Insistiría hasta que por fin ella hiciera todo lo que le pidiese? ¡No, jamás llegaría ese día!

Brenna se quitó la ropa y la dejó prolijamente doblada sobre la única silla de la habitación. Había un cofre pequeño a los pies de la cama, pero estaba vacío y ella no tenía nada que guardar en él. El camisón y la ropa que le habían dado venían de la casa depósito y eran ropas de esclava. También le habían dado un peine con mango de hueso y un par de zapatos de cuero blando que eran demasiado grandes para sus pies delicados. Vaya posesiones, pensó con algo de humor, y recordando cuánto había desapreciado los vestidos que poseyó una vez.

Se puso el camisón que estaba sobre la cama e inmediatamente lamentó haberlo lavado más temprano porque la tela estaba más rígida que antes. Después se sentó en la cama, se soltó su pelo largo y sedoso y lo peinó hasta que la luz del fuego se reflejó en su lustrosa suavidad. Finalmente, se metió en la cama y trató de dormir.

Pero el sueño eludía a Brenna y ella sabía por qué. No podía relajarse hasta saber que Garrick estaba acostado. Trató de dejar que el crepitar del fuego la adormeciera, pero fue inútil. Tenía el cuerpo tenso, rígido corno una tabla. Esperó y esperó, por lo que le parecieron horas, para oír que se abría y cerraba la puerta del pasillo. ¿Por qué le era tan necesario, antes de poder dormirse, saber que Garrick se había acostado?

Cuando se abrió la puerta de su propia habitación, Brenna tuvo la respuesta. ¿Cómo sabía que él iba a venir? ¿Fue la atrevida mirada que él le había dirigido antes lo que la puso sobre aviso?

El apareció en la puerta, vestido sólo con la corta bata de seda que ella le había llevado. Ceñida en la cintura, la prenda se abría en una gran V hasta el cinturón y dejaba expuestos los vellos rizados de sus pechos. La luz del fuego danzó sobre las piernas desnudas, los muslos fuertes y las pantorrillas musculosas. Piernas largas, poderosas, que pronto estarían entre las de ella.

Brenna sacudió la cabeza, sorprendida de sus propios pensamientos. No permitiría que sucediese. Garrick tenía la fuerza, pero ella podía derrotarlo con astucia.

- ¿Qué deseáis, Garrick? - preguntó con voz ronca.

- A vos - fue todo lo que dijo él.

Ella se incorporó sobre un codo y su pelo cayó en cascada sobre sus hombros.

- ¿Supongo que ésta es una de esas ocasiones que antes mencionasteis, cuando vuestro cuerpo desea a una mujer?

El gruñó, disgustado por la pregunta.

- Recordáis bien - dijo.

- ¿Por qué no iba a recordarlo? Después de todo, no es Garrick, el hombre, quien me desea, sino solamente su cuerpo - dijo ella en tono ligero- . ¿Me tomaréis aquí o preferís que sea en vuestra cama?

El arrugó el entrecejo, desconcertado por la complacencia de ella. Brenna no sentía nada de la calma que exhibía, aunque la vacilación de Garrick la ayudó.

- Veo que no podéis decidiros, Garrick. Bueno, esta cama es demasiado pequeña para recibir vuestro cuerpo de modo que iré con vos.

Salió de la cama con graciosos movimientos y caminó hacia la puerta con una sonrisa sensual en los labios. Se detuvo cerca de él y le puso una mano en el pecho.

- ¿Habéis cambiado de idea, Garrick? Decídmelo ahora, antes de que yo llegue más lejos.

El desconcierto de él ante la docilidad de ella lo hizo ponerse sombríamente ceñudo.

- Venid, entonces - dijo ella y salió de la habitación antes que él.

Brenna sentía que su corazón le latía con fuerza, casi dolorosamente. El se pondría furioso con ella por la treta que le jugaría, pero ella no sufriría las consecuencias de esa cólera a menos que él la atrapara y estaba decidida a que eso no sucediera. Cuando llegó a la escalera, se lanzó hacia abajo con frénetica velocidad y corrió hacia la puerta trasera. Afuera, en la oscuridad de la noche, encontraría un lugar donde ocultarse hasta que la ira y el deseo de Garrick se hubieran enfriado.

Pero Garrick había cerrado la puerta con llave, cosa que ella no previno, y antes de que pudiera correr el pesado pestillo él estuvo a sus espaldas. Brenna gritó cuando él la levantó en brazos y la cargó sobre su hombro, dejándola sin aliento, pero sólo por un momento. Pateó y se retorció hasta que él casi la dejó caer cuando subía la escalera. Una sonora palmada en sus nalgas no cesó con su resistencia; sólo la aumentó.

En la habitación principal, él cerró la puerta de un puntapié, cruzó la estancia y arrojó su carga sobre la cama. Esperó y observó cómo ella se alejaba de él hacia los pies de la cama, preparada a saltar si la perseguía. Una mueca cínica asomó a los labios de Garrick, pero no hizo ningún movimiento por sujetarla.

- ¿De un extremo al otro, eh? - comentó él con las manos en las caderas- . Y yo pensé que aquí os sentirías cómoda entre los dos.

- Habláis en acertijos - dijo Brenna llena de recelos, aliviada al ver que él no estaba furioso.

- ¿De veras? Entonces explicadme vuestra actuación de hace unos pocos minutos. ¿Qué fue todo eso, mujer?

- No sé de qué estáis hablando - dijo ella a la defensiva, con el mentón en alto.

El meneó la cabeza y dejó caer sus manos a los costados.

- Hubiera debido no esperar sinceridad de una mujer. Hubiera debido percatarme de que estabais jugando falsamente conmigo. Os mostrasteis demasiado complaciente y eso me desconcertó, pero no esperaba tretas sucias de vos. Tampoco esperaba que huyeseis de mí como una virgen asustada. ¿Qué juego estáis jugando, Brenna? Explicadme las reglas.

- Yo no juego a ningún juego. ¿De veras esperáis que os abriré pasivamente los brazos?

- Sí, nuestro último encuentro me llevó a creer que lo haríais.

Le sonrió.

- ¡Patán engreído! - estalló Brenna, recuperado su coraje- . ¿Habéis olvidado que la última vez me mentisteis? Dijiteis que no os aprovecharíais de mí, pero eso hicisteis. Y fue solamente mi curiosidad lo que permitió que lo hicierais.

El rió burlón.

- De modo que fue curiosidad lo que os llevó a enardecer mi pasión.

- ¡Mentís! - exclamó ella- . ¡Vos me despertasteis, vikingo, no yo a vos!

- Pero no tratasteis de escapar. Y por Thor, fuisteis vos quien no quiso dejar que me marchase y que me pidió descaradamente que continuase. ¿Negáis eso?

Ella se encogió de hombros. Enseguida, sonrió traviesamente.

- Eso no podéis entenderlo, ¿verdad? Para vos, el acto estuvo completo. Pero algo faltó

para mí - como el entrecejo de él se acentuó, agregó rápidamente- Aunque no fue vuestra culpa. Sucedió que a mí me llevó más tiempo resolver el misterio.

- ¿El misterio?

- Sí. Llegar al final como llegasteis vos. Comprobar qué es lo que hace el acto tan deseable. ¿Os parece eso una prueba suficiente de sinceridad, vikingo?

- ¿Y lo disfrutasteis?

- Sí, lo admito.

El la miró torvamente.

- ¿Entonces, por qué demonios ahora huisteis de mí?

- Que una vez yo haya disfrutado, vikingo, no significa que quiera volver a hacerlo, como hacéis siempre vosotros los hombres. Mi curiosidad quedó satisfecha y, por lo tanto, no necesito una repetición del acto.

- ¡El acto! - gruñó él, profundamente ofendido - Hay una palabra mejor para llamarlo.

- ¿Cuál? - dijo ella en tono desdeñoso- . Seguramente, no será hacer el amor, porque no fue amor lo que hicimos. No para mí, y especialmente para vos. Vos, el hombre, ni siquiera participáis. Habéis admitido francamente que es sólo vuestro cuerpo lo que desea aliviarse. Entonces no acudáis a mí en busca de ese alivio cuando cualquier mujer os serviría.

- Pero he acudido a vos - replicó él, con una sonrisa decididamente perversa en los labios.

Los ojos de Brenna se nublaron de furia.

- ¡Me niego! ¡No quiero ser usada para satisfacer los deseos de vuestro cuerpo!

- De modo que os rehusáis - dijo él con ligereza y con la sonrisa todavía en los labios- . Eso no me impedirá tomaros.

Los ojos de ella brillaron de astucia.

- Es una suerte, supongo, que vuestro cuerpo no sienta esos impulsos muy a menudo. Pero decidme, vos, el hombre, ¿buscáis alguna vez conquistar una mujer?

- ¿Por qué iba a hacerlo?

- ¿Ni siquiera a Morna?

Ella esperó despertar su cólera con la pregunta y posiblemente hasta sufrir un castigo a causa de esa cólera. Pero no esperó la ira glacial que crispó las facciones de él y a ella la hizo estremecerse.

- ¿Cómo es que sabéis de Morna?- preguntó él en un tono mortalmente calmo.

- ¿No habéis aprendido que nunca se debe presentar batalla a un enemigo hasta conocer todo lo posible de él? Yo me propuse conoceros a fondo.

- ¿Me consideráis enemigo vuestro?

- Ciertamente, no sois amigo ni aliado, de modo que sí, somos enemigos.

- No - repuso él con frialdad- . Somos amo y esclava. Hacemos la guerra con palabras, no con armas. Y ahora estoy cansado de las palabras.

- ¿Entonces dejaréis que me marche? - preguntó ella, esperanzada.

El repentino salto de Garrick a través de la cama la tomó por sorpresa y poseída por el pánico se apartó de él. Pero no fue lo bastante rápida y él la tomó de un pie con firmeza mientras el resto de ella caía ruidosamente al suelo. El impacto la dejó sin aliento y le arrancó lágrimas de dolor. Brenna se maldijo en silencio por dejar que brotaran las lágrimas. Un arma de mujer: lágrimas. Ella no quería valerse de esa arma.

- ¿Os lastimasteis?

- ¿Eso qué importa? - estalló ella.

- ¿Estáis lastimada? - insistió él con rudeza.

- ¡Lo único que me lastima es vuestra mano en mi pie! - mintió ella y secó los ojos con las palmas de las manos- ¡Soltadme, maldito!

- No, Brenna - dijo él con suavidad- . Aún no.

Sin soltarle el tobillo, él le levantó el camisón con la otra y mano. Cuando ella lo pateó con el otro pie, él rió y también se lo aferró. Después se lo retorció hasta que ella tuvo que ponerse de espaldas. Quedó acurrucado a los pies de la cama, sosteniéndole un tobillo con

cada mano. Ella lo miró con incredulidad cuando él empezó a incorporarse lentamente y a separarle las piernas mientras se levantaba.

- ¡Basta, Garrick! ¡Basta!

Pero él continuó levantándola del suelo, cada vez más arriba, hasta que la tuvo suspendida en el aire, sobre la cama. Brenna no sabía si usar sus manos para afirmarse o para volver su camisón a su lugar, porque ahora la prenda caía alrededor de su cabeza, dejando expuestas sus piernas desnudas. Pero antes de que pudiera decidirse, él la bajó suavemente sobre la cama hasta que ella quedó de espaldas. Sin embargo, siguió sujetándola y le separó lentamente las piernas.

Cuando él cayó de rodillas, ella trató de apartarse, pero él se lo impidió. Después, con un rápido movimiento, puso las piernas de ella sobre sus hombros y al mismo tiempo se dejó caer, inmovilizándole las piernas con sus brazos a fin de que ella no pudiera bajarlas. Ni siquiera tuvo que quitarse la bata corta porque la prenda se había abierto durante la lucha y su miembro palpitante se apretó contra ella, buscando la húmeda caverna de su femineidad.

- ¡Sois una bestia depravada! - exclamó ella.

- No. Estoy decidido a teneros, Brenna. Eso es todo.

Ella le lanzó una mirada asesina.

- Hasta ahora os habéis ganado mi cólera, pero si ahora me forzáis, Garrick, también os habréis ganado mi odio. Y mi odio no es una cosa preciosa. Nunca tendréis paz si lo hacéis.

La respuesta de él fue penetrarla profundamente, arrancándole lágrimas con su brutal arremetida. La poseyó sin piedad rápidamente, mientras ella le murmuraba su odio al oído. Cuando terminó, dejó caer una por ver las piernas de ella y en seguida se hizo a un lado. Ni bien la soltó, ella saltó de la cama como si el lecho quemara y huyó corriendo de la habitación, dando un portazo al salir. Poco después, se oyó el portazo de la otra habitación.

Garrick golpeó la cama con un puño.

- ¡Que Loki se la lleve! - rugió. Lo que él había esperado que sería un encuentro placentero se había convertido en una amarga victoria.

21

La primera nevada demoró en llegar y no ocurrió hasta fines de otoño. Cuando vino, una tormenta que duró toda una semana heló lagos y estanques y dejó un manto de nieve de un metro a un metro y medio de espesor. La tierra quedó melancólicamente amortajada de blanco.

Pocos querían salir a desafiar el viento helado y la nieve que caía. Garrick era uno de ellos. Cuando empezó la tormenta, llevaba ausente dos semanas y cuando la nevada cesó, todavía no había regresado.

El mismo día que calmó el viento, Anselmo vino a la casa de Garrick trayendo consigo, además de su caballo, una hermosa yegua de manto plateado. Su esposa le había dicho que según a ella le había contado Linnet que ese animal en especial había pertenecido a lady Brenna. Ahora él llevaba tres largos meses cavilando sobre la joven de pelo renegrido. El disgusto que hacia ella mostraba su propio hijo no lo hacía sentirse mejor. Lamentaba habérsela dado a Garrick, porque aunque no había venido a visitarlo personalmente en esos meses, temía que a ella no le hubieran ido muy bien las cosas con el mal humor del joven.

Anselmo le había dado la muchacha a Garrick en la esperanza de que el temple y la belleza de Brenna apartarían la mente del muchacho de la perra que lo había convertido de un joven animoso en un hombre cínico y frío.

Cuando Garrick buscó a la hermana de la joven, y después, un mes más tarde, habló largamente con la tía, Anselmo supuso que el deseo que mostraba su hijo de saber más acerca de Brenna era un comienzo prometedor y que pronto Garrick volvería a ser el de antes. Pero después de eso, la sombría disposición de Garrick no mejoró; en realidad, empeoró. Por qué Anselmo no podía adivinarlo. Ahora Garrick se iba a las montañas por períodos de varias semanas a la vez y su padre lo veía muy poco.

Las ausencias de Garrick se hicieron más prolongadas y este último viaje al norte ya llevaba unas tres semanas. Aunque Anselmo había empezado a preocuparse ligeramente por el bienestar del muchacho, esperaría unos pocos días más antes de iniciar una búsqueda, como Heloise venía pidiéndole que hiciera desde que empezara la tormenta.

- ¡Eh, viejo! ¿Dónde estáis?

Erin vino desde el fondo del establo, envuelto de pies a cabeza en una capa de pieles multicolores.

- Os oí - gruñó el anciano con voz cascada. Anselmo lo miró con expresión de disgusto.

- Veo que Garrick sigue desperdiciando pieles en los pobres infelices como vosotros los sirvientes

- Ajá, estamos mejor vestidos que los pobres que poseéis vos - replicó Erin, sonriente.

Anselmo no hubiera tolerado ese comentario de ningún otro, pero estimaba sinceramente al viejo Erin. El hombre había servido al padre de Anselmo y ahora servía a su hijo, y por muchos años se habían divertido intercambiando bromas y reproches con buen humor, cada vez que se encontraban. Anselmo gruñó y contuvo una carcajada.

- Traje una nueva potranca para vuestro establo - dijo- . ¿Tenéis espacio para ella?

- Claro que tengo espacio - repuso Erin, tomando las riendas de ambas cabalgaduras- . Claro que hay espacio.

- Pero no es para Garrick.

- ¿Cómo?

- No. La yegua es un presente para la muchacha celta - dijo Anselmo roncamente- Y no olvidéis decírselo a mi hijo cuando regrese.

- ¡Por todos los santos! - exclamó Erin- . ¿Desde cuándo sois tan generoso con una esclava?

- Eso a vos no os importa, viejo gruñón. ¿Dónde está la muchacha? ¿En la casa de los esclavos?

- No. Ella vive en la casa grande.

Anselmo se sorprendió por esta noticia y enseguida rió por lo bajo.

- Quizá, después de todo, no fui tan tonto.

- ¿Me pedís mi opinión? - replicó Erin, con sus viejos ojos brillantes de buen humor.

- ¡Ocupaos de vuestro trabajo! - ladró Anselmo y se encaminó a la casa grande.

Brenna estaba en el área de cocinar, donde pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia, pues era el lugar más abrigado y agradable de la casa. Sobre la mesa estaban los restos de su desayuno. A un lado estaba el conejo que habían empezado a trozar para la cena, pero que habían dejado sobre la tabla de cortar.

Cuando Garrick se marchó en una expedición de caza, Yarmille vino a quedarse. Exasperó a Brenna con sus insistentes exigencias. Pero pasada una semana, la mujer regresó a su casa y cuando vino la nieve no volvió más. Sin su autoritaria presencia, Janie y Maudya se quedaron en su alojamiento y Brenna no quiso aventurarse a salir de la casa grande para buscarlas. Ni siquiera Erin venía ahora a hacerle compañía porque había traído del depósito provisiones suficientes para una quincena y prefería quedarse en su abrigado establo.

Brenna había llegado al punto en que hubiera recibido de buen grado el regreso de Yarmille. Aunque las dos no se comunicaban, la charla constante de Yarmille consigo misma era divertida y a veces interesante.

En una ocasión, Brenna descubrió que Yarmille abrigaba un odio intenso y profundo hacia Heloise y que ese odio se extendía hasta alcanzar a los dos hijos de Heloise. Esto a Brenna le resultó desconcertante, puesto que Yarmille trabajaba para Garrick. Se preguntó si Garrick conocía los verdaderos sentimientos de Yarmille.

Brenna arrojó otro leño al fuego. Después se recostó en su silla y miró fijamente las llamas danzarinas. Odiaba admitirlo, pero en realidad echaba de menos a Garrick.

Cuando él estaba presente, ella vivía en un estado constante de aprensión, sin saber cuándo él le pediría algo o si ella obedecería o no. Cuando él estaba aquí, ella nunca notaba lo lentas que transcurrían las horas. Estaba alerta todo el tiempo, viva como nunca lo había estado antes. Y de noche, Dios misericordioso, de noche era un manojo de nervios, esperando y temiendo que Garrick viniera nuevamente por ella. Pero él nunca lo hizo desde la noche que la tomó por la fuerza.

Estaba profundamente ofendida por el trato que él le dispensaba. Quizá lo habría perdonado si él se hubiera mostrado tierno como antes. La única noche que él se había mostrado gentil y ella había sido complaciente fue maravillosa.

Brenna no podía olvidar la belleza de aquello, o el placer, como ningún otro, que él le había dado. Después, él la había abrazado en forma posesiva, como si realmente la amara, y ella había disfrutado en la proximidad compartida.

Pero esta última vez, cuando él se mostró tan cruel... Dios, cómo lo odiaba por ello. Al dia siguiente ella escapó de la casa y trató de disipar su cólera con una alocada cabalgata en el caballo más veloz que Erin le permitió montar. Eso ayudó en cierto grado. En realidad, se sintió un poco mejor cuando, al regresar, se cruzó con Coran y le ofreció llevarlo en su caballo hasta la casa.

Ahora recordó el episodio con una sonrisa.

Coran había meneado la cabeza con expresión seria y mirando el caballo con aprensión.

- Caminaré, señora Brenna.

- ¿Qué estáis haciendo aquí fuera en el campo? - preguntó ella, llevando su caballo hasta ponerlo a la par de él.

- Nos mandaron a Avery y a mí a buscar una vaca que se alejó del prado.

- ¿La encontrasteis?

- Sí. Ahora Avery la lleva de regreso.

- Venid, Coran - insistió ella- . No puedo soportar venos caminar cuando no es necesario. La casa todavía está lejos.

- No - se negó él otra vez.

Por fin ella adivinó los motivos de su negativa.

- ¿Nunca habéis montado a caballo? - preguntó.

El meneó la cabeza y bajó la vista. Coran era apenas uno o dos años mayor que Brenna. Era un joven desgarbado con una cara agradable y que nunca se quejaba de su forzada

servidumbre. Ella estimaba a Coran y no pudo evitar reirse de sus temores.

- Es hora de que aprendáis, Coran. Venid. Creeré que no os gusta mi compañía si volvéis a negaros.

Por fin él cedió con una tímida sonrisa y ella lo ayudó a montar en la grupa. Brenna hacía mucho tiempo que no se sentía tan despreocupada, y con un brillo travieso en sus ojos grises, azuzó a su caballo con los talones y partieron a la carrera. Coran se aferró desesperadamente de la cintura de Brenna, como si temiera por su vida, murmurando plegarias al oído de la joven. Pero Brenna rió con alegría y aceleró la marcha, haciendo que Coran la aferrara con más fuerza.

No vio al jinete que desde una colina observaba sus travesuras con Coran. Nada le importaba en ese momento excepto que por un rato, por lo menos, su vida parecía más llevadera. Pero no duró mucho. Ni bien vio el rostro colérico de Garrick y comprobó que él no se disculpaba por el duro tratamiento que le había dado, nuevamente se sintió furiosa.

Brenna suspiró con tristeza. El la ignoró dos largos meses. Después empezó a salir de cacería y a ausentarse por varios días a la vez. Cuando no salía en sus expediciones volvía a la casa muy tarde. Ella se preguntaba si había estado con Morna. O quizás, había ido a buscar a Janie o a Maudya en su alojamiento.

¡Quizá las esclavas de su padre, hasta Cordelia, eran más de su agrado! En esas ocasiones, Brenna caminaba de un lado a otro cada vez más furiosa. Se decía que tenía todo el derecho de estar ofendida, pues hubiera podido encontrarse durmiendo cómodamente en su cama en vez de tener que aguardar el regreso del amo.

Una noche en particular, cuando Garrick llegó muy tarde por tercera vez consecutiva, Brenna fue a acostarse pese a su tardanza. Por fin él llegó, de un humor violento, alcoholizado, y aunque su comida estaba calentándose sobre las brasas, la despertó y la arrastró por la escalera para que lo sirviera.

Su actitud era belicosa y no admitía negativa, pero Brenna estaba demasiado furiosa para temerle. Llenó un tazón de madera con sopa humeante y lo dejó sobre la mesa, derramando sobre Garrick la mitad del contenido. Sabía que Garrick debió sentir dolor, pero el hecho de que no lo demostrara la calmó un poco. El la despidió y ella se retiró rápidamente.. Al día siguiente no se dijo una sola palabra sobre el incidente.

Brenna se sobresaltó cuando oyó los fuertes golpes en la puerta. Sintió que el pulso se le aceleraba, porque sólo Garrick podía anunciarse así. El se preguntaría por qué la puerta estaba atrancada. Ciertamente, todas las puertas eran cerradas con tranca desde que ella salió una mañana por agua y encontró un perro muerto en el umbral. Yarmille se puso blanca cuando vio el animal casi despedazado, pero no dijo nada, dejando a Brenna en la incertidumbre sobre quién pudo hacer una cosa semejante.

Abrió la puerta, preparada para decir a Garrick por qué la había cerrado con tranca. Pero allí estaba Anselmo , envuelto en una gruesa chaqueta de pieles que lo hacía parecer dos veces más enorme de lo que era. Verlo fue un golpe para ella, pero en menos de un segundo sus ojos relampaguearon de furia.

No lo pensó dos veces, corrió hasta la mesa y tomó el cuchillo que había estado usando para cortar el conejo. En su ciega furia fue descuidada. Se volvió para atacar, pero Anselmo ya estaba detrás de ella. La tomó de la muñeca y con la otra mano fue abriéndole los dedos hasta que el cuchillo cayó al suelo. Después la hizo a un lado y ella cayó sobre la silla que estaba junto al fogón, casi derribándola.

Allí se quedó, respirando agitadamente, y vio que él levantaba el cuchillo y enseguida miraba a su alrededor para ver si había otros en la habitación, antes de cerrar la puerta. Cuando por fin la miró, sus ojos, los de suave color azul y los de un gris borrascoso, quedaron como clavados y pareció que pasaron horas hasta que él se movió. Anselmo caminó hasta la mesa, apartó el largo banco y se sentó a horcajadas sobre él.

- No quiero haceros daño, muchacha - las palabras de Anselmo brotaron roncas. Se aclaró la garganta y continuó, en tono más suave - ¿No podéis comprender lo que digo? ¿Todavía no aprendisteis a hablar en mi lengua?

Librodot

Brenna no parpadeó ante la pregunta y siguió inmóvil. Lo miró con recelo. ¿Qué razón tenía ese hombre para venir aquí en ausencia de Garrick?

Anselmo jugó con el cuchillo que tenía en sus manos e inclinó la cabeza, mirando la larga hoja que brillaba a la luz del fuego.

- No esperaba menos de vos - dijo en un suave susurro.

Brenna frunció el entrecejo. ¿De qué estaba hablando? Tuvo que esforzarse para seguir escuchando cuando él continuó.

- No debía venir, supongo. Es demasiado pronto para que hayáis olvidado lo que hice, o para que comprendáis la razón que tuve. Yo odiaba a vuestro pueblo, muchacha, por lo que le hicieron a mi hijo. Cuando tengáis un hijo vuestro comprenderéis. Garrick pudo perdonarlos porque aprendió compasión de su madre, pero yo no. Nosotros somos un pueblo orgulloso y vengativo, pero me equivoqué al querer vengarme de vos y de vuestra familia pues vosotros no teníais culpa alguna. Fueron los celtas norteños quienes hicieron prisionero a mi hijo y lo encerraron en una sombría mazmorra durante un año, cuando él sólo tenía diecisiete años. Le negaron alimento, excepto una bazofia ni siquiera apropiada para los perros. Lo torturaron por diversión, pero tuvieron cuidado de no matarlo, porque su intención era usarlo contra otros vikingos que fueran a atacarlos. Cuando Garrick escapó y regresó a nosotros, era apenas un esqueleto. Le llevo más de un año recuperar todas sus fuerzas y sanar de sus cicatrices.

Anselmo levantó la vista hacia Brenna y la miró con sus ojos azules llenos de tristeza.

- Sé que no entendéis lo que estoy diciendo, muchacha. Oís mi voz, pero no comprendéis mis palabras. Así es mejor - suspiró.- Os estimo mucho, muchacha. Admiro vuestro coraje y lamento haberos arrebatado de vuestra tierra. Esto, sin embargo, vos nunca lo sabréis, porque yo soy un hombre muy orgulloso. Nunca os diría estas palabras si vos pudierais entenderlas. Pero por lo menos puedo tratar de hacer una reparación y esperar que un día no me odiéis como me odiáis ahora.

Brenna estaba tentada de hablar a Anselmo en su lengua, para que supiera que ella entendía cada palabra. Eso le hubiera dado cierta satisfacción al humillarlo en esa forma, pero no quiso revelar el secreto que podría servirle de mucho cuando estuviera lista para escapar. Además, sentíase turbada por lo que su propio pueblo había hecho con Garrick y entendía por qué Anselmo pudo querer vengarse, aunque no estaba dispuesta a perdonarle lo que él y sus hombres hicieron en su tierra. Después de todo, Garrick se había arriesgado a que lo capturaran cuando decidió hacer una incursión contra el pueblo de ella. Sin embargo, hubieran debido matarlo al hacerlo prisionero y no conservarle la vida para torturarlo por diversión.

Anselmo se puso de pie y dejó caer sobre la mesa el largo cuchillo. Brenna lo vio caer y enseguida volvió a mirar al enorme vikingo.

- Sí, sé que me mataríais si tuvieseis la oportunidad - dijo Anselmo con su habitual hosquedad- . Pero no lo intentéis. Todavía no tengo deseos de morir con tantos años de luchas por delante, cuentas que arreglar y nietos que ver y tener en mis brazos antes de reunirme con Odín en el Valhala.

Anselmo se acercó al fuego para calentarse las manos. Fue como si desafiara a Brenna a que se apoderase del cuchillo que estaba sobre la mesa. Eso, o quería demostrarle que estaba dispuesto a confiar en ella. Prudentemente, ella siguió donde estaba.

El continuó hablando, quizá para aliviar su conciencia.

- Desde que por primera vez puse mis ojos en vos, muchacha, habéis pesado mucho en mi mente. Pero veo que habéis vivido bien aquí, en el hogar de mi hijo - la miró con expresión taimada- . Sí, habéis vivido bien, aunque el humor de Garrick se ha vuelto más negro que antes. ¿Sois vos la causa? - súbitamente gruñó- . ¡Bah! Como si fuerais capaz de responderme aunque entendieseis lo que os digo. Soy siete veces tonto por hablar con una muchacha que no sabe nada de lo que le digo. Y más tonto, aún, por haberle regalado una hermosa yegua a una joven esclava. Que se adueñó de mí para tomar esa decisión... bueno, ya está hecho. A Garrick no le gustará, pero quizás os permita cabalgar en la yegua plateada cuando sepa que fue vuestra en vuestra tierra.

Brenna tuvo que bajar los ojos para que él no viera la súbita alegría allí reflejada. No

podía creerlo. ¿Willow aquí? ¡Y entregada a ella! ¡No a Garrick, a ella!

Anselmo se acercó a la puerta para marcharse. Brenna miró con curiosidad la espalda del vikingo. ¿Por qué habrá hecho eso? Después de todo lo que la había hecho pasar, era inconcebible que ahora se mostrase tan amable. Como en respuesta a la silenciosa pregunta, Anselmo se volvió desde la puerta.

- Erin os contará lo de la yegua. No espero que esto cambie vuestros sentimientos hacia mí, muchacha, pero es un comienzo - rió por lo bajo- Mi acción ciertamente os dará ocasión de preguntaros cuáles fueron los motivos.

Cualesquiera que fueran esos motivos, Willow estaba aquí y nuevamente era de ella. Ahora tenía una razón para aventurarse al helado invierno. Necesitaría pantalones para cabalgar con comodidad y protegerse del frío.

De pronto Brenna danzó alegremente en la habitación. Hacía tiempo que no se sentía tan feliz. El hecho de que Anselmo fuera el responsable no disminuía su placer.

Garrick, por otra parte, podría prohibirle salir montando a Willow después de aquel encuentro con los dos hombres que la atacaron. Una nube cruzó por su frente, pero sólo duró un momento. El no podía detenerla ahora que estaba ausente, y cuando regresara, bueno, que el diablo se lo llevase.

¡Que Garrick intentara detenerla ahora!

Brenna entró en el establo y cerró la gran puerta enseguida para no dejar pasar el frío. Estaba bien envuelta en la pesada capa de piel de oso que Garrick le había arrojado un día cuando ya habían pasado los últimos signos del verano.

Aquí todos los esclavos tenían sus propias capas o chaquetas hechas de pieles cosidas que se consideraban de escaso valor para el comercio.

Brenna, ciertamente, no estaba contenta con la suya. Aunque la capa estaba limpia, la piel era áspera y terriblemente pesada. Tenía la seguridad de que Garrick le había dado la prenda más pesada que pudo encontrar por puro despecho. Pero era todo lo que tenía, y debía darse por satisfecha a menos que entrara subrepticiamente al depósito cerrado con llave donde se guardaban ropas, provisiones y los tesoros de Garrick. Estaba decidida a entrar algún día allí, con la ayuda de Erin. Para su fuga, también necesitaría las armas que allí se guardaban.

El establo estaba abrigado y el olor acre a caballo y estiércol la llenó de nostalgias. De niña, había pasado la mayor parte de su tiempo libre en el establo de su padre... siempre que no estuviese practicando con sus armas o cazando con Angus.

A Erin no se lo veía en ninguna parte. Probablemente estaba durmiendo en el fondo, pero Brenna no estaba ansiosa por despertarlo todavía.

Apenas pudo contener su excitación cuando recorrió el establo en busca de Willow. Cuando vio a la yegua de flancos plateados, corrió hacia el animal con los ojos llenos de lágrimas.

- Oh, Willow, mi dulce willow. ¡Creí que nunca volvería a verte! - gritó Brenna.

En realidad, había empezado a dudar de que alguna vez volvería a ver algo de su tierra, incluidas su tía y su hermanastra. Una vez le había pedido a Garrick que la llevara a visitarlas, pero él se negó sin dar ninguna explicación, y ella era demasiado orgullosa para volver a pedírselo.

Brenna abrazó con fuerza el cuello de Willow. La yegua resopló y meneó la cabeza en respuesta a las caricias.

- Me alegro tanto de volver a verte - dijo Brenna suavemente- que hasta te perdono por haberme derribado la última vez que te monté. Esto ha sido un infierno, pero ahora tú me lo harás mas tolerable.

- ¿Quién está alli? - gritó Erin desde el fondo del establo, y apareció- Oh, sois vos, muchacha. ¿Qué os trae por aquí?

Brenna se mordió nerviosa el labio inferior. Detestaba engañar a Erin, pero no podía confiar su secreto a nadie, ni siquiera al hombre a quien consideraba su amigo.

- Anselmo vino ayer a la casa - dijo Brenna por fin- . Habló mucho, pero yo no entendí nada de lo que dijo - Brenna se volvió nuevamente hacia Willow y la alegría que asomó a su

voz fue sincera- . ¡Encontré a mi yegua, Erin! ¿Qué hace ella aquí?

Erin rió por lo bajo, ignorando que Brenna estaba engañándolo.

- La potranca es vuestra otra vez, muchacha, os la ha regalado el mismo Anselmo .

- ¿Dijo él por qué?

- No, sólo dijo que yo tenía que asegurarme de que Garrick entendiera que el animal es vuestro, no suyo - Brenna no pudo contener la risa.

- ¿Creéis que Garrick se enfadará?

- Claro que sí. Se pondrá furioso, tal como últimamente se ha puesto furioso por todo. No puedo imaginar qué le pasa a ese muchacho. Ahora está peor que hace unos pocos años, cuando su mal carácter estalló por primera vez.

- ¿Os referís a cuando Morna huyó?

- Sí.

- ¿Suponéis que Garrick está de mal humor porque Morna ha regresado? - se aventuró a preguntar Brenna.

- No podría decirlo con seguridad. Brenna, como todos los demás, no entendía la hosca actitud de Garrick. El no se había mostrado tan quisquilloso cuando ella lo conoció. Entonces tenía algo de humor y bromeaba con ella a menudo. Ahora nunca lo oía reír y cuando hablaba lo hacía con brusquedad. Pero apenas había hablado con ella antes de partir esta última vez. Era como si hubieran iniciado una batalla silenciosa durante la cual sólo se hablaban con los ojos.

Al principio Brenna esperó ser ella la causa de su mal humor, pero no imaginaba ninguna razón concebible para serlo. No, la causa era Morna, estaba segura. Morna era una parte de Garrick, aunque él ahora la odiase. Empero, la única razón por la que tanto la odiaba era que la había amado mucho. Este pensamiento perturbaba intensamente a Brenna y lo desechaba cada vez que se presentaba, pues no quería demorarse en esa posibilidad.

- Voy a montar mi yegua, Erin - anunció con decisión- . ¿Tenéis alguna objeción?

- No, pero... - Cuando él no continuó, ella sonrió.

- ¿Queréis saber si regresaré? - El asintió en silencio. Ella añadió

- Todavía no he sido provocada a abandonar la casa de Garrick.

- Pero ahora tenéis vuestra yegua y es un animal robusto que conocéis y en el que confiáis. Podría llevaros donde quiera que quisierais dirigiros.

- No puede llevarme a mi tierra, Erin - murmuró Brenna, y por un momento algo de su reciente alegría se borró de sus ojos- . Ahora venid, ayudadme a ensillarla. Hace meses que no cabalgo y todavía más que no monto a Willow. No cabalgaré mucho porque estoy segura de que el frío me hará volver a la casa enseguida.

- Por lo menos, ahora admitís que éste es vuestro hogar - dijo Erin mientras ponía la silla sobre el lomo de Willow.

- El hogar está donde está el corazón, y mi corazón está más allá de ese negro mar.

- Por vuestro propio bien, muchacha, espero que un día vuestro corazón esté aquí.

22

Garrick salió de la floresta de pinos del este, pero detuvo su caballo en el borde cuando vio el jinete que cruzaba el campo abierto de altas hierbas y con gruesos parches de nieve. Pudo ver claramente al jinete porque el cielo crepuscular tenía un suave color azul que daba luz suficiente sin los rayos del sol.

Garrick se irguió y admiró la gracia del caballo gris plateado que corría raudamente por el campo, pero no reconoció al animal como uno de los suyos y de sus vecinos. Sin embargo, recordó haber visto un caballo así en el establo de su padre.

El jinete era pequeño. Seguramente no era su padre, ni Hugh. ¿Su madre, quizá? Garrick sintió que su curiosidad aumentaba hasta que vio que el sombrero de pieles del jinete caía volando al suelo y una melena renegrida caía sobre los hombros del desconocido. Entonces se enfureció.

Brenna había robado el caballo de su padre. No había respuesta posible: Brenna estaba huyendo. Su primer impulso fue perseguirla y demostrarle inmediatamente que había fracasado. Pero los movimientos de su propio caballo le recordaron que su semental estaba cansado y que no se encontraba en condiciones de lanzarse a la carrera.

Antes que Garrick pudiera tomar una decisión, Brenna frenó su caballo y se volvió hacia el sombrero caído, pero no se detuvo para levantarlo. En cambio, colgándose audazmente de la crines del animal, se inclinó e intentó levantar el sombrero, sin conseguirlo.

Garrick se puso rígido. ¡La muchacha hubiera podido quebrarse su tonto pescuezo si hubiese soltado las crines del animal! Con renovada cólera, vio que ella se volvía y lo intentaba otra vez. Ahora tuvo éxito, detuvo el caballo, lanzó el sombrero al aire y volvió a lanzarlo, como una criatura que hubiese ganado un codiciado premio. Aun a la gran distancia que los separaba, él oyó la risa de ella, inconfundible y desinhibida, como le había oído una sola vez.

Antes que Garrick pudiera recobrarse de sus confusas emociones, Brenna lo sorprendió aún más galopando en la dirección desde donde había venido, Garrick se relajó y su furia disminuyó. Su preocupación porque la muchacha cabalgaba en un animal de su padre fue olvidada. En su mente predominó el hecho de que ella no estaba tratando de escapar, como él creyó al principio.

Ahora no tendría que aplicarle el castigo destinado a un esclavo fugitivo. Eso lo dejó complacido porque no deseaba tener que castigar a Brenna. Ahora ya no podía verla porque ella había descendido la ladera que llevaba hasta la casa. El sonido de la risa argentina de ella seguía resonando en sus oídos, lo mismo que el día cuando la vio que le ofrecía a Coran llevarlo en la grupa hasta la casa. Todavía lo fastidiaba pensar que ella había disfrutado de la compañía de un esclavo más que de la de él.

En muchos sentidos, Brenna era todavía una criatura. Sus berrinches y sus actitudes desafiantes eran pruebas de ello, lo mismo que las tontas cabriolas que acababa de presenciar en el prado. Y ella seguía aferrándose tercamente al pasado, a sus días de infancia cuando la dejaban en libertad de vivir como el hijo de lord Angus, no como la hija. Linnet le había contado muchas cosas acerca de Brenna, cosas que contradecían la mayoría de las afirmaciones de Cordelia. No sabía a cuál de las dos mujeres creer. Se inclinaba a tomar por cierta la descripción de Cordelia porque confirmaba su propia opinión de las mujeres en general. Pero había visto la prueba de las palabras de la tía en el sentido de que Brenna todavía no había madurado por completo.

¡Por los dioses, estaba hechizado! No podía sacarse de la cabeza a esa pequeña zorra por más que lo intentaba. Había esperado que su larga ausencia de la casa ayudaría, pero aun cuando estaba rastreando a sus presas, Brenna y sus caprichos ocupaban sus pensamientos. Era un pobre consuelo que Brenna hubiera desplazado a Morna, porque ahora sus pensamientos eran igualmente sombríos. De la perra rubia a la pequeña arpía de pelo renegrido... ambas eran lo mismo, porque no se podía confiar en ellas.

Garrick espoleó su caballo en dirección a la casa. Regresaba con una variedad de pieles que estarían curtidas y preparadas para la primavera, cuando él zarpara nuevamente hacia los

mercados comerciales del Oriente. Había sorprendido a dos osos negros, a los que despertó de su sueño invernal y había derribado a uno.

Esta era una excusa perfecta para llamar a su vecinos y ofrecer un festín para todos. A Brenna eso no le gustaría, pero que Loki se la llevara. La piel de oso sería vendida en la primavera, y quizá también Brenna. Esta sería una forma de sacarse de la cabeza a la muchacha celta. ¿O no?

Brenna se detuvo frente al fuego en el área de cocinar, con una abrigada manta sobre los hombros, y se frotó las manos para desentumecerlas y calentarlas. Era dudoso que se habituara jamás a un clima frío, pero la próxima vez que saliera al exterior estaría mejor preparada.

Unos suaves golpes llamaron su atención y lentamente se apartó del hogar para abrir la puerta trasera. Se puso detrás de la puerta para protegerse de la súbita ráfaga de viento helado y cerró rápidamente, si bien entraron Janie, Maudya y Rayna.

La anciana chasqueó la lengua, se quitó la capa y la colgó junto a la puerta.

- ¿Por qué atrancáis las entradas de esta casa, muchacha? Al amo no le gustará.

- ¿No habéis sabido del perro muerto que apareció en los escalones de la puerta? - replicó Brenna con causticidad.

- Todas hemos oído hablar de ese animal, pero eso no es razón para atrancar la puerta - repuso Rayna, y se acercó al fogón para añadir leña al fuego- Sí, fue otra del clan Borgsen, sin duda - continuó- . La guerra entre ellos y los Haardrad todavía no ha vuelto a alcanzar el punto en que se producen derramamientos de sangre. Se limitan a matarse mutuamente los animales.

- ¿Qué guerra? - preguntó Brenna.

- Ahora no hay tiempo para esas historias - interrumpió Janie, quitándose su capa- El amo Garrick ha regresado y ordenó que preparemos un festín.

El pulso de Brenna se aceleró al saber que Garrick estaba nuevamente en casa, pero al mismo tiempo el recuerdo del último festín la hizo estremecer.

- ¿Dónde está él?

- Fue a reunir a los vecinos para traer el oso que cazó - respondió Maudya con alegría, obviamente ansiosa de tener otra vez una gran reunión de hombres- Erin nos envió aquí para poner las ollas a hervir y preparar el hall. Coran traerá barriles de cerveza del depósito.

- ¿Y cuánto durará el festín?

- No se puede saber aún. Como es invierno, no hay otra cosa que hacer. Podría durar semanas.

¿Cómo actuaría Garrick después de estar ausente tres semanas? ¿Se alegraría de verla?, se preguntó Brenna. Se reprochó sus tontos pensamientos y empezó a limpiar con energía el hall. Debía recordar que había jurado odiar a Garrick.

No podía concederle nada, ni siquiera una sonrisa de bienvenida. De modo que cuando Garrick entró en el hall, Brenna se había puesto de mal humor. Sin embargo, al verlo de pie donde terminaba el tabique que separaba el área de cocinar del frío hall, sintió que su corazón latía, más a prisa y que su cólera quedaba por cl momento olvidada. El estaba tomado del brazo de Perrin y reía de algún comentario que había hecho el otro. Entonces la vio y sus ojos la tocaron como una tierna caricia.

Ella se perdió en esos ojos claros que todavía brillaban de hilaridad, pero no por mucho tiempo. Una perversa vocecilla interior la hizo volver a la realidad y arrepentida apartó la vista.

Pocos segundos después sintió la presencia de Garrick a sus espaldas. El la tomó de un codo y sin decir palabra la condujo fuera del hall. Pasaron junto a Perrin, quien sonrió, pero nada dijo, y vieron que Gorn y otros dos entraban en ese momento por la puerta trasera. Garrick los ignoró y la llevó arrastrándola casi escaleras arriba. Cuando llegaron arriba, ella se apartó de él.

- ¿Adónde me lleváis, vikingo? - preguntó en un ronco susurro.

- A la cama - replicó él, y la alcanzó con un rápido movimiento antes de que ella

pudiera escapársele.

- ¡Pero tenéis huéspedes abajo! - protestó ella. Garrick rió abiertamente, un sonido que Brenna había oído raras veces.

- Ellos pueden esperar, yo no - dijo.

Mientras él la llevaba en brazos a su habitación, Brenna sintióse abrumada por el deseo que inundó sus sentidos. Cerró con fuerza los ojos y luchó contra el impulso de sucumbir a las insinuaciones de Garrick.

- ¡Dejadme en el suelo!

- Como gustéis.

La dejó caer sobre la cama y enseguida la siguió y le sujetó los muslos con sus rodillas. Ella se incorporó con todas sus fuerzas y lo empujó con ambos brazos, pero no consiguió ni siquiera hacerlo tambalear.

- ¿Puede ser que no me hayáis echado de menos, mujer? - dijo él en tono burlón mientras se quitaba el cinturón y lo arrojaba a un lado.

Ella se apoyó en los codos y lo miró con altanería.

- ¿Por qué debo echaros de menos? No sois el único hombre de por aquí, vikingo.

La frialdad que asomó instantáneamente a los ojos de él la sorprendió.

- No retozaréis con ningún hombre que no sea yo.

Ahora la cólera se inflamó dentro de Brenna y sus ojos se ensombrecieron.

- ¿Y qué hay de vuestros amigos? ¡Me dijeron que vos permitís que se acuesten con cualquiera de vuestras esclavas!

El sonrió.

- ¿Por fin habéis aceptado que sois mía, Brenna?

- ¡No, pero vuestros odiosos amigos creen que lo soy! - replicó ella con furia.

- Bueno, por ese lado no debéis temer, mujer. Ellos no os molestarán.

- ¿Entonces les diréis que me dejen tranquila? - preguntó sorprendida.

- Sí.

- ¿Por qué haréis eso? - preguntó ella, con escepticismo- . Ciertamente, no lo haréis por mí.

- Es suficiente que todavía no haya decidido compartiros - admitió él en tono despreocupado.

Los ojos de Brenna se ensombrecieron aún más.

- ¡Todavía... todavía! ¡Sois despreciable! Cuando os canséis de mí me arrojaréis a los lobos, ¿verdad? Bien, dejad que os diga una cosa. Me habéis advertido que no retoce con hombres. Ahora yo os advierto lo siguiente: si encuentro un hombre de mi agrado lo tendré, sea esclavo o libre. ¡Vos no me detendréis!

- Os haré azotar, mujer - dijo él con frialdad.

- ¡Entonces hacedlo ahora, maldito vikingo! - exclamó Brenna- . ¡No me dejaré amenazar!

- Eso os gustaría ¿verdad? - él la tomó de las muñecas y la obligó a extender los brazos sobre la cama, al tiempo que se inclinaba sobre ella- . Tenéis formas muy astutas de distraerme para hacerme olvidar mis propósitos.

- ¡No fue ésa mi intención! - gritó ella, llena de frustración, y retorciéndose debajo de él.

- Estaos quieta, entonces.

Brenna sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando él le soltó una mano para levantarle la falda y bajarse los pantalones. Se sintió como una ramera. Se sintió sucia, pero él no podía entenderla.

- ¡Os odio, Garrick! - siseó, tratando con desesperación de contener las lágrimas de debilidad.

El nada dijo, le separó las rodillas y metió la mano entre ellas. Pero cuando por fin volvió a mirarla a la cara y vio las lágrimas quedó inmóvil.

- ¿Por qué lloráis?- preguntó en una voz sorprendentemente suave- ¿Os hago daño?

- No. Soy capaz de soportar todo el dolor que podáis infligirme.

- ¿Por qué lloráis, entonces?

- ¡Yo nunca lloro! - exclamó ella.

- ¿Negáis las lágrimas que caen de vuestros ojos, Brenna?- meneó la cabeza- ¿Es porque trato de haceros otra vez el amor?

- Vos no hacéis el amor, vikingo. Os imponéis por la fuerza a una víctima involuntaria.

- ¿No queréis dejar que os haga el amor?

- No..., no quiero.

El se inclinó y besó las lágrimas que caían por las sienes de ella.

- ¿Por qué lo mencionáis, entonces? - preguntó con suavidad.

- Vos no comprenderíais.

- Ah, pero comprendo - dijo él. Le tomó la cara entre sus manos y la besó tiernamente- . Preferís que os haga el amor con gentileza a que os obligue - la besó en el cuello- Pero más que eso, preferiríais que no os toque - volvió a besarla en los labios, esta vez con pasión, y le rodeó el cuello con los brazos sin que ella lo notase- . ¿No es así, Brenna?

Ella se sintió como una marioneta en manos de él y respondió mecánicamente:

- Sí, es así.

- Iros, entonces.

Brenna abrió muy grandes los ojos, roto ahora el hechizo sensual.

- ¿Qué?

El rodó a un costado y se abrochó los pantalones.

- Podéis marcharos. ¿No es eso lo que queréis?

- Pero no comprendo - replicó ella, evidentemente sorprendida, y salió enseguida de la cama- . ¿Ya no me deseáis más?

El rió.

- Me decís que me odiáis, que no deseáis mis atenciones, y cuando accedo a vuestros deseos, discutís conmigo. Decidíos, Brenna. ¿Habéis cambiado de forma de sentir?

Los ojos grises de ella se dilataron aún más.

- ¡Oh! - exclamó, y salió furiosa de la habitación. Brenna bajó la escalera corriendo y encontró a Janie que se dirigía al hall con las manos llenas de jarros vacíos. Al oír que Garrick salía de la habitación, detuvo a Janie.

- Yo llevaré estos jarros - se ofreció. Rápidamente tomó los jarros antes que Janie pudiera negarse.

Cuando entró en el hall, gimió interiormente al ver para quiénes eran los jarros. Anselmo y Hugh habían llegado, junto con Bayard y otros dos hombres. Brenna apretó los dientes y se acercó a la larga mesa donde estaban reunidos los hombres.

Cuando pasó junto a Perrin él le hizo un guiño que la hizo sonreír pese a sí misma. Entregó los jarros a los dos hombres que no conocía. Ellos los hundieron en el enorme caldero lleno de espumoso hidromiel que estaba sobre la mesa. Después dejó uno delante de Bayard, quien afortunadamente estaba absorto en una discusión con Gorm y no notó su presencia. Cuando por fin llegó junto a Anselmo y Hugh, su expresión estaba llena de odio. Dejó los jarros ante ellos y en ese momento su expresión cambió rápidamente por una sonrisa apretada cuando encontró la mirada de Garrick, que estaba sentándose a la mesa.

En el instante siguiente, Brenna ahogó una exclamación cuando Hugh la tomó de la cintura y la hizo sentarse sobre su regazo.

- De modo que, después de todo, habéis domado a la zorra, hermano - dijo Hugh dirigiéndose a Garrick y riendo por lo bajo- . Yo no lo hubiera creído posible.

- ¿Acaso no dije que lo haría? - replicó Garrick. Brenna se obligó a quedarse quieta. Si hubiera sido otro quien la sujetaba y no Hugh, habría pensado en coquetear con él.

Pero no con Hugh, a quien despreciaba.

- Ya hace tres meses que la tenéis y raras veces estáis en casa para hacer uso de ella. ¿Por qué no me la vendéis? - ofreció Hugh- . Os daré tres de mis mejores caballos... cuatro, si insistís.

Brenna observó atentamente a Garrick, esperando su respuesta. El tenía el entrecejo

fruncido, como si estuviera pensando. Cuando no respondió inmediatamente, Brenna sintió que el pánico crecía en su interior. No había pensado que él pudiera venderla. Comprendió, con pavor, que él era realmente su dueño. Tenía el derecho a venderla y ella nada podría decir.

Brenna estaba a punto de revelar su secreto, de dejar que todos supieran que había entendido las palabras de Hugh y rogarle a Garrick que se negase. Pero la voz impaciente de Hugh la detuvo.

- ¿Y bien? ¿Qué decís, hermano?

- Hubierais podido tener a la muchacha por nada, pero en cambio elegisteis a la hermana - le recordó Garrick a su hermano.

- En realidad, no pensé que fuera posible domesticarla. Yo quería una mujer de carácter, pero ésta casi me arranca la lengua con los dientes cuando la probé. Sin embargo, parece que vos la habéis domado.

- ¿De modo que habéis cambiado de parecer? Creo que os gustaría iniciar un harén como tienen esos califas de Oriente. Sois afortunado al tener una esposa tímida a quien no le importan vuestros retozos, Hugh.

Alrededor de la mesa sonaron las risotadas de todos los que estaban escuchando y hasta Anselmo se les unió. Todos excepto Hugh rieron y Brenna se estremeció cuando él le apretó la cintura con más fuerza.

- No habéis respondido, Garrick - dijo Hugh con voz fría.

- ¿Por qué queréis a la muchacha? - preguntó Garrick con seriedad- . No es tan complaciente ni agradable como creéis. Su lengua es tan filosa como la hoja de vuestra espada, pero, por supuesto, vos no la entenderíais. Es obstinada, desafiante, terca y decididamente de mal carácter. Su única virtud es la belleza.

- Por la razón que acabáis de dar es que la deseo. Admiro su carácter.

- La dejaríais baldada, Hugh, porque no tendríais paciencia con su terquedad - dijo Garrick en tono cortante, pero enseguida suavizó su tono y añadió- : sin embargo, no importa, todavía no tengo deseos de venderla.

- Entonces, disfrutaré ahora de la zorrita - dijo Hugh, y se levantó de la mesa, sin soltar la delgada cintura de Brenna que sujetaba con su enorme brazo.

Garrick también se puso de pie con una expresión sombría y amenazadora en el rostro.

- No, hermano, no quiero venderla ni compartirla.

Hugh vaciló un momento. Después rió nerviosamente, soltó a Brenna y volvió a sentarse. Brenna quedó inmóvil y sintió la tensión en la habitación como un peso alrededor de su cuello.

Anselmo había guardado silencio mientras sus hijos discutían, pero ahora se aclaró la garganta y se dirigió a Hugh en tono severo.

- Contentaos con la mujer de pelo llameante que tenéis en casa y olvidaros de ésta. Ella pertenece a Garrick por mi palabra y si él decide venderla alguna vez, me la venderá a mí porque yo puedo ofrecerle más de lo que vos estaríais dispuesto a pagar.

Los dos hijos miraron al padre con incredulidad.

- Habéis dicho que no confiabais en ella para tenerla en vuestra casa por temor a que tratara de mataros - le recordó Garrick a su padre- . ¿Por qué querríais volver a comprarla?

- Os la di a vos en la esperanza de que querríais conservarla, pero si no la queréis, entonces prefiero verla libre antes que en posesión de algún otro.

- ¿Pagaríais la fortuna que yo exigiría sólo para dejarla en libertad? - preguntó Garrick.

- Sí.

- ¡Esto es inaudito, padre! - protestó Hugh.

- No obstante, lo haría.

Brenna miró atónita a Anselmo . Nuevamente debió agradecerle, ¡Maldito vikingo! ¿Cómo podría matarlo, ahora que sabía esto?

- ¡Id a ocuparos de la comida, mujer! - ordenó Garrick en un tono irrazonablemente cortante.

Brenna se volvió y vio que él la miraba ceñudo, de lo que dedujo que no estaba satisfecho con las palabras de su padre.

- No es necesario que gritéis, vikingo. No soy soldadl - amonestó con altanería y se volvió para retirarse. Se detuvo al pasar junto a Perrin y se inclinó para susurrarle al oído- . Parece que tendréis que esperar para siempre para encontrarlo de buen humor. Pobre Janie.

- Pobre de mí - respondió él también en un susurro y con una expresión llena de preocupación. Después sonrió- . Las cosas serían más fáciles si vos le sonrierais. Brenna se irguió y rió en voz alta.

- Es una vergüenza que me hayáis sugerido semejante cosa, Perrin.

Enseguida se dirigió al área de cocinar, sin advertir que Garrick la seguía con sus ojos que ahora tenían el color oscuro de las aguas turbulentas de lo más profundo del mar.

23

Brenna se preguntó si en su vida volvería a ver algo tan hermoso como la aurora boreal. Miró maravillada la niebla de color violeta que se arremolinaba en el cielo. El suelo, los edificios, todo a su alrededor estaba pintado de un violeta brillante y luminoso. Quién podía quejarse de la falta de sol para alumbrar el camino cuando contaba con tan magníficos despliegues de color.

Si no hubiera hecho tanto frío, Brenna se habría quedado a contemplar indefinidamente la bruma luminosa. Pero hacía frío, mucho frío, en realidad.

- Vamos, Coran, antes que mis pies se congelen y yo también me convierta en hielo.

Corrió junto al joven. El también estaba bañado en luz violeta y parecía salido de una tapicería.

Fue un golpe de suerte cuando Coran le preguntó si necesitaban más provisiones del depósito antes de ir a acostarse. En realidad, no faltaba nada que no pudiera esperar hasta la mañana, pero Brenna dio la excusa de que estaban escasos de centeno para hacer pan y que si lo buscaban ahora, Coran podría dormir hasta más tarde por la mañana.

Brenna lo hizo esperar mientras sacaba dos sacos del pequeño lugar de depósito detrás de la escalera donde se guardaban alimentos y especias.

Escondió uno de esos sacos debajo de su capa y le dijo a Coran que lo acompañaría por si veía algo más que pudieran necesitar.

Esta era la oportunidad que había estado esperando. Podría procurarse armas que ocultaría hasta que las necesitase. Y si encontraba una capa más liviana la cambiaría por la suya, aunque ahora tenía que admitir que la capa más pesada la mantenía bien abrigada.

Brenna agradeció que fuera tarde y las otras mujeres estuviesen ocupadas en el hall, recogiendo los restos del oso asado que habían servido más temprano. Coran abrió la sólida puerta del depósito y rápidamente encendió la vela que estaba en el interior. Brenna quedó decepcionada al descubrir que la habitación contenía solamente alimentos, aunque estaba bien llena. Un gran recipiente como el de junto a la casa donde se recogía el agua de lluvia estaba lleno casi hasta el borde de cebada y había otro que contenía avena. De las vigas colgaba carne salada de pequeños animales que había cazado Garrick.

Había barriles de centeno y uno lleno de manzanas silvestres y otras frutas secas. Grandes sacos contenían judías, cebollas y nueces y muchos sacos más pequeños con hierbas y especias estaban dispuestos en estantes fijos a las paredes. Lo que buscaba Brenna evidentemente se hallaba detrás de otra puerta cerrada, la del fondo del depósito, donde se había añadido otra habitación más pequeña.

- ¿Qué hay ahí atrás, Coran? - preguntó en tono inocente y señaló la puerta cerrada.

- Ahí es donde el amo Garrick guarda sus riquezas.

- ¿Tenéis la llave?

- Sí - respondió Coran- . Pero me está prohibido usarla a menos que me lo ordenen.

- ¿Alguna vez la usasteis?

- Por supuesto - replicó él con orgullo- . Cuatro veces al año limpio y pulo las armas allí guardadas. Y es allí donde pongo las pieles después de curtidas.

- ¿Podríais abrir la puerta ahora, Coran? Me encantaría echar un vistazo.

- No, no puedo.

- Por favor, Coran - dijo Brenna con dulzura- . El amo no tiene por qué enterarse. Yo podría mirar un ratito mientras vos llenáis el saco de grano.

Coran meneó lentamente la cabeza. Era evidente que tenía mucho miedo de hacer lo que Brenna pedía. Sin embargo, ella estaba decidida a entrar en ese cuarto.

- No debo hacerlo, Brenna. Si el amo llegara a enterarse, me castigarían con el látigo o quizá me harían algo peor.

- Pero él no se enterará, os lo prometo - insistió Brenna- . Ahora él está divirtiéndose en el hall y ni siquiera sabe que estamos aquí. Por favor, Coran... hacedlo por mí.

El vaciló unos segundos más y después sonrió con timidez.

- Está bien. Pero sólo el tiempo que me lleve llenar este saco - fue hasta la puerta y la

abrió- . Y no debéis tocar nada.

Impulsivamente, ella se inclinó y lo besó en la mejilla.

- Gracias, Coran. No olvidaré esto.

El enrojeció, y hundió avergonzado la cabeza y fue a llenar el saco. Brenna abrió completamente la puerta para dejar que la luz de la vela entrara en la habitación más pequeña. Había esperado encontrar tesoros, pero no la abundancia que pudo ver a la débil luz de la bujía. Había una pequeña pila de pieles que crecería antes de que llegara la primavera y a su lado un cofre abierto, lleno de telas exquisitas: sedas, brocados, finísimos terciopelos. En un estante contra la pared había hermosos cálices hechos de bronce, plata y hasta oro, e incrustados con gemas. Junto a ellos había fuentes y jarras de plata grabada y tallada.

Sobre una mesa había varias curiosidades de valor, estatuas de mármol y marfil, candelabros de oro, pequeños incensarios de bronce, una cruz enjoyada de treinta centímetros de largo, piezas de ajedrez de marfil y muchos otros tesoros. En un cofre de madera de teca forrado de terciopelo que estaba sobre la mesa Brenna vio joyas que la deslumbraron: collares de rubíes y diamantes, ajorcas de oro y plata incrustadas con gemas o delicadamente talladas. Otro cofre estaba abierto en el suelo y lleno de monedas de oro y de plata.

Por fin, las armas atrajeron la mirada de Brenna. colgadas de dos paredes laterales había armas de toda clase. Ballestas y flechas, lanzas de diferentes largos, hachas y espadones, mazas con púas y, en un soporte especial, dagas enjoyadas, Brenna se acercó a estas últimas y tomó una incrustada con trozos de ámbar. Quizá el ámbar, que se decía era la gema favorita de Thor, la protegería. Aunque no necesitaría la ayuda de Thor.

Brenna miró las ballestas, en cuyo manejo era experta. Tomó una, junto con una provisión de flechas. Puso todo en un saco atado a su cinturón y también metió debajo de éste una espada. No era tan liviana como había sido la suya, pero aquella preciosa espada ya no existía.

Brenna estaba por retirarse con su saco lleno, pero en ese momento vio un par de botas de cuero negro. ¡Las suyas! Junto a las mismas, en un estante, estaban sus ropas, las mismas que había vestido para sepultar a su padre. Todavía las llevaba cuando perdió la batalla más importante de su vida a manos de Anselmo Haardrad.

Brenna se apoderó rápidamente de las botas y la ropa, se envolvió completamente con su capa y salió de la habitación en el instante que venía Coran.

- No me había percatado de que Garrick es un hombre tan rico - comentó Brenna con inquietud. Rogó en silencio que Brenna no notara la falta de las armas.

- Sí, pero no son muchos los que lo saben.

- Es muy joven para haber acumulado tanta riqueza. Debió hacer muchas incursiones de pillaje en su juventud.

Coran sonrió.

- No. La mayor parte de lo que visteis él lo trajo de Oriente. Nuestro amo es un comerciante muy hábil.

Después que Coran cerró las puertas con llave, regresaron junto a la casa. Al oír el bullicio de la francachela que seguía llegando desde el hall, Brenna dio las buenas noches a Coran y subió rápidamente al cuarto de costura.

24

Aunque era medianoche. Brenna seguía completamente despierta. Se dio vuelta y se metió más profundamente debajo de las pieles. Había un hogar pequeño en la habitación, pero no se había molestado en encenderlo. Ahora deseaba haberlo hecho. Era curioso, pero no recordaba haber sentido frío en su hogar. Sin embargo, también allí había conocido crudos inviernos.

El hogar... tan lejano. Nadie quedaba allí para formar un hogar para ella. Echaba de menos terriblemente a su padre. Si él estuviese vivo, removería cielo y tierra para encontrarla. Un pensamiento reconfortante, pero no realista.

Echaba de menos a Linnet, también, que estaba tan cerca, pero inalcanzable. Y Dios santo, hasta echaba de menos a su hermanastra.

Si estos pensamientos de autocompasión no cesan pronto, me echaré a llorar, se reprochó Brenna. Un momento más tarde oyó crujir la escalera bajo un gran peso y Garrick gritó su nombre desde el pasillo.

- ¡Brenna!

- Por todos los santos, vikingo, ¿queréis despertar a toda la casa? - dijo Brenna para sí misma mientras iba a abrir la puerta. Lo llamó en un suave susurro- Aquí estoy. Sin duda, habéis despertado a vuestra madre con vuestros gritos - añadió y fue a pararse frente a él- . ¿No pensasteis en eso?

- Esa buena mujer está acostumbrada a que la despierten durante un festín - respondió Garrick en voz tan alta que Brenna hizo una mueca.

- Por su marido sí, pero no por un hijo borracho - le reprochó ella quedamente- ¿Qué queréis ahora?

- No estoy borracho, mujer - dijo él con voz serena y sus hoyuelos se acentuaron cuando sonrió- . Para responder a vuestra pregunta, os quiero a vos - añadió. Soltó una carcajada, la aferró de la cintura, la levantó del suelo y se la llevó a su habitación. Una vez allí, la soltó. Ella retrocedió hacia el diván mientras él cerraba la puerta. Cuando se volvió, él la miró sonriendo, pero no se le acercó.

- ¿Queréis beber un poco de vino conmigo? - preguntó con amabilidad.

Brenna vaciló, intrigada por la actitud de él. Era la primera vez que le ofrecía vino. Recordó que una vez le había dicho que a los esclavos no se les permitía beber.

- Si, beberé con vos.

Se acurrucó contra el brazo del diván mientras él llenaba dos cálices con un pellejo de vino. Una sola vela ardía en la habitación y daba una luz débil y vacilante, pero Brenna podía ver a Garrick con claridad. No parecía bebido como sospechó al principio. Había cambiado las ropas que llevaba más temprano por unos pantalones de color verde oscuro con botas de cuero blando orladas de piel blanca. Su túnica corta era de seda blanca con adornos de hilo verde en el ruedo y en las mangas largas. En su pecho colgaba un medallón de oro con una única esmeralda en el centro, en vez del medallón de plata grabada que usaba habitualmente. Estaba terriblemente guapo esta noche y a Brenna le costó apartar los ojos.

Garrick le trajo un cáliz. Ella tomó sólo un pequeño sorbo del líquido agridulce, saboreó el aroma y dejó el vaso en su regazo mientras él iba a encender un fuego en el hogar. Había olvidado el frío que hacía, había olvidado todo excepto la presencia de Garrick.

El fuego quedó encendido y añadió más luz a la habitación. Garrick tomó su cáliz y se unió a Brenna en el diván. Se apoyó en la pared, levantó una pierna en la que apoyó su brazo y bebió un largo sorbo de vino.

Brenna estaba tan nerviosa esperando que Garrick hiciera algún movimiento que le hubieran temblado las manos si no estuviera sosteniendo con tanta fuerza el cáliz sobre su regazo.

- ¿El vino no es de vuestro agrado?

Ella se sobresaltó cuando él habló y lo miró con expresión culpable.

- No... quiero decir, es excelente.

El le sonrió con aire de conocedor.

- Si tenéis pensado demorarme con la excusa de que no habéis terminado vuestro vino, no dará resultado. Sin embargo, no tengo prisa, mujer, así que relajaos y bebed vuestro vino. Podréis tomar más cuando hayáis terminado.

Brenna siguió el consejo y bebió el líquido embriagador, esperando que le calmara los nervios. Pero no pudo relajarse, aunque el vino le entibió la sangre.

Por fin se recostó hacia atrás y empezó a sentir los efectos de la bebida.

- Si vos murierais, Garrick, ¿qué sería de mí? - El la miró divertido.

- ¿Estáis planeando un juego sucio?

- No, lucharé limpiamente. ¿Pero si no regresarais de uno de vuestros viajes de caza?

Garrick suspiró y miró con aire pensativo el cáliz que tenía en la mano.

- Como no tengo bastardos ni esposa, todo lo que poseo pasará a ser propiedad de mi padre. Eso debería complaceros, Brenna - añadió con amargura.

Brenna entendió lo que quiso decir, pero no podía dejar que se diera cuenta.

- ¿Por qué eso tendría que complacerme? Odio a vuestro padre más que a vos.

- ¿Seguiríais odiándolo si él os diera la libertad? Ese es su deseo - dijo Garrick, fastidiado- . El ahora lamenta haberos dado a mí.

Brenna terminó su vino y miró a Garrick con expresión seria.

- Entonces, devolvedme o vendedme a él.

Garrick tomó un rizo de los cabellos que caían sobre el hombro de ella y lo enroscó lentamente en su dedo.

- ¿Y qué haríais vos por mí, Brenna, si yo accediese?

Ella lo miró sorprendida. ¿Qué precio tenía la libertad?

- Cualquier cosa - dijo.

- ¿Me haríais el amor? - Ella no vaciló.

- Sí. Hasta eso haría.

Garrick dejó su vino, la alzó sobre su regazo y le sostuvo la espalda con el brazo. Le sonrió y sepultó su cabeza en el hueco del cuello de ella. Sus labios fueron como una marca de fuego y Brenna gimió suavemente hasta que él la besó en la boca en una forma que exigía más que una mera respuesta.

Benna dejó caer al suelo el cáliz vacío, tomó la cabeza de Garrick y lo estrechó contra ella. Sintióse perdidamente atraída por él. No supo si era por la libertad o por ella misma y no le importó. Lo deseaba a él.

Brenna protestó cuando Garrick se movió y se puso de pie, pero sonrió cuando vio que empezaba a quitarse la ropa. Se estiró lánguidamente, satisfecha, antes de levantarse para hacer lo mismo. Cuando se puso de pie, se tambaleó mareada y rió.

- Demasiado de vuestro precioso vino, creo.

Garrick no dijo nada, pero le sonrió y la ayudó a desnudarse, después la levantó en brazos y la llevó a la cama. Allí la depositó con suavidad y se tendió a su lado. En seguida, ella sintió las manos de él, sorprendentemente suaves, pese a ser tan fuertes, que la acariciaban íntimamente con dedos que le hacían cosas extrañas y maravillosas.

- Podéis ser tan dulce como la miel cuando lo deseáis - dijo Garrick con voz ronca, besándola en la boca con labios ardientes.

- Como vos - murmuró ella y le pasó los dedos por el pelo ondulado.

- Mi beldad celta - murmuró él pasándole una mano sobre el vientre.

Empezó a acariciarle los pechos con los labios. Las sensaciones que la atravesaron la hicieron sentirse débil, pero lo mismo trató de resistirse, aunque sin muchas energías. Cuando ella levantó las rodillas él se las sostuvo con una pierna.

Cuando sus uñas se clavaron en los hombros de él, Garrick soportó el dolor y en vez de sujetarle las manos, las besó con un beso apasionado y salvaje que pareció privarla de los últimos restos de voluntad y borrar de su mente todo lo demás.

Lo único que importaba era Garrick, su beso, sus manos que la acariciaban con ansiedad, su cuerpo apretado contra ella, ahora encima de ella, su miembro caliente y palpitante buscando la entrada, encontrándola por fin, y después ese primer exquisito impulso

que llevó a Brenna al éxtasis.

Una y otra vez ella pronunció su nombre mientras él se movía en su interior y la estrechaba como si quisiera soldar su cuerpo para siempre con el de ella. Brenna lo besó en el cuello, en las mejillas, en los labios, con salvaje abandono. Después todas sus sensaciones se acumularon en su parte inferior, cerrándose alrededor del sexo hinchado de él con el profundo impulso final.

Un momento más tarde, Brenna sintió un delicioso palpitar en su interior. Habiendo alcanzado las cimas del placer, Brenna sucumbió inmediatamente a los efectos del vino y del amor. Se durmió y ni siquiera se movió cuando Garrick se apartó de ella para buscar algo con qué taparse. Después, él se acostó a su lado, boca abajo, se incorporó apoyándose en los codos y la contempló largo rato con una expresión desusadamente tierna. Por fin pasó sobre ella un brazo posesivo y se quedó dormido.

25

El ruido de una pelea despertó a Brenna de su profundo sueño. Viendo que estaba sola, saltó de la cama y tomó lo primero que encontró, la bata de seda blanca de Garrick, y se la puso mientras salía corriendo de la habitación. La bata apenas le llegaba a las rodillas, pero no se preocupó de su apariencia.

En el fondo de la escalera se ocultó en las sombras y observó la escena que se desarrollaba en el hall, crecientemente alarmada. Las dos mesas largas estaban volcadas; los bancos estaban rotos en pedazos. El gran caldero de hidromiel se había derramado en el suelo con los restos de una comida matinal.

Los ojos de Brenna recorrieron frenéticamente la estancia. Varios hombres yacían insconscientes o muertos en el suelo. Algunos luchaban con los puños, otros con espadas o hachas. ¿Cómo podía ocurrir una riña semejante a hora tan temprana? ¿Y dónde, Dios mío, estaba Garrick?

Rápidamente, sus ojos siguieron buscando hasta que descubrieron a Hugh, sentado en un banco contra la pared. El enorme vikingo se sostenía con una mano la quijada hinchada, aunque reía con un compañero que estaba en el suelo. Brenna miró hacia abajo y ahogó una exclamación. Garrick estaba tendido en el piso, con un brazo apoyado en el banco. Ella no vio nada más que la sangre de color rojo brillante que le manchaba los pantalones y la túnica color ciervo.

En el momento de ansiedad, Brenna olvidó todo lo demás y corrió hacia Garrick. El estaba riéndose de algo que había dicho Hugh, pero cuando Brenna llegó a su lado y se arrodilló, la risa se apagó. Garrick se volvió hacia ella, atónito, y enseguida lo dominó la cólera y una mirada de furia la hizo parpadear.

- ¿No tenéis vergüenza, mujer? - preguntó él con rudeza y le aferró el brazo con tanta fuerza que le hizo doler- . ¿Qué significa esto?

Ella no tenía idea de qué hablaba él.

- Estáis herido.

- ¡No! - rugió él- . Pero aunque estuviese moribundo, ello no sería motivo suficiente para que vengáis a presentaros ante estos hombres vestida como estáis. ¡Marchaos antes que la sed de sangre se convierta en sed de vos!

Ella miró nerviosamente a su alrededor y vio que muchos habían dejado de pelear y la miraban con fijeza. Con el pelo suelto caído sobre los hombros y la profunda V de la bata exponiendo casi completamente sus pechos, presentaba un cuadro muy tentador.

- Yo no pensé, Garrick - murmuró, con la cara cada vez más roja- . Sólo quise ayudaros.

- ¡Vos nunca pensáis, mujer! - dijo él con crueldad y la apartó de un empujón- ¡Iros de este salón!

Brenna se mordió el labio inferior que le temblaba de indignación. Sintió en la garganta un nudo que casi la ahogó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Rápidamente huyó corriendo del hall antes de que las lágrimas cayeran y la hicieran avergonzarse más.

No quiso pensar en la noche pasada. Corrió al cuarto de costura y cerró con un portazo. Se dejó caer sobre la pila de pieles y dio rienda suelta a un torrente de lágrimas. Pero después de unos momentos, se secó decididamente los ojos.

- ¡Yo nunca lloré - siseó con furia- hasta que lo conocí! No derramaré más lágrimas por ningún motivo. ¡Si él es capaz de maltratarme así cuando yo sólo quería ayudarlo, que el demonio se lo lleve! ¡No estaré aquí para que eso vuelva a suceder!

Brenna buscó entre las pieles y sacó lo que había escondido allí la noche anterior. No había pensado que necesitaría tan pronto los objetos robados, pero tampoco imaginó que Garrick sería tan despiadado.

Se vistió lentamente con sus propias ropas y se animó un poco al sentir contra su piel el rico terciopelo. Una vez dentro de su atuendo masculino, su orgullo herido mejoró algo. Recobró la confianza y se sintió capaz de hacer cualquier cosa. Metió la espada en su cinturón y llenó su saco con más pieles y correas de cuero para ceñirse los pantalones y hacerse más tarde abrigos para sus manos. Después fue a la habitación de Garrick y tomó una manta de la

cama.

Cubierta con su capa para ocultar su atuendo, se dirigió a la puerta, pero casi tropezó con Perro, que dormía allí. Brenna se arrodilló y acarició las orejas del mastín.

- ¿También a ti te expulsó del hall? - el animal le lamió la mano- . No importa, viejo amigo. ¿Todavía no has salido esta mañana?

Abrió la puerta y Perro la siguió. Ella estaba aprendiendo a calcular la hora por las estrellas. Era extraño llamar a esto mañana cuando el cielo estaba tan oscuro. Quizá, en la punta del sur de Noruega, el sol iluminaba la tierra, pero aquí, más al norte, el sol apenas rozaba el horizonte a mediodía y teñía el cielo de un azul oscuro.

Brenna se acercó lentamente a la puerta abierta del área de cocinar, pero Perro se le adelantó en busca de comida. Cuando Brenna vio que sólo Maudya estaba ante la mesa, cortando cebollas para hacer una sopa, se asomó a medias en la habitación.

- ¿Tenéis una hogaza de pan que pueda llevarme? - Maudya alzó la vista, sorprendida.

- Sí, ¿pero por qué estáis afuera? Hay mucho trabajo que hacer. Más temprano hicieron un desastre que hay que limpiar.

Brenna oyó las risotadas que llegaban desde el hall.

- ¿De modo que la pelea terminó? ¿Sabes cuál fue el motivo?

- Fue el mismo Garrick - replicó Maudya, sacudiendo la cabeza- . Janie estaba allí y dijo que Bayard hizo un comentario que a Garrick no le gustó. El amo atacó a Bayard como un jabalí salvaje y eso fue el motivo de que empezara la pelea. Todos participaron.

- ¿Entonces Bayard y Garrick ahora son enemigos?

- No, Garrick se disculpó. Así pasa en las peleas amistosas.

- ¡Hum! ¿Qué fue lo que dijo Bayard para hacer enojar a Garrick? ¿Janie no os contó nada?

- No. - Maudya suspiró y se alisó el pelo en desorden con el dorso de la mano.

- ¿Habéis pasado una mala noche? - preguntó Brenna, compadecida.

Maudya sonrió.

- No fue tan mala.

- ¿Y Janie?

- Esta vez tuvo suerte. Perrin se la llevó y nadie supo nada más.

Brenna no podía entender a Perrin. Se suponía que Garrick era su amigo más íntimo, pero Perrin temía enfrentarse con él por un asunto tan importante como Janie. ¿Era Garrick realmente tan severo hasta con sus amigos?

- Bueno, ¿os sobra una hogaza de pan, Maudya? Tengó mucha hambre, pero primero me gustaría cabalgar un poco para calmar mi pena.

- ¿Qué pena?

- ¿No supisteis que Garrick me reprendió con dureza delante de todos sus amigos?

Maudya pareció asombrada.

- ¿Hizo eso?

- Sí.

Maudya rió por lo bajo. Sacó una hogaza de recién cocido y lo envolvió en un paño limpio.

- Entonces está bien, muchacha. Iros tranquila.

- Si Garrick pregunta por mí, no le digáis cómo me han herido sus palabras. Decidle solamente que tenía ganas de cabalgar un poco y que regresaré pronto.

- Como gustéis, Brenna. Pero si me lo preguntáis, él debería saberlo.

Una sonrisa curvó los labios de Brenna cuando se dirigía a los establos. Maudya le contaría a Garrick todo lo que ella había dicho, porque Maudya era así. El pensaría que era el orgullo herido lo que motivaba su ausencia. Más tarde, cuando por fin comprendiera que había huido, creería que el motivo habían sido sus rudas palabras.

Pero eso era sólo la mitad, admitió Brenna con sinceridad. Ya no podía confiar en ella misma estando cerca de Garrick, no después de la noche pasada. En las manos de él, ella se convertía en blanda arcilla que él podía moldear a su gusto. Sus besos la privaban de

voluntad, de todo deseo de resistírsele. Ella no podía tolerar eso. Era una mujer acostumbrada a tener completo control de sus reacciones. Empero, cuando Garrick la tocaba, se convertía en una marioneta. Tenía que alejarse de él... irse lejos, muy lejos.

Erin no estaba en la parte delantera del establo cuando ella entró y fue directamente hacia Willow. Ensilló rápidamente la yegua rogando que Erin estuviera dormido o ausente. No le gustó mentir a Maudya, pero con Erin hubiera sido aún peor, porque había llegado a estimar profundamente al anciano. Por fortuna, él no estaba aquí.

Brenna tomó dos grandes sacos de avena para Willow y los ató atravesados sobre los flancos del animal, después llenó cuatro pellejos de agua en el abrevadero. Ahora ya estaba lista.

Llevó a Willow por el sendero detrás del establo, pero se detuvo cuando Perro vino corriendo tras ella, ladrando y produciendo una alarmante conmoción.

- ¡Vete! - le ordenó al animal, temiendo que los ladridos hubieran alertado a alguien- . Vete, Perro. Siguió cabalgando pero el perro la siguió. - ¡Vete, Perro! No puedes venir conmigo.

El animal ladeó la cabeza y la miró con curiosidad, agitando la cola. Brenna suspiró.

- Está bien, si tienes inclinación por la aventura, ven conmigo. Los tres formaremos un extraño trío. Un perro, una yegua y una esclava fugitiva.

Salió al galope a campo abierto seguida muy de cerca por Perro. No tenía idea de adónde iba, pero estaba libre, sin tener que rendir cuentas a nadie. Se detuvo en el borde de la floresta y miró hacia atrás, hacia la casa de piedra sobre el acantilado.

- Adiós, Garrick Haardrad de Noruega... Garrick el de Corazón Duro. Os recordaré, sin duda para siempre - Nuevamente sintió ese incómodo nudo en la garganta que casi la ahogaba.

- Debéis sentiros feliz, Brenna - se dijo en alta voz- . Ahora sois libre.

La costa podía ofrecerle poca caza y ella nada sabía de pesca. El sur, que era el rumbo más deseable, estaba cerrado por el fiordo. El este, que era a donde ella hubiera preferido dirigirse, sería la primera dirección donde buscaría Garrick, porque jamás pensaría que huiría hacia el norte, donde los vientos y el frío eran aún más intensos que aquí. De modo que tomó hacia el norte.

- ¿Podremos sobrevivir allí hasta la primavera, Perro? Para entonces tendré muchas pieles y podremos encontrar otro establecimiento de pobladores cerca del agua. Compraremos pasaje en un barco que vaya a nuestra tierra, o por lo menos, lejos de tu tierra. ¿Qué piensas tú?

Perro la miró con expresión solemne.

- Si, creo que podemos lograrlo. O morir en el intento..., no hay otro camino - se respondió ella misma.

26

Garrick subía la escalera justamente cuando Maudya bajaba.

- ¿Dónde está Brenna? - preguntó- . Si se ha puesto empecinada por lo de esta mañana, la castigaré.

Maudya se puso pálida al verlo tan furioso.

- Justamente iba a buscaros, amo Garrick. Ella aún no ha regresado. Estuvo ausente toda la tarde y temo que...

- ¿Adónde fue? - la interrumpió él, entornando los ojos.

Maudya enrojeció y empezó a llorar.

- Dijo que saldría a cabalgar... para calmar su pena... por la forma en que la tratasteis esta mañana.

- ¿Eso fue lo que dijo?

- Yo no tenía que decíroslo, sólo debía deciros que ella tuvo deseos de salir un rato y que regresaría pronto. No ha vuelto y temo que le haya sucedido algo.

- ¿Qué puede haberle sucedido?

- Los Borgsen mataron un perro mientras estuvisteis ausente. Algunos de nosotros pensamos que pronto se cansarán de matar animales y que seguiremos los esclavos.

- ¿Qué sucede, Garrick? - preguntó Anselmo desde el arranque de la escalera.

Garrick se le acercó con el entrecejo fruncido.

- La muchacha dice que Brenna no ha regresado desde que se fue esta mañana, sin duda en ese caballo que vos le disteis.

- ¿Entonces está contenta con el regalo?

- Contenta, sí. Tan contenta como para no regresar. Maudya cree que los Borgsen pueden haberle hecho algo.

- No, conozco demasiado bien a Latham Borgsen. El no recurriría a un juego tan sucio. Me jugaría la vida.

- Estoy de acuerdo, lo cual sólo puede significar que Brenna ha huido - dijo Garrick con amargura- . Vos me la disteis y después le disteis los medios para huir de mí.

- No podéis culparme de eso, Garrick - replicó Anselmo con energía- . Olvidáis que yo estaba en el hall esta mañana. No sé que le dijisteis a la muchacha, pero reconocí vuestro tono de voz. Creo que estuvisteis excesivamente duro.

Garrick miró furioso a su padre.

- ¡Vos visteis cómo estaba vestida! Entró en el hall casi desnuda. Y apostaría que fue intencional. Ella es tan coqueta como dice su hermana. Querría tener a todos los hombres embobados a sus pies.

- Yo no vi nada de eso, sólo vi en sus ojos preocupación por vos. ¿Y cómo la recibisteis? Con palabras airadas y duras. Tenéis mucho que aprender sobre mujeres, hijo. No me sorprende que haya huido de vos.

Garrick se puso rígido al oír las palabras de su padre.

- Actuáis como si la muchacha os importara más que yo. ¿Es así?

- No, pero yo la entiendo mejor que vos.

- Eso no lo dudo, porque yo no la entiendo en absoluto.

Anselmo rió por lo bajo.

- Os ayudaré a encontrarla.

- No, esto quiero hacerlo yo solo - replicó Garrick con determinación- . Necesita una lección que no olvidará pronto.

- ¡Garrick!

- No interfiráis, padre. Cuando me disteis a Brenna, os lavasteis las manos en este asunto.

Anselmo suspiró y quedóse mirando la espalda de Garrick que se alejaba. Esta mañana le había divertido la reacción de Garrick cuando Bayard comentó en broma, acerca de Brenna, que la muchacha había cambiado demasiado rápidamente de una gata salvaje a una mansa gatita ronroneante y que eso sólo podía ser una artimaña de mujer. Evidentemente, a Garrick

no le gustó esa posibilidad, aunque el comentario fue hecho como una broma.

La reacción de Garrick dio a Anselmo motivos para pensar que su hijo se interesaba de veras en la muchacha. Apenas ayer había dicho delante de todos que no quería compartirla. Ahora, esto. Ah, ¿es que dos personas jóvenes siempre tenían que estar chocando entre ellos?

Brenna avivó el pequeño fuego y añadió más leños antes de tenderse para dormir unas pocas horas. Estaba placenteramente saciada después de haber compartido una gorda liebre asada con Perro. Willow estaba cubierta y abrigada para pasar la noche y Perro yacía a sus pies sobre unas pieles viejas.

Hasta ahora no había encontrado dificultades. La caza era abundante en las áreas boscosas y había encontrado unos cuantos arroyuelos donde pudo reponer su provisión de agua. La única incomodidad que sufría era el helado viento del norte. Aun cerca del fuego no alcanzaba a calentarse bien. Por lo menos, no había caído más nieve para sumarse a la que ya cubría el suelo desde la última tormenta. Aquí, en la floresta, había muchos puntos libres de nieve, como el sitio donde estaba acampada.

Cuatro días habían pasado desde que dejó a Garrick. Después de tres días de cabalgar, había llegado a otro fiordo que le cortó el camino. De modo que, después de todo, se vio obligada a tomar camino hacia el este, pero creía que ahora eso no tenía importancia. Durante dos días había cubierto las huellas de Willow. Garrick jamás la encontraría.

Dos días más de viaje tenían que ser suficientes. Después, Brenna buscaría un área relativamente protegida, quizá en un bosque denso o en un valle pequeño y profundo.

Allí construiría una choza donde podría esperar a que terminase el invierno. Todo se presentaba muy fácil, pensó Brenna, mientras empezaba a vencerla el sueño. Hubiera debido abandonar a Garrick hacía meses.

Garrick llegó al campamento en mitad de la noche pero estaba demasiado exhausto para sentir otra cosa más que una leve satisfacción porque su búsqueda había terminado. Su semental estaba próximo a desplomarse, porque Garrick había descansado sólo dos veces desde su partida y perdió un día buscando entre las colinas del este.

Esperaba encontrar a Brenna al borde de la muerte, hambrienta y con frío. Sintióse aliviado al hallarla bastante bien, pero no le cayó bien ver que ella tenía una expresión de radiante dicha mientras dormía.

Garrick se apeó y ató su caballo al lado de la yegua gris. Después se acercó al fuego. Se tendió al lado de Brenna sin despertarla. Mañana tendría tiempo de vérselas con ella. Se durmió.

Brenna se movió cuando el peso sobre su pecho le dificultó la respiración. Cuando recuperó la conciencia, comprendió que el peso que sentía no era un sueño y abrió los ojos para encontrarse con un brazo sobre ella, que la tenía inmovilizada contra el suelo.

Contuvo su impulso de gritar y lentamente, con temor, se volvió y vio el resto del cuerpo que tenía a su lado. Casi gritó de exasperación. ¡Esto era demasiado, demasiado para soportarlo!

- ¡Vos! - exclamó, sacándose de encima el brazo de él y poniéndose de pie.

Garrick despertó sorprendido e instintivamente llevó la mano al puño de su espada. Miró a su alrededor, se tranquilizó y se puso ceñudo cuando vio a Brenna que estaba de pie con las manos en las caderas y sus ojos oscurecidos por la rabia y la furia.

- ¿De modo que estáis despierta?

- ¿Cómo me encontrasteis? - preguntó ella, casi temblando de ira- . ¡Cómo!

El la ignoró un momento mientras apartaba su gruesa capa y se sacudía la ropa. Después no respondió la pregunta sino que dijo, despectivamente:

- Habéis confirmado la opinión que tenía del sexo femenino. En ninguna de vosotras se puede confiar.

- Juzgáis con demasiado apresuramiento. Yo no dije que seguiría con vos. Si lo hubiese dicho no habría huido. ¿Cómo hicisteis para encontrarme?

- Olvidáis que soy un cazador, Brenna - dijo él en voz sorprendentemente serena- . Soy bueno en lo que hago. Ninguna bestia - hizo una pausa y sus ojos se ensombrecieron- ni tampoco ningún esclavo o esclava fugitivos pueden escapárseme.

- ¡Pero yo cubrí mis huellas! Tendríais que estar al sur de aquí. ¿Qué os hizo venir al norte?

- Admito que perdí un día cabalgando hacia las montañas, pero al no ver señales de vos, di la vuelta. - Lanzó una mirada asesina a Perro, quien bajó la cabeza con aire culpable.- Como no pude encontrar a este animal traidor por ninguna parte, supe que había venido con vos. Cubristeis las huellas de la yegua muy bien, pero olvidasteis al perro.

Era demasiado tarde para llorar por el error. Brenna, sin embargo, vio que Garrick estaba furioso con Perro y no quiso que el animal sufriese a causa de ella.

- No lo culpéis a él por venir conmigo. Yo lo obligué a que me siguiera a fin de que no pudierais usarlo para seguirme la pista - mintió.

Garrick soltó una corta carcajada.

- Pese a ello, fue él quien me trajo hasta vos, después de todo.

Ella lo miró en actitud desafiante.

- ¿Y ahora, vikingo?

- Ahora os llevaré a casa.

- ¿Para castigarme?

- Se os advirtió lo que pasaría si hacíais lo que hicisteis. ¿Creéis que por haber calentado mi cama en algunas ocasiones seré indulgente con vos?

Ella sintió otra vez el nudo doloroso en la garganta.

- No, no esperaba eso de vos - dijo suavemente, casi temblándole el labio inferior- . Pensé que no me encontraríais. ¿También todos vuestros vecinos están buscándome?

- Vine solo - replicó él en tono más gentil, casi en un susurro.

- Bien. No regresaré con vos para sufrir el castigo, vikingo - repuso ella con la voz engañosamente calma. El se encogió de hombros y levantó su capa, listo para marcharse.

- No podéis elegir.

- Os equivocáis.

Las palabras salieron con lentitud porque al pronunciarlas le dolió el corazón, pero él no le dejaba alternativa. Arrojó a un lado la pesada capa que ocultaba sus armas y puso la mano en el pomo de la espada.

- Puedo elegir, Garrick.

El la miró sinceramente sorprendido, sus ojos la recorrieron de pies a cabeza y por fin se posaron en las armas.

- ¿Dónde las conseguisteis?

- Las robé.

- ¿Quién os ayudó?

- Nadie - mintió ella- . Le quité a Erin las llaves del depósito cuando estaba dormido y después se las devolví.

- ¿Y esas ropas, son vuestras? Pero claro que lo son - dijo él en tono burlón- . Os sientan muy bien. No son un vestido seductor pero resultan igualmente tentadoras.

- ¡Basta! - gritó ella al ver en sus ojos el deseo mezclado con cólera.

- De modo que otra vez queréis hacer el papel de hombre, Brenna - dijo él en tono divertido- . ¿Queréis pelear por vuestra libertad?

- Dejadme y no tendremos necesidad de pelear.

- No - sonrió él, y desenvainó su espada- . Acepto el desafío.

Brenna gimió y desenvainó su espada cuando Garrick vino hacia ella. Su corazón no estaba en la inminente lucha. No había ahora cólera en ella, sólo arrepentimiento por haber tenido que llegar a esto.

El atacó rápidamente, tratando de arrancarle de un golpe la espada de la mano, pero Brenna se movió hacia un costado. Un flanco de él quedó al descubierto para que ella lo hiriese, pero Brenna no pudo decidirse. El atacó otra vez. Era diestro con la espada y sus

golpes tenían mucha fuerza, pero carecía de la experiencia y de la astucia de ella. Sin embargo, Brenna no pudo sacar ventaja de esto. No pudo decidirse a derramar la sangre de él aunque él le dio muchas oportunidades de hacerlo cuando trató de desarmarla.

Matarlo, ver muerto a Garrick..., la idea casi la enfermó. Sólo lo desarmaría, como él quería hacer con ella, y entonces se alejaría.

Brenna no tuvo la oportunidad porque en ese momento un oso, enorme como ella nunca había visto, se irguió directamente detrás de Garrick. Brenna gritó, pero fue demasiado tarde. El oso los había sorprendido tan distraídos que estaba a pocos centímetros de Garrick cuando éste se volvió para ver qué había asustado a su contrincante. Con un golpe poderoso de su garra, el oso golpeó a Garrick de costado, Garrick cayó contra el tronco de un árbol y se golpeó la cabeza.

Garrick no se movió. Brenna miró incrédula cómo el oso se acercaba a él, rugiendo victorioso. Gritó y atacó a la bestia con furia ciega. Sostuvo la espada con las dos manos y la levantó sobre su cabeza, para hundirla con todas sus fuerzas en la espalda del animal. Pero el oso no cayó, ni siquiera se tambaleó.

Rugió con sanguinaria furia y giró hacia Brenna, quien se puso pálida por el miedo más grande que había experimentado en su vida. Su daga era inútil, de modo que corrió, presa de pánico, hasta donde estaba Willow y sacó la ballesta del saco. El oso se le acercaba rápidamente. Brenna corrió a la izquierda, alejándose de los caballos, y mientras se movía preparó la ballesta. Por fin se agachó y apuntó. La flecha atravesó la garganta del oso y después de unos momentos desesperantes, el animal por fin cayó.

Su alivio fue tan grande que Brenna cayó de rodillas para dar silenciosamente las gracias. Aunque le temblaba todo el cuerpo, caminó con piernas vacilantes hasta donde estaba Garrick y contuvo el aliento hasta asegurarse de que él vivía. Le sangraba el hombro donde la garra del oso lo había golpeado, dejando profundos surcos en la piel. Pero el golpe en la cabeza no le había roto la piel, aunque empezaba a hincharse.

Brenna fue hasta los caballos y atrancó una tira de la manta de Willow, la empapó en agua y volvió junto a Garrick. Le mojó la cara y empezó a limpiarle la sangre del hombro.

Él gimió y se tocó la cabeza. Después miró a Brenna con desconfianza.

- ¿Siempre atendéis así a vuestros enemigos? - Ella ignoró la pregunta e inspeccionó los cortes.

- ¿Duele?

- No, está adormecido. ¿El oso escapó? - Brenna meneó la cabeza.

- Tuve que matarlo - Garrick abrió grandes los ojos.

- ¿La bestia os atacó?

- No, eras vos a quien quería - dijo Brenna con calma, evitando su mirada.

Garrick recibió la noticia con disgusto.

- Primero tratáis de matarme, después me salváis la vida. ¿Por qué?

- Si yo hubiera tratado de mataros, Garrick, ahora estaríais muerto, No pude hacerlo.

- ¿Por qué no? - preguntó él con rudeza mientras ella le vendaba el hombro- Hubierais obtenido vuestra libertad.

Brenna miró a Garrick con ojos llenos de un suave resplandor.

- No sé por qué. No pude decidirme a causar vuestra muerte.

El la aferró de la muñeca, la atrajo y rápidamente le quitó la daga del cinturón.

- Por si llegáis a cambiar de idea, yo conservaré esto.

Ella no dijo nada. El se puso de pie y sacudió la cabeza para librarse del aturdimiento del golpe. Sin soltarle la muñeca, la arrastró hasta donde yacía el oso. Reconoció al animal que hacía pocos días había despertado de su sueño invernal.

- Parece que os subestimé, Brenna - dijo en un gruñido, mirando el cadáver del animal- Sois tan hábil como dijisteis - la miró con severidad- . Es una pena que no pueda confiar en vos cuando os perdéis de mi vista.

- Si yo os fuera leal podríais confiar en mi, vikingo - dijo ella casi con amargura.

El la miró con curiosidad.

- ¿Me daríais vuestra lealtad? - La atrajo más y la tomó con fuerza de los hombros - ¿Qué queréis de mí, Brenna?

- ¡La libertad!

El sacudió la cabeza, irritado.

- Una mujer libre tiene muchos derechos, entre ellos el de rechazar a un amante.

- ¿Es ilegal violar a una mujer libre?

- Sí - Brenna se puso rígida.

- Eso es todo lo que os interesa... ¡violarme! ¿Por qué es tan importante para vos tenerme a mí y no a otra? Yo no os intereso como mujer. No tenéis consideración por mis sentimientos. Lo habéis demostrado muchas veces. ¿Por qué, entonces, tengo que ser yo?

- Vuestro cuerpo es muy agradable Brenna. Es suficiente que yo disfrute de vos cuando tenga ganas.

- Quizá si fueseis un hombre de buen corazón eso sería suficiente, Garrick - dijo ella en voz baja- . Pero sois duro y cruel en muchas formas.

La expresión que asomó al rostro de Garrick fue aterrorizadora. La atrajo con fuerza y la presión de sus brazos casi la ahogó.

- Me daréis vuestra palabra de que no volveréis a huir - dijo.

- No podéis obligarme a que os dé mi palabra sobre eso, Garrick, porque si lo hacéis, yo no la habré dado libremente y no la cumpliré.

- Entonces, habéis determinado vuestro propio destino.

La empujó hasta los caballos y la puso sobre el lomo de Willow. Allí ella esperó mansamente mientras él reunía las capas y las armas.

Cuando Garrick montó, tomó las riendas de ambos caballos pues no confió que ella lo seguiría.

¿Qué destino se habría buscado con su empecinado orgullo? Brenna se estremeció y clavó la vista en la espalda erguida de Garrick. Pronto lo sabría.

27

La enorme casa de piedra se erguía ante ellos bañada en la suave luz azul de la aurora boreal. Era de noche cuando llegaron al establo. Erin vino corriendo desde el fondo con una expresión de alivio y alegría en su cara castigada por los años. Esa expresión rápidamente cambió por otra de paternal gravedad.

- ¡Qué vergüenza, muchacha, que hayáis huido así de nosotros! - dijo en tono de rezongo, aunque sus ojos todavía brillaban dándole la bienvenida.

- No huí de vos, Erin, sino de él - replicó Brenna, ignorando la presencia de Garrick.

- Bueno, me tuvisteis muy preocupado - continuó Erin- . Por lo menos, hubierais podido aguardar la primavera para tener menos posibilidades de morir helada.

- ¡Basta, Erin! - ordenó Garrick, y tomó a Brenna rudamente de un brazo.

Ella no tuvo ni siquiera una oportunidad de despedirse de Erin pues Garrick la arrastró enseguida en dirección a la casa. Cuando se aproximaban a la entrada secundaria, él dobló a la derecha, hacia el costado de la casa, y Brenna se detuvo inmediatamente.

- ¿Adónde me lleváis?

El no respondió sino que siguió arrastrándola. Brenna se resistió, haciéndole más difícil la marcha. Sabía adónde la llevaban, aunque no podía creerlo. Sobre el otro lado de la casa, frente al fiordo, había una puertita de madera.

Garrick la abrió con violencia. La puerta tenía una ventanilla cuadrada cerrada con barrotes de hierro. Debido a su proximidad con el fiordo, el cuartucho estaba oscuro y húmedo como una caverna helada. Garrick se hizo a un lado.

- Vuestra habitación, mujer - Ella lo miró horrorizada.

- ¿De veras me pondréis ahí?

- Es el castigo más suave para los fugitivos - dijo él en tono de impaciencia.

- ¿Cómo podéis hacerme esto después que os salvé la vida? ¿Eso no significa nada para vos?

- Sí, os estoy agradecido.

- Lo demostráis en forma admirable, vikingo - dijo Brenna con sarcasmo.

El suspiró.

- Si no tomase ninguna medida contra vos, Brenna, sería una invitación a escapar para los otros esclavos. No puedo permitir eso.

Ella no quiso rogarle.

- ¿Cuánto tiempo me tendréis encerrada aquí?

- Tres u cuatro días... hasta que hayáis aprendido la lección.

Ella le lanzó una mirada de desprecio.

- ¿Y creéis que esto me enseñará algo, vikingo? Estáis equivocado. Aquí mi odio crecerá y saldré aún más decidida a huir de vos.

El la atrajo con violencia y la besó posesivamente en la boca. Ella le devolvió el beso, pero sólo por despecho. Garrick tenía que llegar a lamentar haberle hecho esto. Ella haría que lo lamentara.

- No necesitaréis quedaros aquí, Brenna - dijo él rozándole el cuello con los labios- si me dais vuestra palabra de que no volveréis a dejarme.

Ella le echó los brazos al cuello y dijo, provocativamente.

- Pero los otros esclavos pensarán que para vos yo soy algo especial.

- Sois especial.

- Especial, pero lo mismo podéis encerrarme en esta celda fría.

- ¿Me dais vuestra palabra, Brenna?

Ella lo besó en los labios con ligereza, provocativamente, antes de apartarlo de un empellón.

- El demonio os lleve, vikingo. Yo no seré vuestro juguete predilecto.

Con eso alzó la cabeza y entró en la celda oscura, y apretó los dientes cuando él cerró la puerta tras ella. De inmediato empezó a temblar. Casi gritó para llamarlo pero se tapó la boca con una mano. No rogaría que la liberaran.

Hacía frío. Mucho frío, en realidad. Por fortuna tenía su capa y sus polainas de piel. También había una vieja manta de lana sobre un banco angosto, el único mueble de la habitación. Pero no ardía ningún fuego y el ventanuco de la puerta dejaba entrar el frío.

Tampoco le habían traído comida. De pronto se sintió famélica, aunque hacía pocas horas había compartido un poco de carne de venado con Garrick. El regresaría. No era posible que la dejara aquí hasta que se helara. Se sentó en el banco y se cubrió las piernas con la manta. Los primeros días de cabalgar sin apuro con Garrick habían sido fríamente silenciosos. Pero en los dos últimos días el humor de él mejoró y ella empezó a creer que no le haría nada cuando regresara. Menos creyó que él sería capaz de encerrarla en esta celda.

Pasó una hora y después otra. La bruma azul del cielo desapareció, dejando solamente una oscuridad negra y deprimente, Brenna se estremeció y sintió las primeras señales de la fiebre. Un rato después sintió calor y se despojó de la capa y de las pieles sujetas con correas que le cubrían brazos y piernas.

El no iba a regresar. Ese doloroso nudo apareció otra vez en su garganta y las lágrimas le hicieron escocer los ojos. Después de todo lo que habían compartido, después que ella le salvó la vida, él no podía ser tan cruel como para encerrarla aquí.

Podía helarse hasta morir. Entonces él lo lamentaría. Un buen modo de vengarse, pese a que ella no estaría para disfrutar de ello.

Empezó a temblar otra vez y se tendió sobre el duro banco. Dormitó de a ratos y cuando despertaba, se cubría con la manta y la capa o las arrojaba a un lado.

- Estoy enferma y él ni siquiera lo sabe - razonó, medio dormida- . Debí decírselo. Pero eso no habría hecho ninguna diferencia. El es una bestia. Nada le importa. - Se volvió, con los ojos llenos de lágrimas.- Lo lamentaréis, Garrick, lo lamentaréis... lo lamentaréis...

Garrick se volvió nerviosamente en su cama y golpeó la almohada con un puño. No lograba conciliar el sueño pese a todos sus intentos. Los demonios de su mente no cesaban de atormentarlo. Hora tras hora seguía haciéndose reproches.

Por fin no pudo soportarlo más. Saltó de la cama, se echó la capa sobre los hombros y salió de la habitación. En el hall encendió una antorcha a toda prisa y se preparó para el frío helado del exterior. Llegó a la pequeña celda en segundos y rápidamente sacó las llaves y abrió la puerta.

Los goznes crujieron y él se inclinó para entrar en la húmeda cámara, después se enderezó, puso la antorcha en un soporte que había en la pared y se acercó a Brenna.

Ella dormía en el suelo, junto al banco, acurrucada como un niño, hecha una pelota, cubierta con nada, ni siquiera con su capa de terciopelo.

Garrick apretó los dientes, furioso. ¡La pequeña tonta! Así, sin taparse, podía morir de frío en este lugar. Sin duda, esa era su intención.

Se arrodilló junto a ella y la sacudió con rudeza, pero se detuvo cuando sintió el calor que pasaba a través de la gruesa túnica de terciopelo. Le tocó la cara con la mano y ahogó una exclamación. Brenna ardía de fiebre.

- Santo Dios, Brenna, ¿qué habéis hecho?

Ella abrió los ojos y lo miró confundida.

- ¿Por qué mencionáis a mi Dios? Vuestros dioses paganos se pondrán furiosos.

- ¿Importa qué dios mencione? - preguntó él con irritación- . Son uno solo, creo. Pero a ellos y a vos les pregunto, ¿por qué tratasteis de mataros?

- No estoy muerta - dijo ella en un suave susurro y cerró los ojos para hundirse nuevamente en cl sueño. Garrick se puso pálido.

- ¡Lo estaréis si no lucháis contra esto, Brenna! ¡Despertad!

Como ella no se movió, él la levantó en brazos y la llevó a la casa y a su habitación. Allí la depositó sobre la cama y la cubrió con el abrigado cobertor de armiño. Luego avivó el fuego y volvió junto a la cama.

- ¡Brenna, Brenna!

Ella no despertó. La sacudió de un hombro pero la joven no abrió los ojos. El pánico empezó a apoderarse de Garrick. El nada sabía de fiebres. Había que llamar a Yarmille, quien conocía de hierbas y pociones. Ella había curado a Hugh, cuando era muchacho, de una fiebre muy intensa.

Garrick salió de la habitación. Después de despertar a Erin y decirle que enviara las mujeres a la casa, él mismo fue a buscar a Yarmille. Regresaron antes de una hora

y Yarmille se encerró en la habitación con Brenna, prohibiendo la entrada de los demás.

Garrick empezó a pasearse incansablemente frente al fuego del hall. Maudya entró en silencio y le trajo comida y bebida, pero él no tocó nada. Erin, sentado a la mesa y observando a su joven amo, tenía una expresión de profunda preocupación.

- Es una muchacha fuerte - dijo para animar al joven- . En mi vida he visto muchas fiebres. Es sólo cuestión de refrescarla cuando tenga calor y calentarla cuando tenga frío.

Garrick lo miró sin cambiar de expresión. Como si no hubiera oído una sola de las palabras del anciano. Siguió caminando de un lado a otro, infectado por la falta de sueño. Pasaron las horas y el día volvió a hacerse noche.

Yarmille entró en el hall con aspecto demacrado y cansado. Garrick contuvo el aliento cuando ella lo miró un largo momento sin hablar. Por fin Garrick no pudo resistir el suspenso.

- ¿La fiebre ha pasado?

Yarmille meneó lentamente la cabeza.

- Lo siento, Garrick. Hice todo lo que pude. - El se le acercó.

- ¿Qué estáis diciendo? ¿Qué ella no ha mejorado?

- Mejoró por un rato. La fiebre bajó. Ella tomó mis pociones y bebió un poco de caldo. Pero después la fiebre volvió y le hizo vomitar todo lo que le di. No puede retener nada y ahora está mucho peor que antes.

- ¡Tiene que haber algo que podáis hacer!

- Ofreceré un sacrificio por ella - sugirió Yarmille- Es lo único que queda por hacer. Si los dioses quedan satisfechos, podrían salvarle la vida.

Garrick se puso pálido y subió corriendo la escalera hasta su habitación. Erin, quien había acompañado a Garrick todo el día, se levantó de la mesa con los ojos llenos de lágrimas.

- ¿De veras está tan enferma? - preguntó. Yarmille lo miró con desdén y dijo, en tono altanero: - Lo está. Y los dioses no la ayudarán. ¿Por qué van a ayudarla? Morirá antes de mañana.

Yarmille no dijo más, salió del hall y regresó a su casa. Una vez afuera, una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios. Ofrecería un sacrificio, sí, pero para asegurar la muerte de la muchacha, aunque dudaba que la ayuda de los dioses fuera necesaria. Con las pociones de Yarmille y la puerta del balcón abierta, la muerte estaba asegurada.

Si Yarmille se hubiera percatado antes de la amenaza que representaba la joven, se habría librado de ella antes que Garrick la viera. Estuvo segura de que Garrick no tomaría a la muchacha, que la dejaría a un lado como hacía con todas las otras. Sin embargo, todo llega para quien sabe esperar... y ella no tendría que esperar mucho tiempo más.

Erin entró en la habitación de Garrick y lo encontró de pie junto a la cama con el aire de un hombre derrotado. Ardía un fuego en el hogar pero la estancia parecía terriblemente fría.

- Si yo pudiera hacerlo todo de nuevo, todo sería diferente, Brenna - dijo Garrick con voz hueca- . Nunca me perdonaré por lo que he hecho.

Erin se le acercó con el rostro demudado por la preocupación.

- Ella no puede oíros, muchacho.

- Estaba hablando cuando entré en la habitación - replicó Garrick - Hablaba de una forma infantil.

- Sí, sin duda está reviviendo su pasado. He visto antes este sueño profundo, donde los demonios quedan sueltos en la mente. Para algunos no es tan malo; para otros puede ser un infierno en vida, donde la muerte es bienvenida.

- ¡Ella no puede morir!

- ¿De modo que amáis a la muchacha, Garrick?

- ¿Amarla? ¡Amar es para los tontos! - repuso él con vehemencia- . Yo nunca volveré a amar. - Entonces, ¿qué importa si la muchacha muere, si para vos es solamente una esclava más? - dijo Erin con sensatez.

- ¡Importa! - repuso Garrick con energía, y en seguida toda su cólera se apagó- .Además, es demasiado empecinada para morir.

- Ruego que tengáis razón, muchacho - dijo Erin- . En cuanto a mí, no creo en la opinión de Yarmille. Siempre hay una posibilidad, con la ayuda de Dios.

Brenna estaba sentada en el regazo de su padre y sostenía en su manita su nueva espada llena de gemas.

- ¿Os di las gracias, padre? ¡Oh, gracias otra vez! Mi propia espada, hecha especialmente para mí. ¡No hubiera podido ocurrírseme un presente mejor!

- ¿Ni siquiera un bonito vestido, o una chuchería llamativa? A tu madre le gustaban mucho esas cosas.

Brenna hizo una mueca.

- Esas son cosas para niñas. Las niñas son tontas y lloran. ¡Yo nunca lloro!

Alane metió a Brenna en el baño humeante. El agua estaba muy caliente. El vapor llenaba la habitación y formaba una niebla blanca que casi ocultaba a Alane.

- ¿Qué diría vuestro padre si supiera que estuvisteis peleando con los muchachos de la aldea, y en el barro, nada menos?

- Mi padre estaría orgulloso de mí. Yo gané, ¿verdad? Ian tiene un ojo negro y Doyle un labio hinchado.

- Ellos dejaron que ganaseis vos porque sois la hija de lord Angus.

- Yo no soy su hija. ¡No lo soy! ¡Soy su hijo! Y gané limpiamente. ¡Ahora dejadme salir de este baño antes que me cocine!

- Debéis estar limpia y hermosa, lady Brenna.

- Pero el agua está demasiado caliente. ¿Por qué tiene que estar tan caliente?

El rostro sin cuerpo de la madrastra de Brenna apareció entre la niebla de vapor.

- Brenna, sois una desgracia para vuestro padre. ¿Cuándo aprenderéis a ser una dama?

- Yo no tengo que hacer lo que decís vos. ¡Vos no sois mi madre!

Alane sopló el vapor para hacerse ver.

- Ella es ahora vuestra madre, Brenna.

- No, no. Odio a la viuda, Alane, y a su hija. ¿Por qué mi padre se casó con ella? Cordelia siempre está provocándome. Y la viuda es una bruja.

- Debéis mostrarles respeto.

- ¿Por qué? Ellas también me odian. Las dos están celosas de mí.

- Quizá no tengan bondad en sus corazones, muchacha, pero vos si la tenéis. Debéis hacer que se sientan a gusto aquí.

Brenna lo admitió de mala gana.

- Debo hacerlo, debo hacerlo, pero no me gusta.

La nieve empezó a caer. Un espeso manto cubría la tierra. Brenna surcaba la superficie del lago helado, patinando. Agitó una mano a Cordelia, quien estaba de pie junto a un árbol, envuelta en una capa gris y con su pelo rojizo como una llama contra el blanco fondo de nieve.

- Qué vergüenza, Brenna. Una joven de vuestra edad comportándose como una criatura. El hielo se romperá y caeréis al agua. ¿Qué haréis entonces?

El hielo crujió con un ruido ensordecedor y Brenna cayó en el agua negra y helada tal como había anunciado Cordelia. Empezó a temblar en forma descontrolada. Las manos se le adormecieron por el frío y no pudo arrastrarse hasta el hielo sólido.

- Ayudadme, Cordelia. Me estoy helando.

- ¿No os dije que caerías al agua?

- Della, por favor, ayudadme a salir. El agua está muy fría. Duele, duele terriblemente.

- También sentiréis dolor cuando vuestro esposo os tome por primera vez. Entonces conoceréis lo que es el verdadero dolor.

- Vi un acoplamiento en la aldea. No fue tan horripilante como me hicisteis creer, Della.

- Aguardad y veréis. Pronto vuestro futuro esposo vendrá por vos, Entonces sufriréis.

- No me casaré con un vikingo. No me casaré con ningún hombre. ¿Acaso no rechacé a muchos ricos pretendientes?

- Os casarán, Brenna. Vuestro padre ha dado su palabra.

Linnet venía de muy lejos caminando lentamente hacia Brenna desde la oscuridad. Por fin la mujer llegó frente a ella. Tenía el rostro cansado y tristecuando sacó a Brenna del agua

helada y empezó a envolverla con mantas y más mantas, hasta que la joven sintió como si el calor fuera a sofocarla.

- Angus ha muerto, Brenna.

- ¡No! - gritó Brenna presa de dolor- . ¡Mi padre no puede morir!¡ No es así!

Toda la aldea lloraba. Estaban sepultando a Angus. El sol todavía no estaba alto pero hacía mucho calor para una hora tan temprana.

- Vienen los vikingos, lady Brenna.

- ¡Wyndham! ¿Es esa la forma en que vuestra gente viene por una novia? ¿Atacando y matando? ¡Alane, no! ¡Vos no debéis morir también! No puedo ayudaros, tía Linnet. El me ha roto la espada. No puedo ayudaros a ninguno de vosotros. ¡Lo mataré por lo que le ha hecho a mi gente, lo juro!

- Yo soy Heloise, esposa de Anselmo . Seréis dada a mi hijo Garrick.

- ¡Nadie será mi dueño!

- ¿He encontrado la forma de domaros, mujer?

- El me violará. Dios mío, ¿cómo soportaré el dolor que Cordelia dijo que sentiré? ¿Dónde está el dolor? ¡Cordelia mintió! Me hizo mostrarme temerosa ante el vikingo cuando no era necesario. Pero fue hermoso. El es hermoso. Qué cuerpo magnífico, tan sólido y tan fuerte. El me hace olvidar que lo odio. Se adueña de mi voluntad.

Llegaban carcajadas desde lejos. Cordelia y Yarmille reían. Anselmo y Hugh reían.

- ¡El es una bestia! Nada le importa de mí. ¿Cómo puede maltratarme así delante de sus invitados? No puedo seguir aquí, no puedo quedarme con él porque su contacto me convierte en blanda arcilla.

Espadas que entrechocan. El ruido era ensordecedor y le lastimaba los oídos. Por fin gritó.

- No puedo mataros, Garrick, ni siquiera por mi libertad. No sé por qué, pero la idea de vuestra muerte me duele terriblemente.

Brenna temblaba.

- Tengo mucho frío. Estoy enferma y él ni siquiera lo sabe. Lo lamentará cuando me encuentre muerta. ¿Cómo puede hacerme esto después que le salvé la vida?

Hace frío, mucho frío.

- Yarmille, cerrad la puerta antes de que... antes de que...

Brenna flotaba en el lavo tibio con los ojos cerrados bajo el bienvenido sol. Ni una arruga surcaba su frente. Ni un solo pensamiento turbaba su tranquilidad.

Flotaba suavemente y el agua tibia era como un bálsamo natural.

Despertó y el tibio lago fue remplazado por una cama blanda que por alguna razón le pareció incómodamente dura. Parpadeó varias veces antes de reconocer la habitación de Garrick. Entonces volvió la cabeza y lo vio sentado junto a la cama en una de las sillas como tronos. Con aspecto terriblemente demacrado y desaliñado. Sin embargo, le sonreía. Y sus ojos eran tiernos.

- No os veis bien, Garrick. ¡Habéis estado enfermo! - El rió de la preocupación de ella.

- No, mujer, yo estoy bien. ¿Pero cómo os sentís? Ella trató de sentarse pero sólo logró gemir. - Me siento toda dolorida, como si alguien me hubiera apaleado - le echó una mirada recelosa- . ¿Me golpeasteis mientras dormía?

El pareció ofenderse.

- ¿Cómo podéis pensar una cosa semejante? Habéis estado gravemente enferma durante dos días. Sin duda, la enfermedad os ha debilitado y os ha dejado dolorida - se levantó y la arropó- . Las mujeres han preparado sopa caliente para vos. Os traeré un poco.

Brenna se relajó en la gran cama cuando él se marchó. ¿Está arrepentido? Demuestra preocupación, ¿pero de veras le importo algo? No pudo esperar la comida. El sueño la dominó otra vez y la hundió en una serena oscuridad antes de que él regresara.

28

El último mes del año fue muy frío y trajo a la tierra nieve y hielo en abundancia. Brenna pasó en cama buena parte del mes, solícitamente atendida por Maudya y Janie. Hasta Rayna, entre rezongos, le trajo una sopa especial llena de hierbas conocidas por sus propiedades curativas.

Las mujeres servían a Brenna con afán. Era una de ellas, que había escapado apenas a la muerte. Y sin embargo, también era la favorita del amo, lo cual se hacía más evidente con cada día que pasaba, aunque Brenna no parecía notarlo.

Cuando Garrick por fin la declaró lo bastante restablecida para reiniciar sus tareas y volver a su propia habitación, a Brenna le costó disimular su alivio. Sin embargo, la tarea más ardua que le permitieron realizar fue untar con miel el cuarto trasero de un pequeño jabalí, y la fastidió mucho comprobar que, por órdenes de Garrick, las otras sirvientas seguían atendiendo sus necesidades.

Brenna abrió sin llamar la puerta de la habitación de Garrick. El levantó la vista de su comida vespertina, más sorprendido por la presencia de ella en la habitación que por la forma violenta en que se abrió la puerta. Ignoró la rígida actitud de Brenna y el gris tormentoso de sus ojos, y siguió comiendo.

- Tendríais que estar acostada, mujer - dijo con severidad, sin mirarla- . Sin duda habéis tenido un día agitado y necesitáis descansar.

Ella entró resueltamente en la habitación.

- Lo que necesito es que ceséis de preocuparos tanto. No estoy baldada, Garrick - dijo ella con sequedad, tratando de controlar su temperamento.

Sabía que era inútil discutir con él cuando se mostraba tan benévolo. Odiaba esta nueva actitud. El se comportaba como un padre indulgente con una criatura díscola, cuando lo último que ella necesitaba era su indulgencia.

- ¿No creéis que me encuentro bien? - continuó Brenna.

El meneó la cabeza, todavía sin mirarla.

- Sí, creo que estáis curada pero no es posible permitiros que os excedáis en lo que hacéis, Brenna. Estuvisteis muy cerca de la muerte, pero se os concedió la vida. ¿No es razonable que empecéis esa nueva vida con un poco de cautela?

- ¡No, es de lo más irrazonable! - estalló ella, perdiendo el control- . Primero me tuvisteis confinada en la cama más tiempo del necesario. Ahora me tratáis como a una frágil muñeca que se romperá si se mueve. ¡Estoy bien, os digo! - Brenna levantó las manos, exasperada- , i Santo Dios! No soy una persona ociosa. Hasta estuve dispuesta a trabajar en vuestro establo pero dijisteis no. Si todo lo que me permitiréis hacer es trabajar aquí, así sea. Pero debo tener algo que hacer.

- Eso no es lo que vuestra hermana quiso hacerme creer.

Brenna, sorprendida, se olvidó de su cólera.

- ¿Hablasteis con Cordelia?

- Sí. Largamente.

Brenna apretó los puños. La imagen de Garrick y Cordelia hablando, riendo, haciendo juntos el amor, borró todo lo demás de su mente. De modo que había estado acertada. Esas muchas noches que Garrick había regresado tarde, haciéndola esperar ¡había estado con Cordelia!

- Brenna, venid aquí.

- ¿Qué? - preguntó ella sin escucharlo.

- ¡Venid! - repitió él.

Todavía ella no se movió ni lo miró. Por fin él se le acercó y la tocó en la mejilla. Los dedos contra su piel fueron como un choque. Ella le dio una palmada en la mano y se apartó de él.

- ¡No me toquéis! - gritó con voz cargada de cólera y dolor- . ¡Nunca volváis a tocarme!

Garrick la miró confundido.

- ¡Thor me asista! ¿Qué pasa con vos, mujer?

- ¡Estáis... estáis loco si pensáis que voy a compartiros con mi hermana! Si la queréis a ella podéis tenerla, pero no volváis a acercares a mí, lo juro que os mataré!

Los ojos de Garrick se iluminaron, y a sus labios asomó una sonrisa divertida.

- ¿Por qué podría querer a vuestra hermana cuando os tengo a vos? ¿Y por qué pensáis eso cuando yo solamente dije que hablé con ella?

- ¿No le hicisteis el amor?

- No. Pero si lo hubiera hecho, ¿por qué tendríais que enfadaros?

Ella sintió que la cara se le enrojecía intensamente y comprendió cuán tonta debió parecer, casi como una esposa celosa. Se apartó de él y se asombró de su propia reacción.

- ¿Brenna?

- No me importaría que tuvieseis otra mujer - replicó ella quedamente, sintiendo ese nudo doloroso en su garganta- . Si otra puede satisfacer vuestras necesidades yo me alegraré de ello, porque entonces me dejaréis. Pero no está bien que me tengáis a mí y a mi hermana al mismo tiempo. ¿No veis que eso está mal?

- ¿Es esa la única razón que me daréis? - Ella abrió muy grandes los ojos.

- No hay otra.

- Muy bien, no insistiré - Ella lo miró con furia.

- ¡Os digo que no hay otra razón! - Garrick le sonrió y sus hoyuelos se acentuaron.

- Os ofendéis fácilmente esta noche - dijo con voz llena de humor, y se acercó a su cofre- . Quizá esto calmará vuestro mal genio.

Ella siguió con la mirada fija en él, sumida en trance, fascinada por la forma en que el pelo dorado le caía sobre la frente dándole una apariencia de muchacho inofensivo, nada semejante al guerrero vikingo, al amo violador y cruel que conocía. No quería apartar los ojos de ese rostro pero al fin miró la caja que él sacó del cofre y sus ojos brillaron de curiosidad. Cuando él se le acercó, Brenna vio que la caja era un cofre en miniatura tallado con diseños orientales y con incrustaciones de marfil. Era muy hermoso. Lo miró a los ojos cuando él le entregó el cofrecillo.

- ¿Para qué es esto? - Abridlo.

Ella levantó la tapa. Adentro, sobre un lecho de terciopelo azul, había un par de ajorcas iguales de oro en forma de serpientes enroscadas y con rubíes por ojos. Ella sabía que entre los vikingos, las ajorcas como éstas eran muy apreciadas. Había visto a la esposa de Hugh luciendo llamativas ajorcas en sus brazos desnudos. Hasta Heloise usaba ajorcas. También los hombres las llevaban. Más rico el hombre, más costosas las ajorcas.

Estas que Garrick le mostraba eran hermosas. Brenna levantó una y comprobó que era pesada, sin duda de oro macizo. Lo miró otra vez a los ojos. Los ojos de él brillaban con tonos de agua.

- ¿Por qué me mostráis esto? - preguntó, devolviéndole el cofrecillo.

Garrick mantuvo sus manos a los costados.

- No lo saqué para que lo vierais, Brenna. Os lo regalo. Las ajorcas son vuestras... el cofrecillo también - Ella volvió a mirar las joyas y después lo miró a él con incredulidad.

- ¿Por qué?

- Es mi deseo.

- ¿Regalar a una esclava unas joyas como éstas? - Se encolerizó. Esta era una forma de acallar su sentimiento de culpa por haberla encerrado en esa terrible celda. Pero ella no se lo perdonaría a causa de este presente- ¿Cuándo tengo que usarlas, Garrick? ¿Cuando lave vuestra ropa? ¿Cuando friegue el suelo del hall? No, no usaré vuestro presente.

- ¡Lo usaréis! - dijo él con sequedad. Sus ojos se ensombrecieron- . Y también usaréis el vestido que mi madre está haciendo ahora para vos. Lo usaréis cuando vengáis conmigo al festín que se hará en la casa de mi padre para celebrar el solsticio de invierno.

Brenna estaba confundida y sorprendida.

- ¿Vuestra madre está haciendo un vestido para mí?

- A petición mía - repuso él.

Brenna no podía creer que Heloise hubiera accedido a confeccionar un vestido para una

esclava. Sabía que Heloise era cristiana y bondadosa, pero aun así, era increíble que destinase parte de su tiempo a coser para una sirvienta. Igualmente sorprendente era que Garrick la llevara a la vivienda de Anselmo , y nada menos que para un festín.

- No entiendo, Garrick. ¿Por qué queréis llevarme ahora a la casa de vuestro padre, cuando cada vez que os pedí que me llevaseis allí, os negasteis?

- Necesitabais tiempo para adaptaros a vuestra nueva vida, sin remembranzas de vuestro hogar. Ya lo habéis logrado.

- ¿De veras creéis que me he adaptado después que he tratado de huir de vos?

- No dije que os hayáis adaptado a mí, mujer, sino a vuestra nueva vida.

- ¿Pero por qué queréis llevar una esclava a un festín? ¿Es eso lo acostumbrado?

- No, pero yo no sigo estrictamente las costumbres. Vendréis conmigo para atender mis necesidades.

Ella ahogó una exclamación.

- ¿Y si me niego?

- No podéis negaros, Brenna - rió él- . Vos iréis donde quiera que os lleve yo.

- Quizá. Pero puedo hacer que os resulte muy difícil - comentó ella torvamente- Sin embargo, iré con una condición: que me dejéis llevar una daga.

- Concedido.

Ella sonrió y fue hacia la puerta con el regalo en sus manos. Sintió que esta vez había ganado. Garrick empezaba a ablandarse.

- En cuanto a que deberé atender a vuestras necesidades mientras estemos allí, lo discutiremos cuando llegue el momento.

- No habrá ninguna discusión.

- Podéis estar seguro de que la habrá - replicó ella y salió, dejándolo que pensara en sus últimas palabras.

29

El día de la fiesta del solsticio llegó más pronto de lo que Brenna hubiera deseado. Aunque estaba ansiosa por volver a ver a su tía y tenía muchas palabras escogidas especialmente para decirle a Cordelia, quien lamentaría el día que le mintió a Brenna, no sentía ninguna prisa por hallarse en la casa de Anselmo , a quien quería odiar pese a saber que debía estarle agradecida por muchas cosas. Además, ir allí con Garrick, presentarse delante de todos, no como su esclava sino como su mujer, luciendo sus regalos. Se preguntó si podría soportar la humillación.

Brenna deseaba desesperadamente no ir al festín pero sabía que debía hacerlo. Garrick estaba muy entusiasmado con todo el asunto, y se mostraba inflexible en que ella debía acompañarlo. La llevaría aunque fuera arrastrándola si ella ofrecía resistencia.

Brenna miró el hermoso vestido que caía delicadamente sobre su cuerpo esbelto. Era de un rico terciopelo encarnado, no demasiado pesado, y bordado con hilos de oro. Era de un diseño sencillo, sin mangas al estilo vikingo, con un escote suavemente curvado. Lo más llamativo era el ancho del cinturón de oro incrustado con rubíes que armonizaban con las ajorcas que lucía.

Janie ayudó a Brenna con su cabello y lo peinó en gruesas trenzas entrelazadas con cintas rojas que sujetó alrededor de la cabeza logrando un efecto muy atrayente.

La joven no estaba para nada envidiosa del hecho de que Brenna estuviera invitada a la casa de Anselmo , pero se sentía muy excitada por el acontecimiento y no cesaba de charlar sobre la buena suerte de su compañera.

Brenna no sentía lo mismo y se sintió aún más recelosa cuando Garrick la hizo llamar. Lo encontró en el hall y quedó fascinada por su apariencia. También estaba vestido de terciopelo y la fina tela, de color dorado, se adhería a sus músculos como una segunda piel. Bordados de color rojo contrastaban con el dorado y grandes rubíes brillaban no sólo en el cinturón, sino también en un medallón de oro que le colgaba del cuello. Brenna se preguntó si él lo había planeado de este modo para que parecieran una pareja en armonía.

El pelo ondulado de él brillaba con reflejos dorados a la luz del fuego pero sus ojos se nublaron cuando ella se percató de la forma extraña con que la miraba.

- Sois una joya sobre un negro mar, mujer - dijo Garrick suavemente, y se le acercó.

Ella se sintió enrojecer cuando él la miró de pies a cabeza.

- El vestido es hermoso - fue todo lo que pudo decir.

- Sí, pero en otra no sería tan hermoso.

- No es propio de vos mostraros lisonjero, Garrick.

- Sólo digo la verdad - repuso él con una sonrisa- . Hay mucho de mí que todavía no conocéis.

- Estoy empezando a darme cuenta. - De pronto él se impacientó.

- Vamos. El festín sin duda ya empezó.

Ella asintió y lo siguió a través del área de cocinar hasta donde sus capas colgaban junto a la puerta trasera. Pero la suya no estaba allí. En su lugar había un hermoso abrigo de armiño, con un amplio capuchón. Brenna no se movió cuando él le puso la capa sobre los hombros y después le cubrió solícitamente la cabeza con el capuchón. Alzó la vista hacia él y lo miró con curiosidad.

- ¿Otro presente? - El sonrió.

- Si. Los atuendos ricos os sientan muy bien. Debéis tener más.

- Tampoco es propio de vos mostraros generoso, Garrick. ¿Por qué habéis cambiado?

- Porque me conviene - replicó él con un encogimiento de hombros, y por fin le entregó la daga que le había prometido. Ella metió la enjoyada arma en su cinturón y lo miró, exasperada.

- ¡Santo Dios! Era mejor cuando os mostrabais taciturno e impredecible. ¡Detesto la incoherencia! - exclamó. En seguida, salió con paso vivo de la casa, no sin oír antes la risita divertida de él ante el súbito estallido de ella.

Una densa nube de humo de los fuegos donde se cocinaba flotaba pesadamente en el

hall, pero Brenna prefirió la picazón en los ojos al frío del que acababan de salir.

Todavía estaba demasiado helada para quitarse la capa y fue conveniente que tuviera esa excusa, porque cuando miró la estancia a su alrededor y vio las otras mujeres que allí había, comprobó que ninguna tenía un vestido tan lujoso como el de ella.

Se puso de color escarlata al pensar en cómo reaccionarían ellas cuando Garrick la hizo desfilar delante de todas. Una simple esclava mejor vestida que mujeres libres... era inaudito. Brenna se sintió como la ramera consentida de Garrick y supo que todas llegarían a la mima conclusión.

Estos pensamientos atormentaron a Brenna y la hicieron sentirse más rencorosa. No dijo nada cuando Garrick la dejó ante una mesa mientras iba a saludar a su familia. Permaneció en absoluto silencio, con la mirada en el regazo, sabiendo que muchos ojos se volvían hacia donde ella estaba. Sumida en sus cavilaciones, se sobresaltó cuando Heloise se le unió.

- ¿Estáis contenta con el vestido, Brenna?

Brenna miró esos ojos bondadosos y empezó a serenarse.

- Sí, muchas gracias.

- Entonces venid y dadme vuestra capa. No dediqué tantas horas a un vestido tan hermoso para que lo tengáis oculto.

Brenna le entregó de mala vana la capa de armiño, pero comprobó que con Heloise a su lado no sentía tanta timidez. Se sintió inmensamente agradecida porque la señora de la casa le dedicaba tiempo a fin de hacerla sentirse más cómoda.

- Sí, ciertamente os queda muy hermoso, criatura - dijo Heloise con una sonrisa.

- Sois muy amable.

- No, digo la verdad. Y debo daros las gracias, Brenna.

- No he hecho nada.

Heloise dirigió una mirada a Garrick que estaba con su padre y otros hombres y después volvió a mirar a Brenna y le puso afectuosamente una mano sobre el brazo.

- Hacía tiempo que no veía a mi hijo tan sereno y de tan buen humor. Por eso debo agradeceros.

Brenna enrojeció una vez más.

- Seguramente os equivocáis.

- Creo que no. Oh, él no quería caer víctima de vuestros encantos y luchó contra ello, pero sucedió. ¿Vos no habéis notado la diferencia?

Brenna asintió lentamente, evitando mirar a Heloise a los ojos. No podía estar de acuerdo con la otra mujer, aunque, sorprendentemente, la idea le gustó. ¿Podía ser realmente esa la razón del sorprendente cambio de Garrick desde que ella estuvo enferma? ¿Se habría enamorado de ella?

Brenna temió seguir pensando o hablando más acerca de eso, de modo que cambió rápidamente de tema.

- Mi tía. ¿Puedo verla?

- Por supuesto. Ah, ya viene. Me retiraré, a fin de que podáis hablar tranquilas en privado.

Brenna se levantó con Heloise en el momento que llegaba Linnet pero no vio alejarse a su anfitriona. Tenía los ojos fijos en su tía y le brotaron lágrimas cuando la abrazó. Todo lo que había soportado en los meses recientes le vino a la mente, ahora que por fin tenía alguien en quien confiar, pero ello no pareció ni la mitad de malo a la luz de la situación de su tía. Se sentaron juntas pero Brenna no soltó las manos de Linnet. Observó a su tía con ojo crítico y notó que todavía no representaba los años que tenía. En realidad, sus ojos azules brillaban con juventud y vitalidad.

- ¿Estáis bien, tía?

- Heloise me hace sentir como si fuera parte de la familia - dijo Linnet con voz serena- . Sí, estoy muy bien.

- Me alegro. Muy a menudo me he afligido por vos, pero Garrick no quiso dejarme venir a veros hasta hoy.

- Creo que él es muy posesivo y que le gustaría reteneros cerca de su casa. He oído hablar mucho de vos, Brenna, a Heloise. Sé que fuisteis tremendamente obstinada al principio, pero sabía que sería así. Sé que os escapasteis y también que estuvisteis muy enferma. Estuve muy preocupada. Pero aquí estáis, saludable y respetada. Me alegro mucho.

- ¿Respetada?

- Estáis aquí como huésped, no como la esclava de Garrick. Sí, en esto él os respeta y os honra.

Brenna rió con amargura.

- Conozco sus motivos, tía. Estoy aquí sólo para atender a sus necesidades.

- Vamos, Brenna - replicó Linnet en tono de reproche- . Aquí hay muchas que podrían hacer eso. Además, él no necesitaba datos tan hermosos presentes para lo que sugerís. Yo estaba con Heloise cuando Garrick le pidió que hiciera ese vestido para vos. «Tiene que ser en el estilo vikingo» dijo él, «porque ahora ella es una de nosotros».

Brenna frunció el entrecejo, desconcertada.

- Yo no le di ningún motivo para que piense que soy feliz aquí. El sabe que volveré a escaparme si tengo oportunidad. ¿Por qué diría que soy una de ellos?

- Debéis haberle dado algún motivo para que piense así, Brenna. Pero sinceramente, criatura, no debéis volver a intentar la fuga. Si tuvierais éxito y Garrick no pudiera encontraron, yo me afligiría muchísimo por vos.

- Cuando me vaya, tía, lo haré por mar y os llevaré conmigo - dijo Brenna rápidamente, pero dudando de que pudiera cumplir alguna vez semejante proeza. Aunque lo dijo en un intento de tranquilizar a Linnet, su tía pareció entristecerse.

- Ah, Brenna. Al veros hoy aquí, yo pensé que por fin habíais superado vuestros hábitos salvajes. Una mujer madura aceptaría el destino que la trajo aquí. Estaría agradecida por seguir con vida y trataría de adaptarse a su nueva situación sabiendo que no tiene dónde regresar.

- ¿Como habéis hecho vos?

- Sí, como hice yo. Es la única manera, Brenna. Si lloramos la libertad que perdimos sufriremos indebidamente. En realidad mi vida ha mejorado, de modo que no puedo quejarme. En Heloise tengo una amiga bondadosa y querida. Ella no me reprocha las visitas ocasionales de Anselmo , y así también tengo un hombre que, a su modo, es muy bueno.

- ¡Basta! No quiero escuchar más.

- Sed sensata, Brenna. Garrick os quiere mucho es evidente. Haced algo especial de vuestra vida con él.

- ¡Como su ramera! - siseó Brenna, sacando a la superficie el motivo de su sufrimiento.

- Sí, sé que él no puede ofreceros matrimonio, pero seréis como una esposa para Garrick. Los espléndidos presentes que os hizo son prueba de ello. Se dice que un bastardo puede heredar a su padre si no hay herederos legítitimos. Quizá Garrick nunca se case, pero os conservará como su único amor. Vuestro futuro con él será igualmente seguro, aunque no sean pronunciados los votos de matrimonio. Quizá tengáis bastardos, pero ellos disfrutarán aquí de una posición.

- Mi orgullo exige algo mejor. Una vez desprecié el matrimonio, pero es la única forma en que podría vivir en paz con Garrick.

- Pero está prohibido desposar a una esclava.

- Lo sé - dijo Brenna suavemente.

Miró a Garrick que estaba en el otro extremo de la habitación y sonrió. Había dicho las palabras en voz alta.

Se casaría con Garrick, sí, lo haría de buen grado. La idea de estar casada con él, sin las constantes batallas de voluntades, la llenó de calidez. ¡Sí, amaba a Garrick!

Brenna soltó una carcajada clara y alegre al llegar a esta conclusión. Se inclinó y abrazó a su tía.

- Lo amo - dijo- . Hasta ahora no lo sabía, pero es verdad. Lo amo. Si él me quiere como vos decís, como su propia madre ha dicho, se casará conmigo. Es la única forma en que podré

vivir con Garrick.

- Brenna, sois sin duda la hija de Angus. Obstinada más allá del buen sentido. Si de veras amáis a Garrick, tomadlo como es y no exijáis más de él.

- ¿Y que la decencia se vaya al infierno? No, tía. Será a mi modo, o no será - replicó Brenna en tono severo y se puso de pie- . ¿Dónde está Della?

- Dijo que se sentía enferma y se acostó en nuestro alojamiento.

- ¿Sabía que yo vendría?

- Sí, todos lo sabíamos. Garrick tuvo que conseguir permiso para traeros como huésped, a fin de no insultar a Anselmo .

Brenna se enfureció. Ella era la insultada. ¡Conseguir permiso!

- Más tarde hablaremos, tía - dijo Brenna secamente- . Espero que para entonces estaréis más de mi parte y no de estos bárbaros paganos.

30

Hugh fue hasta donde estaba Garrick, llenó los jarros de los dos en el enorme caldero de espumoso hidromiel que estaba en medio de la larga mesa y se sentó. Hombres disfrazados con cabezas de animales danzaban y corrían alrededor de la habitación, bromeando entre ellos y con los huéspedes.

Garrick debió esforzarse para mantenerse serio cuando un hombre, oculto debajo de una cabeza de carnero, a quien reconoció como su medio hermano Fairfax, apareció detrás de Hugh y le derramó sobre la cabeza un cubo lleno de nieve. Garrick miró divertido cómo Hugh se limitaba a reír y a sacudirse la nieve de los hombros, sin volverse para ver quién era el culpable, aunque Fairfax huyó corriendo después de completar su fechoría.

Por fin Garrick rió a carcajadas.

- Habéis cambiado, hermano. Sé que nunca os gustaron las alegres travesuras de la fiesta del solsticio de invierno. Estaba preparado para luchar con vos cuando desenvainara la espada lleno de ira.

- Os he decepcionado, ya veo - dijo Hugh, riendo y sacudiendo su dorada melena.

- No. No estoy con ánimos para luchar.

- Tampoco yo. De modo que hemos cambiado - Garrick se inclinó hacia atrás y observó pensativo a su hermano.

- Creí que yo estaba de buen humor, pero vos lo estáis aún más. Sois como un hombre que ha echado un vistazo al Valhalla y ha comprobado que es tal como él lo esperaba. Explicaos.

- Felicitadme, hermano - sonrió Hugh- . Por fin voy a tener un hijo.

Garrick quedó muy sorprendido. Palmeó a su hermano en la espalda.

- ¡Es una gran noticia, Hugh! - levantó su jarro- . Que la criatura sea varón y que tenga la fuerza de su... tío. - Hugh rugió de risa.

- Me contentaré con eso.

- Vuestra esposa debe estar extasiada de alegría - comentó Garrick- . Fue una espera larga.

- No, ella está furiosa. Siempre me echó a mí la culpa de su esterilidad, pero ella sigue estéril. La madre es Cordelia, esa nueva esclava.

Algo de la alegría de Garrick desapareció ante esta revelación.

- ¿Estáis seguro de que es hijo vuestro?

- Sí - respondió Hugh con orgullo- Tal como guardasteis para vos a vuestra nueva zorrita, yo guardé a ésta para mí.

Garrick arrugó el entrecejo al oír mencionar a Brenna, recordando que ella abrigaba resentimientos contra su hermanastra. Se maldijo a sí mismo por haberle dado una daga y rogó que la tonta no la usara contra Cordelia. Garrick se puso de pie.

- Perdonad, Hugh. Tengo que encontrar a Brenna antes que arruine la fiesta de nuestro padre. Ella tiene un talento especial para crear problemas.

- Sentaos, Garrick. Haría falta algo más que una pequeña arpía para arruinar esta fiesta. Quiero discutir con vos sobre vuestro viaje de esta primavera.

- ¿No puede esperar eso hasta más tarde? - preguntó Garrick con impaciencia.

- Si os marcháis ahora, seguramente Morna creerá que teméis enfrentarla.

- ¿Morna?

Hugh señaló hacia la puerta y Garrick se volvió y vio a Perrin, quien parecía justificadamente avergonzado, y a su lado a su hermana Morna. Estaba hermosa como siempre. Sri pelo rubio estaba peinado tirante hacia atrás de manera que acentuaba los huesos fuertes de su cara y las curvas generosas de su cuerpo se insinuaban tentadoras debajo de la seda verde de su vestido. Sus ojos se encontraron y los de Garrick fueron tan sombríos como una caleta bajo una tormenta.

Hugh tenía razón. No podía retirarse ahora. Volvió su atención a su hermano y se sentó lentamente. Tendría que confiar en que Brenna no hiciera algo que todos tuvieran que lamentar.

En el cielo estaba cerniéndose una niebla roja que teñía el paisaje blanco. Color ominoso el rojo, el color violento de la sangre y la ira. Brenna contempló la aurora boreal durante varios segundos, imaginando que los haces de niebla rojo violácea eran brazos ensangrentados que buscaban enemigos invisibles. Sus borrascosos pensamientos y el vívido recuerdo de su humillación a causa de las mentiras de Cordelia la hicieron imaginar esas cosas. Apenas controlaba su cólera cuando abrió la puerta del alojamiento de las mujeres.

Ardían numerosas lámparas de aceite y había un fuego encendido en el centro de la habitación. Contra las paredes se alineaban jergones y en uno de ellos yacía Cordelia, con un brazo sobre los ojos y su pelo rojo extendido sobre la almohada donde apoyaba su cabeza.

- ¿Quién está ahí? - preguntó Cordelia con voz aburrida- . ¿Hugh?

Esperó en vano una respuesta.

- ¿Linnet?

- No. Soy yo, Della - dijo Brenna.

Cordelia se sentó inmediatamente y su rostro perdió todo el color.

- Brenna... yo...

- ¿Vos qué? - preguntó Brenna en tono autoritario y se le acercó- . ¿Lo sentís? ¿Sentís haberme mentido para que yo fuera humillada? - Brenna se detuvo directamente frente a Cordelia, con las manos en las caderas y los ojos llameantes de ira- . ¿Por qué me mentisteis acerca de lo que sucede entre un hombre y una mujer?

Las mejillas de Cordelia recobraron el color.

- ¡Era lo que os merecíais!

- ¿Por qué? ¿Qué os había hecho yo para que quisierais vengaros? ¡Quiero saber la respuesta, Della, antes de que yo me tome mi propia venganza!

Nuevamente Cordelia se puso pálida. Trató de justificarse rápidamente.

- Dunstan os deseaba pero vos ni siquiera os dabais cuenta de ello.

- ¿Dunstan? - Brenna frunció el entrecejo- . Es absurdo. El era vuestro esposo.

- ¡Sí, mi esposo! - gritó Cordelia con amargura- . ¡Pero era a vos a quien deseaba! Si os hubieseis dado cuenta habríais podido ponerle fin a la situación. Pero estabais demasiado ocupada en tratar de demostrar que erais digna del orgullo de vuestro padre. No os interesaba lo que .sentían los demás.

- Si lo que decís es verdad, ¿por qué no me avisasteis? Sabéis que yo no deseaba a ningún hombre y menos aún a Dunstan.

- No hubiera podido admitir ante vos ni ante nadie que yo no era capaz de conservar el amor de mi marido.

- ¿Y por eso me hicisteis esperar una pesadilla? Pensasteis que sucedería con mi nuevo esposo, pero al ser el enemigo quien primero me violó, me sentí todavía peor. No por la experiencia, Della, sino por el hecho de que por primera vez en mi vida mi coraje me abandonó completamente.

- Me alegro de que hayáis sufrido aunque fuera una pequeña humillación, ¡porque yo sufrí mucho a causa de vos!

Los ojos de Brenna relampaguearon de furia y su mano voló y golpeó sonoramente a Cordelia en la cara. La otra mano fue al puño de la daga.

- ¡No tengo yo la culpa de vuestro orgullo herido, Della! Si tenéis algo de buen sentido lo comprenderéis. Si os hubiera encontrado la noche que el vikingo me desfloró, os habría matado. Todavía la idea me resulta agradable - Cordelia miró con incredulidad la hoja en la mano de Brenna.

- ¿Haríais daño a una mujer encinta? - Brenna quedó atónita y dio un paso atrás.

- ¿Decís la verdad, Della?

- Linnet lo sabe. Preguntadle a ella si dudáis de mi palabra.

Brenna no había contado con esto. No hubiera matado a su hermana porque en su amor recién encontrado hacia Garrick podía ser generosa. Sólo había pensado asustarla. Ahora lo único que podía hacer eran falsas amenazas.

- Habéis jugado demasiado con mi vida, Della. Si alguna vez volvéis a hacerlo, olvidaré

que soy cristiana y clavaré esta hoja en vuestro corazón... ¡encinta o no encinta!

Cuando Brenna envainó la daga, Cordelia sintió renovado coraje.

- ¡No me asustáis, Brenna Carmarham! Hugh me protegerá, ¡Y pagaréis muy caro lo que me habéis hecho este día!

- ¿Valoráis más la venganza que vuestra propia vida, hermana? - dijo Brenna en tono amenazador. Giró sobre sus talones y salió airadamente de la habitación.

El encuentro no había resultado como ella lo había planeado. No podía creer en la audacia de Cordelia. Olvidaría a su hermanastra, se lavaría las manos sobre ella, nunca volvería a ver a esa perra. El único bofetón no era una retribución adecuada pero se conformaría con eso.

La niebla roja no había permanecido mucho tiempo para iluminar el cielo. Cuando Brenna se encaminó rápidamente al hall, la noche estaba otra vez melancólicamente negra. Ahora lamentó la dura actitud que había tenido con su tía y al llegar la buscó para disculparse. Linnet no estaba, de modo que fue hasta donde estaba sentado Garrick.

Cuando se sentó junto a él, su timidez volvió duplicada. Muchos ojos la miraron con curiosidad y los más curiosos fueron los de Garrick.

- ¿Visteis a vuestra hermana?

- Sí, la he visto.

- ¿Está bien, confío?

- ¡Está encinta! - replicó Brenna con irritación, e inmediatamente lamentó su rudeza.

- ¿Pero se encuentra bien? - insistió Garrick.

- Gozaba de buena salud cuando la dejé - admitió Brenna. Tenía demasiadas cosas en la mente para que la preocupación de él le llamara la atención.

Debido a sus pensamientos recién descubiertos, veía a Garrick bajo una luz diferente. Ahora, notó en seguida que él no estaba totalmente cómodo y se preguntó cuál sería la causa. Decidió transmitirle algo de sus nuevos sentimientos, pero pensó que debía hacerlo en forma sutil. No convenía que Garrick entrara en sospechas o interpretara mal sus motivos.

Le sonrió con coquetería.

- ¿Os dije ya que hoy os veis espléndido, Garrick? - Como ella había previsto, él la miró con escepticismo.

- Recuerdo que tuvisteis una oportunidad de hacerlo pero que la dejasteis pasar - respondió.

- Entonces lo digo ahora: ciertamente, parecéis un noble lord. Es un título adecuado, pero no usado en vuestra tierra, ¿verdad?

El meneó la cabeza.

- Somos un reino feudal. Cada clan tiene un jefe. El es lord y hasta rey de su gente.

- ¿Como vuestro padre?

- Sí - repuso él, y la interrogó con la mirada- ¿Por qué lo preguntáis?

Ella respondió con otra pregunta:

- ¿No os parece que ya es tiempo que empiece a interesarme en vuestro pueblo y... en vos?

El sonrió.

- Supongo que eso es razonable.

- ¿Es grande vuestra familia? - Garrick se encogió de hombros.

- Tengo tíos, tías y muchos primos.

- Sé que tenéis dos hermanos, ¿pero no hay otros? ¿Ninguna hermana?

Una nube negra pareció cernirse sobre Garrick.

- Tenía una hermana - dijo con voz cargada de amargura- . Era la hija menor de mi madre. Murió hace muchos años.

Brenna pudo sentir la cólera y el dolor de Garrick como una espada que le atravesara el corazón y la sorprendió que las emociones de él pudieran conmoverla tanto.

- Lo siento, Garrick.

- No tenéis por qué sentirlo - dijo él secamente - Vos no la conocisteis.

Ella le tocó la mano con suavidad.

- Sí, pero conozco el dolor de perder a un ser querido.

El le tomó la mano y se la estrechó. Después la miró con ternura y su cólera se disipó.

- Sí, supongo que sí - dilo.

Brenna tuvo un deseo abrumador de apoyarse contra él, de sentirse rodeada por esos brazos fuertes y cálidos. Mientras pensaba en eso, las dolorosas heridas de la muerte de su padre parecieron sanar un poco. Ya no se sentía tan sola, tan perdida.

Aunque ahora Garrick era el centro de su vida, todavía no estaba dispuesta a desnudarse delante de él. Brenna retiró su mano. Nunca habían hablado de este modo y estaba satisfecha con este nuevo comienzo. Sin embargo, se sintió incómoda y nerviosa cuando un corto silencio se hizo entre los dos. Continuó preguntando, pero sobre un nuevo tema.

- Garrick, nunca me hablasteis de cuando fuisteis capturado por mi pueblo, ni parece que los odiéis por lo que os hicieron. ¿Por qué es eso?

El pareció sorprendido por la pregunta.

- ¿Quién os habló de eso?

- Vuestra madre lo hizo cuando me trajeron aquí por primera vez, para explicar por qué Anselmo nos había atacado.

No necesitó añadir que Anselmo había entrado en más detalles sobre el asunto.

- ¿Preferís no hablar de ello? - continuó Brenna, viendo que, por lo menos, el humor de él no había empeorado por el recuerdo.

- Prefiero olvidar esa época. Pero puesto que hoy estáis profundamente curiosa, os contaré. Cuando un vikingo hace una incursión de pillaje sabe que arriesga su vida, que probablemente le espera la muerte de un guerrero, o que lo capturen o ejecuten. Estos fueron los riesgos que corrí, y cuando me capturaron, esperé morir con honor.

- ¿Es eso tan importante? - interrumpió Brenna- . ¿Morir la muerte de un guerrero?

- Es la única forma de alcanzar el Valhalla.

- ¿Un paraíso vikingo?

El se encogió de hombros.

- Es una buena comparación. Pero sólo los guerreros pueden entrar en el Valhalla.

Ella recordó las lecciones de Wyndham y no quiso preguntar más acerca de algo que ya sabía.

- ¿De modo que esperabais morir con honor? - El asintió y continuó:

- La verdad es que fui cruelmente tratado y que hay unos cuantos que mataría si los encontrara. Pero también es verdad que hoy no estaría vivo si no hubiera sido por uno de los de vuestro pueblo, un viejo guardián que me tuvo compasión y me ayudó a escapar.

- ¿Y es por eso que no nos odiáis a todos? - como él asintió en silencio, ella continuó- : Vuestro padre no siente así. ¿Sabe él que fue un celta quien os ayudó a escapar?

- Lo sabe. Pero mi padre es un hombre de juicio rápido

- Decidió culparos a todos por lo que yo había soportado. Una vez que lo decidió, no se dejó disuadir... hasta que os conoció a vos. Ahora lamenta haber atacado vuestra aldea y haberos traído aquí. ¿Sabíais eso, Brenna?

- Sí, lo sabía. Vuestra madre me lo dijo.

- ¿Y todavía lo odiáis?

Brenna se vio en un dilema porque, en realidad, no lo sabía.

- Si os hubiera sucedido a vos, Garrick, si un celta hubiese venido con engaños y matado la mayor parte de vuestro clan, si os hubiera tomado prisionero, ¿lo odiaríais?

- Con toda seguridad - admitió él, sorprendiéndola- . Y no descansaría hasta verlo muerto.

- ¿Entonces no me culpáis por lo que siento?

- No. Sólo pregunté si seguíais sintiendo como antes. Habitualmente, una mujer es más indulgente que un hombre y no suele pensar como un hombre. Pero vos sois la excepción a esa regla, ¿no es cierto? - preguntó, en tono de broma.

Ella sonrió, ansiosa de terminar con el tema al que involuntariamente se había dejado

llevar.

- No tanto como antes - dijo.

- ¿De veras? ¿Y cómo habéis cambiado, mujer? ¿Acaso no insististeis en traer un arma antes de venir aquí? ¿Y no usaréis esa arma contra mí cuando os reclame más tarde?

- No, no contra vos, Garrick - respondió ella con suavidad.

El se inclinó y le levantó el mentón para mirarla a los ojos

- ¿Me dais vuestra palabra, Brenna?

- Os la doy.

El se recostó hacia atrás y rió.

- Entonces, ciertamente, habéis cambiado. - Ella sonrió con astucia.

- No como vos pensáis, Garrick. Podré no usar un arma pero eso no significa que podréis reclamarme fácilmente.

El se puso serio y se quejó, con buen humor:

- Eso no es justo, mujer, después de darme un momento de victoria tan breve.

Los ojos de ella brillaron con picardía.

- ¿Quién os dijo, vikingo, que las mujeres jugamos limpio?

El gruñó y deliberadamente dirigió su atención a Hugh, quien estaba jactándose ante otros de que ganaría la carrera de caballos programada para el día siguiente. Brenna no se interesó en escuchar. Se sentía muy bien. Era la primera vez que había hablado con Garrick sin que alguno de los dos, o ambos, estuvieran encolerizados. Que se hubiera enamorado de este vikingo no era tan sorprendente, ahora que lo pensaba. El tenía todo lo que ella admiraba en un hombre: coraje, fuerza, una firme voluntad. Ella sabía que a veces él podía ser gentil. Y el hecho de que fuese tan innegablemente agradable de mirar no hacía más que favorecer su causa.

Ella era consciente de que él la deseaba. Y en pequeñas maneras, le había demostrado que la quería. Otros también habían notado esto de modo que tenía que ser así. La única dificultad, entonces, era decirle que ella también lo quería.

Oh, Garrick, de algún modo haré que confiéis en mí, pensó Brenna llena de determinación. Se sonrió otra vez y se hizo a un lado cuando los sirvientes dejaron sobre la mesa fuentes enormes de jabalí y otras carnes asadas, pan y miel. Se levantó y llenó un jarro con espumoso hidromiel. Al hacerlo sus ojos se encontraron con los de Anselmo , quien estaba en la cabecera de la mesa.

Brenna desvió rápidamente la vista y no vio la cálida sonrisa que él le dirigió. Al lado de Anselmo vio a Perrin y le devolvió el saludo más bien reservado. A continuación, sus ojos fueron atraídos por una mujer que estaba junto a Perrin, una criatura fascinante vestida de seda verde oscuro, de actitud altanera y ojos de un vívido color azul. Habría sido realmente hermosa si no hubiera sido por el frío veneno que había en esos ojos. Brenna quedó como en trance por el silencioso mensaje que circuló entre las dos.

Al principio le sorprendió despertar emociones tan fuertes en alguien a quien no conocía. Pero enseguida comprendió que conocía a esta mujer, o que sabía de ella. Morna... no podía ser otra.

De modo que ésta era la ambiciosa mujer que había herido a un Garrick más joven, más vulnerable, quien lo había vuelto desconfiado con todas las otras mujeres. Indirectamente, Morna era responsable de muchas de las dificultades de Brenna. Era una mujer sin escrúpulos, y de increíble audacia.

Era obvio que Morna quería otra vez a Garrick para ella. ¿Por qué, si no, miraría a Brenna con tanto rencor y desprecio? Se había convertido en una mujer rica y sabía que Garrick tenía fortuna propia, de modo que ahora lo quería a él. ¿Pensaría Morna que el pasado no tenía importancia?

Brenna dirigió a Morna una sonrisa apretada, calculadora. La beldad rubia no tendría a Garrick, no mientras Brenna estuviera con vida.

31

El festín transcurría entre cabriolas y bromas desaforadas. A la manera vikinga, los temperamentos se inflamaban y las riñas se sucedían sin interrupción. Garrick tuvo un encuentro con Hugh; afortunadamente, Anselmo intercedió y pronto la discusión quedó olvidada. Hugh y Fairfax también intercambiaron palabras airadas, pero otra vez fue Anselmo quien aflojó la tensión entre sus hijos antes de que el desafío fuese aceptado.

Pero no todos los desacuerdos eran interrumpidos y muchos terminaban con derramamiento de sangre. Un hombre, que Brenna se sintió aliviada de no conocer, perdió la vida en lo que había comenzado amigablemente como una prueba de fuerza. Era deplorable que se permitiese que sucedieran cosas así, y todavía peor que el ganador fuera ovacionado por su victoria.

Brenna estaba aprendiendo la importancia que entre este pueblo tenía la fuerza. Se la consideraba la virtud más elevada. Sin fuerza, un hombre era un fracaso, una vergüenza para su familia. Brenna imaginó que un vikingo prefería morir antes que perder una prueba de fuerza.

También eran afectos a los relatos exagerados que eran escuchados en medio de vivas y bromas. Brenna quedó subyugada cuando oyó a Anselmo repetir la historia de su captura. El la había embellecido considerablemente, pero el coraje de ella no podía ser negado. Brenna observo que Morna escuchaba el relato con evidente incredulidad. Le hubiera gustado encontrarse a solas con esa víbora rubia y enseñarle un par de cosas.

Su deseo casi quedó satisfecho un rato después, cuando se hizo tarde y la mayoría de los presentes estaban llenos de alcohol. Morna persuadió a su hermano de que la acompañase a su casa y esperó en la puerta mientras él iba por su capa. Brenna detuvo rápidamente a Perrin cuando él quedó solo.

- ¿No habéis distrutando de la fiesta, Perrin? - El la miró, evidentemente incómodo.

- No. Sé que mi hermana no fue bien recibida aquí. Pero ella insistió en que la trajera.

- Decidme, Perrin, ¿es verdad que ella tiene nuevamente intenciones con relación a Garrick?

- Sí, eso ha dicho ella - admitió él- . ¿Eso os desagrada?

- Sólo si Garrick fuera lo suficientemente tonto para arrojarse a un fuego que ya lo quemó.

- Esperemos que nunca sea tan tonto. - Brenna sonrió.

- ¿Vos no apoyáis una unión entre ellos?

- Morna es mi hermana, lamentable verdad que no puedo cambiar. Lo que le hizo a Garrick, mi amigo más íntimo, nunca se lo perdonaré.

Brenna lo miró pensativa.

- No os habéis despedido de vuestro anfitrión, Perrin. Hacedlo ahora. Yo llevaré la capa a vuestra hermana. - El dio un paso atrás y pareció alarmarse.

- No, mujer. Mi hermana está resentida por las atenciones que os dispensa Garrick. Estaría más que contenta de recordaron vuestra posición.

- ¿Teméis por mí?

El meneó la cabeza y sonrió.

- Os conozco. Es mi hermana quien estaría en peligro.

Brenna rió.

- ¿Entonces puedo acompañaros hasta la puerta? Estando vos allí, seguramente no surgirán problemas.

El pareció renuente en aceptar, pero finalmente la sonrisa hechicera de Brenna lo hizo aceptar. En la puerta encontraron a Morna muy impaciente. Ahora se sentía profundamente ofendida y se volvió con vehemencia a su hermano.

- ¡No puedo creer que me hayáis tenido aquí esperando mientras platicabais con esta esclava! - siseó Morna con los dientes apretados y el rostro lívido de ira - ¿Cómo podéis avergonzarme así, Perrin?

- No esperasteis mucho, Morna - repuso él en tono de cansancio.

- Si hubieseis hablado con cualquier otra persona no me habría importado - continuó Morna con indignación - ¡Pero que me tengáis esperando... a causa de ella! ¿No os acopláis lo suficiente con ella cuando visitáis a Garrick?

Perrin enrojeció.

- No es así la situación, Morna. Garrick no quiere compartir con nadie esta muchacha. La reserva solamente para él. - Dijo esta verdad con deleite.

Sus palabras enfurecieron aun más a la viuda rubia y Brenna tuvo que esforzarse para contener la risa. Morna miró a Brenna con helado desprecio.

- ¡Ponedme la capa, esclava! - como Brenna la miró sin expresión, se volvió a Perrin- Vos habláis su lengua. Decidle lo que le ordeno.

Perrin entornó los ojos.

- Vais demasiado lejos, hermana - dijo- Brenna no es vuestra para que le deis órdenes.

Morna lo miró con furia, con ojos que despedían llamas.

- ¡Ella es una esclava! ¡Ahora, decídselo!

- ¿Por qué grita vuestra hermana? - preguntó Brenna con expresión de inocencia.

Perrin suspiró.

- Odín me asista. Ella exige que vos le pongáis la capa. Simplemente, desea desahogar su cólera sobre vos, Brenna.

Brenna sonrió.

- No hay ningún problema, Perrin. Decidle, simplemente, que me niego. Después entregadle la capa y marchaos. Es una solución bastante fácil.

Perrin meneó dudoso la cabeza pero entregó la capa a su hermana.

- Brenna no quiere hacer lo que pedís, Morna. Ahora, marchémonos - dijo y salió del hall.

Morna se puso fuera de sí y dirigió sus furiosos ojos azules a Brenna.

- ¡Os haré azotar por esto!

- No lo creo - replicó Brenna, sorprendiendo a Morna con palabras que podía entender- . Garrick no lo permitiría. Pero más importante, y os aconsejo que me escuchéis muy bien, Morna, yo os rebanaría alegremente la garganta antes de que pudieseis pedir un látigo. No fuisteis bien recibida en esta fiesta. Aquí no hay nadie que se preocuparía por averiguar quién fue vuestro asesino.

- ¡No os atreveríais a tocarme! - Brenna sonrió con malignidad. - Ponedme a prueba. Pedid que me azoten.

Morna vaciló un momento demasiado largo.

- ¡Lamentaréis haberme amenazado cuando yo me convierta en la esposa de Garrick!

- Ese día nunca llegará.

- ¡No estéis tan segura, esclava! - replicó Morna, y salió airadamente del hall.

Brenna quedó pensativa. Nunca hubiera debido revelar a Morna su secreto... ¿Pero si la predicción de Morna se realizaba? Según la forma de pensar de Garrick, él podía tenerlas a ambas, a Morna como su esposa para que le diera herederos legítimos y a Brenna como su concubina. Se estremeció al pensarlo.

No, decidió, no tenía que suceder. Si no podía esperar convertirse en su esposa, no tenia ninguna esperanza. Pero tenía todos los motivos para creer que él la quería.

Se volvió y vio que Garrick estaba de espaldas. Rogó que no la hubiera visto hablando con Morna porque en ese caso la interrogaría y ella tendría que mentirle. Esto podía provocar la cólera de él, que era lo último que ella deseaba.

Se reunió con Garrick en la mesa y esperó nerviosa que él notara su presencia. Cuando por fin él la miró, ella contuvo el aliento, esperando las preguntas.

- Os eché de menos - dijo él categóricamente y se le acercó- . ¿Dónde estuvisteis?

- Despedí a Perrin - dijo ella después de una pausa. Cuando él respondió con un gruñido, cambió rápidamente de tema- . ¿Nos marcharemos pronto?

- ¿Estáis cansada? - Ella asintió con la cabeza

- Ha sido un largo día y he bebido demasiado. - El sonrió con picardía.

- Recuerdo con placer otra ocasión en que bebisteis demasiado. Entonces os mostrasteis muy complaciente y agradable. ¿Lo estáis ahora?

Ella bajó los ojos.

- No, Garrick.

El ignoró la respuesta y se puso de pie.

- Venid. He encontrado un lugar para que pasemos la noche. - Brenna permaneció sentada.

- ¿No regresaremos a casa? Es sólo una distancia corta.

- Sería una pérdida de tiempo, Brenna. La carrera de caballos comienza por la mañana temprano y quiero estar aquí a tiempo.

Como ella frunció el entrecejo, él agregó:

- Quizá os lleve a casa mañana por la tarde y después regresaremos al día siguiente.

- ¿Regresaremos?

- Sí, esta fiesta continuará aproximadamente por una quincena. Ahora, venid.

Brenna suspiró, tomó la mano que él le ofrecía y lo siguió para buscar sus capas.

Todavía había mucha actividad en el hall. Sólo unos pocos se habían tendido sobre los bancos a dormir hasta que se les pasara la borrachera. Heloise se había retirado temprano, lo mismo que Linnet, pero no antes que Brenna pudiera disculparse con su tía por su irrazonable brusquedad. Anselmo y Hugh todavía estaban llenos de energía y enfrentados en una sería competencia para ver quién podía beber más, mientras muchos hacían apuestas por el resultado.

Garrick se despidió a los gritos pero nadie le prestó mucha atención, y rápidamente salió por la puerta con Brenna del brazo.

Los helados dedos del viento pasaron inadvertidos pues Brenna estaba abrigada por la cálida proximidad de Garrick. Sintió como si flotara, como si se deslizara suavemente por el suelo helado Como empezó a darle vueltas la cabeza, la apoyó contra el pecho de él y se sintió contenta y protegida.

Cuando él la condujo al establo y a un cubículo vacío donde había varias mantas apiladas sobre un lecho de paja, Brenna se apartó con un leve fastidio. Vio que él cerraba el lugar con un panel de madera, convirtiendo el cubículo en un pequeño cuarto privado.

- ¿Este es el lugar que mencionasteis?

- Es el más abrigado que pude encontrar - dijo él sin mirarla, y se quitó la capa.

- ¿Y esperáis que yo duerma aquí? - El ignoró su indignación y le sonrió. - No estaréis sola.

- Pero...

- Silencio, mujer - la interrumpió suavemente y se le acercó- . Ciertamente, esto es mejor que un duro banco en el hall. ¿No estáis de acuerdo?

Ella miró el lecho improvisado y asintió de mala gana.

- Supongo que sí - dijo.

El le rozó una mejilla con los dedos.

- Y aquí no nos molestarán.

Brenna sintió algo parecido al dolor que arraigaba en su pecho. Quería arrojarse en brazos de él pero no se entregaría con tanta facilidad. Sin duda, obtendría placer, ¿pero por cuánto tiempo? El no la haría su esposa si ella se convertía en una esclava sumisa.

Con renuencia, se apartó de él y buscó un tema para demorar lo que sabía que muy pronto sucedería.

- La carrera programada para mañana... ¿puede participar cualquiera?

- Sí.

- ¿Puedo participar yo?

Garrick empezó a reír pero enseguida lo pensó mejor.

- No. Puede participar cualquier hombre pero ninguna mujer.

- ¿Y supongo que tampoco esclavos? - preguntó ella, con cierta irritación.

¿Dejaría esta mujer pasar un día sin mostrar su carácter díscolo?, se preguntó él.

- Es verdad.

- Pero yo podría ocultar mi apariencia, disimularla. En mi tierra me tomaban a menudo por un muchacho, Garrick. Eso creían quienes no me conocían. Y me proporcionaría una gran satisfacción vencer a vuestro hermano.

- ¿Cómo sabéis que mi hermano participará? - preguntó él, sorprendido.

Brenna se puso pálida y se volvió de inmediato. ¿ Cómo podía admitir que los había oído hablar de la carrera sin descubrir que entendía la lengua de ellos?

- ¿Acaso él no correrá?

Afortunadamente, Garrick se conformó con esa pregunta.

- Correrá, pero también correré yo. ¿También a mi deseáis derrotarme, mujer?

Brenna lo miró de soslayo.

- Supongo que no convendría derrotaros delante de todos - dijo, y con una sonrisa traviesa, añadió- : Basta con que sepáis que puedo hacerlo.

Garrick estalló en carcajadas.

- Pronto, un día, aceptaré ese desafío, mujer. Pero no ahora. Tengo en la mente un deporte mucho más interesante.

Intentó abrazarla pero Brenna pasó debajo de su brazo y se acercó a la entrada del cubículo, lista para hacer el panel a un lado y huir. Lo miró de frente y levantó una mano para tratar de detenerlo.

- Sabéis que no dormiré voluntariamente con vos, Garrick. Dormiré afuera, si es necesario.

Garrick se le acercó un paso pero eso fue todo.

- Este día he disfrutado de vuestra presencia a mi lado, Brenna- dijo en tono sereno- . Había esperado un placer todavía más grande para esta noche. Pero no os castigaré por eso - se acostó sobre la paja y con señas la llamó- . Venid. Será mejor que durmáis lo que podáis.

Brenna no esperaba que Garrick cediera, por lo menos con tanta facilidad. Bajó la guardia y casi suspiró desilusionada. Dudó poder dormir mucho estando tan cerca de él, pero estaba decidida a intentarlo, por lo menos. Sin embargo, Garrick estuvo encima de ella antes que hubiera terminado de acostarse y su peso la dejó inmovilizada.

Vio la expresión de triunfo de él y rápidamente sus ojos grises se ensombrecieron.

- ¡Me engañasteis!

- No, mujer - rió él- . Yo dije solamente que no iba a castigaros y no lo he hecho.

La besó en la boca para silenciar toda posible discusión. Ella trató de volver la cabeza a un lado pero él le tornó la cara entre sus grandes manos y su lengua se hundió en la boca de ella. La presión del cuerpo de él, su fuerza, su deseo... todo fue algo embriagador que terminó con las objeciones de Brenna, y toda resistencia fue rápidamente olvidada cuando él se puso a un costado y metió una mano dentro del corpiño del vestido.

Garrick le desprendió el cinturón y le levantó la larga falda. Antes de que ella hubiera tenido tiempo de pensar en la locura de todo ello, ambos quedaron desnudos. Las manos de él se movieron suavemente sobre el cuerpo de ella, acariciando, tocando con dedos expertos que encendían fuegos por donde pasaban y le arrancaban gemidos de placer. A ella no le importó. Su amor por él era lo único que contaba, su intenso deseo de sentir dentro de ella el miembro duro y palpitante de él.

Y cuando por fin él la penetró profundamente, Brenna gritó extasiada. Fue tan natural como si hubieran estado hechos el uno para el otro. Ella sorbió la fuerza de él y le entregó su voluntad. Hasta los momentos posteriores fueron hermosos, cuando quedaron estrechamente abrazados, exhaustos, respirando agitadamente, llenos de contento.

Pasaron varios minutos pero Garrick no se apartó de ella. Brenna abrió los ojos y vio que él la miraba fijamente, con una expresión tierna aunque extraña en la cara. Se preguntó qué significaba esa expresión y entonces recordó las palabras que había pronunciado en el momento culminante de la pasión.

Presa del pánico, su primera reacción fue empujar a Garrick. Quería huir, ocultarse. No había pensado declararle sus sentimientos en esta forma y, ciertamente, no tan pronto.

Todavía no estaba segura de él. Sus manos no lograron apartarlo y al final él se las sujetó a los costados para inmovilizarla.

- ¿Habéis dicho la verdad? ¿Me amáis, Brenna? - Ella cerró los ojos bajo esa penetrante mirada. Hubiera podido mentir pero con eso no habría ganado la confianza de él. Y necesitaba esa confianza por sobre todo lo demás si quería que los dos fueran felices alguna vez.

- Sí, os amo - dijo en un susurro las mismas palabras que antes había gritado.

Ya estaba hecho y ahora se sintió bien. Abrió los ojos y vio que él le sonreía con ternura. Eso la animó.

- ¿Estáis segura, Brenna?

- Sé lo que siento, Garrick. Estoy completamente segura.

- ¿Entonces me daréis vuestra palabra de que nunca más huiréis de mí?

La pregunta la sorprendió pero respondió con prontitud.

- Tenéis mi palabra.

- Bien. Este ha sido un día memorable que no olvidaré.

El se puso de lado y Brenna permaneció con los ojos muy abiertos, sin poder creer lo que acababa de suceder. Como él no dijo nada más, se incorporó apoyándose sobre su codo y lo miró de frente.

- ¿Eso es todo lo que tenéis que decirme, Garrick?

- Me complace que os hayáis entregado a mí, Brenna - replicó él y le volvió la espalda- . Es tarde y estoy cansado. Dormid ahora.

Sus palabras fueron como un golpe físico. Nada dijo de retribuirle su amor, sólo que le complacía que ella se le hubiese entregado. Brenna miró fijamente la espalda musculosa.

- Creo que esta noche os he dado más placer del que merecéis.

- ¿Qué?

Siguió dándole la espalda y súbitamente Brenna se sintió cegada por una furia intensa, roja. Lo sacudió con violencia para llamarle la atención.

- Quiero conocer vuestras intenciones, Garrick. ¿Os casaréis conmigo?

El la miró ceñudo.

- Un vikingo no puede casarse con una esclava. Vos ya estáis enterada de eso.

- ¡Vuestro padre me daría la libertad! ¡Vos podéis darme la libertad!

- No, mujer, no serviría de nada. No me casaré con vos. Si os dejara en libertad, os perdería - enseguida trató de calmarla- . Como esclava os conservaré para siempre, Brenna. Seréis como una esposa para mí.

- ¡Hasta que me vuelva vieja! - replicó ella con furia- . ¡Entonces me dejaréis a un lado, como haríais con una yegua!

- No será como decís.

- ¡Palabras, vikingo! - gritó ella, aturdida por el dolor- . Si me conocierais un poco sabríais que tengo más orgullo que muchas. Nunca podré venir libremente a vos sin los votos del matrimonio. Sois el único hombre con quien me casaría. Si me rechazáis, nunca estaré satisfecha.

- Lo estaréis con el tiempo.

- Con el tiempo mi amor se convertirá en amargo rencor. ¿No lo entendéis?

- ¡Pedís demasiado, mujer! - dijo él secamente- . ¡He jurado no casarme nunca!

- ¿Ni amar nunca'?

- No hay amor en mí. Fue destruido hace tiempo - le tomó una mano y se la estrechó- Pero a vos, Brenna, os estimo por encima de todas las otras. No puedo daros más que eso.

- Pero podéis cambiar.

El meneó lentamente la cabeza.

- Lo siento, Brenna.

- También yo - murmuró ella, y añadió, para sí misma- : porque no me dais ninguna esperanza, Garrick.

El dolor y la decepción le arrancaron lágrimas. Se volvió para ocultar su angustia y lloró silenciosamente.

32

Las estrellas de la madrugada salpicaban el cielo negro. Una mujer sola bajó furtivamente al fiordo, donde había dos canoas pequeñas amarradas al embarcadero de madera. El fiordo estaba calmo, sumido en densas sombras, y la mujer se estremeció y se arropó con su capa. Rápidamente, desató una de las pequeñas embarcaciones de pesca y saltó a bordo. En un segundo empezó a alejarse lentamente del embarcadero. Tomó los remos y los hundió en el agua. Ya no le quedaba mucho tiempo para cambiar sus planes.

La idea que se le había ocurrido la noche anterior era atrevida y muy peligrosa. Su destino era la orilla opuesta del fiordo y la población de los Borgsen. Como ella vivía sobre el lado norte del fiordo, ellos la considerarían una enemiga.

Esperó que una pesada bolsa haría que olvidaran eso. Sabía que aquí nadie hubiera hecho lo que ella quería, pero un Borgsen, sí. Por lo menos, eso era lo que esperaba.

La corriente la ayudó y pronto llegó a la orilla opuesta. Sólo en una oportunidad anterior había pisado ese lado del fiordo. Eso fue hacía mucho tiempo, cuando los dos grandes clanes estaban unidos por la amistad. La causa de la visita fue un festín de bodas realizado en la casa de Latham Borgsen, cuando la hija se casó con un primo lejano. Fue una gran celebración que duró casi un mes e invitaron a todo el mundo en varias millas a la redonda. Ahora, ella se preguntó si recordada el camino hasta la casa de Latham. Habían pasado muchos años. Llego a tierra y empezó a caminar, alejándose de la costa. lba apretadamente en vuelta en su capa para protegerse del frío. Una gruesa capucha de piel le ocultaba las facciones, como era su intención. No quería que la identificaran por si su plan, apresuradamente concebido, llegaba a fracasar. Era un plan muy sencillo, pensó. ¿Cómo podía fracasar?

Según los cálculos de la mujer, había menos de media legua de marcha hasta llegar a la población de los Borgsen. No tuvo que andar toda esa distancia. En un denso grupo de árboles fue alcanzada por dos jinetes que llegaron al galope y con sus caballos la inmovilizaron contra el tronco de un árbol. Los hombres rieron de la cobardía de la mujer. Por esto y por su baja estatura la reconocieron como tal, aunque al principio creyeron que ella era una de los suyos.

Uno de los hombres se apeó. Era el más joven de los dos e iba envuelto en gruesas pieles: esto le daba un aspecto dos veces más grande que su tamaño normal, que ya era inmenso.

- Una mujer a estas horas, y sola, debe de ir a reunirse con su amante. No necesitaréis seguir buscando pues habéis encontrado dos en vez de uno para satisfaceros.

El otro vikingo permaneció montado. No era mucho mayor que el primero pero igualmente grande y amenazador. Su expresión indicó que los comentarios de su compañero lo impacientaban.

- Basta, Cedric - dijo, aunque no sonó como una orden. Después se dirigió a la mujer- . ¿Cuál es vuestro nombre, mujer?

- Adosinda - mintió ella.

- No conozco a nadie de ese nombre - dijo Cedric- . ¿Y vos, Arno?

- No. ¿De dónde venís, Adosinda?

Ella vaciló. El corazón le latía aceleradamente.

- De... del otro lado del fiordo.

Los dos hombres se pusieron muy serios.

- ¿Sois del clan Haardrad?

- Remotamente. Muy remotamente.

- ¡Si venís del otro lado del fiordo debéis saber que no sois bienvenida aquí! - exclamó Arno.

- Esto es un complot, Arno - dijo el vikingo más joven- . Os dije que los Haardrad están muy quietos desde hace demasiado tiempo. ¡Han enviado una mujer para que entre en nuestras casas y nos mate mientras dormimos! ¿Quién sospecharía de una mujer?

- ¡No es verdad, lo juro! - gritó ella- . ¡Nadie sabe que he venido aquí!

- No mintáis, mujer. Yo soy Cedric Borgsen, tercer hijo de Latham. Fue a Edgar, mi hermano mayor, quien mató Hugh Haardrad. ¡Si veo que nos engañáis, moriréis

instantáneamente!

- ¡No quiero haceros daño! - insistió ella, presa de pánico- Vine sin armas.

- ¿Por qué, entonces, venís donde no se os quiere?

- Busco vuestra ayuda.

- ¡Tratáis de engañarnos! - la acusó Cedric.

- ¡No, no! No conozco a ningún hombre que me ayudaría porque mi intención es desairar a un Haardrad, ¿y qué pariente o vasallo lo haría? No, sólo un Borgsen me ayudaría a llevar a cabo mi plan.

- Vuestras palabras suenan falsas. ¿Qué Haardrad trataría de matar a otro? - preguntó Arno.

- Una mujer... una mujer que tendría mucho que ganar con ello.

- Escuchadla, Arno. Ahora siento mucha curiosidad.

- Lo que yo quiero que hagan es muy simple y os pagaré bien por ello. Hay una joven esclava, capturada recientemente... una beldad celta con pelo renegrido y ojos color de humo. Ella se interpone en mi camino y quiero que desaparezca.

- ¿Muerta?

- No me importa lo que hagáis con ella cuando la tengáis aquí - continuó la mujer- . Podéis guardarla para vosotros mientras no escape... y os digo que intentará escapar. También podéis venderla lejos de aquí y ganaros otra bolsa. O, sí, hasta matarla. A mí no me importa.

- ¿Y cómo el robo de una esclava podría desairar a un Haardrad? - preguntó Arno.

- Fue Anselmo Haardrad quien la trajo aquí y la dio a su segundo hijo, Garrick. En poco tiempo, Garrick quedó hechizado por ella. Aprecia a esta muchacha como a un tesoro y quedará devastado cuando ella huya.

- ¿Huya?

La mujer rió con una risa cascada y maligna.

- Debe parecer así. Garrick la buscará pero al final renunciará. Sin embargo, si él cree que ella no se marchó voluntariamente, que fue llevada por la fuerza, no descansará hasta encontrarla.

- A mí me suena a trampa - dijo Arno- . Cruzamos el fiordo y encontramos a los Haardrad esperándonos.

- Si sabéis algo de los Haardrad, también debéis saber que ellos no recurren a esas artimañas. Ellos pelean limpiamente, Borgsen - dijo la mujer.

- Eso es verdad - admitió Cedric de mala gana- Hugh vino y desafió a mi hermano. Fue una pelea limpia.

- Quizá sea así - replicó Arno con escepticismo- Pero vuestro padre tendría que ser informado de este plan... él conoce bien al enemigo. Sería una tontería aceptar el plan de esta mujer sin el consejo de Latham.

El joven Cedric pareció ofenderse.

- ¿Sugerís, Arno, que yo no puedo decidir este asunto solo?

- No, sólo que me parece prudente informar a vuestro padre. Después de todo, hace años que entre los tíos clanes no hay derramamientos de sangre, excepto la matanza de ganado sin valor y de perros extraviados. El plan de esta mujer podría provocar una venganza de naturaleza diferente.

- También podría hacernos más ricos sin que nadie se enterase - repuso Cedric, lleno de codicia.

- ¿Y la esclava? - insistió Arno- . ¿Cómo explicaríais su presencia aquí?

- Amigo mío, buscáis una tormenta cuando aún no ha comenzado. Retendremos a la esclava en nuestra granja hasta que decidamos qué hacer con ella. Es simple.

La mujer se acercó un paso, contenta de ver que la codicia de estos hombres se imponía sobre sus sospechas.

- No debéis temer que de esto resulten venganzas ni derramamientos de sangre - le aseguró- . Todo debe hacerse de modo que parezca que la esclava escapó. Por lo tanto, no se sospechará de vosotros ni de vuestro clan. Y tenéis esto que ganar - agregó, mostrándoles la

bolsa de oro- . También tendréis la satisfacción de haber perjudicado a un Haardrad sin que él lo sepa. Si me dais vuestra palabra de que haréis como yo os diga, recibiréis el pago ahora y no volveréis a saber de mí. ¿Estáis de acuerdo?

El hombre que estaba en el suelo no volvió a consultar con su amigo sino que respondió prestamente.

- Primero decidnos cómo creéis que este plan que tenéis puede llevarse a cabo y después tendréis nuestra palabra.

La mujer sonrió, confiando que pronto tendría lo que quería.

Brenna despertó con los fuertes gritos y el sonido de los cascos de los caballos que se alejaban galopando de la casa. Su primera observación fue que se encontraba sola. Enseguida los sonidos que la habían despertado arrojaron un poco de luz sobre sus turbios pensamientos. La carrera de caballos ya había comenzado.

Rápidamente se puso su vestido de terciopelo, cuidando primero de sacudirse las briznas de paja, tomó su capa y salió del establo. El aire vivificante de la mañana terminó de despertarla y ahora se asombró de haber seguido durmiendo en medio de toda la excitación de los hombres que preparaban sus caballos para la carrera.

El recuerdo de la noche anterior era como una llaga que la corroía interiormente y la idea de quedarse para la continuación de las festividades le resultó aborrecible.

En la multitud que se había reunido para la partida de la carrera, Brenna divisó a su tía y fue lentamente hacia ella. Linnet se veía fresca y descansada después de una buena noche de sueño y recibió a Brenna con una cálida sonrisa.

- Pensé que estaríais aquí para desearle buena suerte a vuestro vikingo - dijo Linnet de buen humor- . El os estuvo buscando.

- Si hubiera querido mis buenos deseos habría podido despertarme - replicó Brenna en tono indiferente.

- ¿Qué sucede, Brenna? - preguntó Linnet- . No os veis nada bien esta mañana.

- Sólo estoy cansada. No dormí bien en el establo.

La preocupación de Linnet se traslucía en su expresión.

- Mis habitaciones están vacías. Podéis dormir un rato allí si lo deseáis. Los hombres no regresarán hasta mediodía.

- No, tía. Regresaré a casa. No deseo celebrar nada pues no tengo nada a qué estar agradecida.

- ¿Qué ha sucedido, Brenna? Parecíais tan dichosa la última vez que hablamos.

- He sido una tonta.

- ¿A causa de Garrick? ¿Acaso él no os estima como... como habíamos pensado?

- Me estima, tía, pero no lo suficiente - replicó Brenna y empezó a caminar hacia el establo- . No lo suficiente - repitió.

- ¡Brenna, esperad! - dijo Linnet- . El preguntará por vos. ¿Qué le diré?

Brenna se volvió y se encogió de hombros.

- La verdad. Que he regresado a casa y que no volveré. Decidle que lo veré cuando haya tenido bastante con estas celebraciones.

Desde la casa de Anselmo hasta la de Garrick, sobre el acantilado, había una corta distancia, pero a Brenna le pareció un viaje interminable. Caminó un buen rato sin rumbo, cavilando acerca de la actitud remota y altanera de Garrick.

Después de llegar al establo demoró unos momentos antes de darse cuenta de que Erin no estaba allí. Eso fue un golpe de suerte. Ahora no tendría que explicar por qué estaba sola. La casa también estaba vacía y tan fría como el exterior, si no más. Brenna no se molestó en encender los fuegos de la planta baja y fue directamente a su habitación. Allí se sentó en su cama y se puso a mirar una rajadura del suelo. Por fin la cólera subió a la superficie y lentamente empezó a buscar una salida. Brenna se puso fuera de sí con esta nueva cólera nacida del dolor. Puesto que Garrick no estaba aquí para desahogarse con él, eligió lo que tenía más a mano: los presentes de él. Se arrancó las ajorcas de oro y las arrojó contra la pared, pero las joyas cayeron al suelo sin romperse.

Decepcionada, encendió un fuego y arrojó en él los brazaletes, pero el proceso de fusión del oro era demasiado lento y de ningún modo satisfactorio. A continuación, se quitó su hermoso vestido y lo desgarró una y otra vez hasta que quedó en el suelo convertido en un montón de tiras.

La vista del fruto de sus acciones destructivas le arrancó lágrimas ardientes.

- ¡Era demasiado rico para una esclava, así que una esclava no debe tenerlo! - gritó. Después la acometió el remordimiento cuando pensó en la bondadosa mujer que lo había confeccionado para ella- . Heloise se pondrá triste - cayeron más lágrimas- . ¡Mirad lo que me

hicisteis hacer, Garrick! Fue vuestra culpa y de nadie más - dijo en tono infantil, y se arrojó sobre la cama- . ¡Maldito seáis, vikingo!

El sueño llegó inesperadamente y duró la mayor parte de la tarde. De pronto, un sonido fuera de su puerta la despertó. Inmediatamente se metió debajo de los cobertores, fastidiada de que la encontrasen en esta situación. Un segundo después, antes que ella hubiera podido ocultar por completo su desnudez, la puerta se abrió con violencia y Garrick entró en la habitación, con el rostro hecho una máscara de furia.

- ¡No os di permiso para regresar aquí, mujer!

- Ya lo sé.

- ¡Sin embargo, hicisteis lo que quisisteis! - gritó él antes de que sus ojos se posaran en el vestido destrozado. Después se volvió hacia ella con renovada cólera y la arrancó de la cama- . ¡Vine aquí para llevaros de regreso conmigo, pero veo que lo habéis echo imposible!

Brenna enrojeció intensamente. El no la soltó.

- ¿No puede haber en la casa de vuestro padre una invitada vestida de tosca lana, vikingo? - dijo ella con voz cargada de sarcasmo para ocultar su humillación.

- No, eso no puede ser - repuso él fríamente- . ¡Y puesto que preferís las ropas de esclava, eso será lo que tendréis, mujer, porque no recibiréis más presentes de mí!

- ¡Yo nada os pedí!

El hizo ademán de golpearla pero cambió de idea y la apartó de un empellón. Ella cayó contra la cama.

- Permaneceréis en esta casa puesto que así lo preferís. Encontraré otra para divertirme en la fiesta - Esas palabras la golpearon con más fuerza que un golpe físico.

- ¿Creéis que eso me importa? - gritó, aunque su voz tembló por la mentira.

- Poco me importa si os importa o no - replicó él, hiriéndola aún más- . Y en adelante obedeceréis mis órdenes, mujer, porque estoy cansado de ser indulgente con vos.

- ¿Qué haréis, vikingo? - preguntó ella con temeridad- . ¿Me quitaréis la vida tan descuidadamente como tomasteis mi amor?

El la miró un largo momento, sus ojos recorrieron las suaves curvas, se detuvieron en el pecho agitado y descansaron en el rostro, donde contemplaron la orgullosa belleza de ella, su desafío, su carácter indómito. Brenna era como una criatura salvaje, indomable, pero vulnerable.

- No, no os quitaré la vida, Brenna - dijo él con voz grave, impresionado por el esplendor de la joven- Tomaré nuevamente vuestro amor... ahora.

Antes de que ella pudiera gritar, él se le arrojó encima al tiempo que se quitaba los pantalones y desenvainaba su virilidad, que palpitaba de deseos de penetrarla. Brenna quedó sacudida y llena de repugnancia por este ataque.

Demasiado furiosa para pensar, se resistió salvajemente y lo arañó en los brazos desnudos hasta que la sangre goteó sobre la cama. Pero él no se detuvo ni trató de sujetarle las manos, siguió insistiendo hasta que su simiente de vida se vertió dentro de ella y entonces se desplomó.

Cuando se levantó de la cama y se abrochó los pantalones, Brenna tembló de indignación por la forma brutal en que él la había tomado sin ninguna consideración, sólo para satisfacer sus necesidades animales. Nunca se lo perdonaría.

- Recordad mi advertencia, Brenna - dijo él cuando salía por la puerta- . No abandonéis esta casa.

Aun ahora afirmaba su poder sobre ella, le recordaba que ella le pertenecía, que sólo podía hacer lo que él le permitiera. Garrick despreciaba el amor de ella pero quería controlarle la vida.

- ¿Me habéis oído, mujer? - Ella lo miró con ojos como carbones encendidos.

- ¡Que el demonio os lleve, vikingo! ¡Que nunca encontréis vuestro Valhalla sino que os pudráis en el infierno con la hija de Loki!

Garrick pareció ponerse pálido.

- Esas son palabras duras, Brenna, aunque las digáis encolerizada. Otro os mataría por

esa maldición.

- ¡Hacedlo! ¡Matadme! - gritó ella- . ¡Ya no me importa!

Garrick no respondió pero salió rápidamente de la habitación antes de que la cólera volviera a adueñarse de él. Fue directamente al establo y por segunda vez no advirtió la ausencia de Erin. Montó al pobre animal que esa mañana había corrido como nunca, aunque Hugh lo mismo venció a Garrick en la carrera. Esa derrota había amargado considerablemente su humor, pero el último golpe fue comprobar que Brenna se había marchado. Garrick salió del establo, furioso.

- ¡Maldita mujer! - gruñó contra el viento- . Primero gritaba que me odiaba con todas sus fuerzas, después cambió y dijo que me amaba... ahora, otra vez me odia. ¡Le doy todo lo que tengo para darle, pero no, eso no es suficiente para ella! ¡Que Loki se la lleve! No voy a seguir soportando sus caprichos.

Garrick espoleó a su caballo sin piedad. Esta noche se ahogaría en hidromiel y olvidaría a la arpía obstinada que quedaba en la casa.

Brenna encendió el fuego de la cocina y preparó una hogaza de pan achatado como tan a menudo había visto hacer a Janie. Ahora se sentía mucho más serena.

Después de que Garrick se marchara, ella lloró un poco más hasta que comprendió que había sido una tonta. Garrick estaba dispuesto a compartir su vida con ella, a darle lo que pudiera. Ella debía aceptar eso y estarle agradecida. Algún día él podría cambiar y amar otra vez. Después de todo, ella había cambiado.

La casa estaba silenciosa con sólo el crepitar ocasional del fuego para romper el silencio. Perro estaba echado debajo de la mesa de modo que Brenna no vio cuando el animal irguió de pronto la cabeza. Sin embargo, oyó el ruido que llegó desde el exterior y que alertó al mastín blanco.

¿Podría ser que Garrick ya hubiera regresado? En ese caso, debió echar de menos la compañía de ella. Brenna se sonrió al pensarlo y esperó que se abriera la puerta. Se abrió, aunque muy lentamente. El aire helado se precipitó en la habitación e hizo estremecer a Brenna, pero no tanto como el saber que ni Garrick, ni ninguno que ella conocía, hubieran entrado en la casa de manera tan sigilosa.

Un hombre asomó con cuidado en la puerta entreabierta, un hombre alto, casi tanto como Garrick, con pelo castaño dorado y ojos de color azul claro. Estaba abrigado con pieles de diferentes colores y en la mano sostenía una espada de un solo filo.

Brenna contuvo el aliento. No conocía a este vikingo y por la expresión de sorpresa que vio en su rostro, él tampoco la conocía a ella.

Perro vino a su lado y con su grave gruñido le devolvió algo de coraje. La daga que Garrick le había confiado colgaba de su cadera y esto también disminuyó algo sus recelos, aunque su arma era muy pequeña y de nada le habría servido contra un espadón.

- ¿Brenna?

Quedó desconcertada. ¿El hombre la conocía, después de todo? Pero no, su tono era de interrogación. Sólo debía de haber oído hablar de ella, y también debía de conocer a Garrick. Quizá no había nada que temer.

Brenna se mordió el labio, presa de indecisión, preguntándose si debía o no hablar la lengua del vikingo. Perro seguía gruñendo amenazador. ¿Acaso presentía peligro?

- La mujer está sola, Cedric.

Brenna ahogó una exclamación y se volvió para verse frente a frente con un desconocido que había venido de otra parte de la casa. Antes de que pudiera estudiar la situación, el joven llamado Cedric la aferró desde atrás. Ella gritó alarmada y en ese momento Perro mostró los dientes y atacó la pierna del vikingo.

Cedric gritó de dolor cuando Perro le hizo brotar sangre y levantó la espada para cortar la cabeza del animal.

- ¡No! - gritó Brenna y aferró el brazo del vikingo para detenerlo. Olvidó sus propios temores y reunió todas sus fuerzas para impedir que la espada llegara a su blanco. Pero no fue por sus esfuerzos que Perro se salvó, porque ella era como un ratón contra un halcón mortal.

El otro vikingo actuó rápidamente y con un puntapié apartó a Perro de la espada que descendía.

- Ella no mataría al perro - dijo en tono de advertencia- de modo que tampoco podemos matarlo nosotros.

- ¡Ah! ¡Todo este embrollo es una empresa estúpida! - dijo Cedric y soltó a Brenna a fin de atenderse su pierna

- Tenemos a la muchacha, Arno. Eso es suficiente.

- Haremos esto como la mujer quería que lo hiciésemos - replicó Arno- . Esta es la única razón por la que accedí, porque nunca sospecharán de nosotros.

Cedric gruñó y comentó, con sarcasmo:

- La bolsa de oro no ayudó a convenceros, ¿verdad?

Arno ignoró esas palabras y miró furioso a su amigo.

- ¿La venganza contra un perro vale la cólera de vuestro padre?

- ¿Cómo?

Arno alzó las manos exasperado y al hacerlo, un rollo de cuerda que llevaba en un hombro se deslizó.

- ¿Debo recordaron que vuestro padre detesta la beligerancia que iniciasteis vos y vuestros hermanos? Esto pienso yo, y vos también sabéis que Latham no aprobaría esta fechoría. Si nos descubriesen, la paz de estos últimos años terminaría en un baño de sangre.

Brenna permaneció silenciosa entre estos dos hombres que discutían. No entendía bien por qué habían venido aquí, pero sabía que no era para nada bueno. Perro, aunque viviera, estaba herido y no podría acudir otra vez en su ayuda... y Garrick estaba divirtiéndose en la fiesta. Sintió una punzada de resentimiento porque Garrick la había dejado sola para ir a divertirse.

Enseguida se reprochó ese pensamiento. No había sido culpa de él sino de ella que ahora tuviera que enfrentarse a sólo Dios sabía qué.

Antes que Arno terminase sus últimas palabras, Brenna se escabulló de entre ellos. Con frenética prisa, porque esta era su única oportunidad según podía ver, se volvió y empezó a correr. De pronto sus pies se enredaron en algo y ella cayó hacia adelante raspándose las palmas de las manos contra el suelo duro.

Con temor, comprendió su error mientras la obligaban a ponerse rudamente de pie. Dirigió una mirada de odio a este vikingo que astutamente le había arrojado la cuerda a los pies para detenerla. Sus ojos eran oscuros y violentos como una tempestad cuando vio que él recogía la corta cuerda y se la ataba alrededor de las muñecas.

El no la miró ni una sola vez para ver la furia y el desprecio que ella sentía, sino que se volvió a Cedric cuando hubo terminado de amarrarle las manos.

- Tenemos el caballo y ahora la muchacha. Vámonos antes de que este plan fracase.

No esperó respuesta del hombre más joven, tomó una capa vieja que colgaba junto a la puerta y la arrojó sobre los hombros de Brenna. Después salió de la casa, arrastrándola con tirones de la cuerda. Ella se sintió degradada e indefensa, como un pobre animal atrapado. ¿Cómo se atrevían a tratarla en esta forma?

Brenna fue llevada a lo largo del costado de la casa. Pasaron la celda donde había soportado una noche terrible y llegaron a la parte del frente. Estaba más confundida que nunca, y la frustración y la cólera le impedían pensar con claridad. Empezaron a descender el empinado sendero del acantilado que llevaba al embarcadero. Allí Brenna vio el barco de Garrick, imponente y orgulloso, flotando sobre las serenas aguas del fiordo como un dragón dormido. Al lado había otro gran navío vikingo, igualmente impresionante.

Brenna fue llevada a este segundo barco y de inmediato empezaron a alejarse del embarcadero, de todo posible rescate, de Garrick. Brenna luchó contra el pánico que amenazaba dominarla. ¿Adónde la llevaban? Y más importante aún, ¿por qué razón?

Observó atentamente a los vikingos. La corriente impulsaba al navío pero los dos hombres luchaban lo mismo con los remos. Si hubieran venido de la dirección que ahora seguían, ¿cómo habrían hecho para luchar contra la corriente? ¿Por qué traer un barco tan

grande para robar una sola esclava cuando habría bastado con un bote pequeño?

Brenna vio la razón cuando inspeccionó el barco vacío y comprobó que no estaba tan vacío. En las sombras, detrás de ella, distinguió la silueta de un caballo. Como no estaba atada a nada que restringiese sus movimientos, se acercó y reconoció a Willow.

Esto era aún más desconcertante. Garrick tenía muchos buenos animales. Si estos vikingos eran piratas, ladrones en su propia tierra, ¿por qué se llevaban solamente un caballo y una esclava? Brenna pensó en todas las conclusiones imaginables acerca de su situación y todas fueron desalentadoras. Esperó ansiosamente que los vikingos hablasen y le dieran más información, pero ellos guardaron silencio, enfrascados en su tarea. Por lo menos no la llevaban mar afuera. Ahora se acercaban a un embarcadero en el lado opuesto del fiordo.

Cuando ella y Willow fueron sacados del barco, miró desalentada las aguas profundas del fiordo. Aun si lograba escapar de estos hombres, ¿cómo podría regresar junto a Garrick? Nunca sería capaz de manejar sola este barco ni tampoco podría intentar un regreso a nado hacia la salvación, porque no sabía nadar.

Dos caballos estaban atados cerca del embarcadero. Brenna fue obligada a montar en el lomo desnudo de Willow y después que los hombres montaron sus propios caballos, partieron en la dirección que habían venido, nuevamente hacia el mar. Después de recorrer una corta distancia doblaron hacia el sur, alejándose más del fiordo y de Garrick.

Garrick. ¿Qué haría cuando descubriese que ella había desaparecido? Al ver que también faltaba Willow, ¿pensaría que había vuelto a escapar? La idea podía ocurrírsele pero la desecharía. Ella le había dado su palabra de que no huiría, ¿pero se le ocurriría cruzar el fiordo para buscarla? La noche parecía envuelta en una mortaja. Ni una sola estrella parpadeaba desde los cielos. No era una noche para viajar en la oscuridad pero los dos hombres que llevaban a Brenna sabían perfectamente adónde iban.

Pasó menos de una hora y los caballos se detuvieron. Brenna apenas alcanzó a distinguir la silueta de una casa. Esforzó sus ojos para ver más pero no tuvo tiempo porque la hicieron bajar de su yegua y la llevaron rápidamente al interior de la morada.

La casa estaba a oscuras y el olor acre de humo viciado flotaba pesadamente en el aire. Los hombres encendieron un fuego y Brenna vio a su alrededor una habitación escasamente amueblada. Había un solo jergón en el suelo, una mesa pequeña con dos bancos y junto al fuego unos pocos utensilios de cocina. Numerosas pieles cubrían el suelo de tierra y las paredes, añadiendo algo de lujo a la estancia. Al observar con más atención, notó unos pocos objetos personales. Había un jarro de bronce sobre la mesa y cuatro platos de vidrio hermosamente pintados en estantes en las paredes. Dos hachas con mangos de ámbar estaban cruzadas sobre la puerta. En un rincón había un estante lleno de vajilla de terracota, copas de estaño, vasos y tazones, todos grabados con motivos paganos.

Brenna dirigió por fin su atención a los dos hombres. Arno estaba quitándose las muchas pieles que lo envolvían mientras Cedric la observaba con mucho interés. Sintió que se le helaba la sangre.

- Quizá demore mi partida - dijo Cedric, con los ojos fijos en Brenna.

Arno alzó la vista y frunció el entrecejo.

- Vuestro placer puede esperar. Hemos discutido esto largamente mientras esperábamos para asegurarnos de que estaba sola.

- Lo sé - dijo Cedric, y comentó- Esa mujer. Adosinda, dijo que esta mujer era una beldad, pero es mucho más bella de lo que yo esperaba.

- Cedric.

- ¡Está bien! - respondió éste fastidiado- . Regresaré al festín de mi padre. Pero mañana volveré. Y ella es mía primero, Arno. ¡Recordad eso!

Arno meneó la cabeza.

- Nada quiero de ella. Tengo malos presentimientos sobre lo que hemos hecho.

Cedric rió.

- No creo a mis oídos.

- Decid lo que queráis. Ella pertenecía a otro hombre, ella no quería dejar la casa de él y

me temo que él no descansará hasta rescatarla.

- ¿Qué estáis diciendo?

- Que habrá derramamiento de sangre a causa de esta fechoría. Lo presiento... sé que será así.

- Si tan bien sabéis lo que traerá el mañana, decidme entonces cómo hará él para encontrarla - dijo Cedric con sarcasmo - Tengo un cobarde por amigo.

- Porque somos amigos no tomaré en serio lo que dice vuestra lengua suelta.

Cedric no mostró siquiera un asomo de remordimiento cuando fue hasta la puerta. Lanzó una última mirada a Brenna y ella se estremeció cuando captó el significado de las intenciones de esos ojos helados.

- Cuidad bien de ella, Arno - dijo Cedric, y se marchó.

Brenna estaba medio aturdida. Miró esperanzada a Arno pero él rápidamente la ignoró. El no le ofrecería ninguna ayuda y se ausentaría mientras el otro la violaba. No podía dejar que sucediera eso, ¡ella no lo permitiría!

Recobró algo de su antiguo coraje. Había luchado contra Garrick y con cierto éxito. También vencería a ese Cedric. El esperaría que ella fuera una victima fácil, no que le hiciera frente. Brenna contaría a su favor con ese elemento de sorpresa.

También tenía su daga. Por alguna razón, ellos no se la habían quitado. Quizá no imaginaban que ella la usaría contra ellos o creían que la empuñadura enjoyada que brillaba en su cadera era un mero adorno. De todos modos se sintió reconfortada al pensar en que todavía poseía su arma.

Arno empezó a moverse en la habitación para preparar de comer. Después de poner a hervir sobre el fuego una gran olla de sopa, reunió mantas para la cama de Brenna a las que puso sobre un tapete frente al fuego. Con señas, le indicó que podía dormir allí. Enseguida salió a ocuparse de los caballos.

Brenna caminó lentamente hacia su cama improvisada. Se sentía enferma del estómago por la aprensión. Por la mañana mataría a un hombre o sufriría las consecuencias de su intento. No estaba impaciente por enfrentar el resultado, cualquiera que fuera.

El aroma de la sopa era tentador. No había comido en todo el día. Pero temía que si lo hacía no podría retenerla.

Se tendió sobre el lecho de pieles. La cuerda de sus muñecas le molestaba. Pensó cortarla, pero rápidamente descartó la idea. No quería perder su daga sólo por un poco de comodidad. En cambio, desenvainó el arma y la puso debajo del tapete, al alcance de sus manos. Antes de que Amo regresara se quedó dormida.

33

El vikingo llamado Cedric no regresó a la mañana ni tampoco al día siguiente. En realidad, Brenna quedó sola con Arno más de una semana. Su resistencia fue puesta a prueba esos primeros días. Cada pequeño ruido que oía, hasta el gemido del viento, le parecía que era Cedric que volvía. Para ayudarse a pasar esos primeros días ni siquiera tuvo la esperanza de que Garrick la encontraría, porque nevó la primera noche y durante tres días más. Ahora Garrick no sabría que ella no había dejado huellas que él pudiera seguir. Nunca imaginaría que se la habían llevado en barco. Maldeciría a la nieve por haber cubierto las huellas pero eso de nada serviría, porque buscaría al norte del fiordo y nunca se acercaría a donde la tenían oculta.

- ¡Maldita nieve! ¡Malditos Amo y Cedric! ¡Maldita la mujer que dijeron que les había hablado de ella! ¿Quién era esa mujer? ¿Cordelia había cumplido sus amenazas? Pero Cordelia no podía hablar la lengua de estos hombres ni tampoco sabía cómo encontrarlos. Le vino a la mente la desagradable escena con Morna. Ella era la única capaz de intentar un juego tan sucio. Pero había otros que podían sentir que tenían cuentas que ajustar: Bayard, Corm, hasta Hugh... y especialmente el vikingo a quien había avergonzado hiriéndolo en un combate. Cualesquiera de esos hombres hubiera sido capaz de enviar una mujer para que se pusiera en contacto con Cedric y Amo.

El segundo día Arno se compadeció de ella y le desató las muñecas. Esa noche, después

que estuvo segura de que él dormía, Brenna trató de escapar sigilosamente. Pero él, muy astuto, había dejado una trampa inmediatamente pasando la puerta: un carro lleno de leña con el que ella tropezó en la oscuridad. Antes que Brenna pudiera incorporarse éI estuvo a su lado y la arrastró dentro de la casa. Ella lo maldijo en lengua celta y luchó con toda su fuerza. Al fin él la dominó y después de eso la tuvo atada de noche a una barra de hierro sobre el hogar redondo que había en medio de la habitación, de modo que ella no hubiera podido alcanzar su daga si hubiese llegado a necesitarla. Por lo menos, la dejaba suelta durante el día.

Después que pasó una semana Arno empezó a impacientares. Gruñía entre dientes y esto hizo que Brenna se tranquilizara un poco. Quizá algo le había sucedido a Cedric que le impedía regresar. Arno ya había demostrado que él no quería tener a Brenna aquí, no más de lo que ella deseaba estar aquí. Quizá la dejara marcharse.

Pasaron nueve días sin señales de Cedric y Brenna por fin rompió el silencio y habló con Arno. Ahora no tenía nada que perder, porque corno no había nadie con quien él pudiera hablar, ella no tenía posibilidad de enterarse de algo que pudiera servirle.

El estaba preparando pan para la comida matutina y se mostró irritable cuando Brenna se le acercó.

- Vuestro amigo parece haber olvidado que estamos aquí - empezó ella ganándose la sobresaltada atención de él- . ¿Cuánto tiempo me tendréis aquí?

- Habláis bien nuestra lengua.

- Tan bien como vos - replicó ella.

- Me dijeron que estuvisteis aquí poco tiempo. Debisteis tener un buen maestro para aprender una nueva lengua tan rápidamente. ¿Quién fue vuestro maestro?

- Un hombre que me enseñó muchas cosas - repuso ella con calma y se acercó más- . Una de esas cosas es que en esa tierra no se puede conservar lo que se le quita a otro, ni aun pagándolo muy caro.

Las palabras dieron en el blanco y Arno saltó nerviosamente de la mesa como si Garrick va estuviese aquí para rescatarla.

- ¡El joven Haardrad nunca sabrá que fuisteis traída aquí!

- Lo sabrá con el tiempo - dijo Brenna con esperanza- . El conoce bien la tierra y registrará cada centímetro. Y cuando no me encuentre allí, buscará por este lado.

- No, antes de eso renunciará.

- ¿De veras lo creéis, vikingo? Lo que vosotros no tomasteis en cuenta es que yo amo a Garrick Haardrad y él me ama a mí - dijo esta verdad a medias con convicción- Es el amor lo que nos une y el amor puede superar todos los obstáculos.

Arno se sentó y la miró fijamente, haciéndola ponerse nerviosa.

- Quizá, mujer. Pero eso no está en mis manos. Yo sólo estoy cuidándoos para otro.

- ¡Vos ayudasteis a traerme aquí! - lo acusó ella, apuntándole con un dedo- . Me impedisteis huir. Sois tan responsable como vuestro amigo.

- ¡Basta de palabrerío, mujer! - estalló él- . Me gustabais más cuando parecía que no teníais lengua.

- Sabéis que yo digo la verdad. Garrick no perdonará esto a menos que me soltéis ahora.

- No me toca a mí esa decisión. Guardaos vuestros argumentos para Cedric. Ahora sois de él.

- ¡Moriré antes de ser suya! - replicó Brenna profundamente asqueada y en seguida bajó la voz- . Cedric ahora no está aquí. Podéis dejarme en libertad antes de que regrese.

- El es mi amigo, mujer, el único que tengo - respondió él- . Yo puedo no estar de acuerdo con lo que hace, pero lo mismo él tiene mi lealtad.

- ¡Vuestro amigo os causará la muerte! - le advirtió Brenna, recurriendo a cualquier cosa para hacerlo razonar.

- Hay poca verdad en lo que decís, porque Garrick Haardrad no os buscará aquí. Y si llegara a hacerlo, sería demasiado tarde porque para entonces Cedric se habrá hartado de vos y os habrá vendido lejos de aquí. Sabed esto, mujer. Mi lealtad es para Cedric y su familia. Yo tengo una granja en tierra de ellos. Soy vasallo del padre de Cedric, Latham Borgsen. Lo que

pedís haría que me cortasen el cuello antes de lo que lo haría vuestro amo.

- Entonces consideradme vuestra aliada. Por vuestras propias palabras, sé que él no aprobará lo que habéis hecho.

- ¡Basta! - Brenna hizo un último intento.

- ¡Por favor!

Se humilló inútilmente porque Amo salió airadamente de la habitación, dejándola exhausta por el intento y devastada por el fracaso. Cuando Amo regresó, Brenna estaba otra vez callada. El no hizo ningún intento por cambiar eso. Y entonces, poco después del mediodía, por fin llegó Cedric.

Desde el momento que él entró en la habitación Brenna se sintió como si fuera la largamente esperada comida de una bestia hambrienta. Los ojos de Cedric no se apartaron de ella. Sus lascivas intenciones fueron tan evidentes que Arno se mostró reticente a pedirle explicaciones de su larga ausencia y desvió la vista, incómodo.

Cedric se quitó la capa y los ojos de Brenna fueron atraídos por esos brazos desnudos, musculosos, cubiertos de cicatrices. Había fuerza allí y Brenna conocía el poder de un hombre decidido a someterla, especialmente de un hombre con fuerza.

¿Qué posibilidades tenía? Claro que ella nunca había querido matar a Garrick, ni siquiera al principio. A este hombre sí, a este hombre podría matarlo sin remordimientos.

- ¿Os ha causado problemas mi hermosa cautiva? - preguntó Cedric a Amo, aunque sus ojos siguieron fijos en Brenna.

- No hasta hoy.

- ¿Cómo?

- Ella habla nuestra lengua Cedric, y muy bien.

- ¿Es verdad eso, mujer?

Brenna no respondió sino que se acercó a su cama improvisada donde estaba oculta su única esperanza. Debía tener el control de la temida situación cuando se produjera.

- También conoce nuestros nombres - continuó Arno- Si Haardrad alguna vez la encontrase, ella se lo contaría todo. Os dije que nunca debimos raptarla.

- Parecéis preocupado cuando no hay necesidad. El nunca la encontrará.

- ¿La venderéis pronto?

- No, creo que no. Si Haardrad la busca aquí lo mataremos. Así de simple.

- ¿Habéis perdido el sentido, Cedric?

- ¡Basta! Me he demorado demasiado pues mi padre me envió a buscar un caballo comprado a su primo. Todo el tiempo no pensé en otra cosa que en ella y no esperaré más para tomarla - de pronto soltó una carcajada- . ¿Os quedaréis a mirar, Arno? ¿No es tiempo de que vayáis a presentar vuestros respetos a mi padre?

Arno miró a Cedric. Después miró a Brenna y vio su silenciosa petición de ayuda, pero rápidamente se volvió. Exasperado, salió de la habitación y dio un portazo al marcharse.

El cerrarse de esa puerta, por lo tanto, fue definitivo, aunque Brenna no esperó otra cosa. Arno era un hombre desgarrado entre sus lealtades y lo que sentía dentro de su corazón. Desafortunadamente para Brenna, las lealtades estaban primero. Así sucedía con todos los vikingos. Ahora empezaba la prueba.

Brenna se marcharía de aquí con sangre en sus manos, o sería violada por este joven bastardo y perdería para siempre la esperanza de ganarse el amor de Garrick.

Garrick no era diferente de otros hombres que no querían compartir lo que reclamaban como propio. Lo había demostrado cuando ella estuvo involucrada. Nunca la perdonaría, aunque ella fuera inocente. Qué injustos eran los hombres en sus juicios.

Sin embargo, todavía no había ocurrido, aunque el momento estaba definitivamente cercano. Cedric se le aproximaba, lentamente, como una serpiente preparándose para atacar.

- Venid, hermosa mía - dijo en tono zalamero- . Habláis mi lengua. Vos sabéis lo que quiero.

Ella no dijo una sola palabra pero sus ojos hablaron con elocuencia. Ojos de un gris oscuro, como humo, que despedían llamaradas de disgusto, y de odio, que hablaban de su

profundo desprecio. Sin embargo él no se amilanó, ni siquiera se sorprendió.

- ¿Entonces lucharéis conmigo? - dijo enarcando una ceja y curvando los labios en forma repulsiva- . No me importa, mujer. Estoy seguro de que presentasteis un combate admirable cuando fuisteis tomada por primera vez. Pero ahora no sois doncella, nada tenéis que defender. Si preferís fingir que aún sois virgen, a mí no me importa.

Brenna no pudo seguir conteniendo su disgusto.

- ¡Cerdo despreciable! - siseó- ¡Si llegáis a tocarme, no viviréis lo suficiente para lamentarlo!

El se rió de la advertencia.

- Yo no lamentaré nada sino que disfrutaré al tocaros. ¿De veras creéis que vuestro amo entrará por esa puerta para impedirme que os someta a mis deseos? No, mujer, nadie habrá aquí para detenerme.

Brenna, prudentemente, contuvo su lengua. Que él la creyera indefensa. Que cayera descuidado en la trampa. Era su única posibilidad.

Cedric empezó a quitarse lentamente sus armas. Primero la espada, después su hacha enorme con la hoja mellada. ¿Cuántos cráneos habían caído despedazados bajo esa arma? ¿Cuántos hombres, habían sido muertos por este joven fanfarrón? ¿Sería un pecado matarlo? ¿Acaso no tenía derecho?

Cedric saltó de pronto sobre ella tomándola por sorpresa. Brenna gritó, no de miedo sino de furia, porque ambos cayeron demasiado lejos de donde estaba oculta su daga y ella no veía forma de acercarse.

- Ahora el vencedor reclama los despojos - murmuró él antes de desgarrarle la ropa hasta el cinturón.

Enseguida luchó por desatar el cinturón y Brenna luchó desesperadamente por detenerlo, golpeándolo con los puños. Un golpe dio en el blanco y del labio partido de él empezó a manar un hilillo de sangre. El la abofeteó, dejándola casi inconsciente. En medio de su aturdimiento, Brenna sintió que su cinturón parecía abrirse mágicamente y que el resto de su ropa era desgarrada por la mitad.

Un dolor cegador le aclaró la mente adormecida cuando las dos manos de él empezaron a torturarle los pechos desnudos, retorciéndolos con crueldad, deleitándose con sus gritos de dolor.

Cedric continuó, sin misericordia, pareció que interminablemente, hasta que por fin Brenna no pudo seguir soportándolo y se desmayó para huir del dolor.

34

Garrick estaba en la habitación de Brenna, con una sola vela sobre la repisa del hogar por única luz. Miró con furia el fuego apagado y los restos de las dos ajorcas de oro, ahora ennegrecidas, pero conservando su forma original. Así le devolvía ella su generosidad. Así le retribuía sus atenciones.

Garrick ya no controlaba su ira. No lo hacía desde varios días. ¿Por qué fingir ante los demás que no estaba afectado? Se sentía tan furioso que si hubiera podido encontrar hoy a Brenna la habría matado. Pero había pocas posibilidades de encontrarla... ella había planeado muy bien su huida.

Nunca más volvería a confiar en una mujer. Ella le había dado su palabra y él le creyó.

- ¡Tonto!

Vació el jarro que tenía en la mano y salió de la habitación. Ordenaría que quemaran todo lo que había allí. No quería que quedara ningún recuerdo de la perra embustera.

Garrick entró en el hall donde Maudya estaba poniendo sobre la mesa la comida para él.

- ¿Dónde está Erin? - ladró.

Maudya saltó nerviosa y se apartó del camino.

- Ya viene - dijo, y esperando calmarlo, añadió- Erin está viejo, amo Garrick. Ahora, cruzar el patio le lleva más tiempo que antes.

- No pedí excusas, mujer - gruñó él, y golpeó la mesa con el puño- . ¡Odin y Thor el poderoso me asistan! ¿Es que ningún esclavo bajo mi dominio me obedecerá?

La invocación a los dioses asustó a Maudya más que la cólera de Garrick y salió corriendo de la habitación como si esas deidades paganas estuviesen a punto de devorarla.

En el camino se cruzó con Erin, quien se preocupó al ver el rostro pálido y los ojos aterrorizados de la mujer.

- No tenéis necesidad de descargar vuestra cólera en esa pobre infeliz - dijo Erin audazmente a Garrick, tomándose más libertad de la que le correspondía- . Ella no ha hecho nada fuera de serviros bien.

Garrick se enfureció aún más.

- ¡Olvidáis vuestro lugar, viejo! ¡Haríais bien en recordar quién es el amo aquí!

- Sé muy bien a quien sirvo con amor... y paciencia, cuando es necesario.

Garrick se sintió culpable pero lo ocultó tras una expresión severa. A continuación, pasó a la razón por la que había llamado nuevamente a Erin.

- Decidme una vez más lo que recordáis del día que Brenna se marchó.

- ¿Otra vez? Garrick, hemos hablado cuatro veces de eso. Os he contado todo.

En ese momento Perrin entró en el hall pero su expresión cansada indicó que no traía noticias alentadoras. Garrick lo ignoró después de una sola mirada y continuó su interrogatorio.

- Repetid vuestra historia, Erin. - Erin suspiró.

- Yo no sabía que la muchacha había regresado ese día ni que vos vinisteis y volvisteis a marcharon. Me maldigo por mi debilidad, por caer enfermo un día que os ha traído tanta miseria.

- ¡No importa lo que me haya traído a mí, Erin! - dijo Garrick con rudeza- . Sólo repetid lo que sucedió.

- Yo no esperaba que ese día me necesitaran, de modo que fui temprano a la casa de Rayna a pedirle sus pociones especiales. Ella me hizo acostar la mayor parte del día y la verdad es que sus pociones hicieron que me pusiera bien. Regresé al establo tarde y fue entonces que oí aullar al mastín como si fuera una bestia del infierno. La tormenta no había comenzado todavía y el aire estaba quieto y silencioso, de modo que no fue difícil oír al animal desde el establo, aun con mis viejos oídos. Lo encontré solo en la casa pero no pensé nada de ello hasta que comprendí que el animal no hubiera podido encender el fuego ni hacer el pan que para entonces estaba quemado como un carbón. Sabía que las otras mujeres no habían estado en la casa, de modo que entonces envié a Coran a avisaros lo que sucedía. Como vuestro caballo y el de Brenna no estaban en el establo, pensé que ella estaba todavía

con vos en la casa de vuestro padre. Antes de que vinieseis con Coran, la tormenta había empezado y ya había cubierto las huellas que esperabais encontrar.

Garrick rechinó los dientes al recordar sus maldiciones al cielo por la tormenta de nieve que había borrado toda posibilidad de encontrar rápidamente a Brenna. No había podido encontrarla y ya habían pasado demasiados días.

- ¿Y decís que cuando esa noche abristeis la puerta, Perro salió corriendo hacia el frente de la casa?

- Eso dije - repuso Erin.

Garrick se golpeó una palma con un puño.

- ¡He registrado cada centímetro de la tierra hacia el este hasta llegar a la base de las montañas, pero no había la más mínima señal de ella!

- ¿Y las montañas? - dijo Perrin por fin. - Cualquier tonto sabría que no es posible sobrevivir allí en invierno, sin embargo revisé las colinas más bajas.

- ¿Y Perro? El hubiera tenido más suerte que vos - dijo Perrin- . ¿No lo llevasteis con vos?

- No pude encontrarlo cuando salí la primera vez. Erin dice que regresó al día siguiente, mojado y herido. Murió horas después.

- Lo siento, Garrick. Sé que lo criasteis desde cachorro.

Garrick nada dijo. Todavía tenía que aceptar esa pérdida pero no podía pensaren nada que no fuera encontrar a Brenna.

- Todavía insisto en que ella no huyó, Garrick - dijo Erin con estoicismo- Ella está en algún lugar, herida, quizá...

- ¡No digáis que está muerta, viejo! - lo interrumpió Garrick con tanta vehemencia que Erin lamentó de inmediato sus palabras. Perrin trató de aflojar la tensión que súbitamente llenó el aire.

- Si Perro regresó mojado, el lago más cercano está al noroeste de aquí. ¿Habéis buscado por ese lado, Garrick?

- Sí, y también al norte. Y mi padre todavía está buscando en el oeste, hacia la costa.

- Yo también estuve en el norte y el este, junto con muchos otros.

- Os doy las gracias, Perrin, por vuestros esfuerzos; pero ya es tiempo de renunciar. Erin no me ha dicho nada nuevo. No hay indicios de la dirección en que ella huyó.

- ¿Habéis renunciado?

- Esa mujeres más astuta que muchos hombres. Una vez juró que cuando escapara yo no la encontraría. Fue sólo porque Perro iba con ella que pude traerla de vuelta la primera vez.

- Pero renunciar cuando, como dice Erin, puede estar herida imposibilitada de regresar...

- Entonces ya la habría encontrado. No, mi padre no renunciará, pero yo estoy harto de hacer el tonto. Ella se ha marchado y no quiero que su nombre vuelva a ser mencionado en mi presencia.

35

El agua helada que le arrojaron a la cara despertó a Brenna. Se atragantó y tosió, y creyó que se estaba ahogando. Entonces abrió los ojos. Inmediatamente tuvo conciencia del peligro pero no pudo recordar qué la amenazaba hasta que una silueta se irguió ante ella.

Cedric estaba a sus pies, completamente desprovisto de ropas. Brenna vio que también ella estaba desnuda, con el vestido completamente desgarrado. El la miraba con una mueca de lujuria y ella gimió interiormente. ¿Había sucedido? ¿Sus partes más intimas ya habían sido violadas por este monstruo? ¡No, no! No podía creer que sus sentidos la hubiesen abandonado, dejándola indefensa ante el peligro.

- De modo que habéis despertado - dijo Cedric en una voz llena de desprecio- Sois como todas mis mujeres que se desmayan cuando sienten un poco de dolor. Esperaba que vos seríais diferente, mujer, que podríais soportar lo que tengo para vos.

El horrible recuerdo del dolor cegador le atravesó la mente. Se miró los pechos y vio las pequeñas marcas que ya se formaban donde los dedos de él se habían hundido en la carne. Rápidamente trató de cubrirse pero fue inútil.

- ¡Sois un animal! - siseó llena de odio. - Cedric rió malignamente ante el estallido de Brenna.

- ¿No apreciáis mis métodos de buscar el placer? Aprenderéis, Brenna - dijo él lleno de confianza, y alzando la voz por la excitación- Con el tiempo os gustará lo que os hago y las muchas formas diferentes en que os someteré. Encontraréis placer en el dolor exquisito y me rogaréis que os haga sufrir más.

A Brenna el estómago se le revolvió de repulsión. Tendría que matarlo, ahora no había ninguna duda. ¿Pero cuándo? ¿Cuánto tendría que sufrir hasta encontrar su oportunidad?

El, era un monstruo malvado con una mente pervertida. L o miró con morbosa fascinación, asqueada, pero incapaz de apartar los ojos. Las cicatrices que le cubrían los brazos y el torso no eran nada comparadas con un corte horroroso en el muslo. Y junto a eso estaba su erecta virilidad, palpitando con furia, un miembro tan grande que ciertamente le causaría mucho dolor. ¿Ya había sucedido? ¿Ahora él se preparaba a someterla otra vez? Tenía que saberlo. Si el daño ya estaba hecho nunca podría regresar a Garrick sin sentirse intolerablemente avergonzada, sabiendo que lo que hubieran podido alcanzar no llegaría jamás.

Se mordió el labio, intensamente atormentada.

- ¿Vos?... - No podía decidirse a preguntar pero tenía que hacerlo. Cerró los ojos y habló- . ¿Vos ya me sometisteis?

El rió de la pregunta.

- ¿Lo dudáis?

Ella gritó angustiada pero entonces más fuerte.

- No, mujer. No sometería a una mujer a menos que ella pueda sentir cada centímetro de mi espada. Ella debe saber quién la somete y tú lo sabrás ahora.

Brenna suspiró con un alivio que duró sólo un segundo. Comprendió asustada que estaba en la misma posición que antes, no más cerca de la daga oculta.

Esta vez él todavía no estaba sobre ella pero ya empezaba a prepararse. Cuando él se agachó, Brenna se escabulló rápidamente, lo oyó reír aún usando sus pies y sus codos para arrastrarse hacia atrás. Pero él todavía estaba demasiado cerca para que ella tratara de levantarse y correr. En el momento siguiente, con el grito poderoso de un guerrero victorioso, él saltó sobre ella.

Brenna quedó sin aliento cuando él se le arrojó encima. Luchó contra las negras oleadas que amenazaban nublarle la mente una vez más. Se sintió presa del terror, segura de que no podría seguir demorándolo. En vez de tratar de sacárselo de encima con las manos, buscó frenéticamente hacia atrás, rogando que se hubieran acercado lo suficiente a su arma.

Al principio no sintió más que el suelo liso debajo del tapete y le dio pánico.

Cedric ya trataba de separarle las piernas con una rodilla y por fin tuvo éxito. En ese instante los dedos de Brenna tocaron la fría hoja de la daga. Logró aferrar la empuñadura.

Brenna le hubiera abierto fácilmente la garganta en ese momento si él no hubiese sospechado por su falta de resistencia. Pero vio el brazo debajo de la alfombra y la hoja cuando ella la sacó. Le aferró la muñeca y le inmovilizó la mano contra el suelo junto a la cabeza, aplicando una presión brutal hasta que ella sintió que sus dedos empezaban a aflojarse. Resistió como si su vida dependiera de ello pues, hasta donde podía ver, efectivamente era así. No podía fallar ahora cuando tenía tan cerca la victoria.

El se incorporó sobre sus rodillas y con la mano libre se preparó a aplicarle un puñetazo demoledor. Estaba enfurecido. En la mente de Brenna relampaguearon las nuevas torturas que él le infligiría si ella fracasaba.

En un último esfuerzo, antes que el puño de él cayera y la dejara nuevamente inconsciente, Brenna trató de zafarse utilizando el resto de su cuerpo. Levantó con fuerza las piernas y aunque sólo lo golpeó con una, esto bastó para que Cedric saliese proyectado hacia adelante, gritando de dolor.

Brenna se sorprendió por el resultado porque no sabía cómo su único movimiento había afectado a su poderoso oponente. Pero él quedó acabado pues cayó sobre la daga levantada y no se movió. El alivio de Brenna fue tan grande que apenas pudo respirar con su cara cubierta por el pecho de él.

Le fue necesario un gran esfuerzo para sacárselo de encima. El siguió sin moverse. Si no estaba muerto lo estaría pronto y ella no sintió ningún remordimiento. Su pecado no podía ser tan grande porque si algún hombre merecía morir era éste. Pensó en las muchas mujeres que debió de haber insultado y maltratado y agradeció a Dios por haber escapado sin sufrir demasiado.

Los pensamientos se sucedían en la mente de Brenna pero su cuerpo reaccionó de manera diferente. Cuando vio la sangre que empezaba a cubrir lentamente el suelo debajo de Cedric, sintió náuseas. Apartó la vista y devolvió todo el contenido de su estómago. Después siguió teniendo dolorosas arcadas hasta que no quedó nada por devolver.

Por fin se levantó, aunque su estómago seguía rebelándose. Comprendió que el tiempo era su nuevo enemigo. Arno podía regresar en cualquier momento y entonces se vería en una situación todavía más peligrosa que antes. Había matado a un vikingo, a un hombre libre, y peor aún, al hijo de un jefe. Si ahora la encontraban, podría darse por muerta. Arno daría la alarma y todos saldrían a perseguiría, pero si ella lograba llegar primero junto a Garrick, él la protegería.

Con frenética prisa, Brenna reunió todo lo que podía serle de utilidad, comida, abrigos, las armas de Cedric, la cuerda que Arno había pasado para atarla durante la noche, y por precaución, pedernal. Metió todo dentro de un tapete y lo ató. Tomó su capa y salió corriendo de la casa. Rápidamente encontró el rústico cobertizo donde estaba Willow pero no perdió tiempo con la silla que allí había y puso solamente una gruesa manta sobre el lomo de la yegua.

Encontró un saco de avena y lo añadió a su lío. Enseguida montó y salió del cobertizo.

El cielo era de un azul oscuro, sin estrellas. Rogó que la casa de Arno diera frente al fiordo porque esa fue la dirección que tomó. A la distancia, a su izquierda, vio a Arno montado en su caballo y viniendo hacia la casa. El también la vio y Brenna sintió de pronto como si hubiera hecho todo por nada.

Pero Arno no cabalgó hacia ella. En realidad, se detuvo y se limitó a mirar cómo Brenna se alejaba.

Brenna no perdió tiempo preguntándose por esa actitud. Sin duda, Arno estaba sorprendido al comprender lo que había sucedido y eso le impedía reaccionar. Alentó a Willow a que tomara mayor velocidad. Antes de desaparecer entre un grupo de árboles, miró hacia atrás y vio a Amo que corría hacia la casa.

¿De cuánto tiempo dispondría ahora? Arno llamaría a otros para que lo ayudasen a perseguirla y eso le daría un poco de tiempo, porque primero él tendría que convencerlos de que una mujer era la responsable de la muerte de Cedric. Y esa muerte había sido un accidente, aunque ella tuvo intención de matarlo, pero esto no le serviría de mucho. i Dios

mio, escapar del humo para caer en el fuego!

Brenna cabalgó, interminablemente, según le pareció. No se detuvo ni redujo la marcha hasta que por fin oyó a la distancia el sonido de las aguas del fiordo.

Empezó a temer que en vez de ir hacia el norte hubiera ido hacia el sur. No quería pensar en sus posibilidades si así era. En realidad, todavía no sabía cómo cruzaría el fiordo para ponerse a salvo. Necesitaría la ayuda de Garrick.

Vio en su mente la casa sobre el acantilado y se preguntó si en caso de que ella gritara desde el acantilado opuesto alguien la escucharía. Era posible y eso le dio más esperanzas.

Se acercó cautamente al fiordo. Estaba sobre un trozo de terreno llano que llegaba hasta la orilla del agua. Más allá del agua había densos bosque. No vio ningún acantilado que la condujera a su destino. Quedó desolada. No sabía cuánto se habían internado tierra adentro en el barco ni tampoco la distancia que habían hecho por tierra en dirección opuesta. Ella había cabalgado directamente hacia el norte, o por lo menos rogó que hubiera sido así.

- ¡Dios misericordioso, mostradme el rumbo que debo tomar! - gritó en alta voz.

Como respuesta, Willow dobló a la izquierda y avanzó a lo largo de la orilla de fiordo. Los ojos de Brenna se llenaron de lágrimas.

- ¡Por favor, Willow, no yerres! ¡Por favor! - Brenna no sentía el frío excepto cuando se abría su capa y el aire helado tocaba su piel desnuda. Su lío estaba atado flojamente, de modo que caía a ambos lacios de Willow. Brenna no tenía que preocuparse por mantenerlo en su lugar, de modo que usaba una mano para aferrarse a las crines de Willow y la otra para cerrarse la capa. No tuvo idea de la hora hasta que por fin aparecieron las estrellas. No sabía el tiempo que había cabalgado. ¿Una hora? ¿Dos? Por fin reconoció el paisaje que tenía enfrente, y muy cercana, la casa de piedra sobre el acantilado. Todo lo que pudo hacer fue contener su alegría. Aguas profundas la separaban de su amor pero él superaría ese obstáculo y ella estaría nuevamente a salvo. Llegó a la cima del acantilado, se apeó y empezó a gritar el nombre de Garrick. Sólo después que pasó cierto tiempo sin obtener respuesta, empezó a preguntarse si él estaría en la casa. Podía muy bien estar buscándola. Sin embargo, alguien tenía que estar allí porque salía humo de la chimenea. Con todas las puertas cerradas para protegerse del frío, ¿oirían sus gritos pidiendo ayuda?

Todas sus prematuras esperanzas se disolvieron. No llegaría a ninguna parte.

Seguramente sus gritos no llegaban a la casa porque se le había enronquecido la voz y apenas podía soportar el dolor de su garganta. Llegar hasta aquí, tan cerca, y que no la oyeran ni la vieran. Aunque alguien saliera ahora de la casa, dudó de poder producir un ruido lo suficientemente alto para llamar la atención.

Brenna cayó a tierra, presa de desesperación. Las lágrimas brotaron incontenibles y pronto la sacudieron sollozos desgarradores. ¿Qué haría ahora? No podía quedarse aquí y esperar hasta la mañana, cuando saliera alguien de la casa, pues Arno la encontraría primero. ¿Pero cómo podría regresar sin ayuda? No sabía nadar ni manejar un barco. Y cruzar el fiordo en un bote pequeño significara dejar atrás a Willow. Sin embargo, ese parecía el único recurso que tenía. Ya lamentaba la solución que había encontrado. Pero además, tendría primero que encontrar un bote.

Brenna montó v volvió por donde había venido.

Brenna no durmió esa primera noche. Cabalgó más allá del embarcadero donde el barco vikingo flotaba en una pequeña bahía. No había otras embarcaciones allí de modo que continuó hacia el este a lo largo del fiordo, hasta que le dolió la espalda y perdió toda la sensibilidad en las piernas. Hacia rato que el estómago había dejado de exigirle alimento.

Por fin, en un momento de la mañana siguiente, Brenna se detuvo por Willow, no por ella. Rápidamente alimentó a la yegua y la frotó. Después cortó de la manta finas tiras de piel antes de cubrir a Willow. Con la espada de Cedric hizo agujeros a lo largo de los bordes de su vestido desgarrado y lo remendó lo mejor que pudo usando las tiras de cuero. Se enroscó como una pelota junto a Willow y durmió unas pocas horas.

35

Así pasaron días. Poco sueño, comidas apresuradas y un miedo constante a que la encontrasen. Pronto las provisiones disminuyeron y se vio obligada a cazar. Agradeció a Dios haber tenido la precaución de traer consigo el pedernal para hacer fuego y no tener que comer carne cruda. Hasta ahora se había resignado a prescindir del calor de un fuego durante la noche, demasiado temerosa de que sus perseguidores estuviesen cerca. Ahora no tuvo alternativa.

Al sexto día, Brenna renunció a la esperanza de encontrar un bote. No se afligió demasiado porque eso significaba que Willow seguiría con ella. Sin embargo, le dejaba solamente un recurso: llegar al fondo del fiordo y rodearlo.

A la larga esto la llevaría a casa o moriría en esas tierras desoladas. Le quedaban pocas esperanzas y cuando pasaron más días y el fiordo pareció extenderse interminablemente, hasta eso perdió.

Continuó avanzando sin pensar, simplemente porque no tenía alternativa. A veces caminó al lado de Willow, gastando las cubiertas de lana que había hecho para sus pies. Cazó sólo cuando se sintió tan debilitada por el hambre que no podía seguir. Dos veces renunció y se desplomó, pero Willow la volvió a la vida empujándola con el morro. Ese fiel animal no estaba dispuesto a dejarla morir. Cuando por fin su cuerpo, lleno de incontables dolores, no quiso moverse más, Brenna cayó en un sueño profundo que duró todo un día y una noche. Ni los suaves empujones de Willow la despertaron.

Por fin despertó, no descansada y dispuesta a continuar, sino tan desalentada que decidió no moverse y prefirió esperar donde estaba hasta que la muerte viniera a buscarla. Permaneció tendida, cubierta con mantas que poco la protegían del frío, con los miembros tan entumecidos que ya no sentía dolor alguno.

Willow hizo lo posible por llamar la atención de Brenna pero la joven cerró los ojos con fuerza, deseando que su amada yegua se alejara y la dejase morir en paz.

Cuando Willow se alejó al trote, Brenna abrió los ojos para verla marcharse y sólo en ese momento experimentó una sensación de pérdida. Fue entonces que vio por primera vez el lago, magnifico en su tamaño, anidado en la base de las montañas. Era el final del fiordo.

Le llevó todo un día rodear el lago. Esta fue la parte más azarosa y atemorizadora del viaje. En muchos lugares debió vadear en aguas poco profundas porque afiladas rocas del borde de la montaña bloqueaban el camino. La corriente cálida no llegaba hasta aquí y Brenna corrió peligro de helarse mientras esperaba que se secaran sus ropas.

Cruzó una tierra desolada donde no había nada para cazar. Además, estaba la nieve de la última tormenta que seguía cubriendo el suelo. Tuvo que cavar para encontrar alimento para Willow cuando se le terminó la avena. Después tuvo que desviarse más al norte en busca de alimentos para ella misma. Atravesó arroyos y lagos helados y maldijo las colinas bajas que demoraban su marcha.

Una vez que encontró animales para cazar, el viaje no fue tan difícil, porque se fabricó un tosco arco desgarrando su ropa en tiras delgadas y con el hacha cortó flechas adecuadas. Lo mas agotador fue encontrar la caza. Se preguntó cómo se las arreglaba Garrick para traer tantas pieles a la casa en invierno.

Con cada paso que la acercaba a su meta su ánimo mejoraba notablemente. Ya no se sentía desesperada y perdida sino segura de que lo lograría. Los cortes y ampollas, las articulaciones doloridas, todas esas molestias se habían convertido en parte de ella misma y pasaban inadvertidas. Ya tendría tiempo suficiente para atender sus heridas, para recuperar el peso que había perdido.

Garrick cuidaría de ella y la ayudaría a recobrar su salud. Ella se pondría fuerte rápidamente con el amor de él. Y él la amaba. Aunque todavía no lo admitía, con el tiempo lo haría.

Estos pensamientos la espoleaban cada vez que empezaba a desesperar. Hacían tolerables las dificultades, la ayudaba el saber que él estaría esperándola al final de la travesía. Cómo debía de haberse preocupado por ella, cómo debía de haber recorrido los alrededores

buscándola. Ahora seguramente había perdido las esperanzas, y eso haría que el reencuentro fuera mucho más dulce.

Cuando por fin llegó a tierras que conocía, su alivio y su regocijo fueron más intensos. Si Willow no hubiera estado en tan lamentables condiciones, habría cubierto al galope la distancia que faltaba. Pero dada la situación, le llevó otras dos horas subir la última colina más allá de la cual estaba la casa de Garrick.

Qué espectáculo tan bienvenido y que creyó que nunca volvería a contemplar. Erin estaba en el establo cuando Brenna abrió la puerta y arrastró a Willow al interior. La mirada que le dirigió el anciano no fue solamente de sorpresa sino, también, de incredulidad.

- Habéis vuelto de la muerte - dijo él asombrado y con su viejo rostro muy pálido.

Brenna encontró fuerzas para reír débilmente.

- No, no morí, aunque muchas veces lo deseé.

El meneó la cabeza y la miró con compasión.

- No debisteis escapar, muchacha.

- ¿Qué?

- Tampoco debisteis regresar habiendo escapado.

Ella se sonrió del error del anciano.

- No escapé, Erin. Fui raptada por dos vikingos del otro lado del fiordo.

El quiso creerle pero todo indicaba que ella mentía. Sin embargo, no sería él quien la acusaría.

- Os veis exhausta, muchacha. Prepararé comida para vos.

- No. Comeré en la casa. ¿Garrick está allí? - cuando él asintió vacilando, Brenna continuó- : sabéis, grité desde el otro lado del fiordo pero nadie me oyó. No podía quedarme allí sin embargo, porque maté a uno de los hombres que me llevaron, creo que era el hijo de un jefe.

Parecía aturdida, con dificultad para recordarlo todo.

- ¿Sabéis lo que estáis diciendo, Brenna?

Ella no pareció escucharlo.

- Perdí la cuenta de los días que viajé rodeando el fiordo. ¿Cuánto tiempo estuve ausente, Erin?

- Casi seis semanas.

- ¿Tanto?

- Brenna...

- Cuidad de Willow, Erin. Ella ha soportado tanto como yo y necesita atención. Ahora debo ver a Garrick. No puedo esperar más.

- Brenna, muchacha, no vayáis a la casa - Ella vio su preocupación y quedó intrigada.

- ¿Por qué no?

- No seréis bienvenida allí.

- No seáis absurdo, Erin - frunció el entrecejo- . ¿Garrick también cree que escapé?

- Sí.

- Entonces con más razón tengo que verlo en seguida. El debe saber la verdad.

- Brenna, por favor...

- Todo saldrá bien, Erin - lo interrumpió ella y se dirigió a la puerta.

- Entonces iré con vos.

La casa estaba tibia y acogedora por los fuegos encendidos para cocinar. Aromas deliciosos llenaban el aire y Brenna se sintió débil de hambre. En todas sus semanas de ausencia no había comido hasta hartarse una sola vez, siempre tuvo que medirse porque no sabía si encontraría más comida al día siguiente.

Janie fue la primera que la vio e inmediatamente interrumpió lo que estaba haciendo. Sus ojos se llenaron lentamente de miedo pero Brenna le sonrió y abrazó a su amiga. Sin embargo no dijeron una sola palabra, porque Brenna estaba ahorrando sus fuerzas y Janie se sentía demasiado atemorizada para hablar. Brenna entró en el hall dejando que Erin diera las explicaciones.

Garrick estaba inclinado sobre el fuego del hall, atizando la madera encendida como si atacara a un enemigo desconocido. Brenna se tomó un instante para mirarlo a sus anchas antes de acercársele y detenerse detrás de él.

Garrick se volvió rápidamente cuando sintió su presencia y ambos se miraron con fijeza un largo momento. Ella vio en los ojos de él la sorpresa y después la cólera, pero no pudo seguir conteniéndose y se le arrojó en brazos para estrecharlo con las pocas fuerzas que le quedaban.

Sintió que el cuerpo de él se ponía rígido y que esos brazos amados no devolvían el abrazo. Lentamente, se apartó.

- De modo que habéis regresado.

Ella no pudo soportar esa mirada ni el tono de esa voz. Había odio allí, además de la cólera.

- ¿Os extraviasteis? - continuó Garrick en el mismo tono lleno de rencor- . ¿O quizá comprendisteis por fin que no podíais sobrevivir sola en esas tierras desoladas?

- Ella afirma que no escapó, Garrick - dijo Erin entrando en la estancia- Fue llevada por la fuerza al otro lado del fiordo.

- ¿Eso fue lo que os dijo?

- Yo le creo- dijo Erin con firmeza, saliendo en su defensa- . Eso exlplicaría por qué el mastín estaba mojado y herido cuando regresó. El animal pudo tratar de seguirla a través del fiordo.

- ¡O caerse en un lago tratando de seguirla, lo cual le costó la vida!

- ¿Perro ha muerto?

Garrick no hizo caso de la pregunta. Ella miró consternada a Erin, quien asintió en silencio. Dios misericordioso, ¿porqué también esto? ¿No bastaban sus sufrimientos? Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando la asaltaron los recuerdos. Se había ganado el afecto del mastín sólo para causar involuntariamente la muerte del animal.

Vio que Garrick era de la misma opinión, pero ella no tenía toda la culpa. Debía hacerle comprender eso.

- Fue Arno quien hirió a Perro - dijo Brenna en un susurro cargado de dolor- . El lo apartó de un puntapié cuando Cedric se disponía a matarlo.

- ¡Cedric!

- ¡Ellos fueron quienes me llevaron, Garrick! - vio que él dudaba y se puso frenética- . ¡Debéis creerme! Trajeron un barco a fin de poder llevarse también a Willow. Querían que vos creyeseis que yo había escapado a fin de que no sospecharais de ellos.

- ¿Por qué? - preguntó él.

- Nunca supe por qué, excepto que una mujer fue a verlos y les habló de mí. Me retuvieron en la granja de Arno pero con la intención de que Cedric se adueñase de mí. Cuando él vino e intentó someterme, yo lo maté y escapé. Primero busqué vuestra ayuda y grité desde el acantilado del frente, pero nadie me oyó. No sé nadar, no pude encontrar un bote, de modo que di la vuelta al fiordo pues era el único camino que me quedaba.

- ¡Sacadla de aquí, Erin, antes de que la lastime! - Erin le puso las manos sobre los hombros pero ella se apartó.

- ¡Es la verdad, Garrick! ¡Todo es verdad! En nombre de Dios, ¿por qué iba yo a mentiros?

- En la esperanza de que os perdone y os acepte nuevamente - dijo él, sin piedad- Es demasiado tarde para eso.

Lágrimas incontrolables rodaban por las mejillas y el cuello de Brenna.

- Podríais averiguar la verdad si quisieseis, Garrick. Cruzad el fiordo. Comprobad vos mismo que Cedric ha muerto a manos de una mujer.

- Sería mi muerte si me encontrasen en tierras de los Borgsen. Pero eso vos debéis saberlo por las mujeres, tal como supisteis los nombres de los Borgsen. Ellas conocen bien la historia y murmuran a menudo.

- No es así. ¡Preguntadles! - dijo Brenna. Ahora lloraba histéricamente pero él le volvió

la espalda.

- Vuestras propias palabras os delatan, porque nadie hubiera podido sobrevivir, en invierno, a lo que describís. Llevadla a la casa de mi padre, Erin.

- ¿Por qué allí?

Garrick la miró otra vez a la cara. con tanto veneno en los ojos que ella se estremeció.

- Mi intención, si os encontraba, era venderos en el Oriente, donde las esclavas son tratadas como esclavas y no con las libertades que tontamente os concedí aquí. Pero fuisteis un regalo de mi padre y por lo tanto es el derecho de mi padre teneros de vuelta.

- Venid Brenna - dijo Erin.

Brenna se sintió corno si la desgarraran en dos. La bilis le subió a la garganta y casi la ahogó. No estaba lo bastante fuerte para enfrentar este rechazo. Se hubiera desplomado en el suelo si Erin no la hubiese sostenido. Se dejó llevar hasta la pared que dividía el hall, pero allí se volvió y miró a Garrick por última vez.

- Todo lo que he dicho es verdad, Garrick - su voz sonó desprovista de toda emoción. Interiormente, estaba muerta- . Fue mi amor por vos y mi necesidad de regresar a vuestro lado lo que hizo posible que sobreviviese al viaje alrededor del fiordo. Pasé hambre porque no había nada que comer y muchas veces estuve a punto de helarme. Pero seguí adelante porque pensaba que vos estaríais aquí para recibirme. Debí morir. Eso os hubiera hecho más feliz.

Había hablado a la espalda de él, rígida e inconmovible. Ahora se marchó, con un dolor torturante en el pecho. Lo había perdido. Ya nada más importaba.

36

Erin no osó desobedecer a Garrick. Sabía que su joven amo estaba equivocado, ahora estaba seguro de ello, pero también tenía la certidumbre de que Garrick nunca se dejaría disuadir de su error. Erin se condolía de Brenna. La joven no merecía un tratamiento tan despiadado. Si no hubiera sido por la otra mujer que había destruido primero a Garrick, esta vez él habría podido ceder y confiar en Brenna. Pero Garrick, un joven amargado, se había encerrado completamente en sí mismo y Brenna sufría por ello.

Brenna no dijo nada en el camino hasta la vivienda de Anselmo . Erin trajo un carro para llevarla y prometió que también le llevaría la yegua si bien el animal hubiera recuperado un poco de sus fuerzas. Brenna nada respondió y fue con el corazón acongojado que él la dejó en el hogar de su antiguo amo.

Brenna fue recibida con grandes muestras de alegría por Linnet, quien la trató como a una inválida después de expresar su compasión por el estado de su sobrina. No le permitieron levantarse de la cama ni ella lo intentó. Todos sus caprichos hubieran sido satisfechos, pero Brenna nada pidió. Comió muy poco de lo que le pusieron delante, pese a que Linnet la reprendió con severidad.

En vez de poner se más fuerte, se debilitó aun más. No quiso explicar nada ni responder a ninguna pregunta, hasta el día que Cordelia la visitó.

- Linnet me dice que os estáis consumiendo, Brenna- dijo Cordelia con afectación, y se sentó en el borde de la cama- Eso me complace mucho.

Brenna aparentó no haberla escuchado. Se limitó a mirar fijamente a su hermanastra sin cambiar de expresión. Esto fastidió a Cordelia más que una réplica hiriente.

- ¿Me habéis oído, Brenna? Me alegro de que os estéis muriendo. Así no estaréis aquí para tentar a Hugh y alejarlo de mí. Con mi barriga tan grande, él anda buscando otras diversiones.

Brenna ni siquiera parpadeó y Cordelia se levantó de la cama y empezó a pasearse.

- Hugh se muestra amable conmigo y lo mismo su padre - Cordelia empezó a caminar más rápidamente, precedida a cada paso que daba por su enorme barriga- . Pero yo no he tenido presentes tan valiosos como los que os dio vuestro vikingo. ¡Sois una malcriada, Brenna! ¡Nunca estáis satisfecha! ¿Por qué huisteis de él? Ahora estáis aquí, donde no sois bienvenida. Siempre que estáis cerca, yo pierdo lo que es mío. Pero esta vez no. No dejaré que me quitéis a Hugh. ¡Primero, os mataré!

Brenna la siguió con los ojos.

- Sois una tonta, Della - dijo con voz débil- . Preferiría morir antes que quitaros a Hugh. El me desagrada.

- ¡Mentís! ¡Queréis todo lo que es mío!

- Vuestros ridículos temores no tienen fundamento y me enfermáis con vuestros celos. No quiero nada que sea vuestro. No quiero a ningún hombre. Nunca más.

- ¿Ni siquiera a vuestro precioso vikingo, quien os hizo a un lado por otra mujer? - Cordelia soltó una carcajada chillona- . Sí, yo sé de Morna, su único amor verdadero.

Brenna se sentó en la cama por primera vez en días.

- ¡Iros de aquí, Della!

Cordelia fue hasta la puerta y allí sorprendió a Brenna con una sonrisa de sincera calidez.

- De modo que vuestro espíritu vuelve. Quizá ahora vivirás sólo para despreciarme, ¿eh?

Con eso salió de la habitación, dejando a Brenna sumida en confusión ¿Cordelia la había hecho ponerse furiosa a propósito? ¿De verdad no quería que Brenna muriese?

Linnet entró en la habitación. En su rostro apareció una expresión de alivio.

- ¿Estáis mejor, por fin? - Brenna ignoró la pregunta.

- ¿Qué le sucede a Della?

- Ha cambiado mucho a medida que otra vida crece dentro de ella. Estuvo muy afligida por vos cuando nadie pudo encontraros. Lloró ante mí diciendo que había sido terriblemente

mala con vos y que temía no poder reparar lo que os había hecho.

- Me resulta difícil de creer.

- Todos temimos que hubierais muerto, Brenna. ¡Fue una tontería lo que hicisteis!

Brenna suspiró y volvió a acostarse.

- La única tontería que hice fue regresar a Garrick.

- No, criatura. Estáis viva y ahora debéis hacer un esfuerzo para recobrar vuestras fuerzas.

- Hay mucho que tengo que contaros, tía.

- Primero hablaréis con Heloise. Ella ha estado aguardando muchos días para hablar con vos. La buscaré y os traeré comida. Y esta vez - añadió con severidad- , comeréis todo.

Brenna esperó con impaciencia. Se recuperaría. Sólo estaba dañándose a sí misma con su autocompasión y su pena. Basta ya de despreocuparse de si vivía o moría.

De pronto le vinieron a la mente las palabras de Anselmo : «Preferiría ver a Brenna libre que en poder de otro.» Ella pertenecía otra vez a Anselmo y, según lo que el mismo Anselmo había dicho, debía dejarla en libertad aunque ella tuviera que revelarle que lo había oído y entendido cuando dijo eso. Entonces, todos sus sufrimientos no habrían sido en vano.

Heloise entró en la habitación seguida de Linnet, quien traía una gran bandeja con comida. Brenna sintió que el hambre le roía la barriga pero eso podía esperar unos minutos más.

- He matado a un enemigo de los Haardrad y por eso, según la ley vikinga, exijo mi libertad.

Sus palabras sorprendieron a las dos mujeres hasta dejarlas sin habla. Brenna pasó rápidamente a explicar lo que le había sucedido.

- Podéis no creerme - dijo por fin- tal como Garrick se negó a aceptar la verdad. Pero juro, con Dios por testigo, que todo lo que he dicho es verdad.

- Es una historia increíble, Brenna - dijo Heloise por fin- . Debéis admitir que es difícil creer que sobrevivisteis a un viaje tan largo en esta época del año.

- Sí, lo admito. Si no hubiera sido por mi amor por Garrick, habría perecido.

- Admito que el amor puede proporcionar fuerzas adicionales. Puede superar obstáculos imposibles - dijo Heloise, y añadió, pensativa- : sí, yo creo lo que decís, Brenna. Pero otros no lo creerán.

- No me importa qué piensen los otros. Sólo vuestro esposo debe creerme. No puedo haber soportado todo lo que soporté para nada. Debo tener mi libertad.

- Le contaré vuestra historia, Brenna, pero no importa si él la cree o no. Vos sois ya una mujer libre. Lo fuisteis el día que mi hijo os devolvió a mi esposo

La importancia de las palabras de Heloise y la seriedad de su propia posición no afectaron a Brenna hasta que estuvo del todo recuperada. Era libre pero estaba al cuidado de Anselmo Haardrad, comiendo su comida, durmiendo en su casa. Esta dependencia empezó a corroerla interiormente. No le gustaba sentirse endeudada a este hombre más de lo que ya estaba.

Habían pasado dos meses del nuevo año y la primavera estaba acercándose cuando Brenna habló con Heloise sobre el tema. La encontró en el hall principal supervisando a sus muchas sirvientas, mientras trabajaba con notable habilidad en un telar vertical donde un hermoso cobertor estaba casi terminado.

A Brenna le disgustaba tener que pedir trabajo a fin de no sentirse una carga, pero no tenía a donde acudir en esta tierra extraña y por lo tanto se veía obligada a quedarse aquí. Sin embargo, no podía seguir haciéndolo sin pagar por su manutención.

- Señora - empezó Brenna con reticencia- , no puedo continuar aceptando vuestra hospitalidad sin pagaros de alguna forma.

- No es necesario que paguéis, Brenna.

- No, yo siento que es muy necesario. Soy una carga en vuestra casa.

- Sois una mujer libre, Brenna, y se os considera un huésped. Sería inaudito aceptar pagos de un huésped.

- Entonces debo marcharme de aquí - dijo Brenna, inflexible, sabiendo que su tonto orgullo estaba llevándola por un rumbo que no podía alterar.

Heloise frunció el entrecejo y meneó la cabeza.

- Mi marido dijo que llegaríamos a esto - Brenna quedó momentáneamente atónita.

- ¿Cómo podía saberlo él?

- El se enorgullece de poder predecir vuestras actitudes. Os considera una doncella vikinga, donde el coraje y el orgullo se imponen a todo lo demás.

A Brenna le fastidió que la hubieran calificado con tanta precisión y más aun que Anselmo relacionara su forma de ser con las características del pueblo de él.

- ¿De modo que él sabía que yo no podría permanecer mucho tiempo aquí?

- Eso fue lo que me dijo - admitió Heloise- , aunque yo no pude creer que seríais tan temeraria como para marcharon de aquí sin tener adonde ir.

Esas palabras picaron a Brenna.

- No puedo evitar ser como soy, señora. Mi destino es ser dominada por el orgullo.

- Lo sé, Brenna, y siento haberos criticado. Una vez yo tuve orgullo como vos, pero aprendí a dominarlo, como espero que vos aprenderéis un día.

- Me marcharé mañana y os agradezco por haberme tenido aquí.

Heloise meneó la cabeza y sonrió con pena.

- Si estáis decidida a hacerlo, hay una casa en nuestra tierra donde podréis vivir hasta la primavera.

Brenna se sintió al mismo tiempo aliviada y deprimida.

- ¿Sólo hasta la primavera?

- No, hasta que vos lo decidáis, Brenna. Pero mi marido me pidió que os dijese que en la primavera él os devolverá a vuestra tierra, si ese es vuestro deseo.

Brenna recibió esta noticia con sentimientos encontrados. Dejar esta tierra fría había sido su deseo durante mucho tiempo, después se había enamorado de Garrick. ¿Y ahora? ¿Qué podía importar si ponía entre ellos la distancia que separaba a sus respectivas tierras? Ahora había entre los dos un océano más profundo que cualquier otro, lleno de rencor y desconfianza.

- Brenna, ¿es eso lo que deseáis'?

- Sí - su respuesta salió en un susurro.

- Pero no tenéis a nadie junto a quien regresar, ¿verdad? - preguntó Heloise, apenada.

- No - replicó Brenna y bajó la vista- . Sin embargo, tampoco aquí tengo a nadie.

- Vuestra tía está aquí... y vuestra hermana. Y yo he llegado a amaros y a afligirme por vos, a causa de mi hijo...

- ¡No lo mencionéis en mi presencia! - estalló Brenna interrumpiéndola- . ¡El es la persona más mala, más odiosa, más desconfiada que he conocido! - Brenna se detuvo y se mordió el labio- . Perdonadme. Es vuestro hijo y supongo que a vuestros ojos él no puede hacer ningún mal.

- No. Mi hijo ha hecho muchas cosas de las que no estoy orgullosa - admitió Heloise.

Brenna luchó por sacarse a Garrick de sus pensamientos.

- ¿Mi tía? ¿La dejaríais en libertad para que vuelva a mi tierra conmigo?

- No lo sé, criatura - Heloise arrugó la frente- . Ella y yo nos hemos hecho muy amigas, aunque supongo que vos la necesitaréis más que yo. Lo pensaré y decidiré antes de vuestra partida.

- ¿Y mi hermana, y las otras mujeres de mi aldea? - insistió Brenna.

- Las otras han formado nuevos hogares, Brenna. Por lo que sé, son felices aquí.

- ¿Cómo esclavas? - No pudo evitar que su voz sonara llena de sarcasmo.

- Vos y yo podríamos discutir interminablemente sobre este tema, Brenna - Heloise sonrió- . Sé como pensáis y conocéis mis opiniones. Esas otras mujeres no están peor que antes - Brenna empezó a protestar pero Heloise levantó una mano para impedirle que continuase- . Y vuestra hermana ahora no podrá ser liberada nunca porque lleva en su seno la criatura de mi hijo mayor. De todos modos, no creo que ella desee regresar a una propiedad

arruinada.

Brenna se estremeció. No había pensado en eso. Tendría que construirse una casa nueva para reemplazar a la vieja. Aunque la mansión de piedra gris todavía estuviese en pie, ella no podría soportar vivir sola allí.

- ¿Dijisteis que hay una casa donde yo podría vivir hasta la primavera?

- Sí. Está cerca de un pequeño lago, no lejos de aquí. Y junto a la casa un manantial.

- Por supuesto, pagaré por usar la casa.

- Por supuesto - dijo Heloise con diplomacia, sabiendo que hubiera sido inútil discutir con esta joven empecinadamente orgullosa- . La familia que usó últimamente la casa daba una parte de su cosecha de verano. Pero puesto que vos no podéis hacer eso, creo que dos pieles por semana serán suficientes como pago. Tengo entendido que cazáis desde que erais una criatura, de modo que esto no os será muy difícil.

- No. Es muy poco. Daré tres pieles por semana - replicó Brenna, con determinación.

- iBrenna! - dijo Heloise en tono de reproche.

- Insisto.

La mujer mayor meneó la cabeza pero sonrió a su pesar.

- Entonces, insisto en que me permitáis proveeros de sal, pues terminaréis con más carne de la que podréis comer y tendréis que curarla. También avena y centeno, Secas, pues no podréis subsistir solamente con carne por única comida.

Brenna asintió, satisfecha.

- De acuerdo. Y para la primavera también tendré pieles suficientes para pagar mi pasaje de regreso a mi tierra.

- Eso no es necesario, Brenna. Anselmo no lo aceptará.

- No obstante, tendrá que ser así - dio media vuelta y salió del hall.

Heloise levantó las manos.

- Qué orgullo tonto - murmuró, antes de volver a su trabajo en el telar.

37

La casita se ajustaba perfectamente a las necesidades de Brenna y había sido limpiada por completo antes de su arribo. Era lo bastante pequeña para retener el calor de un fuego y estaba muy cerca del bosque, donde abundaba la caza. Había ollas de hierro para cocinar, mantas limpias de lana, un arco y trampas para cazar y hasta una muda de ropa de suave lana y una capa muy abrigada.

Lo único que no había sido previsto era una tina para bañarse, pero Brenna pensó que ello se debía a que el pequeño lago estaba tan cerca. Sin embargo, ahora el lago se encontraba cubierto de hielo y romper la gélida costra para bañarse en el agua fría no resultaba nada tentador. Se las arreglaría con baños de esponja hasta que los días fueran más templados.

Brenna se instaló en su nuevo hogar con la alegría y el entusiasmo de una criatura. Ahora era independiente, responsable sólo ante sí misma. Disfrutó de su flamante libertad pero no pasó mucho tiempo antes que la novedad perdiera sus atractivos y se instalara la soledad. En tan completo aislamiento no podía evitar pensar constantemente en Garrick. Cuando un día lo vio en el bosque y se cruzaron sin decir palabra, con hostilidad de enemigos, su melancolía se acentuó aun más. Todos los días cazaba hasta cansarse.

Después se agotaba conservando la carne con sal y tratando las pieles, y por último preparaba la comida para el día siguiente, antes de irse por fin a la cama. Sus días eran monótonos, dedicados solamente al trabajo, pues ella trataba con desesperación de tener su mente siempre ocupada en sus necesidades más inmediatas.

El hielo se rajó y fundió con el alargamiento de los días, pero el frío no disminuyó, de modo que Brenna decidió no bañarse todavía en el lago. Las flores nuevas empezaron a ocupar el lugar de los botones de invierno y la nieve desapareció de la mayor parte de la tierra. La primavera había llegado a Noruega.

Brenna se quedó extasiada cuando vio el carro que se acercaba a su casa.

Esperó que fueran Heloise o Linnet, con noticias sobre la fecha en que zarparía Anselmo . Pero estaba tan hambrienta de compañía que no se decepcionó cuando Janie y Maudya se apearon del carro en que Erin las había traído. Después de que intercambiaran afectuosos saludos, Brenna las hizo entrar y se alegró de tener sobre el fuego una generosa comida para poder ofrecerles. Erin había traído un pellejo de vino que Garrick le regaló durante la celebración de invierno y todos bebieron a la salud de todos.

Después, Erin fue a cortar leña contra las protestas de Brenna, porque se sentía incómodo entre tantas mujeres que platicaban. Al principio, Janie y Maudya se mostraron distantes, intimidadas por la nueva posición de Brenna, pero cuando bebieron más vino y sintieron el afecto sincero de Brenna, la incomodidad desapareció muy pronto.

- Erin nos contó lo que os sucedió, Brenna - empezó Maudya- . Es asombroso que estéis con vida.

Brenna se limitó a asentir. Raramente pensaba en la vez que estuvo a punto de morir. Mejor era olvidarlo.

- Garrick ahora es un verdadero vikingo.

- ¿Qué queréis decir, Maudya? - preguntó Brenna.

Se sentía ansiosa por tener información sobre él.

- Es la clase de hombre con que mi madre solía asustarme contándome historias cuando yo me comportaba mal. Se ha vuelto terriblemente malvado, Brenna, desde que os fuisteis. Es mucho peor que antes, cuando la otra mujer lo dejó por otro hombre. Ahora está continuamente de mal humor. siempre a punto de estallar. Me da mucho miedo.

- ¿Cómo está él, fuera de eso?

- Si os referís a su salud, está bien. Excepto que bebe cada vez más, hasta que con alivio de todos, se duerme.

- ¿Seguro que no exageráis?

- Ojalá lo hiciera.

- ¿Ni siquiera un poquito?

- No, Brenna- dijo Janie con tristeza- . Ha ofendido a sus amigos con su mal carácter...

hasta a Perrin. Se dijeron palabras que no pueden retirarse. Perrin ya no viene.

- Lo siento - dijo Brenna.

- Y si fuera posible, el amo Garrick se volvió aun más malvado después que cruzó el fiordo - añadió Maudya.

- ¿Cuándo fue eso?- preguntó Brenna, muy excitada.

- No mucho después de vuestro regreso. Partió armado hasta los dientes, como preparado para la guerra. Pero estuvo ausente menos de un día. A nadie dijo por qué fue ni por qué vino tan disgustado con lo que encontró. ¿Qué podía haber encontrado que no confirmara la historia de Brenna? O quizá averiguó la verdad y se enfureció por haberse equivocado, por haber sido demasiado obstinado para deshacer el daño que había causado con sus dudas.

- Fue un milagro que regresara ese día - continuó Maudya- Si los Borgsen lo hubieran encontrado lo habrían matado.

Algo de la antigua curiosidad picó a Brenna.

- Esa guerra entre los dos clanes... contadme de eso.

- ¿No lo sabéis? - exclamó Maudya- . Creí que Janie os lo había contado.

- Yo creí que lo habíais hecho vos - repuso Janie.

- ¿Alguna de vosotras me lo explicará? - preguntó Brenna, exasperada.

- No hay mucho que contar - replicó Janie.

- Entonces, dejadme a mí - intervino Maudya, ansiosa de entregarse a la murmuración- . Cinco inviernos han pasado desde que empezó todo. Antes de ello, el jefe del clan Borgsen y el padre de Garrick eran muy amigos, hermanos de sangre, a decir verdad. Latharn Borgsen tenía tres hijos: el menor, quien acababa de regresar de su primer viaje por mar, era Cedric, el mismo que vos decís que...

- Sí, continuad - la interrumpió Brenna rápidamente.

- Era otoño y la época de rendir tributo a los dioses por la buena cosecha. Anselmo preparó un festín enorme y los dos clanes se reunieron para celebrar. La francachela y el jolgorio se prolongaron semanas... se bebió más hidromiel que en ninguna otra ocasión.

- ¿Pero qué pudo suceder para poner fin a esa larga amistad? - preguntó Brenna con impaciencia.

- La muerte de Thyra, la única hija de Anselmo . Ella era una joven bonita, según lo que nos han contado, pero enfermiza y terriblemente tímida, excepto con su propia familia. Tenía entonces quince veranos, pero nunca asistía a las celebraciones, ni siquiera después que se lo permitieron. Era comprensible que los hijos de Latham Borgsen no supieran quién era ella pues nunca la habían visto.

- ¿Qué tuvieron ellos que ver con la joven?

- En realidad, no se sabe exactamente qué sucedió, Brenna. La opinión general es que Thyra salió a caminar para alejarse del bullicio del festín. La encontraron a la mañana siguiente, detrás de la casa depósito, con el rostro horriblemente golpeado, su falda todavía subida hasta su cintura y su sangre virginal cubriéndole los muslos. En cl corazón tenía clavada su propia daga que seguía aferrando con su mano.

Brenna quedó horrorizada por el drama de alguien tan joven.

- ¿Se quitó la vida?

- Nadie lo sabe con seguridad, pero la mayoría cree que lo hizo porque no quiso seguir viviendo después de lo sucedido.

- ¿Quién pudo hacen algo tan monstruoso? - Brenna comprendió la respuesta por otras cosas que le habían contado.

- Los hijos de Latharn: Gervais, Edgar y Cedric... ellos tres.

- ¿Cómo se supo eso?

- Ellos mismos se traicionaron la mañana en que supieron quién era Thyra. Los tres se asustaron y huyeron. Fue un momento terrible para todos... el dolor, y después la sed de venganza. El amo Garrick amaba a su hermanita, pero también Hugh la amaba. Los dos pelearon por el honor de vengar su muerte. Ganó Hugh. No importó que los hermanos

Borgsen hubieran creído que violaban a una moza sin importancia, sin duda tomándola por una simple esclava. Se había cometido un crimen contra el clan Haardrad y los criminales tenían que pagar.

Anselmo , Garrick y muchos otros cruzaron el fiordo con Hugh. Anselmo estaba consternado y dolorido por lo que había pasado, lo mismo su amigo Latham. Hugh desafió por turno a los otros dos, Anselmo lo detuvo, contra las protestas de Hugh y de Garrick. Todos los Haardrad volvieron a casa y esperaron que los Borgsen se tomaran represalias. Pero nunca lo hicieron, excepto la matanza de algún animal extraviado de cuando en cuando. Las dos familias habían sufrido una pérdida y los dos jefes no quisieron que hubiera más muertes.

- Qué trágica historia. ¿Nadie se preguntó por qué Thyra no gritó cuando fue atacada? Nada de eso hubiera tenido que ocurrir.

- Ella era una muchachita muy tímida que se asustaba de cualquier cosa - repuso Jame- Sin duda se asustó demasiado para gritar, o quizás ellos se lo impidieron.

- Dicen que siempre fue una criatura débil, ya desde el nacimiento - comentó Maudya- . Es sorprendente que le hayan permitido vivir cuando nació.

- ¿Permitido vivir? ¿Qué juego de palabras es ese?

- No es un juego de palabras, Brenna - dijo Janie, disgustada- . Si yo hubiera conocido esa costumbre vikinga cuando llevaba a mi hijo en mi seno, habría estado aterrorizada. Pero mi niño nació sano, gracias a Dios todopoderoso.

Brenna se había puesto mortalmente pálida.

- ¿Qué decís? ¿Qué costumbre vikinga?

- El ritual del nacimiento - dijo Maudya, con igual desagrado- Un niño recién nacido debe ser aceptado por su padre, ya sea que éste se haya casado o no con la madre. Como sabéis este pueblo valora la tuerza y deplora la debilidad. Se supone que un hombre o una mujer que no sean fuertes no pueden sobrevivir en esta tierra inhóspita. De modo que un niño que nace deforme o débil es rechazado por el padre y expuesto a los elementos. Se muere, por supuesto, pero el padre se absuelve a sí mismo razonando que el niño de todos modos no habría sobrevivido y que hubiera sido un desperdicio proporcionarle alimentos y cuidados cuando hay otros más necesitados.

- ¡Esa es una costumbre bárbara! - exclamó Brenna y luchó por controlar la náusea que empezó a sentir.

- ¿Qué es bárbaro? - preguntó Erin que entraba con un haz de leña en los brazos.

- La costumbre de rechazar a un niño débil y de dejarlo a la intemperie para que muera de frío o de hambre antes que la madre haya podido tenerlo en brazos.

- ¿Por qué es eso bárbaro? - preguntó él obstinado y dejando la leña junto al fuego.

- ¿Creéis que no lo es? - preguntó Brenna, en tono de indignación- . ¡Sois tan pagano como estos vikingos, Erin, si podéis justificar tan malvada costumbre!

- No, no es así. Yo sólo creo que es el menor de los males. Preguntadle a Janie, ella es madre. Preguntadle si su amor por su hijo no se vuelve más fuerte con cada día que pasa.

- Es así - admitió Janie.

- ¿Qué estás diciendo, Erin?

- El vínculo entre madre e hijo es fuerte, pero no se hace fuerte hasta que la madre conoce a ese hijo - Brenna estaba atónita.

- ¿De modo que creéis que es más bondadoso matar al niño al nacer, antes de que pueda formarse un vínculo'? ¿Y qué pasa con el vínculo que siente la madre mientras lleva al hijo en su vientre? ¿No contáis con eso?

- Yo sólo sé que perdí un hijo al nacer, aunque no por causas naturales. Mi esposa y yo lo lloramos sólo por corto tiempo y después el niño que nunca conocimos fue olvidado. Tuve otro hijo a quien llegué a amar, y lo perdí después de diez cortos veranos. A este hijo sigo llorándolo hasta hoy. porque de él tengo recuerdos que todavía me atormentan.

- Lo siento, Erin.

- Lo sentís, ¿pero comprendéis, Brenna? ¿Entendéis que perder al niño a su nacimiento, antes que conozca lo que la vida tiene para ofrecerle, antes que sus padres sepan lo que es

amar a ese hijo, es preferible a perderlo más tarde, cuando la pérdida necesariamente casi destruirá a los padres?

- No, eso no puedo entenderlo. Un niño débil puede hacerse fuerte, a un niño deforme puede enseñársele a valerse por sí mismo.

- Quizá en vuestra tierra, muchacha, pero esto es el Norte, donde las vidas son gobernadas por la nieve y el hielo. Estamos en primavera y vos seguís encendiendo un fuego para calentaros. Mirad el humo, Brenna. Un niño débil moriría por ese humo, pero si se lo alejara del fuego moriría de frío.

- Nunca podré entender eso, Erin, de modo que basta - dijo Brenna, y se volvió.

Le temblaban las manos cuando sirvió la comida a sus amigos. Se había sentido muy contenta de verlos pero ahora deseaba que no hubieran venido. La conversación sobre la guerra de los clanes y la matanza de criaturas la había deprimido terriblemente. No pudo tocar su comida, su estómago se rebelaba.

Los otros siguieron platicando como si la conversación anterior no los hubiera afectado. Erin miró a Brenna con expresión pensativa. Ella trató de evitar su mirada y por fin se levantó de la mesa para limpiar la habitación. Después de un rato, comprobó que él seguía mirándola con fijeza y no pudo seguir soportándolo.

- ¿Por qué me miráis así? - preguntó. Erin no se arredró por el tono cortante.

- ¿Estáis preñada, muchacha?

Brenna se había negado a admitirlo y menos dispuesta estaba a dejar que otros lo supieran.

- ¡No, no lo estoy!

- Yo iba a preguntaros la misma cosa, Brenna - dijo Maudya- . Habéis engordado un poco.

- ¡Os digo que no! -citó Brenna, e inconscientemente se cubrió el vientre con las manos- . ¡Os digo que no estoy preñada!

Toda clase de desastrosas posibilidades se agolparon en su mente. Garrick rechazando al niño a causa de su odio. Ella obligada a permanecer aquí, como Cordelia ¡No tenía que suceder! Ya había llegado la primavera. Tendría que volver a su tierra pronto, muy pronto.

Las visitas se marcharon después de este estallido, no convencidos por la negativa de Brenna.

Brenna pasó una noche de insomnio, llena de imágenes aterrorizadoras que no pudo controlar. Por la mañana estaba muy nerviosa, exhausta pero completamente despierta. Por fin había aceptado la verdad: una criatura crecía dentro de ella.

- Una criatura para una criatura - dijo en voz alta y sintió lástima de sí misma- Podremos jugar juntas, tener berrinches. ¡Oh, Dios, no quiero ser madre! ¡No sé cómo serlo!

Lloró, aunque lo había hecho ya toda la noche. Anselmo debía zarpar de inmediato, antes de que nadie más notara su estado. Ella debía alejarse de esta tierra pagana y dar a luz a su criatura entre su propia gente, donde no tuviera que temer por la vida de su niño.

Brenna se preparó a partir. Cuando abrió la puerta sintió como si los dioses paganos conspiraran contra ella. El suelo estaba cubierto de un blanco manto de nieve recién caída. ¿Cómo osaba nevar tan entrada la primavera? Se preguntó irracionalmente.

El pánico la dominó y cabalgó a imprudente velocidad hasta la casa de Anselmo . Buscó a Heloise y la encontró con Cordelia. Las dos mujeres estaban cosiendo ropitas para un nuevo bebé. ¿Sabía Cordelia el destino que le aguardaba a su criatura si no nacía sana? ¿Lo sabía Heloise? Brenna miró las ropitas y momentáneamente olvidó por qué había venido.

- Tenéis el rostro encendido, Brenna - comentó Heloise, dejando a un lado sus labores.

- Debe de ser la luz, señora - dijo Brenna con aire culpable- . Me siento bien.

- Ojalá todos se sintieran bien.

- ¿Cómo, señora?

- Oh, mi marido ha caído enfermo. No es nada serio pero no soporta estar en la cama - como respondiendo a sus palabras, llegó un grito de la habitación de Anselmo - . ¿Lo veis?

- ¿Cuándo estará lo bastante bien para partir? - preguntó Brenna con ansiedad.

- No será pronto, Brenna, pero tampoco falta mucho. El barco estaba siendo aprovisionado hasta que cayó esta nevada inesperada. Ahora los hombres deben esperar que el tiempo mejore otra vez antes de continuar. Para entonces, también mi marido habrá mejorado lo suficiente.

- ¿Pero cuánto tiempo?

- Yo diría que hasta principios del verano. Es una hermosa época del año para navegar.

- ¡El verano! ¡No puedo esperar tanto, señora! - dijo Brenna, alzando sin darse cuenta la voz.

- ¿Qué sucede, Brenna?- preguntó Cordelia- . Me alegré cuando supe que no partiríais tan pronto. Estaréis aquí cuando yo dé a luz.

Cómo había cambiado a Cordelia su inminente maternidad. Ya no se mostraba rencorosa, llena de deseos de venganza. Por fin era realmente feliz.

- Parece que no tengo otra alternativa que quedarme, aunque, por supuesto, será un placer ver a vuestro hijo antes de marcharme, Della. Si enviáis por mí cuando llegue el momento os ayudaré en todo lo que pueda- «Y me ocuparé de que nada malo le suceda a vuestro hijo», añadió en silencio para sí misma, antes de despedirse.

Cuando cruzó la puerta para marcharse, Brenna vio a Garrick que entraba en ese momento en el patio. Se detuvo. Junto a él, en una yegua de patas cortas, estaba Morna, con una sonrisa radiante, llenando el aire con sus carcajadas argentinas.

Brenna encontró la mirada de Garrick y se estremeció ante la expresión glacial de esos ojos. Se volvió para entrar de nuevo en el hall, para ocultarse, para huir, para alejarse de esa mirada que la hería más que un golpe físico. Pero el sonido de la voz de Garrick la hizo detenerse, torturándola con su tono suave.

- Permitidme ayudaros, amor mío.

Brenna se sintió ahogada por el dolor. El hablaba la lengua de ella, no la de él, a fin de que ella pudiera entender cada palabra. Halagaba a Morna en su presencia.

- ¿Cómo puede perdonarla a ella y no a mí? - se preguntó.

- ¿Qué dijisteis, Garrick?

- Permitidme que os ayude a bajar del caballo, Morna - repuso él, ahora en su propia lengua.

- Supe que vendríais - dijo Morna con gran confianza- . Cuando me enteré de que os habíais librado de esa bruja celta, supe que seríais mío otra vez.

- ¿De veras?

Brenna no pudo soportar seguir escuchando. Cruzó corriendo el hall, ignorando la presencia de Heloise y Cordelia, y salió tropezando por los fondos de la casa. Enjugó las lágrimas que le nublaban la visión y corrió, sin detenerse, hasta el establo para buscar a Willow.

Cuando Garrick vio que Brenna se había marchado soltó rápidamente la cintura de Morna. Lanzó una mirada asesina a la puerta donde había estado la joven, todavía imaginándosela allí, deseando ponerle las manos encima, aunque sabiendo muy bien que si ella llegaba a acercársele él la mataría.

- Bueno, ayudadme a bajar, mi amor - Garrick dirigió su mirada furiosa a Morna.

- ¡A lo que os ayudaré es a que sintáis el peso de mi espada!

- ¿Qué... qué sucede con vos?

- ¡Nunca volváis a acercaros a mí en el camino ni a seguirme, Morna! ¡Si apreciáis en algo vuestra vida, nunca, nunca volváis a acercaros a mí, Morna!

- ¡Pero... pero yo creí que todo estaba perdonado! - gritó ella- . Vos me sonreísteis. Vos... vos no me mirasteis mal hace un momento, cuando ella... - Morna ahogó una exclamación y agrandó sus ojos azules- . ¿Vuestros modales amables fueron para que viera ella?

- Cuidado, Morna - le advirtió él entono glacial- . No tengo paciencia para soportar vuestra presencia.

- Garrick, por favor. Debéis perdonarme por lo pasado. Una vez compartimos un amor.

¿Lo habéis olvidado?

- No, recuerdo que me jurasteis amor - su voz se hizo más grave, como la calma después de una tormenta- . Y también recuerdo que preferisteis al primer hombre que agitó una bolsa llena ante vuestros ojos codiciosos.

- He cambiado, Garrick. La riqueza ya no tiene importancia para mí.

- Eso podéis decirlo fácilmente, ahora que tenéis lo que queríais - dijo él con desdén.

- Eso no es verdad, Garrick. Os quiero a vos. Os quise siempre.

- Y yo os quería a vos entonces ¡Ahora preferiría pudrirme en el infierno antes que volver con vos!

- ¡No digáis eso, Garrick! - gritó ella.

- ¡Iros, Morna!

- ¡Es a causa de esa bruja extranjera que no queréis perdonarme! ¿Qué hechizo ha lanzado ella sobre vos?

- Ningún hechizo. Ella está muerta para mí, como vos. ¡Ninguna de las dos tendrá jamás mi perdón!

- Vos...

El la interrumpió aplicando una fuerte palmada a las ancas de la yegua. El animal salió disparado del patio, con Morna luchando por controlarlo pero tratando, al mismo tiempo, de mirar hacia atrás. Garrick, disgustado, le volvió la espalda. Que una vez hubiera creído amar a esa mujer ahora le parecía inconcebible. Le había atraído su belleza y el orgullo de casarse con la joven más deseable de la región.

Pero esas no eran medidas del amor. Cuando la perdió, fue el orgullo herido, el hecho de que ella hubiera preferido un gordo mercader, lo que lo convirtió en un hombre amargado.

La única motivación verdadera de Morna había sido la codicia. Brenna había buscado su libertad y no había sido capaz de entregarse. Había llegado a grandes extremos por esa libertad y para controlar su propia vida. Había usado mentiras, engaños.

Hasta juró amor con tanta facilidad como hiciera Morna una vez, empleando palabras falsas. Bien, que Brenna tuviera su libertad, que regresara a su tierra y se alejara para siempre de la vida de él.

Garrick entró en el hall y controló un poco su ira antes de acercarse a su madre. Pero al ver a la hermana de Brenna tan satisfecha y contenta con su nueva vida aquí, su amargura se acentuó. ¿Por qué Brenna era la única incapaz de adaptarse?

- ¿Dónde está Hugh? - dijo Garrick, secamente. Heloise no levantó los ojos de su costura.

- Mi hijo menor está aquí pero yo no lo sé, puesto que él ha olvidado la cortesía que tanto me he esforzado por enseñarle.

Garrick se sintió contrito y sonrió a su pesar. Después se inclinó y la besó en la frente.

- Esto es fácil de olvidar cuando ningún otro hijo vikingo muestra el respeto debido a su madre - dijo. - Una verdad que destroza los corazones de muchas madres, apostaría yo. Pero vos sois medio cristiano, Garrick, y aunque todos lo saben, os he criado en forma diferente - dejó su labor a un lado y por fin lo miró con ojos brillantes- . ¿Buscáis a vuestro hermano? No está aquí. Llevó el ganado a pastar.

- ¿Cuándo?

- Antes de que cayera la nieve.

- Entonces se demorará - dijo Garrick con irritación- . El tenía mercaderías que quería que yo vendiera. ¿No os dijo nada de eso?

- No. Hugh me dijo que os pidiese que aguardéis su regreso. Desea ir al norte con vos para cazar el gran oso blanco antes de que vayáis al este.

- Es demasiado tarde para ir al norte.

Heloise chasqueó la lengua.

- Estáis demasiado ansioso por marcharos, Garrick, como si... - se detuvo, él levantó una ceja pero ella meneó la cabeza- . Sabéis que una sola piel de oso blanco hará que vuestra espera valga la pena. ¿Estáis preocupado por vuestras ganancias, o sólo queréis marcharos?

- Si parto en mitad del verano no regresaré este invierno - replicó él.

- No tenéis necesidad de llegar tan lejos al este como antes, Garrick. Heeby es un buen centro comercial.

- Bulgar es mejor - repuso él, malhumorado - Esperaré sólo el tiempo que lleve alistar mi barco - empezó a retirarse pero se detuvo y miró a su alrededor.

- Ella se ha ido, Garrick - El miró a su madre a los ojos.

- ¿Quién?

- La que estabais buscando. Salió del hall corriendo con lágrimas en los ojos antes que entraseis vos. ¿Por qué ella llora siempre que os ve?

Garrick se puso rígido.

- ¡Ella no llora! ¡Ella jura que nunca llora!

- ¿Por qué esto tiene que alteraros así?

- ¡Porque todas las cosas que ella jura son falsas! - dijo él con vehemencia.

- Eso según vuestra obstinada opinión. Pero yo creo que lo que Brenna dice que le ocurrió cuando estuvo ausente es verdad... todo lo que ella afirma es verdad.

- ¿De veras creéis eso, madre? - dijo él en tono desdeñoso- . Entonces, dejad que os ilumine. Ella juró que mató a Cedric Borgsen, pero yo he visto a Cedric con mis propios ojos y está bien vivo.

- ¿Cómo lo visteis? - preguntó Heloise, consternada- . ¿Cruzasteis el fiordo?

- Sí. Tenía que ver personalmente pruebas de lo que ella afirmaba. Y las vi... pruebas de sus mentiras - Heloise frunció el entrecejo, pensativa.

- Ella creyó que Cedric estaba muerto, eso es todo.

- Sois bondadosa, madre - dijo Garrick, despectivo- Brenna no se merece vuestra confianza.

- Ojalá vos confiarais en ella, Garrick, y le creyeseis - dijo Heloise, sinceramente apenada- . Pronto la perderemos, y yo, por lo menos, lo lamentaré.

- En realidad, yo nunca la tuve para poder perderla - replicó él con amargura, y se marchó.

38

En las semanas siguientes Brenna pasó sus días en forma no muy diferente a la de antes, excepto que ahora tenía más energía. Sentía una compulsión a llenar cada momento que pasaba despierta de agotadora actividad. Trataba de no pensar en su cuerpo cambiante y en la vida que estaba gestando. Trataba aún con más intensidad de no pensar en Garrick y en la última vez que lo había visto al lado de Morna. Sólo quería estar exhausta cada noche, cuando se metía en su cama solitaria.

Esperaba ansiosamente noticias sobre la salud de Anselmo pero no llegaban. El sol cada vez más tibio fundió la última nieve que había caído, de modo que el barco que la llevaría a su tierra debía de estar listo para zarpar. La primavera llegó y se fue, pero nadie vino a decirle que se preparase.

Por fin no pudo seguir esperando que le trajesen noticias. Estaba muy atrasada en sus pagos semanales a Anselmo , porque había temido ir nuevamente a casa de él y quizá volver a encontrarse con Garrick. Las pieles que debía le daban ahora una razón para aventurarse fuera de su aislamiento, pero también significaba que correría el riesgo de revelar su estado a la familia de Garrick.

Prefirió correr ese riesgo porque tenía que saber por qué la habían olvidado. El verano traía a la tierra un deslumbrante despliegue de color. Aunque la primavera había sido hermosa cuando la naturaleza parecía despertar de la larga noche del invierno, el verano era embriagador. El sol calentaba la piel y el aire estaba lleno de intensos aromas florales.

El verano había sido una bendición hasta ese día, cuando Brenna se dirigió a la casa de Anselmo . Había pensado que sería más astuto disimular su estado, que ahora era muy evidente, debajo de su gruesa capa. Pero ahora se sentía como encerrada dentro de un horno. Estaba debatiéndose consigo misma sobre la conveniencia de regresar a su casita cuando se encontró en el patio frente a la casa de Anselmo . Pronto, un joven sirviente se llevó a Willow al establo.

Con gran alivio, Brenna comprobó que el gran hall estaba vacío, excepto por su tía.

- ¡Brenna! - Linnet se adelantó y le tomó las manos.- Es un placer veros otra vez.

- También a vos, tía. Esperaba que iríais me ahora que el tiempo está tan agradable.

- Perdonadme, criatura. Tuve intención de ir pero aquí ha habido mucho que hacer. La siembra para la nueva cosecha, la primera limpieza a fondo después del invierno. Muchas cosas que a todos nos han tenido muy ocupados.

- ¿Y vos ayudasteis en la siembra?

- Sí. Todos ayudaron. Anselmo tiene muchos campos. Muchos todavía están siendo cultivados.

- Un granjero vikingo - dijo Brenna con sarcasmo.

- El tiene muchos esclavos y parientes menos afortunados a los que debe mantener. Además, la mayoría de los vikingos son granjeros. Seguramente vos ya habéis aprendido eso

- Sí. O mercaderes, como Garrick - replicó Brenna en voz baja.

Linnet cambió rápidamente de tema.

- Veo que traéis vuestro pago para Anselmo y parece que algo más también. ¿Habéis estado muy ocupada, como nosotras?

Brenna asintió y dejó el gran envoltorio de pieles. Sudaba copiosamente pero no hizo ademán de quitarse la capa. A nadie, ni siquiera a su tía, podía confiarle el nuevo secreto que llevaba a cuestas.

- ¿Vinisteis solamente para pagar vuestra deuda, Brenna, o también os quedaréis un rato de visita?

- No puedo quedarme, tía. Sólo quiero saber cuándo zarpará Anselmo . ¿Vos podéis decírmelo?

Linnet frunció el entrecejo.

- No lo sé.

- ¿El sigue enfermo?

- No, lo que tuvo no fue grave y pasó rápidamente. El no está aquí.

- ¿Qué queréis decir con que no está aquí? - preguntó Brenna, alzando la voz- ¿Acaso zarpó sin mí?

- Su barco está aquí, Brenna. Pero él ha zarpado con Garrick y Hugh para cazar el gran oso blanco en el norte.

- ¿Cómo pudo hacer eso ahora? - exclamó Brenna- . ¡Había prometido llevarme a mi tierra!

- Y lo hará. Fue idea de Hugh ir al norte. Garrick no tenía muchas ganas de demorar su viaje comercial, pero puesto que Anselmo deseaba aprovechar esta oportunidad de cazar con sus dos hijos como solían hacerlo antes, Garrick consintió.

- ¿Cuándo regresarán?

- Pronto. A Cordelia le falta poco para dar a luz y Hugh no querrá perderse el nacimiento de su primer hijo.

- Claro que no - dijo cáusticamente Brenna- Después de todo, debe hacer de dios y decidir si la criatura vivirá o morirá.

Linnet ahogó una exclamación de horror.

- ¡Dios misericordioso, Brenna! ¿Qué ideas locas tenéis en la cabeza?

Brenna se retorció las manos debajo de su capa.

- Lo siento, tía. Ultimamente estoy muy quisquillosa. Sólo deseo regresar a mi tierra. ¡Añoro los días antes de haber conocido a Garrick, antes de haber aprendido a amar y odiar!

Brenna salió corriendo del hall con las lágrimas amenazando con brotar una vez más. Añoraba los días cuando nunca lloraba. Ahora eso era lo único que sabía hacer.

Esa noche, Brenna fue arrancada del sueño por fuertes golpes en la puerta de su casita. No estaba despierta del todo cuando se levante de la cama para atender y por lo tanto no pensó en cubrirse con más que una manta. Brenna se sorprendió al ver a Heloise en la puerta, con una expresión de gran ansiedad.

- Vine lo más rápidamente que me fue posible, Brenna, Cordelia os llama.

- ¿Es el niño?

- Sí. No hubiera debido venir aquí pero nunca en mi vida he ayudado en un parto y soy demasiado vieja para empezar ahora. Sin embargo, tenía que hacer algo. ¡Este es mi primer nieto!

- Entiendo - dijo Brenna, desconcertada. Había creído que esta fuerte mujer podía enfrentar con una sonrisa cualquier aspecto de la vida. Resultaba sorprendente verla ahora tan desazonada.

- Los dolores comenzaron esta mañana - continuó Heloise nerviosamente- pero ella no le dijo nada a nadie hasta esta tarde. Ahora grita por vos, Brenna. Daos prisa.

Sin pensarlo, Brenna arrojó la manta a un lado y tomó su capa. Fue entonces que Heloise la vio de cuerpo entero. Los cinco meses de preñez eran inconfundibles.

- ¡En nombre de Dios, Brenna! - exclamó Heloise- . ¿Por qué no nos dijisteis que también estáis preñada?

Era demasiado tarde para lamentar su descuido, pero Brenna, no obstante ello, suspiró preocupada.

- Hablaremos de ello más tarde. Ahora hay un niño que tiene que nacer. El mío no llegará hasta el invierno.

- Aguardad, Brenna - Heloise alzó una mano.- Este es el primer hijo de Cordelia. Quizá vos no debáis estar junto a ella. Es mejor que no sepáis lo que tendréis que soportar.

- He visto partos antes, señora, en la aldea de mis tierras. Sé que es largo y penoso. Cordelia quiere que yo esté con ella. Nunca hemos sido muy amigas, pero esto es lo menos que puedo hacer por mi hermanastra.

El parto de Cordelia duró toda la noche... horas largas, tortuosas, que pusieron a prueba los nervios de todos. Heloise se asustó mucho cuando los gritos provenientes del alojamiento de las sirvientas llegaron al hall, unos gritos tan brios y agonizantes que no parecían humanos. ¿Había ella gritado en forma tan horrible las cinco veces que dio a luz? Ello explicaría por qué Anselmo siempre había estado tan pálido cuando fue a verla después, como si hubiera tenido

que soportar más que ella. Sin embargo, hacia el final sus sufrimientos habían disminuido gracias a una poción preparada por una leal esclava del Lejano Oriente. Si por lo menos esa esclava hubiera revelado su magia antes de morir, Cordelia también ignoraría el dolor y no temería futuros partos.

Los rayos del sol siguieron a Brenna dentro del hall. Se veía lastimosamente demacrada, como si ella también hubiera sufrido los dolores de Cordelia. Tenía la ropa empapada en sudor y su hermoso pelo renegrido estaba pegoteado y desordenado. Heloise apenas la reconoció.

- No me di cuenta de que los gritos han cesado. Cordelia... la criatura... están...

- Todo está bien, señora - dijo Brenna y se desplomó en la silla semejante a un trono de Anselmo . Su voz era débil, sus ojos estaban opacos- . Tenéis un hermoso nieto y Cordelia ahora duerme profundamente. Mi tía está cuidando de la criatura.

- ¡Un nieto! Hugh se pondrá muy contento. ¡Y mi marido estallará de orgullo!

- Más importante - añadió Brenna con amargura- , la criatura es sana. Este niño no será condenado. Vivirá. - Heloise calló un largo momento y después preguntó en un susurro:

- ¿Lo sabéis?

- Sí. Lo sé. Antes me preguntasteis por qué no le dije a nadie que llevo un hijo en mi vientre. Esa es la razón. No me obligarán a quedarme aquí y alumbrar a mi hijo en esta tierra, donde su vida dependerá de sus fuerzas.

- Sé que es una costumbre cruel, Brenna. Yo no la conocía hasta hace poco. Perdí dos niños en el parto antes de tener mi quinta criatura - dijo con una voz ahogada por los recuerdos.

- ¿Murieron de muerte natural?

- Eso me dijeron. Cuando me enteré de la costumbre, en mi mente surgieron dudas. Sin embargo, nunca pude decidirme a interrogar a Anselmo . Mi tercera criatura que sobrevivió nació débil. pero Anselmo sabía cuánto deseaba yo a ese bebé después de haber perdido dos con anterioridad. Esa criatura vivió muchos años antes de morir ella también.

- Conozco la historia, señora. Lo siento.

- Yo quise morir cuando murió mi hija - dijo Heloise con voz hueca- . Hubiera sido mejor si no la hubiese conocido. No estaba destinada a vivir.

- ¡Os equivocáis! - estalló Brenna, con demasiada vehemencia- . Fue el destino cruel quien os la arrebató. Debéis tener recuerdos queridos de ella. Y ella tenía el derecho a conocer la vida aun por poco tiempo. No puedo justificar esa costumbre. ¡Mi hijo no nacerá aquí!

- Conozco a mi marido, Brenna. Ahora él no os llevará a vuestra tierra, por lo menos hasta que nazca el niño.

- ¡En invierno!

- Tendrá que ser para la primavera siguiente.

- ¡No! - gritó Brenna, poniéndose de pie tan rápidamente que casi derribó la silla- . ¡El lo prometió!

- Ahora debéis pensar en la criatura. Si hubiera una tormenta en el mar, podríais perderla.

- ¡Estoy pensando en la criatura!

- Brenna, sois una mujer fuerte. Vuestro hijo será fuerte. No hay motivos para temer.

- ¿Podéis asegurarme eso? ¿Podéis prometerme que a Garrick no le permitirán que se acerque a mi hijo?

- Aquí la ley dispone que el padre debe aceptar a la criatura y darle un nombre. Juzgáis duramente a Garrick. Yo lo he criado con amor cristiano.

- El es un vikingo y él... él ahora me odia. No querrá que mi hijo viva.

- También es el hijo de él, Brenna. Sin embargo, os diré una cosa - Heloise suspiró- . Garrick zarpará este verano hacia Oriente y como su viaje se ha demorado podría no regresar antes de la próxima primavera.

Esto fue lo más que pudo asegurarle Heloise a Brenna.

Anselmo y Hugh regresaron del norte, pero Garrick siguió viaje sin detenerse. Brenna

tenía ahora todos los motivos para creer que él no volvería este invierno. Podría, entonces, tener a su hijo tranquila.

Heloise había predicho correctamente la reacción de Anselmo : el jefe vikingo se negó a devolver a Brenna a su tierra. Vino a decírselo personalmente, trayendo a Heloise para que hiciera de intérprete. La reunión no resultó bien porque Brenna se disgustó por tener que pasar otro año en esta tierra. Sin embargo, Anselmo estaba de muy buen humor después de haber visto a su primer nieto y de enterarse que pronto llegaría otro.

Insistió para que Brenna retornase a la casa de él. Ella se negó con obstinación y se ofendió por el ofrecimiento.

- Es por vuestro propio bien - explicó Heloise- . No podéis seguir viviendo sola.

- ¡Puedo y lo haré! - dijo Brenna con vehemencia- . Nada ha cambiado. ¡Nunca volveré a depender de nadie!

- Debéis reconsiderarlo, Brenna. Engordaréis más y os pondréis más torpe. No podéis seguir como antes.

- ¡No!

- Por una vez, dejad de lado vuestro orgullo, muchacha. Tenéis que pensar en la criatura, no solamente en vos.

- Ah, se muestra obstinada como siempre - dijo Anselmo , fastidiado- . De todos modos, con nosotros no sería feliz. ¡Si por lo menos mi terco hijo no fuese tan terco, no tendríamos este problema! - Heloise, incómoda, se aclaró la garganta.

- ¿Oiréis razones, Brenna?

- Me quedaré aquí, señora, y me las arreglaré. Mi tamaño cada vez más grande no me impedirá encontrar comida. Mi objetivo no ha cambiado. No seré tonta y no saldré más a caballo, pero el bosque está cerca y la caza abunda. Recogeré ramas para el fuego en vez de cortar madera. Pondré cuidado en no dañar a mi criatura.

- No creemos que no puedas arreglaros sola, Brenna - dijo Heloise- . Sabemos que sois capaz. Pero pueden suceder accidentes.

- Pondré mucho cuidado.

Heloise suspiró.

- Si no queréis vivir con nosotros, ¿consentiréis por lo menos en tener a alguien con vos aquí? Vuestra tía dijo que vos tomaríais esta posición y preguntó si podía venir a vivir aquí con vos. Yo accedí. Si vos también estáis de acuerdo, no estaré preocupada por vos.

Brenna no respondió de inmediato. Tener a su tía nuevamente consigo sería maravilloso. Alguien con quien compartir sus nuevas experiencias, cuando el niño pateara o se moviera, alguien querido con quien poder hablar.

- ¿Daríais la libertad a mi tía?

- Brenna, sois irrazonable.

- ¿Lo haríais?

Heloise se volvió a su marido.

- Brenna accederá a dejar que Linnet se aloje aquí si vos le dais la libertad.

- ¡No! ¡Jamás!

- ¿Qué es más importante aquí? - dijo Heloise, perdiendo por una vez el control- Brenna podría morir aquí sola: ¡el niño podría morir! ¡Ella no aceptará razones, de modo que debemos hacerlo!

- ¡Por los dientes de Thor! - estalló Anselmo - . ¡Nuestras vidas eran simples antes de traer a esta muchacha!

- ¿Y bien?

- Haced lo que os parezca mejor, mujer. Cualquier cosa con tal que esta muchacha, pese a su obstinación, tenga los cuidados necesarios.

- Linnet vendrá por la mañana, Brenna... como una mujer libre. También enviaré a una mujer fuerte para que se encargue de las tareas más pesadas. No podéis esperar que vuestra tía, a su edad, corte leña o acarree agua.

Brenna sonrió.

- Está bien, señora. Pero yo seguiré pagando por esta casa. No viviré de vuestra caridad.

- Sois la muchacha más empecinada que he conocido, Brenna, ¡Ahora mismo puedo imaginarme que saldréis al bosque para cazar conejos poco antes del parto! ¡Seréis el escándalo de la región!

Brenna rió abiertamente, por primera vez en mucho tiempo.

- Toda mi vida he sido un escándalo, señora.

Brenna ansiaba que llegara el día cuando todo hubiera terminado y pudiese tener en brazos a su criatura. Quería una niña, una hijita como ella nunca había sido, con pelo renegrido y ojos grises. No quería ver nada de Garrick en la criatura. La vida había sido bastante cruel y no necesitaba que le recordaran sus decepciones.

Con el fin del verano los días se acortaron pero todavía no pasaban con suficiente rapidez para Brenna, quien ahora estaba muy gruesa. Seguía cazando en el bosque pero no con tanta frecuencia, porque dos veces a la semana encontraba en su umbral carne o pescado fresco y no podía desperdiciarlos. Habían dejado una vaca en el patio trasero y Brenna, con más tiempo libre, ayudaba a Linnet y a Elaine, la sirvienta que había enviado Heloise, a preparar mantequilla y queso con la leche fresca. Brenna disfrutaba de la compañía de estas dos mujeres pero cada vez que Garrick entraba en sus pensamientos necesitaba estar sola, para soportar en privado su dolor.

Sucedió uno de esos días en que Brenna salía a cazar, aunque no era necesario. Se internó profundamente en el bosque, sumida en profundas cavilaciones, y perdió noción de la distancia recorrida. Cuando por fin se fijó a su alrededor, no reconoció el Iugar. Empezó a volver sobre sus pasos.

Después de andar un corto trecho tuvo la sospecha de que alguien estaba observándola. No pudo librarse de esa sensación, aun después de mirar y no ver a nadie. Siguió caminando más a prisa.

Entonces vio al jinete, demasiado envuelto en pieles para un día tan templado. y cubierto con una capucha, de manera que Brenna no pudo saber quién era.

El jinete estaba montado en un gran caballo a menos de quince metros de ella.

Un miedo irracional hizo que las manos de Brenna empezaran a sudar. Cargó su ballesta y se movió con cautela, como si no estuviera en lo más mínimo perturbada. Empezó a tranquilizarse cuando puso más distancia entre ellos hasta que oyó el ruido de un caballo que se le acercaba al galope desde atrás.

Brenna giró justo a tiempo para apartarse del camino del animal. El caballo pasó raudamente a pocos centímetros de ella. Brenna apenas podía creer lo que estaba sucediendo. Cuando vio que el jinete volvía grupas y cargaba otra vez, empezó a correr. Estaba demasiado torpe para correr con rapidez y el sonido de los cascos que se acercaban era cada vez más fuerte. Se volvió para disparar su arma pero había esperado demasiado y el animal se le lanzó encima.

Fue golpeada directamente en el hombro y el impacto la hizo caer al suelo. Allí quedó tendida, respirando con dificultad, pero sin sentir ninguna herida.

Después de unos segundos, el impulso de salvarse retornó. Sin embargo, cuando trató de levantarse, un dolor terrible la atravesó por el medio de su cuerpo y la hizo gritar. Entonces oyó la risa malvada, una risa de mujer, y el sonido de los cascos alejándose en la distancia.

El dolor volvió y ella gritó otra vez, incapaz de detenerse. Mientras yacía allí, sintiendo que se acercaban las negras nubes de la inconsciencia, sólo pudo pensar en una cosa. Su criatura llegaba, pero era muy pronto, demasiado pronto.

39

Brenna abrió apenas los ojos. A través de la bruma de brillante luz de sol que se filtraba entre los árboles, vio a Garrick, con su pelo rubio más largo que lo habitual y una poblada barba cubriéndole la cara. ¿Por qué lo veía así en su sueño si antes nunca lo había visto con ese aspecto? El la sostenía... no, la llevaba a algún lugar. Quiso despertar pronto, porque hasta soñar con Garrick le hacía daño. Sin embargo, este dolor era de una clase diferente, un dolor sordo corrosivo.

- Iros, Garrick - susurró Brenna- . Me hacéis daño.

- Quieta - replicó él.

Garrick quería que ella sufriera. La atormentaría para siempre en sueños para hacerla sufrir. ¡Santo Dios, el dolor era real! Gritó. Fue un sonido que ella no reconoció como propio. Y entonces el sueño terminó.

- ¡Primero la fiebre, después casi murió de frío y de hambre, y ahora esto! ¿Cuántas veces puede enfrentar la muerte y sobrevivir?

- No es cuestión de cuántas veces sino de si podrá sobrevivir esta vez.

Brenna oía las voces bajas, susurrantes, cerca de ella. Primero su tía, después Heloise. Ahora oyó otra voz, grave y masculina, que venía de lejos.

- ¿Dónde está la comadrona?

- ¿Quién es ese? - preguntó Brenna débilmente. Linnet vino a su lado y le apartó el pelo de la cara. Estaba pálida y se veía mayor de lo que era en años.

- No gastéis fuerzas en preguntas, Brenna. Tomad, bebed esto.

Linnet le llevó una copa de vino a los labios y Brenna la bebió toda. Después miró fijamente a su tía con creciente alarma y sintió que el dolor se extendía por todo su cuerpo.

- ¿Estabais hablando de mí? ¿Me estoy muriendo?

- Por favor, Brenna, debéis descansar.

- ¿Me estoy muriendo?

- Roguemos que no - Heloise se acercó- . Pero estáis sangrando Brenna, y... y...

- Y mi criatura está llegando ahora, demasiado pronto - terminó Brenna, y una oleada de miedo le erizó la piel- . ¿Vivirá?

- No lo sabemos. Otros niños han llegado antes de tiempo, sólo que...

- Continuad.

- Eran demasiado pequeños, demasiado débiles.

- ¡Mi niño vivirá! ¡Puede nacer débil, pero yo lo haré fuerte!

- Claro que sí, Brenna - dijo Heloise para tranquilizarla- . Ahora, descansad, por favor.

- ¡Dudáis de mí! - Brenna se enfureció y trató de levantarse- . Yo...

No pudo terminar y volvió a caer sobre la cama. Cuchillos romos parecían clavarse en sus flancos. Cerró los ojos para combatir el dolor, pero no antes de echar una mirada a su alrededor. Cuando el dolor disminuyó, miró a las dos mujeres con expresión furiosa y acusadora.

- ¿Por qué me habéis traído aquí, a su casa? ¿Por qué?

- Fue él quien os trajo aquí, Brenna.

- ¿Por qué?

- El os encontró en el bosque. Fue más cerca traeros aquí que llevaros a vuestra casita.

En ese momento, Uda, la mujer que había ayudado a Cordelia con su criatura, entró en la habitación e inmediatamente empezó a revisar a Brenna.

- Esto no anda bien - dijo en su lengua natal- . La sangre que pierde no es mucha, pero no tendría que perder nada.

Brenna la ignoró por completo.

- ¿Quién me encontró? - le preguntó a Heloise- . ¿Vio él a la mujer que trató de matarme? Sé que fue una mujer. La oí reír.

- ¿Alguien trató de mataros?

- Una mujer. Se me arrojó encima con un gran caballo negro y me derribó al suelo.

- Nadie desea haceros daños, Brenna. Seguramente imaginasteis eso. Tanto dolor puede

haceros creer cosas que no existen.

- ¡El dolor no empezó hasta después que caí!

- Pero Garrick dijo que nadie estaba cerca cuando os encontró - dijo Heloise.

Brenna se puso pálida y recordó el breve sueño que había tenido de él llevándola en brazos.

- ¿Garrick ha regresado?

- Regresó hace una semana.

Todos los viejos temores retornaron duplicados para atormentar a Brenna.

- Debéis llevarme a mi casita. ¡No quiero tener aquí a mi niño!

- Ahora no podemos moveros.

- ¡Entonces debéis jurarme que no dejaréis que él se acerque a mi niño! - gritó Brenna.

- ¡Basta de esa tontería, Brenna! - dijo Heloise en tono autoritario- . Garrick quiere a vuestro niño tanto como vos.

- ¡Mentis!

Pero entonces fue traspasada por otro dolor más intenso que el anterior y no quedó tiempo de discutir pues la presión aumentó y exigió todas sus energías para pujar y sacar afuera al niño. Y otra vez, rápidamente, sintió la necesidad de pujar con toda su fuerza.

Garrick estaba de pie en la puerta abierta de su habitación, sintiéndose más impotente que nunca en toda su vida. Oyó todo lo que dijo Brenna y los temores de ella se clavaron en él como una hoja de acero. Sin embargo, no podía culparla por creerlo tan cruel. ¿Cuándo se había mostrado en otra forma con ella?

El grito de angustia de Brenna le llegó hasta el fondo del alma. Pensar que había querido alejarse de Brenna, navegar lo más lejos posible, hasta el Lejano Oriente y no volver a verla jamás. Sólo había llegado hasta Birka cuando emprendió el regreso. Pensó que Brenna ya estaría en su propio pueblo y él vino simplemente para decirle a su padre que iría a buscarla, que por fin había llegado a la conclusión de que. no podía vivir sin ella, no importaba lo que ella pensara de él.

Se encontró con la noticia de que ella seguía todavía aquí y el motivo de ello lo sorprendió. Aunque no pudo ir a verla entonces por temor a perturbarla en su estado, todos los días se acercó al bosque hasta la casa, con la esperanza de verla. Y hoy, al oírla gritar y al encontrarla inconsciente... quedó devastado por el temor.

- Un varón - dijo Uda, sosteniendo por los pies al niño en el aire.

Garrick miró intimidado, clavó sus ojos en el niño diminuto. Uda sacudió a la criatura y volvió a sacudirla. Garrick contuvo el aliento, esperando alguna señal de vida.

- Lo siento - dijo Uda- . El niño está muerto.

- ¡No! - gritó Garrick y entró en la habitación. Tomó a su hijo en sus grandes manos y miró impotente a Uda- No debe morir. ¡Ella dirá que yo lo maté!

- El niño no puede respirar. Esto les sucede a muchos niños recién nacidos. Nada podemos hacer. - Garrick miró al niño inmóvil en sus manos.

- ¡Tenéis que vivir! ¡Tenéis que respirar!

Heloise se le acercó, con lágrimas en los ojos.

- Garrick por favor. No os torturéis así.

El no escuchó a su madre. Estaba desgarrado interiormente, tan consciente del aire que movía su propio pecho pero no movía el de su hijo. Miró el pecho diminuto, deseando llenarlo de aire. Sin pensarlo, sopló su aliento en la boca de la criatura.

- ¡Aaayyy! - chilló Uda- . ¿Qué está haciendo? - salió corriendo de la habitación- ¡Está loco!

Nada resultó del intento desesperado de Garrick de insuflar su propia vida a su hijo. Pero estaba más allá de todo pensamiento racional y probó nuevamente, cubriendo esta vez la boca y la nariz del niño de modo que el aire no tuviera a donde ir como no fuera hacia los pequeños pulmones. El pechito se llenó, los bracitos se agitaron, enseguida el recién nacido aspiró aire por sí mismo y emitió un grito tan fuerte que resonó en toda la casa.

- ¡Alabado sea Dios por este milagro! - exclamó Linnet. y cayó de rodillas para dar las

gracias.

- Ciertamente es un milagro. Garrick - dijo Heloise con suavidad- Pero un milagro que causasteis vos. Habéis dado la vida a vuestro hijo.

El dejó que ella tomara al niño que lloraba. Milagro o no, estaba demasiado aliviado para hablar. Sintió un orgullo tan abrumador como si esta fuera la más grande hazaña de su vida, como si nada pudiera ser tan maravilloso.

- ¡No necesito preguntaros si aceptáis a este niño! - dijo Heloise mientras envolvia al bebé en una manta y lo colocaba a los pies de Garrick para el acto ritual del nacimiento.

El se inclinó, puso al niño sobre su rodilla y lo roció con agua de una copa. Había visto hacer esto a su padre con su hermana y sabía que lo mismo habían hecho con él y con Hugh.

- Este niño será llamado Selig, el Bendecido.

- Un buen nombre, porque está seguramente bendecido - comentó Heloise con orgullo y tomó otra vez al bebé- Ahora bajad y decid a vuestro padre que tiene otro nieto. Su orgullo y alegría serán tan grandes como el vuestro.

Garrick no fue hacia la puerta; en cambio, caminó lentamente hasta la cama.

Brenna tenía los ojos cerrados. El miró interrogativamente a Linnet.

- Se desmayó cuando nació el niño - dijo ella, secando el sudor de la frente de su sobrina- . No sabe que luchasteis por salvar a su hijo pero yo se lo diré.

- ¿Pero ella lo creerá? - se preguntó Garrick. - Sé que perdió mucha sangre ¿Vivirá?

- La pérdida de sangre ha cesado. Estará débil, como el niño. Sólo podemos rogar para que ambos recobren fuerzas rápidamente.

- No os preocupéis, Garrick - dijo Heloise desde el otro extremo de la habitación, donde estaba bañando a Selig en agua tibia contra las ruidosas protestas del niño- Todo lo que hicisteis no será inútil. El niño y la madre vivirán.

40

Durante toda la primera semana después del nacimiento del niño, cada vez que Brenna despertó lo hizo llena de temor, y no pudo librarse de sus aprensiones hasta que se aseguró personalmente de que la criatura estaba bien. Su tía le había contado una fantástica historia acerca de que Garrick salvó la vida de su hijo pero ella no pudo creerlo. Si hubiera sido verdad, si él sintiera algo por su hijo, habría venido a verlo. No vino ni una sola vez.

Brenna se recobró lentamente del parto pero Selig aumentó rápidamente de peso. Para ella fue una gran decepción no ser la responsable de la salud floreciente del niño. Había deseado con ansias dar a la criatura el alimento que necesitaba, ser la única de quien dependiera su hijito. Pero por alguna razón, ya fuera por su estado de debilidad o por no haberse cuidado mejor en los primeros meses de su preñez, su leche duró nada más que dos semanas.

Se sintió llena de autorrecriminaciones cuando Heloise insistió en traer a una mujer que tenía abundante leche para dar pues acababa de perder a su propio hijito en el parto. Pero aceptó la situación rápidamente, sabiendo que era la única solución. Compensó su fracaso con más amor y pasando todo el tiempo posible junto a su hijo. Entonces su tía la regañó por excederse. Empezó a sentir como si todos estuviesen tratando de alejarla de su criatura, como si no fuese capaz de hacer nada bien.

Afortunadamente, su resentimiento no duró mucho y terminó aceptando la sabiduría y experiencia de los mayores. Empezó a tranquilizarse en presencia de su hijito v cesó de abrumarlo con este nuevo amor que sentía tan intensamente. Por fin se sintió serena cuando lo cuidaba, lo vestía y bañaba.

Dejó que la relación se desarrollase lentamente. Cuando él le sonrió por primera vez, supo que era consciente del amor de ella.

Brenna también supo que era tiempo de regresar a su casa. La única razón por la que había permanecido tanto tiempo en la morada de Garrick fue porque en todo ese tiempo no vio a Garrick una sola vez. No sabía donde dormía él o si se encontraba en la casa. Tampoco podía decidirse a preguntárselo a nadie, ni siquiera a Janie o a Maudya.

Sus dos amigas mimaban a Selig cada vez que traían la comida a Brenna y comentaban repetidas veces cómo habían mejorado sus vidas desde la llegada del niño. Ella sólo pudo pensar que Garrick detestaba tanto estar cerca que se había ido a vivir a otro sitio, sin duda a la casa de Morna, mientras ella le ocupaba la casa.

Cuando Brenna le dijo a su tía que estaba lista para volver a su casita, Linnet no hizo ninguna objeción.

- Viviréis conmigo, ¿verdad? - preguntó Brenna, esperanzada.

- Por un tiempo más. Pero después regresaré a la casa de Anselmo .

- Pero ahora sois una mujer libre - protestó Brenna- . No tenéis necesidad de volver allí.

- Allí tengo muchos amigos - Brenna suspiró.

- ¿Y echáis de menos a Heloise?

- Sí.

- ¿Y al padre de Garrick?

- No me avergüenzo de compartir su cama en algunas ocasiones, Brenna - dijo Linnet, a la defensiva.

- No os juzgo, tía. Si eso es lo que queréis, ¿quién soy yo para haceros reproches?

- Sé que el único amor verdadero de Anselmo es Heloise, pero él rne estima. Y yo también amo a Heloise. Ella ha sido para mí una amiga sincera y cariñosa - Linnet rió- . Tenemos una extraña relación. Sin embargo, yo estoy contenta.

- Mereceríais algo mejor.

- No, Brenna, yo soy feliz - dijo Linnet- . Sé que odiáis a Anselmo , pero...

- Ya no lo odio, tía - interrumpió Brenna- . Cuando Anselmo tuvo por primera vez en brazos a mi hijo, recordé el día que él atacó nuestra mansión, el odio y la sed de sangre de su cara. Sin embargo, cuando alzó a su nieto, su expresión estaba llena de amor. Ha hecho por mí muchas cosas por las que le estoy agradecida. Todavía no sé si podré perdonarle

Librodot

completamente lo que hizo, pero en mí ya no hay odio.

- Me alegro mucho - sonrió Linnet- . Creo que por fin habéis crecido, Brenna.

Brenna regresó a su casita el día antes de la primera tormenta de invierno. Cuando caminaba sobre la nieve en procura de caza, sintió como si realmente se hubiera acostumbrado a esta tierra y su clima duro.

Y así pasó el tiempo. Empero, Garrick no venía a ver a su hijo. Después de las celebraciones del solsticio de invierno, a las que asistió sin Brenna, pese a que ésta fue invitada, Linnet regresó a la casa de Anselmo . Brenna la echó de menos pero no le faltó compañía. Leala, la nodriza que Heloise había encontrado para Selig, todavía vivía con ella y había ocupado el lugar de Eliane. Y Cordelia venía a visitarla a menudo con su pequeño Athol.

Brenna regresó a su casa temprano de cazar porque rápidamente había agotado su provisión de flechas. Estaba furiosa consigo misma por haber errado tantas veces a un conejo y que finalmente el animalito escapó. Cuando salió del bosque y vio el caballo en el patio, el caballo de Garrick, al principio se sintió llena de pensamientos encontrados, pero enseguida su cólera aumentó. ¿Cómo osaba él venir ahora, después de meses del nacimiento de su hijo?

Entró rápidamente en la casa pero se detuvo de pronto ante el espectáculo que encontró. Selig estaba sentado en el regazo de su padre, junto al fuego, riendo y jugando con las cintas de la capa de Garrick. Este se sorprendió al verla, pero Brenna no lo notó. Sólo vio lo feliz que parecía su hijo. Su cólera subió nuevamente a la superficie. cuando pensó que Selig se había visto privado del placer de estar con su padre a causa del odio que Garrick sentía por ella.

- ¿Aprobáis el nombre que lo di? - preguntó Garrick, con embarazo.

- Lo acepté, puesto que fue todo lo que su padre pudo darle.

Garrick dejó a Selig en el suelo y ambos padres lo vieron alejarse gateando hacia un juguete que estaba sobre la mesa. Allí se detuvo para examinarlo con sus pequeños deditos, ignorante de la tensión que flotaba en la habitación.

Los ojos de Brenna y de Garrick se encontraron por primera vez.

- Siento que me hayáis encontrado aquí, Brenna. No volverá a suceder.

- ¿Por qué vinisteis?

- Para ver a mi hijo.

- ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo? - preguntó ella.

- ¿De veras pensáis que no he venido a verlo antes de hoy? He venido por lo menos una vez a la semana desde que regresasteis aquí, cada vez que salíais a cazar. Y cuando estuvisteis en mi casa, lo vi todos los días.

- ¿Cómo?

- Después que le daban de comer, yo podía tenerlo en mis brazos hasta que lo llevaban de nuevo con vos - Brenna agrandó los ojos, llena de furia.

- ¿Por qué me ocultaron todo eso?

- Vos creíais que yo le haría daño al niño de modo que sólo pude verlo en secreto. No quise que os alteraseis.

Brenna se volvió a Leala, quien estaba acurrucada en un rincón, alejada de las voces airadas que gritaban en una lengua que no entendía.

- ¿Por qué no me dijisteis que el padre de Selig ha venido a ver al niño aquí?

- El tiene derecho, señora. El no hubiera tenido que ocultar su amor por Selig.

Brenna se puso mortalmente pálida no bien hubo hecho la pregunta. No oyó la respuesta. Había confiado a Leala el secreto tanto tiempo guardado porque vivía con ella y tenían que comunicarse por el bien de Selig. Y ahora, a causa de su cólera, Garrick acababa de enterarse.

- Me iré, Brenna.

Ella lo miró sorprendida. El dejaría pasar el desliz pero ella no.

- Me oísteis hablar vuestra lengua. ¿Por qué no me acusáis de ocultaron este secreto?

Garrick se encogió de hombros.

- Habéis estado aquí el tiempo suficiente para aprenderla, Brenna.

Se mostraba demasiado indulgente y ella no pudo soportarlo.

- Me enseñaron vuestra lengua antes de que me trajesen aquí, Garrick. fue mi única arma contra vos que vos no podíais quitarme, aunque nunca la usé.

- Lo sé - Ella agrandó los ojos.

- ¿Lo sabéis?

- Vuestra tía me lo dijo hace tiempo. Yo quise saber más acerca de vos y ella me contó muchas cosas que me fueron útiles. También hablasteis en mi lengua cuando estuvisteis enferma de fiebres.

- ¿Por qué nunca dijisteis nada?

- Quería que vos me lo dijeseis - dijo él en tono neutro- . Y por fin lo habéis hecho.

- Sólo que ahora no tiene importancia.

- La tiene.

Brenna se sintió sacudida por la suavidad de la voz de él. Garrick se le acercó y se detuvo frente a ella. Ella lo miró a los ojos y no encontró cólera ni odio en ellos, sino el suave azul verdoso de aguas poco profundas.

Y entones él la tomó en brazos y ella sintió que el corazón le daba un salto. El la besó y un ansia profunda pasó de uno al otro. En todos esos meses había tratado de no pensar en él, porque llevaban más de un año de separación. Sin embargo, ella lo deseaba con pasión y había tratado de fingir lo contrario.

El siguió abrazándola, imposibilitado de hacer más por la presencia de Leala.

Brenna deseó que ese momento durara eternamente pero en su mente había un demonio inquieto que no podía olvidar el pasado. Lo que estaba sucediendo era como un sueño que desafiaba a la realidad. Miró a Garrick con ojos de un gris tormentoso, buscando comprensión.

- ¿Qué significa esto?

- La primavera se acerca, Brenna. Mi padre ha dado su palabra de que os llevará a vuestra tierra - vaciló, luchando con su orgullo- . No quiero que os marchéis.

Brenna vio un destello de esperanza.

- ¿Qué queréis, entonces?

- Os quiero a vos, por esposa. Quiero olvidar el pasado y empezar de nuevo.

Esas palabras fueron como música a los oídos de Brenna. Convertirse en su esposa, eso que tanto había deseado antes y que había tratado de olvidar a causa de la oposición de él. ¿Por qué había cambiado Garrick?

- ¿Me queréis a mí, Garrick, o decís esto porque sabéis que cuando me marche me llevaré a Selig conmigo?

- Amo a mi hijo. No puedo negarlo.

- ¿Y a mí?

- No os pediría que os caséis conmigo, Brenna, sólo por retener aquí a mi hijo. Os quiero más que a ninguna otra mujer - la estrechó con más fuerza- . Millares de veces he lamentado mi decisión de rechazaros. Me he sentido un miserable sin vos.

- ¿Pero me amáis?

- Después de lo que he dicho, ¿podéis dudarlo?

En ese momento, la alegría de Brenna no tuvo límites.

- ¿Entonces creéis por fin que dije la verdad, que no escapé de vos una segunda vez?

- Estoy dispuesto a olvidar el pasado.

- ¿Dispuesto a olvidar? ¿Entonces todavía no me creéis?

- Jurasteis haber matado a Cedric Borgsen pero él sigue con vida, Brenna.

- ¡Eso no es posible!

- Yo lo he visto.

- ¡Pero... pero él cayó sobre mi daga, la misma que vos me disteis!

- ¡Cesad de fingir, Brenna! - dijo Garrick en tono tajante- . He dicho que dejaré morir el pasado.

- ¡Pero vos no me creéis! - gritó ella.

- Sé por qué huisteis, Brenna, por qué quebrasteis vuestra palabra. Fue imperdonable la forma en que os sometí aquella última vez. Descargué mi cólera sobre vos y me equivoqué al hacerlo. De modo que vos huisteis y después regresasteis, no queriendo admitir la verdad. Pero eso ya no importa. Os amo lo suficiente para olvidarlo todo.

- ¿Pero no lo suficiente para confiar en mi?

El se apartó, dando su respuesta sin hablar. Selig empezó a llorar y Leala corrió hacia él. Brenna miró desalentada a su hijo, sintiendo una vez más que nunca conocería al padre. Sus esperanzas habían subido muy alto para caer ahora en forma devastadora.

Se sintió destrozada cuando Garrick la miró con ojos llenos de deseo pese a todo lo que había sido dicho. ¿Cómo podía él hacerle esto? ¿Creía que esta brecha entre los dos no tendría importancia?

- Marchaos, Garrick - su voz sonó hueca, su dolor fue evidente- . No puedo casarme con vos si sé que nunca confiaréis en mi.

- Quizá con el tiempo...

- No, siempre habrá esto entre nosotros. Desearía que no fuese así, porque yo os amaré siempre, Garrick.

- Quedaos aquí, por lo menos - miró a Selig y después nuevamente a Brenna- No lo llevéis tan lejos de mí.

Brenna estaba ahogada por sus emociones. ¡Santo Dios, la apenaba tanto ver el dolor de él!

- Me consideráis cruel y egoísta pero yo no puedo vivir tan cerca de vos, Garrick. Estar cerca vuestro, amaros, y sin embargo saber que no hay esperanza para nosotros.

- Tenéis tiempo de cambiar vuestra decisión antes de zarpar, Brenna. Sólo necesitáis venir a mí.

Se marchó y Brenna lloró sobre el hombro de Leala. De nada sirvió. Sólo poniendo una gran distancia entre los dos aliviaría su pena.

41

La primavera llegó rápidamente y a Brenna le avisaron que se debía preparar para partir dentro de menos de dos semanas. Oyó esta noticia con el corazón apesadumbrado pero sintió que había tomado la decisión correcta. No podía permanecer cerca de Garrick sin tenerlo y no podía tenerlo si él no confiaba en ella. Si por lo menos esa confianza no fuese tan importante para ella. Pero sabía que sin eso el amor entre ambos no duraría.

Se apenaba más cuando miraba a su hijito, tan ignorante del torbellino de sus vidas. Estaba negándole al niño un padre y unos abuelos al ser tan egoísta.

Consideró la posibilidad de dejarlo aquí, pero sólo por un breve momento. El era su vida y nada en el mundo podría separarlos. Nunca podría olvidar el temor que había sentido por él antes de que naciera, aunque ahora sabía que había sido una tonta. Y después temió otra vez cuando nació tan débil. Ahora era fuerte y nada podía dañarlo, salvo la decisión de su madre de llevárselo lejos. Gracias a Dios, el niño no recordaría. Pero ella sí.

Había rezado por tener una niñita con sus mismos colores que no le recordara en ninguna forma a Garrick. Selig tenía rizos renegridos y penetrantes ojos grises, pero cada vez más se parecía a su padre. Nunca podía olvidar a Garrick cuando veía a su hijito. Y aunque Selig no hubiera sido concebido, nunca olvidaría a Garrick.

Leala, para sorpresa de Brenna, había accedido a viajar con ella. La mujer no tenía familia aquí pues había perdido a su marido antes del nacimiento de su hijo muerto. Decía que Selig era la única cosa importante en su vida y que no podría soportar separarse de él. El alivio de Brenna fue muy grande. Aunque su hijo ya no necesitaba un ama de leche, Brenna había cobrado afecto a esta mujer noruega.

Brenna zarparía a la mañana siguiente. Leala había ido a despedirse de sus amigos y Brenna se preparaba para llevar a Selig a que lo viera su padre por última vez. También sería la última vez que ella vería a Garrick y el saberlo le destrozaba el corazón.

- Ven, cariño mío - dijo Brenna levantando a Selig- . Vuestro padre no sabe que vamos, pero estoy segura de que se pondrá contento - ante la mirada inquisitiva del niño, añadió- Gracias a Dios que tú no comprendes. Para ti, nuestro viaje a través del mar será una aventura. Para mí...

No pudo terminar. Su dolor era más grande que nunca pero siguió creyendo que había tomado la decisión adecuada.

Se dirigió a la puerta pero la misma se abrió antes que ella llegara. Garrick estaba allí, con una mezcla de tristeza y ansiedad en la cara, pero también había reticencia en su expresión. Brenna se apenó por ello. Deseó que él hubiera sido enérgico y decidido una vez más, como tantas veces lo había sido. Deseó desesperadamente sentir los brazos de él a su alrededor por última vez. Pero había una muralla entre ellos. Brenna no podía culparlo por no creerle. Después que él dijo que había visto a Cedric con vida, ella misma empezó a dudar.

- Debí avisaros, Garrick. En este momento salía para Ilevaros a Selig a fin de que pudierais pasar este día con él.

- Bajad al niño, Brenna.

La voz de él sonó extraña. ¿Estaba otra vez enfadado? Brenna dejó a Selig en el rincón donde el niño solía jugar.

- Podéis quedaron con él si queréis - dijo Brenna, sintiéndose incómoda- Leala no regresará hasta el atardecer y yo iré lo mismo a vuestra casa para despedirme de Erin y los otros. De modo que podéis quedaros con Selig un rato.

El no respondió y ella notó por primera vez las muchas armas que colgaban de su cinturón, más de las que le había visto usar en ninguna ocasión, y una cuerda que sostenía en la mano.

- ¿Para qué vinisteis, Garrick? Parecéis preparado para una batalla - sintió frío en la médula de sus huesos- . ¿Usaréis esas armas contra mí? Si tanto lo amáis que me mataríais por retenerlo, hacedlo entonces, porque yo no puedo vivir sin él.

El meneó la cabeza ante la ridícula conclusión a que ella había llegado.

- No importa cuánto lo ame, Brenna, no podría matar a su madre

- Entonces, por qué...

- Podría reteneros aquí por la fuerza. Lo pensé muchas veces. El año pasado, cuando viajé pensando llegar a Oriente con la intención de alejarme de vos, comprendí que no era eso lo que quería. Quería teneros a vos conmigo, a mi lado, por el resto de nuestras vidas. Estaba bien entrado el verano y creí que mi padre hacía tiempo que os había devuelto a vuestra tierra. Como él os había dado la libertad, tenía el derecho a saber que yo iba a quitaros nuevamente esa libertad, de modo que vine para decirle que iría a buscaros y que os retendría aquí, lo quisierais o no.

- ¿Es... es eso lo que vais a hacer ahora? Garrick meneó la cabeza.

- Valoráis demasiado vuestra libertad... lo sé. Hay solamente una decisión.

- Desearía que la hubiera, pero no veo cómo...

- La verdad... el fin de todas las dudas es la única solución, Brenna. Ruego con todo mi corazón haber estado equivocado al juzgaros y desconfiar de vos. Si mentisteis, lo sabes ahora, Y después, sólo puedo esperar que nunca mas volváis a sentir la necesidad de mentir.

- No comprendo, Garrick. No aceptasteis antes mi palabra y yo no puedo ofreceros ninguna prueba.

- Creeré en vos, Brenna, a partir de este día porque debo... ¡porque os atraer! - ,dijo Garrick con vehemencia- . Pero todavía tengo necesidad de saber la verdad.

Tiró de la cuerda que tenía en la mano y Brenna, aún en medio de su confusión, se sorprendió de que él hiciera entrar a su caballo en la casa. Pero lo que siguió al caballo no fue su gran semental sino Cedric Borsen, maniatado, sangrando de una herida en la cabeza. Brenna empalideció como si hubiera visto a un muerto. Cedric también se puso pálido pero rápidamente recobró su control.

- ¿Por qué me trajisteis aquí, Haardrad? - preguntó Cedric en tono despectivo-Debéis saber que esta afrenta no puede quedar sin respuesta.

- Sí, ¿pero cuál afrenta, Cedric?

- ¿Tanto esperasteis para arreglar una vieja cuenta? - Cedric rió pero enseguida todo su humor desapareció y el odio tiñó sus palabras- El pasado ha estado muerto todos estos años. Vuestro hermano mató al mío y eso bastó para nuestros padres. ¡Ahora queréis más sangre!

- El pasado nada tiene que ver con que estéis aquí. Vos tenéis que responder de un crimen más reciente.

- ¿De veras? - Garrick se acercó más y señaló a Brenna.

- ¿Conocéis a esta mujer?

Cedric miró a Brenna como si la viera por primera vez. Todo su cuerpo se relajó. Sonrió.

- Una hermosa muchacha, Garrick, pero no la había visto antes.

Brenna sintió que se le revolvía el estómago. Miró a Garrick, quien los miraba a los dos, y le fue fácil notar su decepción. Esto no podía suceder.

- ¡El miente, Garrick! - Brenna habló en noruego para que Cedric pudiera entenderla. En su voz hubo dolor e ineredulidad- , ¡Juro que él miente!

- No tiene importancia, Brenna.

- ¡Pero sí la tiene! - se volvió a Cédric, frenéticamente- - . ¡Decidle la verdad! ¡Decidle que me raptasteis!

Cedric se encogió de hombros, fingiéndose perplejo

La mujer está loca. No sé de qué está hablando.

- ¡Embustero! - exclamó Brenna y una furia ciega la hizo temblar- Pensé que mi daga os había matado, pero ahora me aseguraré - desenvainó la daga que llevaba siempre en la cadera- ¡Esta vez moriréis!

Garrick, de un golpe en la muñeca, hizo que la daga cayera al suelo antes de que ella pudiera dar un paso.

- Está atado e indefenso, Brenna. No matamos a hombres indefensos.

La frustración de Brenna fue tan grande que la hizo gritar. Era su palabra contra la de Cedric, pero su historia, las pruebas que había superado, eran increíbles. Lo sabía y no podía

hacer nada. Entonces vio la respuesta y por fin sus ojos se iluminaron con algo de esperanza.

- Mi hoja penetró en su pecho, Garrick - dijo rápidamente- El no murió de la herida pero todavía tiene que haber una cicatriz... la prueba que buscáis.

Garrick se acercó a Cedric, quien sonreía de oreja a oreja.

- Tengo muchas cicatrices - dijo lleno de confianza- . ¿Cuál de ellas queréis ver?

Garrick desgarró la túnica de Cedric, pero ciertamente había muchas cicatrices. Con los hombros encorvados, empujó a Cedric hacia la puerta.

- Os llevaré de vuelta donde os encontré.

- No creáis que dejaré pasar este insulto - dijo Cedric en tono desdeñoso- A causa de los delirios de una loca me atacasteis y me arrastrasteis hasta aquí para que me insulten todavía más.

Garrick se encogió de hombros, demasiado decepcionado para que le importara. Había puesto toda su esperanza en esta confrontación, dejando de lado el sentido común y rogando que la historia de Brenna fuera verdad. Ahora...

- ¿Queréis desafiarme, Cedric?

- ¡No, no soy tonto! - repuso el otro- . ¡Pero mi padre sabrá de esto!

- No lo dudo.

- ¡Garrick, esperad! - grito Brenna. No podía creer que Garrick renunciara con tanta facilidad. Ahora él nunca le creería y aunque jurara que no tenía importancia, ella sabía que siempre la tendría.

- Brenna, no tiene objeto que prolonguemos esto.

- ¡El tiene otra cicatriz, Garrick, como ninguna otra! Es larga e irregular y está en la parte delantera de su muslo. Yo la vi cuando trató de someterme.

Vio que el color abandonaba la cara de Garrick antes de que ella terminara. Cedric también se puso pálido pero ella vio esto demasiado tarde. Cedric, presa de pánico, actuó rápidamente, levantó sus puños atados y golpeó a Garrick desde atrás.

Garrick cayó de bruces contra la mesa, se golpeó la cabeza y enseguida se deslizó al suelo, donde quedó inmóvil.

Brenna lo miró con incredulidad. Era como si estuviera reviviendo la escena en el bosque cuando el oso atacó a Garrick. El yacía inconsciente o muerto pero la bestia seguía con vida, todavía amenazadora. Buscó con la mirada su daga pero fue demasiado tarde. Cedric la tenía y estaba tratando de cortar las cuerdas que lo sujetaban. Brenna corrió hacia él pero él la apartó con un violento empujón. Brenna cayó pero se puso de pie y corrió por las otras armas. Nuevamente fue demasiado tarde. Cedric quedó libre, y antes que ella alcanzara su ballesta, la hizo darse vuelta y la derribó de un bofetón.

- Quiero que sepáis lo que os espera, mujer- dijo en tono frenético- . Casi morí por culpa vuestra y hubiera muerto si Arno no hubiese venido a tiempo para parar la sangre. No pude seguiros entonces, pero lo hice cuando estuve lo bastante repuesto.

Sólo que me enteré por un esclavo que no habíais regresado y que se os daba por muerta. El esclavo mintió, según veo.

- No - dijo Brenna en un susurro- . Di la vuelta al fiordo y eso me llevó muchas semanas.

El rió.

- No es sorprendente que no os creyeran. Si pudisteis soportar eso, entonces duraréis bastante para lo que tengo planeado para vos

- No seáis tonto - dijo Brenna, mientras se le helaba la sangre- Garrick sólo quería saber la verdad.

- Y supo la verdad No sucedió hasta que mencionasteis la cicatriz que él me causó cuando éramos más jóvenes. Sólo él y yo sabíamos de ella. Fue un accidente pero nunca lo olvidé, ni tampoco él

Miró a Garrick con rencor y Brenna contuvo el aliento.

- Si os vais ahora, todo terminará. Yo me ocuparé de que él nunca vuelva a buscaros.

- Sí, supongo que podríais hacerlo. Tenéis poder en vuestra belleza. Pero no estaréis

aquí para ocuparos de nada. Vendréis conmigo.

Cedric empezó a acercarse a Garrick mientras sacaba de su cinturón la daga de Brenna. Ella ahogó una exclamación y se puso de pie de un salto. Tomó el brazo de Cedric y lo hizo volverse.

- ¡No podéis hacerlo! El os salvó cuando yo iba a mataros, ¡El os salvó la vida!

- El debe morir y vos también. Pero primero sufriréis todas las torturas de vuestro infierno cristiano, ¡vuestro destino quedó sellado cuando tratasteis de matarme!

- Si lo matáis, también vos moriréis... si no por mi mano, porque seguramente yo lo intentaré, por la de su hermano o la de su padre. Ellos no son tontos. Conocen mi historia y si encuentran muerto a Garrick y ven que yo he desaparecido, sabrán que lo hicisteis vos.

- No, mujer, os echarán la culpa a vos - rió él.

- Yo no mataría al padre de mi hijo... al hombre que amo con todo mi corazón.

El vio la verdad en las palabras de ella y vaciló. Por fin vio a Selig que jugaba en un rincón con sus juguetes de madera, afortunadamente ignorante de la tragedia que se desarrollaba cerca de él.

- Si estáis tan decidido a vengaros de mí, llevadme donde Garrick no pueda encontrarnos. Pero a él dejadlo vivir, por vuestro propio bien.

El vaciló unos pocos segundos y después, sin agregar palabra, la tomó de la mano y la arrastró tras él. Ella quiso rogarle que le permitiera llevar a su hijito pero no deseó poner en peligro la vida del pequeño. Él niño quedaría sin vigilancia hasta que Garrick despertase y podría hacer alguna travesura, pero no correría grandes peligros. Y Garrick viviría para poder cuidarlo. Montaron los dos caballos en que habían venido Garrick y Cedric y cabalgaron hacia la casa de Garrick. Ahora que no tenía nada que temer por Garrick, Brenna se aterrorizó por ella misma. Había escapado de este hombre una vez y volvería a hacerlo, se dijo con seguridad. Cabalgaron una corta distancia hasta que fueron llamados a gritos por otro jinete. Una mujer. Brenna se sorprendió cuando Cedric se detuvo.

Cuando Yarmille vio a Cedric y a Brenna juntos, se alarmó. El tonto patán había demorado demasiado para acabar la tarea por la cual ella le había pagado. ¿Por qué tuvo que venir ahora, cuando Brenna estaba por partir a la mañana siguiente, llevándose con ella a su hijito? Muchas veces había tratado de deshacerse de la joven celta, quien era un obstáculo más en su camino.

Cuando Brenna tuvo las fiebres, Yarmille la atendió bien. Le dio pociones que hicieron que su cuerpo rechazara todo alimento. Y pensó que dejando abierta la puerta del balcón de la habitación de Garrick durante la mayor parte del día le daría el resultado que buscaba. Pero la muchacha sobrevivió.

Fue una pena que no hubiera sido Garrick quien enfermó. Entonces, ella no hubiese tenido que preocuparse por los futuros bastardos que él pudiera engendrar. Pero engendró otro heredero que se interponía en su camino.

Había creído que este niño no llegaría a nacer cuando Brenna se cayó en el bosque. Nuevamente, su tan esperada meta volvió a alejarse. Yarmille todavía tenía que encontrar un medio de matar a Garrick y a su hermano. Pero a la larga los mataría... y también a los hijos de ambos. Si por lo menos Cedric se llevaba lejos a Brenna, no nacerían rnás hijos por ese lado.

Brenna sintió esperanzas cuando reconoció a Yarmille pero rápidamente se decepcionó cuando la mujer los alcanzó y Brenna vio el caballo que montaba, el caballo que la había derribado en el bosque.

- ¿Me recordáis, Borgsen? Soy Adosinda. - Cedric rió.

- Creí que erais más joven, mujer.

- Os llevó mucho tiempo acabar el trabajo por el que os pagué- dijo ella en tono airado e ignorando el comentario de él.

- La creí muerta hasta que Garrick me trajo aquí para ponerme frente a ella. Pero ella no volverá jamás, mujer.

- ¡Garrick os trajo aquí! ¿Dónde está él? - preguntó Yarmille con excitación- ¿Lo

matasteis?

- No, lo dejé con vida. No tengo tiempo para más preguntas. El no estará inconsciente mucho tiempo.

- No temáis, Borgsen - rió Yarmille- . Yo me ocuparé de Garrick y de su hijo. El no os seguirá.

- No, mujer. Me echarán la culpa a mí.

- ¡Tonto! - gritó Yarmille enloquecida- . ¡Le echarán la culpa a ella! Es sabido que ella odia al padre y al hijo. ¡Anselmo Haardrad iba a llevársela mañana por la mañana, lejos de la familia antes que los mate a todos!

- ¡Ella miente, Cedric! - exclamó Brenna- Su nombre es Yarmille. Su hijo es bastardo de Anselmo

- Sí, y yo los odio como ella. ¡ Pero mi hijo, no el de ella, será el heredero de Anselmo!

- Hugh es el heredero y él tiene un hijo. ¿También los mataréis a ellos?

- Hugh no tiene un hijo y nunca lo tendrá. Cuando era niño y enfermó de fiebres, yo lo dejé convertido en solamente medio hombre. Vuestra hermana mintió y yo le conté esto a Anselmo , pero él no me creyó. De modo que sí, ellos morirán. Todos los hijos de Anselmo y sus hijos también. ¡Todos menos el mío!

Yarmille partió en dirección a la casita de Brenna.

- ¡Debéis detenerla! - gritó Brenna.

- No hay tiempo, mujer.

- Seréis perseguido y muerto por esto que hacéis.

- Dejé a Garrick con vida, sabiendo que él me perseguiría. No hay ninguna diferencia. Viajaré a Erin o a Finlandia, lejos.

- ¡Ella va a matar a mi hijo! - gritó Brenna, fuera de sí de miedo.

Trató de hacer volver a su caballo pero Cedric se apoderó de las riendas. Sin embargo, Brenna ahora no podía ser detenida, a menos que él la matara. Saltó de su caballo y empezó a correr hacia donde estaban su hijo y Garrick. ¡Tenía que detener a Yarmille! Cedric hizo volver a su caballo, la alcanzó y la levantó hasta ponerla sobre la silla. Ella luchó como una tigresa acorralada hasta que él la golpeó en la cabeza. Brenna se sintió envuelta en tinieblas y su lucha terminó en forma terrible.

42

Las aguas del fiordo estaban agitadas, la corriente era rápida. Brenna fue despertada por el balanceo de un bote pequeño. El temor no la había abandonado un solo instante y volvió en si agitando los brazos, todavía luchando por liberarse. Pero no estaba atada y Cedric le volvió la espalda cuando empujó el bote apartándolo del embarcadero de Garrick.

La desesperación de Brenna desafió a la razón. Pensó sólo en volver al embarcadero, en encontrar a Yarmille antes de que fuera demasiado tarde. Sin tomar en cuenta que no sabía nadar, saltó al agua antes de que Cedric se percatara de que había vuelto en sí. Instantáneamente se hundió pero luchó y logró volver a la superficie. Oyó que Cedric le gritaba y volvió a hundirse.

La corriente la arrastró y chocó contra las tablas debajo del embarcadero. Salió otra vez a la superficie, se aferró a una tabla de madera y vio que Cedric venía hacia ella en el bote. ¿Por qué, en nombre de Dios, él no renunciaba y se marchaba?

Brenna trató de llegar a la orilla desde donde podría alcanzar fácilmente el sendero que subía el acantilado. Pero Cedric estaba demasiado cerca. Llegaría allí antes de que ella pudiera salir del agua. Aferrándose de las tablas, pudo pasar al otro lado del embarcadero. Cedric se veía ahora obligado a dar la vuelta, lo cual le dio más tiempo a Brenna. Aquí, por muchos metros, había solamente rocas puntiagudas que le cerraban el camino al sendero del acantilado. Rodeó las rocas, cortándose los dedos en su desesperación. Por fin llegó a un lugar donde podría salir del agua. No importó que ya estuviera exhausta porque Cedric se acercaba rápidamente, remando como un poseído en el pequeño bote.

Brenna escaló el acantilado tan velozmente corno pudo, aferrándose de ramas, rocas agudas, cualquier cosa que tocaran sus dedos, para sostenerse. Empezó a dirigirse otra vez hacia el embarcadero, segura de que Cedric no podría moverse más rápidamente que ella y así no le sacaría ventaja. Pero él ya había dejado el bote y estaba alcanzándola y gritaba que la mataría. Entonces no tuvo más de qué agarrarse, sólo quedó la roca lisa. Ya no podía seguir trepando. Cedric estaba directamente debajo.

Cuando sintió que los dedos de él le tocaban el tobillo gritó frustrada por la inutilidad de sus esfuerzos. Lo apartó de un puntapié pero él siguió tratando de agarrarla. Por fin le golpeó la cabeza con el pie y él cayó unos pocos metros pero rápidamente logró sostenerse y empezó a trepar otra vez. ¿Cuánto tiempo podría prolongarse esto? Estaba muy cerca del borde del sendero pero no podía alcanzarlo.

Gritó otra vez cuando los dedos de Cedric se estiraron hacia ella. Y entonces oyó su nombre que parecía llegar de lejos, apagado por el ruido del agua y su propia respiración jadeante. Al principio creyó que la mente estaba haciéndole tretas, ofreciéndole esperanzas cuando no había ninguna. Entonces oyó la voz otra vez, más fuerte y la reconoció.

- ¡Garrick! ¡Deprisa... daos prisa!

Cedric también lo oyó y ya no trató de alcanzar a Brenna. Ella vio que él descendía apresuradamente el acantilado y presa de pánico saltaba dentro de su bote. El impacto de su cuerpo hizo que la pequeña embarcación se diera vuelta y Cedric cayó al agua. La corriente lo tomó y arrastró. Brenna lo vio luchar contra el agua, tratando de nadar. La cabeza se hundió una vez, luego una vez más, y por fin ella ya no lo vio más. Garrick la encontró mirando sin expresión el agua negra del fiordo. Estiró un brazo hacia ella, sus manos apenas se encontraron, y la ayudó a subir al sendero rodeando un peñasco liso. Ella cayó en sus brazos y no protestó cuando él la llevó a la cima del acantilado y al interior de la casa.

Garrick depositó a Brenna junto al fuego del hall y rápidamente le trajo vino.

- Debéis quitaros esas ropas mojadas, Brenna.

- No, primero dejadme descansar.

El no discutió y se sentó con ella sobre la alfombra. En sus ojos había una expresión de intensa ansiedad. Brenna sabía por qué.

- ¿Podréis perdonarme alguna vez? - Ella le tocó una mejilla.

- Silencio - dijo- Ahora ya todo pasó.

- No. Os causé penurias interminables. Casi os costó la vida que yo trajese a Cedric aquí

para descubrir la verdad cuando debí creer en vos.

- Yo no os culpo, Garrick. Mientras confiéis ahora en mí. ¿Lo haréis?

- Sí, y siempre lo haré - susurró él y la besó tiernamente - ¿Os casaréis conmigo?

- Si todavía me queréis.

- ¿Quereros? - gritó él asombrado- . Mujer ¿cómo podéis dudarlo?

Ella rió y se acurrucó en sus brazos.

- Tenemos mucho que agradecer, Garrick. Vos, yo, Selig... todos pudimos morir - se sentó.- ¿Dónde está Selig?

- Está a salvo.

Ella se relajó otra vez.

- Me estremece pensar lo que hubiera sucedido si no hubieseis llegado a tiempo. Cedric quería vengarse de mí porque yo casi lo maté. Cuando oyó que vos me llamabais trató de escapar, pero cayó al agua y se ahogó. - Tembló al contarlo.

- Afortunadamente, vuestra yegua es más veloz que mi caballo. Llegué aquí en pocos minutos.

- El viento debió traeros - sonrió ella- . Pero gracias a Dios que despertasteis a tiempo,

Garrick rió.

- Eso podéis agradecérselo a nuestro hijo. El me despertó golpeándome en el pecho, pensando, sin duda, que había descubierto un nuevo juguete.

- ¿Dónde lo dejasteis? ¿Con Erin?

- No. En el momento que salía con él de la casa llegó Yarmille, dijo que para despedirse de vos. Le pedí que llevase al niño a mis padres.

La sangre de Brenna se convirtió en hielo.

- ¡Garrick... no! ¡Decidme que bromeáis!

- ¿Qué sucede?

Brenna se puso de pie de un salto.

- ¡Ella lo matará! ¡Ella fue allí para mataros a los dos!

Garrick no se detuvo a dudar de sus palabras. Ambos corrieron al establo por caballos frescos y galoparon con aterrorizadora velocidad hasta la casa de Brenna. Detrás de la casita, Garrick encontró las huellas del caballo de Yarmille que iban hacia el bosque y no hacia la casa de sus padres.

No hablaron mientras siguieron la huella. Brenna apenas podía ver a través de las lágrimas que derramaba. Sin embargo, consiguió sostenerse, murmurando esperanzadas plegarias a cada paso que daban. Cuando Garrick perdió la huella entre los arbustos, Brenna creyó que moriría de pena. ¿Qué esperanzas podía tener su hijito contra Yarmille? Había pasado demasiado tiempo.

Garrick trató de persuadir a Brenna que fuera a pedir ayuda, pero ella no pudo soportar la idea de alejarse del bosque cuando Selig podía estar cerca. De modo que siguieron, ciegamente, buscando señales del paso de Yarmille.

Cuando Brenna la vio viniendo lentamente hacia ellos, corrió delante de Garrick y la alcanzó primero. La mujer estaba sola.

- ¿Dónde está él? - gritó Brenna.

Yarmille meneó la cabeza y miró fijamente las palmas de sus manos.

- No pude hacerlo - dijo- Yo también soy madre. No pude.

Brenna se apeó y arrancó a Yarmille de su caballo. La sacudió con violencia, mientras miraba su cara con desesperación.

- ¿Dónde está? - Yarmille señaló al interior del bosque.

- Acabo de dejarlo - Garrick se acercó y habló con voz sorprendentemente gentil.

- ¿Dónde, Yarmille?

- No lejos de aquí - alzó la vista, sus ojos tenían un brillo extraño- . Allí, podéis oírlo llorar. Fairfax siempre lloraba más fuerte que todos. Debo ir con él.

Garrick se adelantó con su caballo y Brenna montó y lo siguió. Ella no odiaba a Yarmille por su traición, porque evidentemente la mujer estaba completamente loca. Pero

tampoco podía compadecerse de Yarmille.

Encontraron a Selig debajo de un alto pino, lloriqueando porque no podía gatear sin pincharse con las pinochas. Cuando Garrick se lo entregó a Brenna, por fin las lágrimas de ella fueron de felicidad. Pero con la ansiedad de una madre, supo que pasaría largo tiempo antes de que se atreviera a dejar que el niñito se alejara de su vista aunque fuera por un momento. Pasaron por el sitio donde habían hablado con Yarmille, quien se había marchado.

- Ella lo planeó todo, Garrick - dijo Brenna mientras volvían cabalgando lentamente a la casa- . Yarmille fue la que le pagó a Cedric para que me raptara. Y yo reconocí su caballo. Ella fue la mujer que trató de matarme en el bosque.

- ¿Por qué a vos, Brenna? Es algo que no puedo entender.

- Ella le temía a mi niño, no a mí. Selig es un heredero más de Anselmo de quien ella tendría que deshacerse antes de que su hijo quedase como único heredero.

- Debió estar loca durante muchos años para creer que podría lograr una cosa semejante.

- Yo debí darme cuenta (le que ella era la única responsable. Me percaté de que ella odiaba a vuestra familia, pero a causa de mis celos, pensé que Morna estaba involucrada.

- i Morna!

- Ella os quiere reconquistar. Y... y vos os volvisteis a ella cuando nos separamos.

- De modo que lo creisteis - dijo Garrick, frunciendo el entrecejo- . Debido a mi cólera, quise que pensarais eso. Pero no es verdad. Brenna. Ella y yo nos hubiéramos casado hace años por razones distintas del amor. Yo la quería por su belleza y ella sólo me quería porque yo era el hijo de un jefe. Ahora lo sé.

- ¿Ella ya no significa nada para vos?

- No, sólo me recuerda lo tonto que fui al tomarme tan a pecho su rechazo. Fui un tonto en muchos sentidos. ¿Podéis perdonarme todo el dolor que os he causado?

- Por supuesto - sonrió ella- . A partir de este día, vos sólo me daréis felicidad.

Epílogo

Tiempo después, Yarmille fue juzgada y condenada al destierro, Su hijo Fairfax decidió acompañarla pues ella ya no podía valerse por sí misma. El nada había sabido de las maquinaciones de su madre y cuando se enteró quedó tan sorprendido como los demás. Brenna consideró duro el castigo pero su propia familia venía primero, y con Yarmille lejos, sus temores dejaron de existir.

- ¿Selig duerme?

- Sí, amor mío - repuso Brenna y se metió en la cama para acurrucarse contra Garrick- . Despertó con dolores de barriga, sin duda por todos los dulces que vuestro padre le dio más temprano.

- El lo malcría demasiado.

- Eso no lo discuto - dijo ella y sonrió.

- ¿Y por qué, mujer, querríais discutir alguna cosa conmigo? - dijo él con fingido asombro.

Ella se apartó fingiéndose encolerizada.

- No creáis que porque estamos casados vuestra voluntad será la mía, vikingo.

El rió por lo bajo y la atrajo contra su pecho.

- Sois obstinada y caprichosa. Eso es bien sabido. ¿Acaso no insististeis, el día de nuestra boda, que dejara a Janie en libertad, a fin de que Perrin pudiese tenerla como yo os tengo a vos? Con facilidad me hicisteis doblegarme a vuestra voluntad.

- Quedasteis tan contento como yo al ver la felicidad de esos dos - le regañó ella.

- Supongo que sí - dijo él, sonriendo- . Todavía me asombra el haber sido tan ciego como para no ver la situación de ellos. ¿Por qué Perrin no me habló de ella? Tuvimos nuestros desacuerdos por un tiempo, pero eso no duró después que nació Selig.

- El quería comprar a Janie pero sentía renuencia a pedírosla por temor a que os negaseis. Durante mucho tiempo no estuvisteis de un humor agradable.

- Sí. Aun después que nació Selig y sentí por ello mucho orgullo y mucha alegría, todavía seguí deprimido a causa de vos, queriendo ir hacia vos todos esos meses, pero temiendo que me rechazarais. Comprendo por qué Perrin no quiso hablarme del asunto.

- ¿De modo que me echáis la culpa a mí, eh?

- ¡Fuisteis demasiado obstinada mujer!

Brenna sonrió y le besó suavemente, provocativamente.

- Supongo que siempre lo seré. Pero vos me amáis, de todos modos.

- ¿De veras?

- ¡Garrick! - El rió y rodó hasta quedar encima de ella.

- Nunca lo dudéis, Brenna. Nunca. Ahora sois mía, lo admitáis o no.

- Oh, lo admito... de buena gana.

La puerta del balcón estaba abierta para dejar entrar la luz del sol de medianoche. Sus rayos anaranjados lanzaban un suave resplandor sobre la pareja entrelazada sobre la cama. Ya llevaban cuatro semanas de casados. La ceremonia pagana había sido hermosa, pero Brenna seguía deseando la bendición de Dios y estaba decidida a tener algún día una ceremonia cristiana.

Brenna ya no pensaba en regresar a la tierra de su infancia. Ahora su hogar estaba aquí, con su marido y su hijo. El muchacho que una vez había querido ser estaba muerto. Ahora era una mujer. completa.